

ELENA MONTAGUD



Grijalbo

ELENA MONTAGUD

Amor y otras
estúpidas palabras

Grijalbo

*A todas las Evas del mundo y, sobre todo, a la mía.
Ojalá sigas siempre tu propio camino y descubras que,
con las personas adecuadas,
el amor es mucho más que una estúpida palabra*

Amigos con derechos

**«Relación informal, sin compromisos».
Por desgracia, me he dado cuenta demasiado tarde
de que no estoy hecha para ese tipo de relaciones.**

Y entonces Víctor le propuso ver a otras personas porque, según él, es mejor que se lo tomen con calma.

—Ajá —asiente Dani mientras da un buen trago a su cubata.

—Pero tampoco creo que se lo estuvieran tomando de manera tan intensa, ¿no? Son amigos y de vez en cuando quedaban para darse un gustillo... —prosigue Celia sin apenas coger aire para respirar.

Ahí están mis supuestos dos mejores amigos conversando sobre lo que me ocurrió hace un par de semanas. Y digo «supuestos» porque están cotilleando sobre mí y compartiendo sus impresiones acerca de lo que me planteó mi lío, amigo con derecho a roce, rollo —como queramos llamarlo— como si no me encontrara delante de ellos. Que no es que sea alta, pero tampoco excesivamente baja, y mucho menos transparente, pues con la camiseta naranja fosforito que llevo es posible distinguirme desde el otro extremo del pub.

—Si te he entendido bien, lo que Víctor quiere es tirarse a todas las que le dé la gana.

—¡Vale! —exclamo provocando que mis amigos se sobresalten y me miren como si me hubiera materializado delante de ellos de repente—. Creo que necesito una copa.

—Lo que necesitas es pasar de ese estúpido de una vez por todas —declara Dani, y no es la primera vez que me lo dice. Dejé de contarlas tras los dos primeros meses de estar con Víctor, y llevamos «juntos», sea lo que sea lo que eso signifique, año y medio—. Esta es la ocasión perfecta para hacerlo, Evi. Sé que lo consideras un amigo y que sigues coladita por él, pero está claro que lo que quiere es acostarse con todo lo que se le ponga por delante. Aprovecha y haz tú lo mismo.

—No es tan sencillo —protesto mientras nos dirigimos a la barra del local para pedir una copa

—. Bueno, la cuestión es que, en realidad, sí tendría que serlo. Porque estamos a gusto, sin complicaciones, nos lo pasamos bien... fuera y dentro de la cama.

—Aun así, tú no te sientes bien pensando en que se acueste con otras, ¿no? —termina Celia por mí.

A ella sí le gusta Víctor, pero tampoco es un triunfo porque a Celia todo el mundo le es simpático. Es la persona más amigable, empática y maja que he conocido en mi vida. Se lleva genial con todos, es comprensiva, tranquila y tiene una sonrisa permanente. Todo lo contrario que Dani, quien, si una mañana se levanta decidido a estar de mal humor el día entero, lo cumple. Mi amigo no tiene pelos en la lengua y es de esos que o te cae genial o te cae fatal; no hay un término medio con él. Pero también es una de las personas más sinceras que conozco: si piensa que debe decirte algo bueno, te lo dirá. Si es algo malo, también, aunque te haga llorar como a un bebé. Su lema es que es mejor herir a un amigo con la verdad que destruirlo con las mentiras. Y luego, en este trío nuestro de amistad tan dispar, estoy yo que, según ellos, soy la friki de los modelitos raros y la loca de las palabras. Pero no soy ninguna loca, en serio, tan solo una enamorada de las palabras y de la lectura.

—Yo voy a reconocer que tiene buen culo. —Dani arruga la nariz como si se sintiera culpable por pensar eso—. Claro que no tanto como para obviar que es un inmaduro y un gilipueñas. Podrías haber conocido a alguien mejor mientras te acostabas con él, Evi. Has dejado pasar muchos trenes. —Sacude la cabeza con un suspiro y le dedico una mirada furibunda.

—Démosle un voto de confianza. Tal vez ha sido sincero y lo único que quiere es un periodo de reflexión sobre el conflicto —media Celia.

—¿A qué llamas «conflicto»? ¿A no saber tenerla guardada dentro de los pantalones?

Ignoro los comentarios de ambos. Aún siento algo por Víctor y, por mucho que intento pasar de él porque no me hace ningún bien estar así, no lo consigo. De manera que esta noche tengo que tratar de olvidarlo y pasármelo en grande.

Al llegar a la barra, me inclino hacia delante con la intención de pedir un chupito de Jäger. Es jueves y hay una cantidad ingente de universitarios que han decidido, al igual que nosotros, que necesitan una noche de fiesta. Casi todos son de primer curso, almas aún cándidas en busca de nuevas experiencias. Celia, Dani y yo también nos corrimos nuestras buenas juergas durante ese primer año. Con el paso del tiempo fuimos serenándonos... un poco.

—¡Un chupito de Jäger, por favor! —grito, para ver si el camarero se entera. Si me echo más hacia delante me caeré de morros detrás de la barra.

Pero no se digna hacerme el menor caso, sino que se dedica a atender a unas chicas que han llegado después de nosotros.

Me vuelvo hacia mis amigos y les pregunto, señalándolas a ellas y después a mí:

—¿Es porque soy plana?

—Tú eres preciosa, Evi. Lo que pasa que a ese le van más los guapos.

Ya le ha salido a Dani «el radar», como lo denomina él. Me aparta de un empujón y se coloca donde estaba yo hace un par de segundos. Levanta una mano y chasquea los dedos. No es un chico tímido, pero cuando bebe aún se suelta más. En realidad, los tres somos idénticos en eso. Otra cosa en común para forjar nuestra sólida amistad.

El camarero se da la vuelta de inmediato y Dani alza tres dedos.

—¡Tres chupitos de Jäger! —exclama.

—¡No, Jäger no! —protesta Celia.

—No seas tan quejica, que cuando tú tienes penas bien que quieres ahogarlas en copazos.

—¿Quién tiene penas aquí y ahora? —intervengo forzando una sonrisa.

La verdad es que no ando llorando por los rincones, pero, como he dicho antes, no acabo de estar bien. Me siento dolida, molesta y extraña. Y reconozco que, a pesar de no tener nada serio con Víctor, no me esperaba eso de él. Quizá me creé unas expectativas que no concuerdan con la realidad, porque conozco a Víctor desde hace años y siempre ha sido un poco mujeriego. De hecho, estaba convencida de que nunca tendría nada con un chico así, que solo seríamos amigos. Con todo, acabé haciéndolo. Y se supone que mientras nos acostábamos, no había nadie más en nuestras vidas. Pero por lo que parece se ha cansado de eso... Me dijo que debíamos tomárnoslo con más calma. Puede que lo asustara cuando le propuse vivir conmigo (por cuestiones puramente económicas, en serio), no sé. La cuestión es que Víctor ha decidido alejarse, y yo, desde entonces, me siento mal. Entre dolida, insegura y desilusionada. Cabreada con él y hasta con los tíos en general.

El camarero sirve a Dani los tres chupitos con una sonrisa seductora en el rostro. Nunca pisa el gimnasio, pero la genética —yo afirmo que tiene ancestros vikingos— esculpió su cuerpo como si de una escultura se tratase. Ni a Celia ni a mí se nos pasa por alto que el barman escribe algo en una servilleta y que se la entrega a Dani con los chupitos. Él la coge sin decir ni mu, luego agarra el vasito y nos insta a que hagamos lo mismo. Brindamos y nos los bebemos de golpe. A Celia se le arruga toda la cara y profiere un gritito. Bebe muy de vez en cuando, más que nada cuando no encuentra la solución a algo, y eso no suele ocurrir a menudo ya que siempre sabe qué hacer, y si no lo sabe medita un rato y se siente mejor.

De vuelta en la pista preguntamos a Dani qué le ha anotado el camarero en la servilleta, aunque ya nos lo imaginamos. En cuanto se la saca del bolsillo y la desdobra, lo confirmamos: es el número de teléfono del barman.

—¿Lo llamarás? —quiere saber Celia entornando sus ojos azules.

—Guapa, ¿por quién me has tomado? —Esboza una sonrisilla y luego exclama—: ¡Pues claro que lo llamaré! ¡¿Tú has visto cómo está ese tío?!

Dani es bisexual y afirma que se enamora de las personas y no de sus sexos, pero, en realidad,

nunca lo he conocido enamorado. Desde que vio *Las crónicas de Narnia*, espera que un príncipe al estilo de Ben Barnes venga a buscarlo y se lo lleve a algún reino mágico donde vivir liberados de prejuicios por siempre jamás. Eso sí, por el camino hacia el amor eterno el tío va disfrutando. Celia y yo hemos perdido la cuenta de sus ligues. Los últimos han sido casi todos chicos. Chicos que a mi amiga y a mí nos provocan un infarto de lo jamelgos que están cada vez que los vemos, sea en foto o en persona..., aunque casi nunca nos da tiempo a conocerlos en persona: Dani cambia de chico como de calzoncillos.

Tras terminar de sonar la última canción de Harry Styles —Celia es devota de este cantante—, ella intenta reprimir un bostezo sin mucho éxito.

—Disculpadme, pero es que esta semana estoy agotada. Desde que pusieron el menú degustación en el restaurante viene mucha gente.

A Celia la conocí en el instituto. Una vez me contó que lo que le llamó la atención de mí fue mi forma de vestir, tan distinta a la de las demás chicas. A mí ella me ganó con su brillante sonrisa y su calma. Después también fuimos juntas a la misma facultad, aunque no cursamos la misma carrera. Ella eligió Comunicación y yo opté por Estudios hispánicos. Celia quiere ser guionista, pero de momento no ha encontrado una oportunidad en lo suyo, de manera que trabaja en un restaurante muy pijo que encaja poco con su forma de ser y en el que echa muchas horas. Claro que cuando aprieta la necesidad económica...

—Pues mañana pienso ir resacoso a la empresa. Y que se fastidien —espeta Dani con ademán orgulloso.

Daniel estudió Ciencias empresariales en otra facultad. No le hacía mucho tilín esa opción, pero sus padres lo presionaron de lo lindo y creo que por no escucharlos más se metió allí. A decir verdad, se le dan bien los números y la contabilidad, y al final no le disgustó del todo la carrera. Su hermano mayor lo enchufó en la empresa donde trabaja y ahora son compañeros. A Celia y a mí nos disgusta el ambiente laboral en el que se mueve nuestro amigo. Por lo que nos ha contado, existe una cultura empresarial muy masculina y, en ocasiones, tiene que soportar comentarios homófobos que se filtran como bromas. También cuentan chistes delante de él... y a veces hasta su hermano se une a los otros. Dani lo disculpa porque dice que luego le pide perdón, pero pasan los días y vuelve a suceder. Y es que Lucas, su hermano, es un poco estúpido. Nunca me ha caído bien. Los tres nos conocemos desde niños, pues mi familia y yo estuvimos viviendo en la misma calle que ellos hasta que nos mudamos. Aun así, nos seguimos viendo regularmente.

Para ser sinceros, a Dani le chifla la actuación y sabemos que su gran sueño sería estudiar Arte dramático. Celia y yo le hemos insistido más de una vez en que se lance a perseguirlo, pero le echa para atrás lo difícil que es vivir como actor, y a Dani le gustan los caprichos y viajar. No es que yo sea una experta en cine, pero creo que tiene talento. Se le da bien interpretar. En

ocasiones, después de mucho pedírselo y para darnos el gusto, recrea alguna escena de nuestras películas favoritas o inventa otras, y quedamos alucinadas.

Buscamos un espacio libre y más tranquilo para charlar un poco y, mientras nos abrimos paso por el atestado pub, Dani —espoleado por el alcohol— continúa con su perorata en contra de Víctor.

—Siempre me ha dado mala espina, Evi. Es un pícaro que se las sabe todas. ¡Mándalo a la mierda de una vez! ¡Ni mantener vuestra amistad ni nada!

He de reconocer que Víctor había ido de frente hasta ahora, incluso solía afirmar que «la monogamia es una burda mentira impuesta por la sociedad». Aun así, se me antojó que conmigo podía ser distinto, que tal vez quería una relación más seria, aunque nunca hubiéramos hablado de eso. Creo que es algo que nos ha pasado a todos..., me refiero a lo de hacernos unas ilusiones que no se corresponden con la realidad.

—Si a Eva le incomoda la situación, que lo hable con él con tranquilidad —interviene Celia—, pero no debe actuar impulsivamente. Son amigos desde hace años...

—¡Tía, deja de dorar la píldora a ese tipo! —Dani corta a Celia, y esta arruga la nariz, molesta.

—¿Sabéis de dónde viene esa expresión? —inquiero.

Me miran con cara de «Cállate», y finjo que me coso la boca. Entiendo que la explicación sobre su significado es un poco inadecuada en este momento, cuando estamos de copas en un pub.

—Me pido un Uber y me largo, a ver si pillo a Eric despierto aún y termino bien la noche —nos informa Celia.

Eric es el novio de mi amiga y tiene tres años más que nosotros. Se conocieron cuando empezamos la carrera, una noche en que salimos de botellón. Es un chico muy majo, sencillo e inteligente. Tienen bastantes cosas en común y siempre he pensado que hacen una buena pareja. A mí me habría encantado que Celia compartiera piso conmigo, pero Eric y ella se mudaron hace poco menos de un año y les va bien la convivencia.

—¡Me parece fatal que te marches ya! ¡Habíamos quedado para animar a Eva! ¿No ves que se enrollaba con un estúpido y que necesita encontrar un compañero de piso? ¡Compórtate como una buena amiga y deja el polvo para otro día! —la regaña Dani.

Se enfrascan en una discusión, como de costumbre, y necesito otro chupito porque la cabeza se me va a otro problema: encontrar ya un compañero de piso. La anterior me dejó en la estacada de repente, después de haber pasado algunos meses sin pagar su parte de los gastos de luz, agua y comunidad con la excusa de que iba muy mal de pasta, que necesitaba tiempo. Y yo, como una tonta, se lo concedía hasta que me percaté de que cada mes (y fueron al menos cinco) aparecía con un bolso de marca nuevo. Cuando hace unas semanas decidí que iba a darle un ultimátum, fue ella misma la que me comunicó que se largaba. ¡Y sin pagarme las deudas! Dani lleva

insistiéndome desde entonces en que le plante una denuncia, pero no se me dan demasiado bien los conflictos y tampoco quiero que mi madre se entere de lo tonta que he sido. Como consecuencia de haberme hecho cargo yo de esos gastos, me he quedado sin un euro y, si no le encuentro pronto sustituto, a ver quién es la guapa que paga este mes. Podría pedirselo a mi madre, diréis... Pues no. Eso nunca. Porque me soltará una perorata sobre el hecho de ser tan pánfila y crédula, y me sentiré también peor en relación con Víctor..., así que prefiero resolverlo sola.

Mi madre se mudó hace más de un año con su novio, con quien lleva dos años. Casi el mismo tiempo que nuestra relación lleva enfriándose más aún, algo que se originó tras la muerte de mi padre. Reconozco que no me sentó nada bien que conociera a alguien tan pronto y que lo vi como una traición hacia mi padre, aunque poco a poco he conseguido relativizarlo. Cuando me dijo que se marchaba a vivir con Ernesto me sentí aliviada porque así tendría más intimidad y no habría tantos roces entre nosotras.

Animada por Celia, decidí proponer a Víctor que se viniera al piso. En cuanto se lo comenté, se destapó la caja de Pandora.

—¿Vivir juntos?

Estábamos cenando en un Burger King, uno de sus lugares favoritos. Todo lo grasiento y perjudicial para la salud le encanta a Víctor. Y todos nos preguntamos cómo es que está delgado y tiene un cutis tan estupendo. Misterios de la vida.

—Cuando estaba a punto de poner los anuncios —le dije, y me encogí de hombros tratando de aparentar indiferencia—, pensé que podrías venirte tú. Nada, compañeros y ya está, por supuesto... Bueno, compañeros, compañeros... Somos amigos y algo más. ¡Y así no tendríamos que ser tan silenciosos cuando nos acostemos! —Me reí yo sola porque él se mantuvo muy serio.

—Eva, tía, es que yo estoy guay en casa de mis padres. No tengo que pagar nada y puedo ahorrar. Ya sabes que quiero comprarme ese bajo de dos mil euros del que te hablé.

El año pasado también se compró una batería. Le gusta tocar y se esfuerza, pero a mí no me parece que lo haga bien.

—Además, nosotros estamos genial como hasta ahora, ¿no? Con nuestra independencia y eso... Y he estado pensando en algo, nena. —Se terminó la última patata frita que le quedaba y sorbió de la pajita antes de continuar—: Llevamos ya un tiempo acostándonos solo tú y yo...

—Casi año y medio —le recordé.

—¡Año y medio, nada menos! —Soltó un silbido al tiempo que sacudía la cabeza. Me quedé callada, con la hamburguesa en las manos—. He pensado que deberíamos abrirnos.

—¿Cómo? —pestañeeé confundida.

—Ya sabes, conocer otra gente. Deberíamos disfrutar de nuestra juventud.

—¿Qué quieres decir?

—Que me apetece acostarme con otras chicas. Tú y yo podemos seguir viéndonos también, claro... Pero es que necesito vivir más experiencias, nena.

Reconozco que soy de las que cuando se acuesta con alguien no siente las ganas de hacerlo con nadie más. Y mucho menos si estoy enamorada. Entiendo que él quiera acostarse con otras, aunque me joda. Aun así, cuando me lo propuso me sentí..., no sé, como abandonada.

—Todavía nos queda un montón de vida por delante. Me encantas, nena, pero hay todo un mundo ahí fuera. —Y extendió los brazos para reafirmar su frase.

Unos días después le dije a Víctor que yo no era capaz de acostarme con otros y con él al mismo tiempo. Llegamos a la conclusión de que era mejor seguir siendo solo amigos y ya está, no tener más intimidad. Porque, en el fondo, yo sentía algo por él y no iba a estar cómoda sabiendo que se acostaba con otras y conmigo. Prefería cortar de raíz y regresar a la amistad que habíamos compartido antes de liarnos. Ahora, sin embargo, tampoco estoy segura de eso. Después de todo..., ¿puedo ser simplemente amiga de Víctor?

—¡Al menos se lo ha dicho a la cara! ¡Habría sido peor que fuera por detrás!

—Celia, bonita, ¡deja de ser tan *flower power*, que no vivimos en el mundo de los unicornios!

Mientras mis queridos amigos discuten, lo veo. A Víctor. En la pista, bailando con una morenaza de las que quitan el hipo. No corre ni una pizca de aire entre ellos. En el fondo no es raro que me lo encuentre aquí, estamos en un pub que frecuentan casi todos los jóvenes de entre dieciocho a veintipico, próximo a la zona universitaria pero famoso en toda la ciudad y al que Víctor y yo hemos venido más de una vez porque nos pilla cerca de nuestro barrio.

Agarro a cada uno de mis amigos de un brazo. Ellos siguen a lo suyo y les doy un pellizco.

—¡Ay! Pero ¡¿qué te pasa, Eva?!

Señalo hacia donde se encuentran Víctor y la chica, que cada vez le arrima más su firme trasero. Y él, en lugar de apartarse, se queda plantado en el mismo sitio y la coge de la cintura. Le ha faltado tiempo. Sin poder evitarlo, me entra un cosquilleo molesto en el estómago al verlo así.

—Lo que yo os decía —suelta Daniel con los brazos cruzados.

Por unos instantes no sé muy bien qué hacer. ¿Largarme e irme a casa, sola y cabreada? La verdad es que no soy así. ¿Me acerco y lo saludo porque somos amigos y personas civilizadas?

Celia y Daniel se mantienen a la espera de mi reacción y yo, poniéndome cada vez más nerviosa y con un sinfín de etimologías en mi cabeza, los abandono y me lanzo hacia la barra. El camarero está sirviendo un par de chupitos de tequila que, lo más probable, serán para las dos chicas que hay a mi lado. No les doy tiempo a cogerlos. Se los arrebato al barman y, ante la estupefacta mirada de ellas, me los bebo de golpe. ¡Dios, qué fuertes están!

—¡¿Qué haces, tía?! —chilla una con voz aguda.

Saco el monedero de mi bolso y planto, con un manotazo, un billete de cinco y una moneda de

euro en la barra. La noche de los jueves los chupitos cuestan un euro con cincuenta.

—Ponles cuatro. Las invito.

Me largo dejándolas con la boca abierta. Mis amigos, que han contemplado todo lo que he hecho, me siguen con la mirada. Dani tiene una sonrisa en el rostro y Celia parece patidifusa. Víctor está diciendo a la morena algo al oído y tienen las bocas cada vez más cerca. La presión que siento en el estómago se torna más real. Pienso en lo que opinan Celia y Dani: en que disfrute yo también. Pues... ¿por qué no? La noche es joven, yo soy joven y llevo bastante alcohol en las venas. Recuerdo que, desde que hemos llegado, Celia ha insistido en que hay un chico que me lanza miradas todo el rato. Lo busco por el pub y lo veo cerca de Víctor y su nuevo ligue. Qué casualidad. Tal vez esto sea cosa del destino. Es muy alto, de cabello castaño, ancho de espaldas, buen cuerpo. Justo en ese instante se da la vuelta y nuestras miradas conectan. También es bastante atractivo de cara. Un poco serio, pero eso le otorga un aire misterioso. Le sonrío, aunque él no me devuelve el gesto, tan solo sigue observándome con atención al tiempo que bebe de una copa con un líquido transparente. Me lanzo a la pista como un carnívoro en busca de su presa.

—¿Adónde vas, Eva?! —pregunta Celia.

Cuando me sitúo al lado del chico, estoy bastante cerca de la parejita, pero Víctor no repara en mí. Me arrimo sin ningún disimulo al desconocido y empiezo a bailar muy cerca de él. Dándole la espalda, bailo de la manera más desinhibida que sé. Por unos segundos, noto que estoy rozándolo con el trasero como un rato antes hacía la chica que está con Víctor. En otras circunstancias me habría muerto de vergüenza. Sin embargo, me digo a mí misma que esta noche voy a triunfar. Muevo las caderas al ritmo de la música y, entonces, noto una respiración en el cuello. Se me pone la piel de gallina cuando el chico toca mi hombro desnudo con los dedos y pregunta:

—¿Nos conocemos?

Por su tono de voz no parece molesto, sino curioso. Así que, envalentonada por el alcohol, el desplante de Víctor y la voz atrayente del desconocido, continúo bailando. En un intento de movimiento sexy, me vuelvo meneando la melena para soltarle algo como «No te conozco, pero me gustaría», y le derramo la copa encima. Él, con los brazos abiertos, mira su camisa empapada y luego dirige los ojos hacia mí. Le sonrío de forma coqueta y me dispongo a disculparme, pero antes de que pueda hacerlo me grita muy cabreado y en un inglés perfecto, por lo que adivino que no es español:

—*Are you crazy or what?!*

¿Que si estoy loca? Pero ¿qué dice este?

Y después se da la vuelta y me deja allí con la boca abierta.

2

Capullo

«Envoltura dentro de la cual se encierra el gusano de seda para transformarse en crisálida. También empleado como término malsonante y coloquial para referirse a una persona estúpida o molesta». Este último sentido es mi favorito para dedicárselo a ciertas personas.

Me quedo callada mientras lo veo alejarse, sin saber muy bien cómo reaccionar. Cuando logro hacerlo, decido seguirlo. ¿Quién se ha creído que es para hablarme de esa forma? ¡Tírarle la copa ha sido un accidente y me iba a disculpar!

Alcanzo al chico antes de que se pierda entre el gentío porque no consigue pasar. Quizá tendría que dejarlo estar y punto, pero mi vena impulsiva mezclada con el alcohol ha tomado el control. Le doy unos toquecitos en el hombro con el índice y le pregunto:

—¿Piensas que no te he entendido o que no sé inglés?

Echa un vistazo a su alrededor con un gesto petulante.

—Por lo que he constatado hasta ahora, el nivel de inglés en España no es que sea el mejor del mundo —replica.

¡Ja! Seguro que es el típico extranjero prejuicioso, porque desde luego español no es, aunque lo habla muy bien... Pero tiene un ligero acento que no logro identificar a causa del jaleo de la discoteca. ¿Acaso se cree que aquí todos somos unos zopencos en los idiomas? He conocido unos cuantos así debido a mi trabajo: para ganar algún dinerillo también doy clases de español de forma autónoma a algunos extranjeros y los ayudo con las correcciones de sus tesis o sus trabajos finales de máster y grado.

Ahora que me fijo bien en el chico, tiene aspecto de ser un pijo redomado. No deja de observarme con altivez. Lleva una camisa blanca de manga corta de Prada que contrasta con su piel bronceada, unos pantalones oscuros de aspecto caro también y el cabello castaño engominado con la raya al lado. Parece el típico estirado que te mira por encima del hombro...

¿Cómo puede haberme resultado, siquiera, atractivo? Debe de haber sido el Jäger, que es muy maquiavélico.

A pesar de su mirada burlona, no tengo por costumbre ser antipática. Además, como le he tirado la bebida encima, me propongo invitarlo a otra. Así que le digo en inglés:

—*Come on, I'll buy you a drink!*

Arquea las cejas, sin apartar su mirada de la mía.

—No, gracias, no necesito que me invites a ninguna bebida —responde—. ¿Y por qué no me hablas en español? ¿Tienes miedo a que lo hable mejor que tú? —Con una sonrisita engreída, desliza la vista de mi cara a mi cuerpo, y yo cambio el peso de un pie a otro.

¿Qué está insinuando este tío? ¡Es un capullo en toda regla! Ahora me arrepiento de haber meneado el culo delante de él, de haberlo seguido para intentar disculparme y de querer pagarle una copa. Pues va a quedarse sin ella, desde luego. Que se la costee él, que seguro que cada mañana se sumerge en una bañera de oro macizo llena de billetes.

A pesar de todo, no puedo mantener la boca cerrada.

—Perdona, pero no. No creo que controles la lengua mejor que yo.

Regresa su mirada a la mía y entorna los ojos. No sé qué se le estará pasando por la cabeza, aunque casi prefiero no saberlo. Y entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, dice:

—Eso habría que verlo. Tendrías que demostrarme de lo que eres capaz de hacer con ella.

El alcohol me nubla un poco la mente, por lo que no adivino en ese momento el doble sentido, y contraataco.

—Te lo demuestro cuando quieras. Soy filóloga y... ¡Oh!

Cierro la boca cuando, de repente, se arrima tanto que nuestros cuerpos vuelven a rozarse como en la pista. El pulso se me acelera. Se inclina hacia mí y a punto estoy de echarme hacia atrás, pero no lo hago. Su rostro está demasiado cerca del mío. ¿Qué va a hacer? Noto su respiración en mi boca. La suya, entreabierta, se aproxima a la mía. Sin apenas ser consciente, cierro los ojos. No soy capaz de controlar mi propio cuerpo. Pasan unos segundos en los que no ocurre nada y, cuando vuelvo a mirarlo, descubro que se ha separado y me contempla como si fuera una extraterrestre.

—¿Pensabas que iba a...? —empieza, pero alzo un dedo y le hago callar, muerta de vergüenza.

Se yergue y hace un gesto de disgusto, como si mi mera presencia le supusiera un horror.

—Como rechazas esa bebida gratis, me marcho.

No sé por qué le he informado de lo que voy a hacer, debería largarme y punto. No pinto nada aquí y, sin embargo, mis pies no se mueven. Supongo que mi mente no entiende por qué se ha pasado toda la noche mirándome y ahora es tan antipático conmigo. ¿Será porque le he arruinado la camisa?

—Pues no, no quiero tu bebida... Y la verdad es que no sé qué pretendías hacer en la pista, pero no me interesa para nada.

—Pero ¿qué dices?

—Que has sido tú la que se ha acercado a mí. Yo estaba tan tranquilo y tú has venido toda directa y luego me has seguido hasta aquí...

—¡Y tú te has tirado casi toda la noche lanzándome miraditas! ¡Y me has rozado la espalda! —exclamo—. Y... y... ¡has intentado besarme! —añado con voz aguda.

—¿Qué? —Suelta una risita irónica y niega con la cabeza—. No eres mi tipo. No me van las chicas que pueden causarme un ataque epiléptico. Si te miraba era porque es imposible apartar los ojos de esa... esa... ropa. —Baja su mirada hasta mi camiseta.

¡¿A qué viene este ataque tan ridículo y gratuito?!

Aunque, pensándolo bien, supongo que lleva razón en que no soy su tipo. Viéndolo a él, lo más probable es que le vayan las pijas con los morros llenos de colágeno, forradas e igual de estiradas.

Me ignora y se pide una botella de agua. Cuando se da la vuelta, continúo allí. Arquea las cejas y me mira desde su altura, que es mucha.

—Eh... ¿Necesitas algo? —me pregunta en su tono petulante.

—No, qué va, es que voy a pedirme una copa —miento, pero me lanzo a la barra.

—No pretenderás que te invite, ¿no?

—¡Por supuesto que no! Yo tampoco acepto invitaciones de antipáticos.

Sacude la cabeza mientras pasa por mi lado, pero antes de marcharse se inclina de nuevo hacia mí.

—En serio, si quieres ligar esta noche, conmigo lo tienes difícil —me susurra al oído—. A mí no me van tan... lanzadas. Y digo esa palabra por ser políticamente correcto, más que nada.

¡Será capullo! ¡Desde luego que jamás me acercaría a un tipo como este y mucho menos para ligar con él! Lo observo con los brazos en jarras y dejo que se marche. Ya me he cansado de tanta tontería. Segundos después, un poco más serena, barro el pub con la mirada y me percató de que Víctor ha desaparecido. ¿Se habrá ido con la morena? A unos metros de distancia descubro a mis amigos, que continúan plantados donde estaban.

—Menuda cara de perro que traes, Evi —me suelta Dani una vez que los alcanzo con andares apresurados.

—¡Jamás te había visto intentar ligar así con un chico! —exclama Celia.

—Bueno, es que me he dicho que por qué no ligaba yo también esta noche. —Resto importancia al asunto con una mano y me excuso—. También es verdad que el alcohol me ha nublado la razón. Me niego a beber más Jäger a partir de ahora.

—Siempre repetís lo mismo Celia y tú y siempre acabáis cayendo de nuevo. Menudas

reincidentes —se mofa Daniel—. Pero oye, lo que has hecho ha sido digno de una de las mejores actuaciones de Emma Stone. El pelo y las pecas las traes ya de serie.

—¿Y qué te ha dicho ese tío bueno? Porque de repente se ha ido a la barra y tú lo has seguido, y en un momento dado parecía que iba a bes...

—¡Es el mayor capullo que he conocido en mi vida! —corto a Celia con un grito, y ella abre mucho los ojos, sorprendida—. Es una de esas personas prepotentes y llenas de prejuicios.

—Vaya, pues la verdad es que era muy guapo. —Mi amiga se encoge de hombros y, de manera disimulada, lo busca con la mirada hasta dar con él.

Para mi sorpresa, se encuentra unos pasos más allá de nosotros, con otro chico.

—Guapo será, pero cuando te topas con alguien con esa actitud tan repelente se le quita todo el atractivo —replico.

Para mi desgracia, él está observándome de nuevo. ¿Y ahora qué quiere? ¡Parece que esté perdonándome la vida con esos ojos fríos y esa seriedad! Sin embargo, atisbo también en ellos algo que no logro entender, algo distinto... ¿Es curiosidad? No, no puede ser. Pero noto una sensación extraña en el cuerpo y me apresuro a desviar la mirada.

Poco después Celia, que no ha parado de bostezar, nos informa de que su Uber está al llegar y la acompañamos a la salida. Hace un rato que no veo al antipático desconocido por ningún lado, así que imagino que se habrá marchado. No obstante, cuando ya estamos cerca de la puerta noto un roce en la muñeca. Me doy la vuelta para averiguar de quién se trata y me topo con el capullo engreído. Bajo la vista hacia mi mano, pues aún está tocándome y siento un calambre que, en el fondo, no me disgusta. Por unos segundos vuelvo a pensar que tiene algo que llama la atención. No sé si es su altura, su piel bronceada o su mirada... También me doy cuenta de que, un poco más allá, un grupito de chicas se lo comen con los ojos mientras cuchichean entre ellas.

—¿Ya se va la señorita pelirroja? ¿Al final no has encontrado ninguna conquista? Pues es una pena porque son casi las cuatro de la madrugada y ya no vas a tener ningún éxito esta noche...

Pero... ¿quién se ha creído que es este gilipuetas? Me planto las manos en las caderas y en el tono más irónico posible le espeto:

—Tú, en cambio, con lo «majo» que eres seguro que ya habrás conseguido que unas cuantas caigan a tus pies. Dime, ¿cuántas han sido? ¿Cero? ¿Menos diez?

El chico curva el labio superior ligeramente hacia arriba. ¿Ha sido eso un atisbo de sonrisa? ¿Y qué confianzas son esas para llamarme «pelirroja»? Vuelve a mirarme de arriba abajo y recuerdo que, hace un rato, se ha metido con mi camiseta naranja fosforito. ¡Una de mis favoritas! De modo que rápidamente le doy la espalda. Y entonces noto que le he golpeado con mi larga melena en toda la cara.

—*Fuck!* —grita.

Esbozo una ancha sonrisa al oír su exabrupto. ¡Nadie se mete con mi camiseta! Además, se

merece el golpe por ser una maldita pesadilla.

Una vez fuera, mis amigos guardan silencio, aunque intercambian miradas de soslayo.

—Se supone que de Víctor te atraía esa actitud prepotente y chulesca, ¿no? —se atreve a decir Dani.

—No, no te equivoques —le rebato con un dedo en alto—. Víctor nunca ha sido como ese tío. Puede que sea un pelín creído, como él, y que a veces se le vaya la pinza, pero nunca se ha metido conmigo ni con mi forma de vestir —les recuerdo—. Ese tipo, en cambio, ha sido un capullo integral.

Dani contempla mi camiseta unos segundos con las cejas arqueadas.

—Chica, es que te colocamos en plena Quinta Avenida y te confunden con un cartel de neón.

Le lanzo una mirada asesina y le hago un corte de mangas. Mientras tanto, Celia ya está subiendo en su Uber e ignoro a Daniel para despedirme de ella. Después los dos decidimos que también es hora de marcharnos porque, además, él tiene que levantarse en menos de cuatro horas para ir al trabajo. Compartimos el taxi, y cuando ya nos encontramos cerca de mi casa —es la primera parada— me coge de la mano.

—Ni Víctor ni ese tío te merecen —me susurra—. Estás muy por encima de ellos, Evi. Lo que necesitas es un chico guapo, inteligente, amable, ingenioso... con el que puedas compartir esas pasiones tuyas y pasarte horas hablando de libros y palabras.

—¿Existe algún chico así por ahí? De momento solo los he encontrado en la ficción —murmuro, y mi amigo ladea el rostro con una sonrisa.

El taxi se detiene delante del portal del edificio donde vivo. Le dejo a Dani un billete de cinco euros para que pague mi parte. Me inclino y le doy un abrazo.

—Gracias por la noche de hoy, la necesitaba.

—Y yo mañana voy a necesitar un cubo de café, pero... ¡lo que sea por mi mejor amiga!

Celia, Daniel y yo nos chinchamos en ocasiones, como seguramente sucede en todos los grupos de amigos, pero siempre estamos ahí para escucharnos los unos a los otros, nos tenemos tanta confianza que hasta el tema más vergonzoso se convierte en uno divertido. Nos apoyamos, nos ayudamos, hacemos locuras juntos y, lo que demuestra que la nuestra es una amistad auténtica, es que pensamos en voz alta delante de los otros y, sobre todo, nos mostramos tal como somos.

Nada más entrar en casa, dejo el bolso en la consola y la fina chaqueta en el perchero. Me dirijo a toda prisa a mi dormitorio y me lanzo a la cama. De súbito aparece en mi cabeza el capullo de esta noche y suelto un bufido. Me acomodo de lado y cierro los ojos, dispuesta a dormir sin desvestirme siquiera, por el cansancio. Entonces Víctor y aquella chica se abren paso en mi mente. ¡Maldita sea! ¿Es que nadie va a dejarme en paz?

Me tapo la cara con la almohada, maldiciendo y rogando para que el sueño me venza pronto.

«Proveniente del idioma griego. Derivado del verbo “sebázo”: reverenciar, honrar». Aunque, en este caso, su portador no merece ninguna reverencia.

El lunes me levanto temprano, como de costumbre, para ir a la facultad. Es mi espacio seguro, en él me siento feliz y cómoda entre libros y palabras. Lo reconozco: me gusta estudiar y, en ocasiones, puedo ser bastante competitiva en este ámbito.

Una vez en la cocina, me preparo un tazón de leche con cacao. Dani aún se ríe de mí respecto a esto, a pesar de conocerme desde hace tantos años. Pero yo no soy mucho de cafés, a no ser que lleven una cantidad ingente de azúcar, caramelo, chocolate o nata, y sé que esas opciones no son muy buenas para mis arterias.

Apenas tardo en la ducha y en vestirme, por lo que una hora después salgo a la calle con BTS —una de mis bandas K-pop favoritas— resonando en mis oídos. De camino a la facultad me encuentro con algún que otro conocido del barrio. No sé sus nombres, pero de tanto vernos ya hasta nos saludamos. Como la mujer bajita de pelo violeta que pasea cada mañana a su yorkshire o el chico de treinta y pocos años trajeado que me sonríe cada vez que me ve y que creo que a Dani le molaría. El trayecto hacia la Universidad de Barcelona, por la Gran Vía de les Corts Catalanes, es uno de mis favoritos. Me gusta adivinar el destino de la gente con la que me cruzo e imaginar posibles historias.

En tan solo veinte minutos me planto en la entrada de la facultad de Filología y comunicación y, como cada mañana, alzo la vista y contemplo la imponente fachada de uno de los edificios históricos —conocido como la Universidad Central— más bellos de la ciudad. A simple vista, se diría que es un lugar regio y austero, pero una vez dentro destaca el contraste entre la tradición y la modernidad, que no solo se reduce al edificio neogótico. A pesar de ser la más antigua, también es la universidad líder en el campo de la investigación. Incluye patios con plantas y árboles en los que pierdo la noción del tiempo en muchas ocasiones ya que no parece que estés en pleno centro de Barcelona. A mucha gente le llama la atención también que en el interior del edificio haya galerías de arte, especialmente la de fotografía en la primera planta. Cuando

traspaso las puertas de la facultad, siempre me imagino que he entrado en Hogwarts. Lo siento, una que es un poco friki.

Saludo a un par de compañeros con los que me cruzo por los pasillos y me voy directa al aula donde se imparte la primera clase de los lunes, una de mis favoritas: Historia de la lengua española. La imparte Rafa, que es mi tutor desde el año pasado y se ha convertido en una de las personas más importantes para mí. Compartir despacho con él gracias a la beca de colaboración está siendo una experiencia maravillosa, ya que es un hombre muy inteligente —aunque algo despistado— y lo considero como un segundo padre. Cuando regresé tras la muerte del mío, me ayudó tanto que pasó a ser más que un simple profesor. Tenemos tanta confianza que él me cuenta cosas de su familia —¡hasta he cenado con su esposa y su hija y son encantadoras!— y yo le hablo de mi vida e incluso de mis rayadas mentales.

Para ser sincera, tendría que haber terminado la carrera hace casi dos años. Siempre he sido una buena estudiante y desde el instituto supe que quería dedicarme a algo relacionado con la lengua. Pero la muerte de papá nos pilló por sorpresa: un accidente de tráfico causado por un conductor que esa noche había decidido beber más de la cuenta. Fue bastante duro porque yo era la niña de los ojos de mi padre y él era todo mi mundo. No tenía secretos para él, y me escuchaba siempre e intentaba darme los mejores consejos. Tras su muerte me vine abajo, no sabía cómo continuar sin él. Al principio me sumí en un estado de tristeza y apatía que no me permitía hacer mi vida. Dejé aparcada la carrera y asistí a terapia. Cuando empecé a sentirme mejor, me di cuenta de que quería seguir estudiando. Deseaba hacer lo que sabía que a mi padre le habría gustado que hiciera. Me importaba que se sintiera orgulloso de mí, allá donde se encontrara. Siempre me había animado a perseguir mis sueños, como había hecho él. Todavía lo echo mucho de menos, pero ya no duele. Ahora lo recuerdo con cariño y nostalgia, y trato de recordar todos los momentos bonitos que vivimos juntos.

Cuando papá falleció, mi tutor de la facultad —por aquel entonces aún no lo era, pero sí uno de mis profesores favoritos— se alegró mucho con mi regreso y me animó a pedir una beca de colaboración que me ayudaría a tener un mejor expediente, en caso de que quisiera hacer un doctorado. Aún sigo dándole vueltas. Es la primera vez que tengo dudas en elegir. Me interesan las investigaciones relacionadas con la lingüística aplicada a la enseñanza de lenguas. Pero un doctorado me quitaría muchos años, y lo que ahora mismo sueño es irme al extranjero para seguir formándome y, tal vez, trabajar allí. Sé que a Rafa le gustaría que hiciera un máster y el doctorado, pero no sé si sería capaz de pasar tanto tiempo de mi vida dedicada al estudio y la investigación, por mucho que lo ame.

Cuando acaban las clases a mediodía, me dirijo a toda prisa al despacho de Rafa para terminar unos asuntos antes de irnos a comer. En cuanto entro, me saluda con una sonrisa bonachona medio oculta por su ancho bigote y me pregunta por mi fin de semana. Tras charlar unos

minutos, me siento a la mesa destinada a los alumnos colaboradores y saco mi portátil. Una vez encendido, entro en una página donde se anuncian pisos para compartir y preparo el mío.

Rafa, que deambula por el despacho en busca de algún papel o libro, se detiene a mi lado.

—¿Aún sigues con la búsqueda? —me pregunta.

—La verdad es que no me puse demasiado en serio. Pero debo hacerlo ya, que los gastos no se pagan solos. Además, el piso está tan vacío...

Mi profe favorito apoya una de sus enormes manos en mi hombro, en un gesto de comprensión. Sabe que desde que murió mi padre la soledad es algo a lo que no me enfrento del todo bien.

Tras poner un anuncio que espero llame la atención, me centro en mi tarea del día y me paso un rato enfrascada en un texto en castellano antiguo que tengo que corregir. Es Rafa el que tiene que avisarme de que deberíamos ir a comer algo. Ordeno los papeles y me levanto para acompañarlo a la cafetería. Él está rebuscando algo en los bolsillos de su americana.

—Puede que me haya dejado la cartera en casa...

En ese momento llaman a la puerta y Rafa levanta la cabeza como un resorte. Sus ojos brillan.

—¡Ah, debe de ser el nuevo estudiante de intercambio! —Se me queda mirando con una sonrisa de disculpa—. Quería contártelo antes, pero se me ha pasado. No sé dónde tengo la cabeza.

—¿Compartiré horas conmigo o con Carmen? —inquiero con curiosidad.

Carmen es una doctoranda que, en breve, presentará su tesis, y cuando no estoy yo en el despacho está ella. Alguna vez hemos coincidido y charlado. Es muy simpática, perseverante y trabajadora, y su investigación sobre los mecanismos de expresión de la agresividad verbal en el español me resulta muy interesante.

—En realidad, debía recibirlo Nuria porque es su tutorando, pero como hoy tenía una reunión me ha pedido que lo haga yo —continúa Rafa. Nuria es otra profesora de la facultad, aunque pertenece al departamento de Literatura. Sin embargo, Rafa y ella son muy amigos desde hace muchos años—. ¿Puedes abrirle tú, Eva?

Me dirijo a la puerta y, al abrirla, me topo con una cara familiar: una muy atractiva, para qué negarlo, pero con la que no quería volver a encontrarme. El dueño del rostro se pone serio y me dedica una mirada fría en cuanto me reconoce.

—*Hi, little redhead.*

¿Me ha llamado «pelirrojita»? ¡¿De qué va?! Tal como me sucede cuando estoy nerviosa, actúo sin pensar y, en lugar de saludarlo o hacerle pasar, le cierro la puerta en las narices ante su estupefacta mirada.

—¿Ocurre algo, Eva? —pregunta Rafa a mi espalda. Se acerca observándome con extrañeza y entonces abre él la puerta—. ¡Hola! Eres Sebastian Wright, ¿verdad?

Sebastian. Así se llama el extranjero antipático, y me anoto mentalmente buscar el significado de ese nombre en cuanto pueda. Es otra de esas aficiones mías que a Daniel y a Celia les hace tanta gracia. Por cierto, el nombre de mi amigo proviene del hebreo y significa «Dios es mi juez», aunque no le pega mucho porque Dani es agnóstico, a diferencia de sus padres, que son bastante creyentes y acuden a misa todos los domingos. El de mi amiga tiene su origen en el latín y significa «cielo». Creo que a ella sí le encaja, pues Celia es una persona brillante, con toda esa bondad y energía positiva.

Dejo de pensar en todo eso y me centro en los ojos burlones y fríos que me observan mientras su dueño charla con Rafa. Cuando este regresa al interior del despacho en busca de la cartera perdida, Sebastian se inclina hacia mí.

—Ya veo que ha sido tanta la emoción de verme que se te ha escapado la puerta —me dice por lo bajo.

—Eres la última persona en el mundo a la que habría querido ver de nuevo —replico con un volumen de voz más alto que el suyo.

Rafa se vuelve hacia nosotros y dibuja una sonrisa.

—¿Os conocéis?

—No, no tengo la suerte.

Sebastian ha respondido antes que yo, pero ese «suerte» ha sonado muy sarcástico.

—La verdad es que sí es una suerte que vayáis a coincidir. Eva es una estudiante magnífica y, por lo que Nuria me ha comentado, tú eres un genio. Así que la unión de dos mentes como las vuestras puede dar lugar a algo maravilloso.

Espera, si no he entendido mal... ¿Genio, el tipo este? ¿Rafa ha dicho «coincidir»? Se supone que es un doctorando de Literatura, no de Lengua. ¿Y qué significa eso de unir nuestras mentes? Prefiero que ninguna parte de mi cuerpo se una a este tipo engreído.

Rafa sale del despacho al fin y nos insta a seguirlo. Tras cerrar la puerta con llave, rodea los hombros de Sebastian de forma amistosa. Los dos son igual de altos y yo, al lado de ellos, me siento diminuta. Mientras esperamos el ascensor, pienso en que no me ha hecho mucha gracia que, supuestamente, el capullo sea una mente brillante. No sé si he mencionado antes que soy un poco competitiva.

—Estábamos a punto de irnos a comer. ¿Quieres acompañarnos, Sebastian? —lo invita mi tutor.

—Llámeme Bastian... Y, por supuesto, me encantaría —responde al tiempo que me lanza una mirada de reojo que se me antoja como un «fastídiate, que voy a molestarte un poco más».

—¡No me hables de usted! ¡Tutéame! ¡Vamos a pasar bastante tiempo juntos!

Frunzo el ceño y, como estoy de cara al espejo del ascensor, reparo en mi cara de susto. El

despacho de Nuria está en la otra punta respecto al de mi tutor, así que no entiendo nada. Como si Rafa leyera mi mente, explica a Sebastian:

—Van a hacer unas obras en el despacho de Nuria. Me pidió como favor si podía acogerte en el mío durante este tiempo, que aún no sabremos cuánto será. Carmen, una de mis doctorandas, estará fuera un par de meses, así que ha venido todo que ni pintado porque solo estaréis Eva, que es mi becaria colaboradora, y tú.

¡¿Qué?! En serio, no quiero compartir aire ni espacio y tampoco ni una milésima de segundo con este chico después de lo de la otra noche y del encuentro de hoy. No voy a estar cómoda en presencia de Sebastian porque me pone nerviosa y me cabrea. Y, para colmo, al mismo tiempo noto una sensación extraña —y no desagradable— en el cuerpo cuando me mira... Y, por cierto, no para de echarme miraditas de reojo.

Mientras piden la comida, aprovecho para enviar a mis dos amigos un bombardeo de mensajes en el chat de WhatsApp que compartimos.

A que no sabéis quién está aquí, en la facultad?! Es que no puedo creérmelo!
Siempre he afirmado que no existe el karma, pero ahora mismo estoy pensando que en el pasado
debí de ser Mussolini y estoy pagándolo en esta vida!

Daniel es el primero en contestar. Estará en su pausa de la comida. Celia, en cambio, estará sirviendo platos y no tendrá el móvil a mano.

Qué dices, Evi? Mira que eres dramática a veces! Quién está ahí?

El tipo del pub de la otra noche! Dice mi tutor que durante un par de semanas trabajará en su
despacho...

El mismo en el que me paso horas encerrada! Estoy a punto de cortarme las venas con las
páginas de algún libro.
Con La Regenta, por ejemplo

Venga, Eva, ya será para menos.

Llevas compartiendo espacio con un capullo desde hace tiempo, ya estás acostumbrada, así que por uno más... Jajaja

Se refiere a Víctor, claro. Abro la cámara y me saco una foto haciendo una mueca para enviársela a Daniel, que me contesta con otro «jajajaja» y con el emoticono de la flamenca.

—Por cierto, con las prisas no os he presentado antes como es debido. Ella es Eva Martínez —dice Rafa una vez que nos sentamos a una mesa libre.

—Encantado —contesta Sebastian con su habitual seriedad porque, para no faltar a la verdad,

aún no lo he visto sonreír... Bueno, al menos a mí.

Se ha pedido una simple ensalada. Me pregunto si será vegetariano... Porque de algún modo ha de mantener, por fuerza, ese cuerpo de gimnasio. O quizá lo que pasa es que es tan estirado que la comida de la facultad le parece poca cosa para él.

Arquea las cejas cuando ve que saco un táper de mi mochila. Necesito ahorrar, y más ahora con lo del piso. Supongo que él no tendrá problemas de dinero con el Rolex que lleva y las Balenciaga que calza en los pies. Una vez vi en un programa de televisión que un par podía costar alrededor de ochocientos euros.

Rafa cuenta a Sebastian que soy una de las mejores alumnas que ha pasado por su departamento y un as con las etimologías y con las transcripciones, así como con la lingüística aplicada a la enseñanza de español como segunda lengua.

—También es buena en literatura. Devora libros —añade, y aparece una sonrisa debajo de su bigote.

He ido poniéndome roja a medida que mi tutor hablaba de mí porque, aunque soy competitiva y conozco mis capacidades, también soy algo tímida para los halagos. Además, no entiendo por qué Sebastian —alias Capullo Estirado a partir de ahora— hace gestos extraños con la cara como si le sorprendiera todo lo que Rafa dice de mí. A continuación, es su turno, y mi tutor me habla de él. Descubro que proviene de San Francisco, pero que desde muy niño ha veraneado en Marbella —¿por qué no me sorprende?— y lleva estudiando español desde que pisó nuestro país por primera vez, de ahí que tenga ese pedazo de nivel. Casi habla como un nativo, aunque presenta un ligero acento. Tiene veinticinco años y se quedará en la facultad hasta marzo. ¡Maldita sea, que estamos apenas en noviembre! ¿Durante cuánto tiempo tendré que compartir despacho con él?

A pesar de todo, he de reconocer que cuando nos habla de su investigación siento mucha curiosidad. Sebastian estudió en Estados Unidos Literatura comparada —la terminó antes de lo esperado— e hizo un máster en Estudios narrativos, y ahora está escribiendo una tesis sobre los cuentos tradicionales. Para mi sorpresa, entre los temas que toca está el de la identidad femenina en dichos cuentos. Si el otro día en el pub me llegan a decir que es un doctorando interesado en algo como esto, me habría reído a carcajadas. Por su aspecto lo habría situado en un despiadado bufete de abogados o algo así. O tal vez habría dicho que era un modelo engreído. ¿Eh? ¿Cómo que modelo? ¿Por qué he pensado eso? Vale, sí, es muy atractivo. No un guapo de manual, sino de esos que tienen un «no sé qué que... ¡qué se yo!». Tiene unos labios carnosos, una mirada intensa, un pelo bonito y un buen cuerpo.

«¡Eva! Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué te pasa?», me recrimino en silencio.

—Aparte de estudiar, en sus ratos libres Eva da clases de español a extranjeros. Así que si necesitas ayuda, no dudes en pedírsela —dice Rafa a Sebastian, mientras se come un flan. Le

encantan los postres y los dulces. En ocasiones le traigo al despacho una caja de bombones y no le duran ni dos días.

Lo miro con las cejas arqueadas y mala cara, y él, que no se ha dado cuenta por su nivel de despiste, sonrío a Sebastian. Se habrán pensado que soy una ONG porque, como no tengo suficiente faena ya, pues por un poquito más no pasa nada.

—Claro —asiento con una sonrisa apretada. No quiero parecer una antipática delante de Rafa.

—Estoy deseando conocer ese magnífico dominio de la lengua que posee Eva —declara Sebastian con retintín.

Ha apoyado la barbilla en el hueco de una mano y me observa con suma atención de arriba abajo. ¿No va a apartar nunca sus ojos de mí? Pues si se cree que podrá conmigo, lo lleva claro. Puedo pasarme un buen rato mirándolo sin parpadear. Esta batalla de contacto visual con cara de malas pulgas no me la va a ganar.

Creo que la tensión que hay entre nosotros podría cortar el aire y, sin embargo, Rafa parece no darse cuenta, porque exclama tan feliz:

—¡Qué bien os vais a llevar!

Cuando acabamos de comer regresamos a los pasillos de la facultad. A mí me queda un rato para terminar mis tareas de hoy. Después, decido, me acercaré a casa de Celia para contarle todo.

Mi tutor se va un momento al aseo y nos deja solos. Tengo una copia de las llaves del despacho, así que las busco en la mochila para abrir la puerta.

—Tu armario debe de ser un circo —oigo decir a Sebastian a mi espalda.

Me vuelvo de golpe hacia él y le lanzo una mirada asesina. Entiendo por dónde van los tiros; ya es la segunda vez que se mete con mi atuendo. En la cafetería me he sentido un poco mal por comportarme de manera tan prejuiciosa respecto a él, ya que de normal no soy así, pero la verdad es que está siendo un maleducado conmigo.

Desliza la mirada hasta mi vestido con la imagen de Jack Skellington, el protagonista de *Pesadilla antes de Navidad*, y después baja hasta mis medias de color rosa eléctrico.

—No todos contamos con la magnífica suerte de poder llevar unas Balenciaga —contraataco, en tono irónico, al tiempo que señalo sus pies.

—Vaya, pero ¿si conoces la firma Balenciaga!

Compongo una sonrisa de lo más falsa y luego decido ignorarlo, de modo que le doy la espalda y abro, ahora sí, la puerta del despacho. Él se queda en el vano; a mí no me apetece seguir fingiendo simpatía, así que ni le invito a pasar. Segundos después regresa Rafa y lo insta a entrar. Me siento a mi mesa, al otro extremo de la sala, pero poco me dura la calma porque Rafa anima a Sebastian a ocupar la que se encuentra justo frente a mí. Ay, Dios mío, ¿voy a tener cada día la mirada del Capullo Estirado clavada en mí? De hecho, ya ha empezado a hacerlo, porque mientras espera a que Rafa le informe de sus horarios sigue con los ojos cada uno de mis

movimientos. Cuando ya tengo todos los papeles encima de mi mesa, intento no pensar más en este pesado y concentrarme en mis tareas. Parece que lo logro porque ni siquiera me doy cuenta de que Rafa y él han terminado de hablar hasta que levanto la cabeza y me topo con que mi tutor se encuentra frente a mí diciéndome algo.

—Eva siempre es así... —Rafa se echa a reír—. Cuando se pone a trabajar, se olvida de todo lo demás.

—Puedo asegurar que me ocurre lo mismo —reconoce Sebastian.

Por unos segundos vuelvo a sentir curiosidad y hasta cierto reconocimiento, y no puedo evitar sonreír. Pero se me pasa pronto cuando el capullo me dedica una mirada de disgusto.

Rafa le da unas palmaditas amistosas en la espalda y, de repente, como si se le encendiera una bombilla, nos mira.

—¿Y qué tal por aquí, Sebastian? —exclama—. ¿Te gusta el piso donde vives?

El capullo desvía la vista hacia mí, como si le repeliera la idea de hablar estando yo delante, pero al final responde.

—El piso no está mal... Sin embargo, no me siento a gusto con mis compañeros —dice con desgana y en un tono tan lineal que parece que hable un robot—. No tenemos una buena relación.

Casi se me escapa que no me sorprende, pero por suerte me controlo. Es que con esa actitud de prepotente estirado, ¿cómo va a llevarse bien con alguien? Si seguro que detesta al resto de los seres humanos por no ser tan perfectos e inteligentes como él.

—Sus compañeros hacen fiestas hasta las tantas y... fuman. —Rafa ha bajado la voz como si me contara un gran secreto.

Me mantengo callada e imagino a Sebastian encerrado en su habitación con cara de mustio mientras sus compañeros de piso bailan, beben y se divierten. Vale, se me está yendo la boca. Solo digo todas estas cosas porque él no me cae bien, no tengo nada en contra de nadie.

—Sebastian, pues seguro que aquí sí estarás a gusto con nosotros. Creo que Eva y tú os podríais llevar muy bien. Charlando de literatura y de lengua... De paso, tú, Eva, practicas inglés, y tú, Sebastian, español.

Pobre Rafa, en ocasiones es muy ingenuo. No se da cuenta de la tensión que hay entre nosotros. Ni se imagina que, cuanto más tiempo pasemos juntos, peor nos caeremos. Que no hablaremos ni de lengua ni de literatura, y si lo hacemos me temo que será para discutir o retarnos.

Un rato después el silencio reina en el despacho mientras los tres trabajamos en nuestras tareas. En un momento dado, Rafa anuncia que necesita fotocopiar unos textos. Nunca me lo pide directamente, pero suelo ofrecerme para hacerlo. Aún con la vista clavada en la transcripción de una palabra que se me ha atascado, me levanto de manera casi automática y,

entonces, me choco con algo muy duro. Se me escapa una exclamación y, al alzar la cabeza, veo a Sebastian plantado delante de mí con un fajo de folios en las manos. Estiro las mías, dispuesta a arrebátárselos, pero se echa hacia atrás y me mira con una ceja arqueada. Elevo la barbilla en un ademán retador que él ignora pasando por mi lado.

—¡Muchas gracias, Bastian! —exclama mi tutor sin apartar la vista del ordenador.

Me vuelvo a tiempo de ver la última mirada cargada de intención que me dedica Sebastian. ¡Joder, además de capullo, pijo, estirado, engreído y prepotente también es un pelota!

Por favor, que no duren mucho las obras del despacho de Nuria porque no soy una persona demasiado paciente.

Insoportable

«Muy incómodo, molesto y enfadoso». Deberían incluir la foto de Sebastian debajo de la definición.

Disfrutando de la compañía.

Víctor posteó anoche una foto —de esas artísticas en blanco y negro— en su Instagram junto con ese texto. Aparece casi besándose con la chica de la discoteca, y es una imagen bastante sensual, para qué mentir. Nosotros no solíamos hacernos fotos y mucho menos las subíamos a las redes sociales, sobre todo porque él afirmaba que solo son un escaparate para el postureo. Parece ser que ha cambiado de opinión, y está en todo su derecho, que conste, pero me molesta, lo reconozco. Porque aún sigue despertando algo en mí, incluso con una simple foto. En persona es aún peor. No puedo evitar sentirme atraída por su aspecto de roquero de los noventa, con los oscuros mechones del flequillo cayéndole por delante de los ojos, los tatuajes que le recorren la piel, los vaqueros que siempre le quedan como un guante. Dani dice que es un intento de Shawn Mendes de pacotilla —porque amamos a Shawn—, y yo soy la primera en declararme culpable por haberme colado por un cliché con patas.

Conocí a Víctor en mi época universitaria, aunque vivimos en el mismo barrio desde siempre. Empezamos a coincidir en terrazas de bares y de fiesta alguna que otra noche con nuestros respectivos grupos de amigos, y en una de esas me pidió mi número. Dos días después ya me escribía para quedar. Nos caímos bien y me gustó el hecho de que no fuera a saco, aunque desde el comienzo sospeché que no se lanzaba porque yo no era su tipo y, además, ya tenía a otras para ligar. Nos hicimos amigos y, durante un tiempo, no pasamos de ahí. Pero, poco a poco, empezamos a sentir más atracción... Vale, a mí me atraía desde el principio, lo reconozco. Fuera como fuese, Víctor dejaba caer alguna pullita, yo la ignoraba, disimulaba o le replicaba con algún comentario que procuraba que fuera inteligente, y entonces él me dedicaba una de sus sonrisas ladeadas acompañada de un lacónico gesto para apartarse el flequillo, y yo sentía que mi pulso se aceleraba y deseaba que esos labios carnosos me besaran. Pero también me decía a mí misma que Víctor era un picaflor y que eso no iba conmigo. Había tenido dos novios y me había enrollado con algún que otro chico, por supuesto, pero me parecía que con Víctor era distinto.

Acabé coladita por él y, al final, caí. Una noche de fiesta bailamos demasiado cerca, con el consiguiente peligro. Víctor me echaba la caña cada vez más. Y, cuando me quise dar cuenta, estábamos besándonos como si no hubiera un mañana. Víctor besaba más que bien y me chiflaba su sabor a menta.

Vuelvo al presente y lanzo un último vistazo a la foto.

—Que te aproveche la compañía —digo entre dientes como si Víctor pudiera oírme.

Bloqueo el móvil con un suspiro y continúo a lo mío. Estoy en el despacho revisando mi proyecto, completamente sola ya que Rafa está en clase. Pensé que tendría que soportar a Sebastian. De hecho, ha sido despertarme esta mañana y su mirada penetrante es lo primero que me ha venido a la cabeza. Se me cae el mundo encima de imaginarme unas cuantas horas compartiendo este pequeño despacho con él. Pero tal vez haya cogido un virus intestinal y no venga, me digo. De repente, la puerta se abre con un golpe seco y el rey de Roma entra con semblante hosco y la mirada clavada al frente. No atino a reaccionar hasta que se sienta delante de su escritorio frente a mí, ignorándome por completo.

—Buenos días, ¿eh? —digo unos segundos después.

No responde y se toma su tiempo para sacar el portátil de la funda, una taza sobria de color negro, un termo del mismo color, un bolígrafo, un lápiz y unas gafas. Sebastian usa gafas. Y cuando se las pone está más atractivo que cuando no las lleva. Y yo lo estoy mirando, y él se da cuenta y me mira también.

—Ah, ¡estás aquí! —suelta con indiferencia—. Como hoy no llevas un árbol de Navidad encima, no te había visto. —Aprieta los labios en una mueca extraña y, arrastrando las palabras, añade—: *Good morning, little redhead*.

Contengo un bufido. ¿De qué va? Quizá no debería entrar en su juego y sería mejor pasar de dirigirle la palabra, pero su actitud de sobrado me irrita.

—Esta pelirroja tiene nombre.

Sebastian se rasca la barbilla como si estuviera reflexionando.

—Hummm, sí... ¿Cuál era? Emma, ¿verdad?

Le lanzo una mirada mortífera a la que tan solo responde ajustándose las gafas y agachando la cabeza.

—Sabes perfectamente cómo me llamo —farfullo entre dientes.

Sebastian aparta la vista del portátil, se quita las gafas y clava sus ojos en los míos.

—Como la primera pecadora.

—Como la primera madre en el mundo —replico—. Que sepas que el nombre Eva proviene de la palabra hebrea *chavah*, que significa «la vida».

Me contempla con gravedad y luego, sin añadir nada, desvía los ojos hacia el portátil y se pone las gafas de nuevo. Me muerdo el labio inferior, conteniéndome para no soltar un gruñido.

Sin embargo, pasado un rato apenas puedo concentrarme en mi tarea. Sebastian no teclea en el portátil, lo que hace es aporrearlo. Si me acercara, no me extrañaría descubrir que le falta alguna tecla. Suelto mis apuntes y lo miro con disimulo. Bajo sus ojos destacan dos círculos oscuros. Vaya, don Perfecto no ha dormido bien.

—¿Una mala noche?

Aunque he tratado de sonar simpática, Sebastian desliza los ojos hacia mí con suma lentitud y me observa como si quisiera estrangularme.

—No es de tu incumbencia.

Resuelvo que, por borde, no voy a hablarle durante todo el tiempo que pase en la facultad. Cojo el móvil y escribo a mis amigos, muy ofendida.

El pijo está ganándose una enemiga.

Y puedo ser una terrible

Qué pasa, Eva? Noto desde aquí unas malas vibraciones emanando de ti. Por qué no te pones a respirar un ratito?

Evi, hazle una foto disimuladamente y envíanosla.

Necesito alegrarme la vista

Qué dices, Dani? No voy a hacer eso!

Solo falta que me pille y se piense que me mola o algo. Seguro que sería capaz de denunciarme al decanato por acoso

Dani me envía una selfi en la que se ven sus manos juntas en señal de súplica. Se me escapa una risa y, con el rabillo del ojo, veo a Sebastian arrugando el ceño. Lo ignoro y continúo mensajeándome con mis amigos. Al poco, Sebastian carraspea y, cuando lo hace por segunda vez, entiendo que está tratando de llamar mi atención. Aparto la vista del móvil y lo miro con curiosidad.

—El pitidito de tus notificaciones no me permite concentrarme —me dice con cabreo.

Esbozo una leve sonrisa ladeada.

—Pensaba que te gustaba el ruido a juzgar por los mamporros que das a tu teclado.

—¿Mam... qué?

Justo en ese instante entra Rafa cargado de libros y yo, espoleada por un impulso competitivo, me levanto de la silla de un brinco y corro para ayudar a mi tutor. Sebastian también ha hecho amago de ponerse en pie, pero no ha sido tan veloz. Chúpate esa.

—¡Buenos días, chicos! ¿Qué tal? ¡Qué estupendo encontraros a los dos aquí juntos! —Rafa

se queda con la mitad de los libros y le cojo los otros—. Muchas gracias, Eva. —Se encamina hacia su mesa y, en cuanto dejamos todo sobre ella, ladea la cabeza en dirección a Sebastian—. Vaya, Bastian, no tienes muy buena cara.

Este se quita las gafas y se pellizca el puente de la nariz. Por unos segundos pienso que va a contestar con malas maneras al pobre Rafa; sin embargo, le responde en un tono calmado y afable.

—Anoche vino más gente al piso y estuvieron hasta las tantas fumando y bebiendo. Creo que no pude dormir hasta las tres.

—¿Deberías llamar a la policía!

—No me sentiría bien haciendo eso —dice, tan bajito que creo que lo he imaginado. ¿El capullo prepotente tiene sentimientos?

Rafa se vuelve hacia mí y, lanzándome una de sus sonrisas más brillantes, me pregunta como quien no quiere la cosa:

—¿Ya tienes compañera de piso?

—Pues... no, pero... —Cojo el móvil y finjo que me ha llegado un mensaje—. ¡Ah, mira! ¡Acaban de confirmarme una visita para esta tarde!

—Vaya... —Rafa se encoge de hombros.

El resto de la mañana apenas avanzo en mis tareas, pues la mente se me va a Víctor, al asunto del piso y a Sebastian, a quien de vez en cuando miro de reojo. Siempre lo encuentro enfrascado en su trabajo. Qué rabia que se concentre tan fácilmente.

Charlo un ratito con Rafa sobre el último libro que he leído. Sebastian se inmiscuye para dejar claro que la obra de la que hablo es la peor del autor. Lo fulmino con la mirada. Debe de ser de esos que creen que tienen la razón absoluta.

Casi al final de mi jornada llaman a la puerta y, segundos después, asoma la cabeza otro de los profesores del departamento de Lengua. Al parecer necesita consultar algo a Rafa sobre unas conferencias. Mi tutor nos deja solos y aprovecho para recoger. Me fijo de nuevo en las ojeras de Sebastian. Me alegro de que no esté cómodo donde vive. Que conste que yo, de normal, no tengo esta vena maligna, pero la actitud deliberadamente borde de Sebastian hacia mí me cabrea. Supongo que se da cuenta de mi escrutinio porque suelta un suspiro y, sin apartar la mirada del manual que está consultando, me pregunta con exasperación:

—¿Quieres algo?

—¿Qué iba a querer? —replico—. ¿Tampoco puedo mirarte?

—¿Tanto te intereso que eres incapaz de apartar la vista de mí?

No atino a responder. Me limito a terminar de recoger.

—Así que buscas alguien para compartir piso... —dice cuando estoy a punto de levantarme de la mesa.

—Sí, pero jamás te lo propondría —contesto de inmediato.

Sebastian frunce el ceño, muy serio.

—Prefiero compartir piso con unos porretas que con una pelirroja insolente.

—Veremos si piensas lo mismo en unas semanas —contraataco apoyando las manos en la mesa.

—Suerte con la cita para el piso... La vas a necesitar —continúa.

Me entran ganas de mandarle a la mierda. Pienso en lo que ha dicho Celia sobre respirar y eso es lo que hago, coger aire. Antes de cerrar la puerta, estiro el cuello hacia el interior del despacho.

—Esta noche la suerte la vas a necesitar tú, Sebastian —canturreo.

No hay dinero que pueda pagar la cara que se le ha quedado.

Nada más abrir los ojos el miércoles, mi primer pensamiento es para Sebastian, y no muy positivo. Por suerte, hoy pasaré menos rato compartiendo espacio con él porque tengo clases hasta mediodía y antes de las cinco me largaré a trabajar.

Como en la cafetería una ensalada y luego me encamino hacia el despacho. Llamo antes de entrar y, al abrir la puerta, me topo con un trasero espléndido enfundado en unos vaqueros ajustados. Resulta ser de Sebastian, que se encuentra inclinado buscando algo en una de las estanterías. Me cruza la mente la ridícula idea de que tiene un culo demasiado bueno para lo capullo que es, como si ambos hechos estuvieran relacionados de forma lógica. Lo oigo mascullar algo en inglés.

—¿Te echo una mano? —le pregunto, más para que se levante y deje de mostrarme ese trasero que porque quiera ayudarlo.

Sebastian se da la vuelta y se me queda mirando. Las gafas se le han resbalado por el puente de la nariz y parece estresado.

—No encuentro una cosa.

—¿El qué? Me conozco todos los rincones de este despacho.

—El tomo cuatro de la tesis de Lucía Haro, el que trat...

—El que trata del escenario oral en los cuentos populares —termino por él.

Arquea una ceja y sonrío, orgullosa. Está claro que se las da de listillo y que debía de suponer que yo no iba a saber qué investigación es esa, pero Lucía es una de las catedráticas más reputadas de la facultad, de España, de hecho, y he tenido la suerte de leer su tesis.

Dejo la mochila en la mesa y me acerco a Sebastian. Parece sobresaltarse, algo que, en lugar de molestarme, me causa gracia. De modo que, por incordiarlo, me pongo en cuclillas a su lado, muy arrimada.

—Veamos... Me viene una imagen mental de que el tomo que buscas se encuentra por aquí abajo, entre todo ese desorden de libros, manuales y carpesanos que Rafa acumula en este pequeño despacho —suelto mientras muevo los dedos de ambas manos en dirección a la estantería—. La verdad es que eso es algo que Rafa y yo tenemos en común: ¡yo también soy un pelín caótica! —Paso los dedos por los lomos ajados y descoloridos por el tiempo y, segundos después, lo encuentro—. ¡Lo sabía! ¡Aquí está!

Con el movimiento que hago para sacarlo, provoco una pequeña ráfaga de aire que me trae un olor muy agradable. Es el perfume de Sebastian. Una mezcla entre *after shave* de hierbabuena y un toque frutal... Ladeo la cara y descubro que está observándome. Distingo unas pequeñas motitas doradas en sus iris verdosos. Con esos ojos tan bonitos, es una lástima que siempre mire con gravedad y petulancia. Aunque... ahora no me lo parece. Ahora su mirada es distinta, como si sintiera curiosidad hacia mí... Algo nerviosa, me dispongo a incorporarme con la mala suerte de que él ha decidido hacer lo mismo y, ¡plof!, nos pegamos un buen golpe en la frente.

—*Gosh! Your head's like iron!* —exclama, cabreado.

—Puede que mi cabeza sea como el hierro, pero la tuya tampoco es una almohada mullidita... —ironizo al tiempo que le tiendo el tomo. Aguardo unos segundos a que me dé las gracias, pero no sale ni un solo sonido de su boca, así que farfullo entre dientes—: De nada.

Sebastian se sienta tras su mesa y ocupo la mía. Pasamos una hora a lo nuestro; él bebiendo café una y otra vez. ¿No tendrá el estómago perforado? En una de esas finjo centrarme en mis tareas, pero veo que abre el termo donde suele llevar ese café tan oscuro y que va a echarse en la taza pija —que seguro le habrá costado cincuenta dólares— sin resultado, ya que no le queda. Al cabo de un rato decido ir a por un chocolate y, a pesar de nuestras diferencias y de su antipatía, le pregunto afable:

—¿Te apetece que te traiga un café? Voy a la máquina.

No responde, tiene la nariz metida en el tomo de antes. Se chocará con las páginas como se acerque más. Salgo del despacho con un cabreo de tres pares de cojones. Valiente estúpido... Ayer me dije que no le dirigiría la palabra en lo que quede de su estancia aquí y hoy me muestro amable con él. Qué tonta soy. Como lo fui con Víctor, imagino... Ese Víctor que me dijo que quería que siguiéramos siendo amigos y del que no sé nada.

Una vez de regreso en el despacho, me pongo en serio con mi tarea mientras voy paladeando el delicioso cacao. En un momento dado noto una mirada intensa en mí. Está claro que así van a ser mis días a partir de ahora. Alzo la cabeza con ademán orgulloso.

—¿Tan interesante soy como para que me mires de ese modo? —le suelto.

—Interesante no es la palabra... —contesta Sebastian, y se tira unos segundos callado. Hasta que dice—: Esperpéntica, más bien. Tienes manchado de... —Se toquetea el labio superior con un dedo y me pregunta en tono burlón—: ¿Es eso chocolate?

Me llevo una mano a la boca y me limpio a toda prisa, lanzándole una mirada en la que le demuestro todas mis ganas de cogerlo del cuello de esa camisa cara de Gucci y estamparlo contra la pared. «Esperpéntica». De verdad, ¿se puede ser más capullo? Y, aun así, cuando regreso los ojos a mis papeles no puedo evitar pensar en los suyos.

A las cuatro y cuarto me dispongo a marcharme a dar clases de español a un par de alumnos extranjeros. Las hacemos en una cafetería muy tranquila cercana a la universidad y, así, en ocasiones practicamos situaciones de la vida real.

Sebastian ha estado muy callado todo el tiempo desde que me ha lanzado la última pullita y no me ha mirado en ningún momento más, algo que le agradezco. Pero tanto silencio me pone nerviosa. Tengo la costumbre de trabajar o de estudiar con música de fondo o, de cuando en cuando, descubro una palabra que me encanta y la anoto en mi cuaderno mientras se lo cuento a Rafa. A él no le importa todo eso, más bien lo contrario, dice que le amenizo los días. Así que más de una vez he estado a punto de abrir la boca para decirle alguna cosa a Sebastian, pero su rostro tan huraño y concentrado me ha hecho cambiar de opinión. No obstante, no puedo evitar confesarle antes de irme:

—La tesis de Lucía Haro es una de mis favoritas. ¡La he leído dos veces! Y las dos me he maravillado. No descarto sumergirme en ella una tercera porque Lucía tiene la capacidad de hacerte dudar de todo y plantearte docenas de cuestiones...

Los fríos ojos de Sebastian me cortan.

—Sé a la perfección de lo que me hablas. ¿Recuerdas que estoy usándola como fuente bibliográfica para mi tesis? Seguramente la conozca más en profundidad que tú. —Curva el labio inferior hacia abajo antes de seguir—. ¿Nunca puedes cerrar el pico? Algunos estamos trabajando.

Me hierve la sangre, así que doy unas zancadas hacia él y me inclino sobre su mesa, apoyando una mano en la madera.

—Lo que está claro es que a ti te encanta cerrármelo, ¿no?

Entorna los ojos y sus labios se estiran de forma ligera. ¿Es una sonrisa? No lo creo, es más bien una mueca. Su mirada desciende de mis ojos a mis labios y se pierde más abajo de mi cuello un instante. ¿Está... está mirándome las tetas? No puede ser, pero incluso creyendo que no, siento que me arden las mejillas, y más aún cuando regresa la vista a mis ojos y murmura:

—No sabes cuánto.

Me incorporo y me quedo en silencio. Está jugando conmigo. Durante una milésima de segundo me acuerdo de la noche de la semana pasada cuando creí que iba a besarme y siento más calor en la cara. Él tiene los brazos cruzados y me estudia con atención. ¿Qué le digo? ¿Por qué no me sale nada? Ni siquiera puedo replicar explicándole el origen de la expresión «cerrar el

pico» porque lo desconozco. Me doy la vuelta con un golpe de melena y, sin despedirme, me lanzo hacia la puerta. Noto los ojos de Sebastian traspasándome la nuca.

Una vez fuera del despacho, cuando ya estoy llegando a la escalera, exclamo con todas mis ganas:

—¡Capullo!

Un par de estudiantes que están bajando de la planta superior me miran con expresión entre asustada, sorprendida y curiosa. ¿Desde cuándo me he vuelto tan infantil?

Salgo de la facultad con la sensación de que, desde luego, Sebastian me ha cerrado el pico a base de bien.

El corazón tiene razones que la razón no entiende

Cita del intelectual Blaise Pascal, al que, si me encontrara con él en un universo paralelo, le diría que llevaba mucha razón cuando la pronunció..., pero que es una auténtica mierda.

Dani acaba de pedir otra ronda de chupitos de tequila. Hoy hemos dejado el Jäger aparcado porque Celia dice que luego le da pesadillas. Los tres nos echamos un poco de canela en el dorso de la mano. Nos la lamemos, nos bebemos el chupito y mordemos una rodaja de naranja. Por unos segundos, no puedo evitar pensar en Víctor. En realidad, fue él quien me descubrió esta forma de tomar el tequila. Y como a Celia y a Dani también les gustó, ya no la hemos cambiado. Pero juro que estoy planteándomelo, ya que no quiero que Víctor ocupe mis pensamientos cada vez que me beba un chupito de estos. Maldita sea, hay que disfrutar el tequila para compensar toda la resaca que te deja.

Celia, que siempre está atenta a las reacciones de todos, se fija en que me he puesto seria.

—¿Te ha sentado mal el chupito? —me pregunta.

—Lo que le habrá dado ardor es la foto que el *poser* subió el otro día. —Dani, como es habitual, aprovecha para meterse con Víctor a las primeras de cambio.

Celia nos mira a ambos con cara de incompreensión y, antes de que yo pueda hacer nada, desbloquea su móvil, entra en Instagram y busca el perfil de Víctor. Mi amiga chasca la lengua cuando descubre la foto, y después alza la barbilla y me dedica una mirada de sororidad.

—¿Estás bien?

—Si os soy sincera, y aunque me gustaría ser una mujer de hielo, ver eso me toca un poco la moral.

—Ya que Víctor te toca la moral, podrías plantearte que el «empotrador» te tocara otras cosas.

—¿De quién estamos hablando? —Celia pestañea, pero nuestro amigo canta de manera exagerada con los labios: «San Francisco». Ella abre la boca al entenderlo y murmura: «Aaah, claro».

Me vuelvo hacia Dani y lo miro como si estuviera loco. Pone cara de inocente, y luego entra de nuevo en Instagram y me enseña una cuenta que no sigue, pero de la que enseguida reconozco

al dueño. Sebastian W., reza el perfil. Apenas tiene amigos y tan solo hay tres fotos, pero son muy diferentes de lo que yo habría imaginado. En una se lo ve bailando a lo *Dirty Dancing* con una chica de piel aceitunada, otra parece una de esas fotografías profesionales que te haces alguna vez en la vida para subirte el ego —y lo cierto es que a Sebastian se le subiría mucho porque reconozco, a pesar de que me saque de quicio, que sale muy atractivo— y la última es una de esas fotos que te hacen los amigos —o la pareja— a traición en la playa. En este caso, Sebastian está saliendo del mar y el agua se desliza por su cabello húmedo, su rostro, su ancho pecho...

De repente noto la mano de Dani posada debajo de mi barbilla. Arqueo una ceja.

—Que hoy no he traído el babero, Evi...

—Al primero al que se le cae la baba aquí es a ti —contesto, molesta y un poco avergonzada. No sé por qué, si todos tenemos ojos en la cara y es evidente que Sebastian es un espécimen atractivo.

—Guapa, yo lo reconozco. Tú, en cambio, podrías estar debajo de él y gritarías en el momento del orgasmo que es un capullo.

—Eso nunca ocurrirá —aseguro.

—¿Lo de estar debajo de él o lo de gritarle «capullo» mientras te corr...?

Lo acallo poniéndole dos dedos delante de los labios. Celia nos dedica una mirada divertida, aunque no se inmiscuye.

Abandonamos la barra para dirigirnos a la pista de baile. Este jueves hemos decidido salir por otra zona, no sea que nos encontremos a Sebastian o a Víctor. He sido yo quien ha propuesto este local, y no está tan mal... aunque en las dos horas que llevamos aquí todo lo que han pinchado es reguetón. A Dani le va bien cualquier música mientras pueda bailar y, a pesar de que a Celia no le gusta ese género, es tan zen que la veo mover las caderas al ritmo de Sebastián Yatra. Joder, Sebastián. Sebastian... En ese momento, Dani me atrapa de las manos para bailar. Mientras nos movemos, pienso en una teoría a la que llevo tiempo dando vueltas.

—¿Por qué siempre nos colgamos de quien no deberíamos?! —alzo la voz y me inclino hacia delante para que tanto él como Celia me oigan.

—¿Porque hay gente tonta y masoquista! —chilla Daniel sin dejar de bailar. Me da una vuelta tan rápida que por poco no aterrizo de bruces en este suelo lleno de alcohol.

—¿Yo creo que el problema radica en que nos enamoramos de un ideal! —exclama Celia. Acerca su boca a mi oído—. ¿Necesitas cambiar de perspectiva, Eva!

—¿Y la perspectiva proviene de San Francisco y se llama como el niño ese de *La historia interminable*! —grita Dani.

Suelto un bufido. Mi amigo levanta los brazos al cielo como si yo no tuviera solución.

—¿No se supone que es uno de tus libros favoritos?! —

—Gracias a que has establecido esa relación entre el protagonista y el Capullo Estirado, posiblemente le coja manía.

—¡Qué dramática eres, Eva! —Celia se echa a reír, y Daniel se le une.

Acabo riéndome con ellos porque, en el fondo, llevan razón.

—Queridas, soy de los que piensan que un clavo saca otro clavo y mucho más si ese clavo parece tenerlo todo tan duro. —Celia y yo ni nos inmutamos cuando Daniel suelta tal perla, ya que estamos acostumbradas. Pero lo que no me hace ninguna gracia es que vuelva a entrar en el perfil de Sebastian y amplíe la foto de la playa—. ¿Tú has visto esto, Eva?

—Lo lleva viendo cada día desde el lunes. —Celia compone un gesto travieso.

—Tengo una nueva fantasía desbloqueada —anuncia Dani, y alarga un brazo con la palma abierta—. Hacerlo en un despacho, y no precisamente en uno como el de las oficinas donde trabajo. Un despacho universitario, con todos esos libros antiguos y con olor a viejo como el que habrá en ese donde Evi pasa tantos días encerrada con semejante hombre.

Tras poner su atención en el móvil de nuevo, Dani suelta un grito, y a mí el corazón se me lanza a la carrera pensando en si Víctor habrá puesto una nueva publicación. Celia se inclina hacia el teléfono que nuestro amigo sostiene en alto.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—¡Sin querer le he dado a «seguir» a Sebastian!

Con un gesto horrorizado le arrebato el móvil de las manos. Dani estira los brazos como un felino rabioso para cogerlo, y nos pasamos unos segundos forcejeando hasta que Celia, con su habitual calma, me lo quita y se lo devuelve a nuestro amigo.

—¡Joder, Dani! ¿Cómo se te ocurre? ¡Deja de seguirlo ahora mismo! —protesto.

—¿Por qué? Si no tiene ni puñetera idea de que nos conocemos... Además, seguro que no me acepta como amigo.

Para sorpresa de los tres, Dani no ha terminado su frase cuando le llega una notificación de que Sebastian W. ha aceptado la solicitud de amistad. A mí se me escapa un bufido de frustración y Celia se ríe tanto que se encorva. Entonces recibe un privado y me pongo a chillar. Cuando lo abre, leemos que Sebastian ha escrito:

Eres el chico del piso?

—¡Bórralo ya, bórralo! ¡Bloquéalo! —Hago aspavientos, presa del pánico.

—¿Qué es eso del piso? —pregunta Celia.

—Exacto. ¿Qué es? —me presiona Dani.

—Sebastian está buscando piso porque en el que comparte ahora no paran de armar jaleo y

necesita calma para su tesis —les explico adelantándoles detalles porque sé que iban a pedírmelos.

—Ay, pobre Sebastian... —Daniel compone un puchero como si de verdad le diera pena. A continuación, se pone serio y me recrimina—: ¡Últimamente nos cuentas menos cosas!

—¡Eva, tú necesitas un compañero! —exclama mi amiga con los ojos muy abiertos, como si fuera algo que yo no supiera.

La miro como si se le hubiera ido la cabeza. Recuerdo que Rafa, este mismo mediodía, cuando Nuria ha pasado por el despacho a buscarlo para ir a comer juntos, le ha preguntado si Sebastian continuaba buscando piso y, cuando ella ha dicho que sí, él me ha mirado de reojo en silencio. Me conozco ese truco, así que he fingido que no los oía. La verdad, sin embargo, es que esta tarde he tenido una entrevista un poco rara con un posible compañero. Parecía muy majo y había buen rollo entre nosotros, pero entonces ha abierto la caja que portaba entre las manos y me ha enseñado su contenido. Creía que sería un hámster o un conejito, pero no, eran cucarachas. Me ha explicado que las colecciona, que tiene tres terrarios con varias especies.

Sacudo la cabeza para olvidar lo acontecido en el día y me vuelvo hacia Celia, que me sonríe.

—Si compartieras piso con Sebastian —me dice—, lo conocerías mejor... E igual resulta ser majísimo.

—Celia, ya aceptamos que seas la reencarnación del Dalái Lama, pero, en serio, hay gente capulla por el mundo, y más de la que crees. No tengo interés en conocer mejor a ese tío y él a mí tampoco.

—Bueno, pues tómalo de la siguiente forma: tú necesitas un compañero y sentir la presencia de alguien en el piso para no estar sola. Pero no quieres mantener ninguna relación con Sebastian. ¡Pues no es imprescindible! Recuerda lo que ocurría con tu anterior compañera. ¿Cuántas veces cenasteis juntas o visteis una película? ¡Ninguna! Cada una estaba encerrada en su dormitorio e iba a la suya... Sin embargo, decías que te gustaba sentir que había alguien ahí. Ahora podría ser igual. ¡O incluso mejor! Aunque no lo quieras ver, ese chico y tú compartís aficiones...

—También compartimos que no nos podemos ni ver.

—Evi, sabes que no suelo apoyar las ideas de nuestra querida Celia, pero, en este caso, no la veo tan mala. Compartir piso con un tío atractivo e inteligente no tiene por qué ser horrible. Lo de que se comporte como un capullo es un mal menor, y no es el primero que conoces así. —Se queda mirándome en silencio unos segundos. Finjo que lo ignoro—. Además, podría hasta servirte para darle en la cara a Víctor.

—¿Qué dices, Dani? No sé qué se os pasa por el coco. —Me cruzo de brazos y suelto un sonoro suspiro—. Quizá en los libros o en las películas estas cosas salgan bien, pero en la vida real podríamos acabar tirándonos los trastos a la cabeza.

Dani abre la boca y, temiéndome lo que va a soltar, alzo una mano para que no hable. Le vuelvo a quitar el móvil y, con suma rapidez, elimino a Sebastian de «seguidores» y lo bloqueo. Daniel protesta. Una vez tiene en su poder el teléfono, cojo a ambos de la cintura.

—¡Una nueva ronda de tequilas! —exclamo para distraerlos.

—Se me ha ocurrido algo genial, Evi —dice de repente Dani—. Mira, vas bastante mal con tu economía. —Me observa esperando mi respuesta, y asiento—. Además, llevas tiempo queriendo hacer ese curso de Escritura creativa en Salamanca.

—¿Adónde quieres ir a parar? —pregunto con curiosidad.

—¡Joder, Evi! Está clarísimo que a Sebastian le sale la pasta por las orejas. Proponle ser tu compañero de piso, pero pídele más dinero del habitual. Aprovechate de él, por ser un capullo contigo, ¿no?

Dudo unos instantes. La verdad es que podría ahorrar un poco de nuevo y, quizá, hasta hacer ese curso... Pero veo el gesto sarcástico de Sebastian en la universidad y se me pasa.

Una hora después salimos a la calle a tomar aire fresco; estoy un poco mareada por culpa de los chupitos. Celia achina los ojos tanto que pienso que a lo mejor es porque no ve bien. Dani no para de teclear en el móvil, y estiro el cuello por si ha vuelto a añadir a Sebastian, que no me fío ni un pelo. No obstante, lo que hace es chatear en la aplicación de Grindr, como de costumbre en él.

—Mañana tengo el día libre y esta noche pienso quemarla —nos avisa y, cuando lo miramos interrogantes, nos muestra la foto de un chico muy atractivo llamado Enzo—. Veintiséis años, italiano. Mirad esas manos y esa piel bronceada. —Se guarda el móvil y se asoma a la vía. Agita un brazo en el aire cuando ve, a lo lejos, la luz verde de un taxi—. *Miladies*, siento abandonaros, pero el deber me llama. —Hace una reverencia.

Nos despedimos con un fuerte abrazo. Poco después aparece Eric, el novio de Celia, con el coche. Había salido de cena con los amigos y ha aprovechado para recogerla. Insisten en llevarme, pero tengo ganas de caminar. Sin embargo, a mi amiga le preocupa que no llegue a casa bien.

—Estoy cerca y aún hay mucha gente por ahí. —Señalo la calle llena de grupitos de jóvenes universitarios.

De camino al piso, no puedo evitar entrar en el perfil de Sebastian. Me ha despertado mucha curiosidad esa foto en la que sale bailando sonriente y relajado. No parece el mismo chico que conozco. De repente, los ojos se me van a la parte de arriba de la aplicación, donde descubro que el usuario @VictorMetal ha subido una *story*. Me digo que no la voy a mirar, que necesito desconectar de él. Que, al fin y al cabo, yo no le importaba como imaginé. Requiero de mucha fuerza de voluntad para no clicar sobre el círculo con su foto. Puede que Blaise Pascal llevara una buena parte de razón con su frase y que el corazón, muchas veces, sea un misterio que guía

nuestras vidas. Es verdad que, en cierta medida, cuando amamos somos menos razonables y las razones del corazón acaban siendo irracionales.

Tengo el dedo sobre la *story* de Víctor cuando me entra una llamada de Dani. Nada más descolgar me dice con voz triste:

—Evi, amiga del alma, vas a tener que dejarme dormir en tu casa.

—¿Por qué?

—El italiano al final me ha dejado tirado. El muy cabrón habrá conocido a otro. Aunque esto sucede muy a menudo en Grindr. —Dani pasa de la tristeza al cabreo en cuestión de segundos. Se calla y suelta un suspiro—. Yo hoy tenía ganas de follar.

—¿Y esperas conseguirlo en mi piso o qué? —respondo con sorna.

—Amiga, necesito compañía después de esta decepción.

Acabo aceptando, por supuesto.

Media hora más tarde ambos entramos a mi piso. Dani tarareando una canción de Mika y yo rogándole que no arme escándalo, por los vecinos. Me pide que compartamos mi cama porque, del chasco, se siente solo. Mi colchón es pequeño y, además, no me gusta dormir con nadie. Pero por mis amigos hago lo que sea, hasta aguantar los pies fríos de uno de ellos enroscándose en los míos.

Cuando pasamos por la habitación que hasta hace poco ocupaba mi antigua compañera, Daniel se agarra al marco de la puerta y se detiene. Me paro también y frunzo el ceño al ver que suspira profundamente.

—¿Qué ocurre?

—Estoy visualizando a Sebastian en esa cama, nada más que con la ropa interior y...

—¡O te callas o duermes aquí solo, Dani! —exclamo al tiempo que lo atrapo de la cintura y lo arrastro hacia mi dormitorio.

—Imagina despertarte por las mañanas y cruzarte por el pasillo con ese americano jamelgo y vivir una de las típicas escenas de película...

—¡O mucho peor: dormirás en el sofá!

—¡No, Evi! —exclama, porque se ha quedado ahí en otras ocasiones y dice que le destroza las cervicales.

Al cabo de un rato se queda dormido, aunque se lo ha pasado maldiciendo al italiano que le ha dado plantón y quejándose de que el tequila le ha provocado náuseas. Por suerte, no me ha vomitado en las sábanas. Y no sería la primera vez.

Yo tardo en conciliar el sueño un poco más y, cuando lo hago, lo último que aparece en mi mente es Sebastian Wright tumbado en la cama de al lado...

Conveniencia

«Utilidad, aprovechamiento».

Tengo que pensar que voy a sacar algo de provecho de la convivencia con Sebastian.

Los viernes solo tengo clase de diez a doce, de modo que hoy al terminarla me siento con un *cappuccino* entre las manos —tengo un poco de resaca de anoche— en un banquito del claustro antes de encerrarme en el despacho, donde sin duda se encontrará ya Sebastian con su cara de bulldog. Hace buen día a pesar de estar casi en noviembre y en el patio hay un ambiente relajado.

No llevo ni cinco minutos aquí cuando veo a Sebastian pasar con sus andares seguros. Lleva el mismo maletín desde que pisó el despacho. Uno negro, grande y de aspecto caro. Le da un toque de empollón de película americana. Pero eso no importa porque yo también soy una empollona. Lo que sí importa es que me ha divisado y está contemplándome con una mueca que no sé si es de asco o qué. Los dos hemos decidido que no nos caemos bien. Entre las personas, esto ocurre más a menudo de lo que pensamos. En ocasiones, tan solo se necesitan unos pocos segundos para decidir o saber si alguien te gusta o no.

De repente, se acerca a grandes zancadas y, sin dignarse saludarme, me espeta:

—Te rogaría que fueras un poco más limpia.

—¿Perdona? —Le devuelvo la mirada, patidifusa.

—Para ser más concretos, te rogaría que no comieras en mi mesa.

¡Ja! Ni siquiera es su mesa, sino la de la auténtica doctoranda de Rafa. Él está ahí con nosotros por las obras en el despacho de Nuria, así que no sé qué pretende.

—Estaba llena de migas —agrega con la nariz arrugada como si algo oliera mal.

Es verdad que esta mañana he desayunado mi sándwich en su mesa porque la mía estaba llena de libros que me ha prestado Rafa para una tarea. Y reconozco que soy un poco desordenada, mientras que el escritorio de Sebastian estaba completamente despejado. Pero que conste que, en cuanto he terminado, lo he limpiado, así que debe de haber mirado con una lupa.

—Lo tendré en cuenta —contesto. Y enseguida añado—: Y yo te rogaría que dejaras de tomar

café en el despacho. Su simple olor me provoca arcadas.

Sebastian parece muy ofendido ante mi comentario.

—Ese café que me preparo es una de las maravillas del mundo, y lo más probable es que tu paladar no supiera reconocerlo —me ataca al tiempo que señala el recipiente de mi *cappuccino*.

Bebo un trago y luego suelto un gemido de placer, como dándole a entender que prefiero mil veces este café al suyo.

—Por cierto, eso que le has dicho a Rafa sobre el *input* en enseñanza de lenguas... Deberías saber que la fluidez en la actuación lingüística no se puede enseñar, sino que surge de manera natural cuando el aprendiz ha desarrollado del todo su competencia a través de los datos.

—¿Ahora te dedicas a escuchar todo lo que digo? Pensaba que te ponía de los nervios —le contesto algo alterada, en especial porque ese es uno de los temas principales que desarrollo en la beca de colaboración y ya llevaba tiempo pensando lo que Sebastian está diciéndome, si bien me daba cierto temor defenderlo.

—Y así es, pero a veces es imposible. Tienes un tono de voz que se cuela en la cabeza.

—Céntrate en tu tesis y deja los estudios de los demás —lo ataco entre molesta y nerviosa.

Sebastian sacude la cabeza y, sin añadir nada más, se marcha hacia la salida de la facultad. ¿Habrá terminado por hoy su jornada? Siempre se queda cuando yo me voy.

Como en el claustro los macarrones de mi táper mientras doy vueltas a lo que Sebastian ha dicho y, una vez que termino, decido ir al despacho para trabajar un rato allí. Al pasar por delante de la cafetería de la facultad descubro en una mesa a Sebastian —pues nada, aquí sigue— con Nuria, Rafa y otros profesores. Por unos segundos me entra algo de envidia porque se los ha camelado muy rápido y fácilmente..., y Rafa tiene una mano apoyada en su hombro.

Con un bufido me encierro en el despacho y me obligo a comportarme como una persona adulta, pero lo cierto es que ese chico me despierta la parte más infantil, una que no puede evitar declararle la guerra. Así que, cuando aparecen ambos por el despacho conversando como si fueran amigos de toda la vida, me levanto *ipso facto* y tiendo a Rafa un fajo de folios. Mi tutor reacciona con sorpresa.

—¿Qué es esto, Eva? —me pregunta.

—He hecho las fotocopias que querías para la clase del lunes y he encontrado un texto que te puede servir de magnífico ejemplo.

Rafa esboza una ancha sonrisa y se vuelve hacia Sebastian.

—¡No quiero que pienses que la tengo para hacerme todos los recados! —exclama—. ¡Es una auténtica joya!

—La joya de la corona —murmura Sebastian en tono jocoso.

Lo miro con asombro. ¿Ha hecho referencia a los Bridgerton?

De repente lo noto muy cerca.

—¿Eres de esas que se creen que por hacer todos los recados a sus tutores van a conseguir lo que quieren? —me dice en voz baja.

—¿De qué vas, capullo? —suelto entre dientes en un bisbiseo—. Esa insinuación es un ataque muy rastroso sin conocerme. Y te voy a decir una cosa: no sé lo que pretendes, pero en unos meses tú regresarás a Estados Unidos y yo me quedaré aquí rodeada de fantásticos profesores. ¿Te encanta esto porque en tu universidad eres un estudiante mediocre? —contraataco.

A Sebastian se le hinchon las aletas de la nariz y a punto está de decir algo que se traga cuando se percata de que Rafa nos observa con curiosidad.

A lo largo de la tarde le voy planteando ciertas dudas a mi tutor y le comento ideas para unos trabajos que quiero hacer. Sebastian no para de mirarnos con el rabillo del ojo y es la primera vez que no lo veo nada concentrado. En un momento dado se quita las gafas y suelta un largo suspiro mientras se pellizca el entrecejo.

—¿Ocurre algo, Bastian? —le pregunta Rafa con preocupación—. ¿Te has atascado en la investigación?

—Necesito más silencio. —Me mira, y a punto estoy de hacerle una pedorreta.

—Creo que el ambiente del piso donde vives está afectándote. —Rafa ya ha sacado el temita otra vez. Adoro a mi tutor, pero cuando se le mete algo en la cabeza puede ser muy insistente—. Lo estuve hablando con Nuria y ella también se ha dado cuenta. No se puede trabajar una tesis en esas condiciones. Necesitas un ambiente relajado... —Dirige los ojos hacia mí—. Eva, ¿puedes acompañarme a buscar unas fotocopias a reprografía?

—Eh... Sí —murmuro, con la sospecha de que pretende algo.

Una vez que salimos, me lleva hasta un rincón del pasillo como si creyera que Sebastian va a estar tras la puerta escuchando. Pero mejor, que tampoco es que me fíe.

—La verdad es que Nuria y yo estaríamos más tranquilos si Bastian encontrara un buen lugar donde pasar su estancia en España. La oportunidad que ha recibido para estudiar aquí es muy grande y necesita dar lo mejor de sí mismo. Hasta ahora los pisos que ha visto tampoco le han parecido adecuados... Bueno, ha visto un par que parecían tranquilos, pero están bastante lejos.

—Rafa, te aprecio mucho, pero es que yo no soy una hermanita de la caridad —replico, y enseguida me arrepiento al ver su cara de contrariedad.

Qué cariño tan asombroso le ha cogido este hombre a Sebastian. ¿Es que nadie piensa en mí? Me pongo a limpiar motas de polvo imaginarias de mis pantalones, algo inquieta.

—Además de inteligente y constante, Eva, eres una gran persona. Eres empática y piensas en los demás. Como cuando me traes algún dulce porque sabes que me encantan. —Me mira con una sonrisa tierna.

Esto es un acoso y derribo. Rafa se calla al fin y, con un guiño, regresa al despacho. Yo me quedo un poco más en el pasillo sola, con las palabras de mi tutor en mi mente, también las de

Dani, las de Celia, las de Víctor..., así como sus fotos, el dinero que necesito, el deseado curso en Salamanca, y, en medio de todo eso, los ojos de Sebastian clavados en mí.

Se me escapa un gritito. ¿Desde cuándo está aquí mirándome?

—¿Qué leches haces? —pregunto con voz chillona.

—Voy al aseo.

—¡Está bien! —grito de nuevo. Me mira con los ojos muy abiertos, sin entender—. Puedes venir a ver el piso si quieres.

Sebastian titubea.

—Yo no he dicho que quiera —murmura.

—Vaya... —Me encojo de hombros—. Rafa se sentirá decepcionado al saber que has rechazado mi amigable oferta.

La mandíbula de Sebastian se tensa.

—Y quizá tu rendimiento baje más y más —sigo picándole.

—¿Qué problema tienes? —sisea entre dientes enfadado.

—¿Yo? Ninguno. —Dibujo una ancha sonrisa—. Estoy ofreciéndote una ayuda.

—Está claro que tú también necesitas esa ayuda.

Me quedo callada de repente. Enseguida trato de recomponerme.

—Si te decides a verlo, dímelo cuanto antes, que tengo muchos interesados —miento.

Sacude la cabeza y se va en dirección al aseo, pero no han pasado ni tres segundos cuando se vuelve hacia mí.

—Sí, quizá, quizá... pueda verlo... ¿Tienes fotos?

Las busco en el móvil y se las muestro. Pasa las imágenes una y otra vez, sin mostrar reacción alguna. Creo que preferiría vivir con el chaval de las cucarachas... Aunque me imagino a una escapándose y subiéndose por mi pierna y mejor que no.

—¿Y bien? —pregunto cuando el silencio empieza a resultar incómodo.

—¿Solo tiene un cuarto de baño?

—Sí, pero nunca hemos tenido problemas con eso. Existen los horarios...

—El piso es un poco viejo, ¿no?

Me muerdo la lengua. Supongo que estará acostumbrado a sitios lujosos. Tal vez en San Francisco viva en una mansión de esas donde todo es blanco, con una piscina enorme, un jacuzzi y un jardín donde celebrar fiestas.

—Es antiguo, sí, pero está muy bien cuidado.

—¿Cuánto pides de alquiler?

—Ochocientos —contesto casi sin pensar. Es una cifra más elevada que lo que pagaba la anterior inquilina, pero pienso seguir el consejo de Dani.

—Me parece caro...

—Dijo el que lleva un polo que le habrá costado más de doscientos euros.

—¿Qué tal, chicos? —Nuria pasa por nuestro lado.

Ambos ladeamos la cabeza como si tuviéramos un resorte y soltamos al unísono:

—¡Muy bien!

—¡Perfecto!

Una vez ha desaparecido su tutora, me inclino un poco hacia delante, poniendo la cara muy cerca de la de Sebastian.

—Te estoy haciendo un favor —le digo en un susurro amenazador—. Si no quieres, a mí me da absolutamente igual. Eres tú quien tiene unas ojeras que le llegan hasta los pies por culpa de sus compañeros fumetas.

Sebastian esboza un gesto de disgusto. Se pone las gafas, que le agrandan los ojos, y me mira con profundidad. Por unos segundos, contengo la respiración.

—Puedo encontrar un piso mejor y más barato —cuchichea arrimando a su vez el rostro.

Me llegan su aliento a café y su perfume.

—Quizá, pero estará en un barrio peor y a saber con quién lo compartirás. Mi piso está en una buena zona. Vengo andando a la universidad casi todos los días. Además, si estás seguro de que puedes encontrar algo mejor... ¿por qué no lo has conseguido ya? —Me echo un poco hacia atrás—. ¿Dónde vas a dar con un piso grande, con unas buenas normas, un vecindario tranquilo y una compañera tan responsable como la chica que tienes delante?

Me da un repaso de arriba abajo y, por unos segundos, lo veo flaquear. Ninguno dice nada más, pero antes de regresar al despacho me pregunta, aunque sin mirarme:

—¿Puedo ir a verlo algún día?

Asiento con una sonrisa falsa.

Esa noche, mientras tomo algo con Celia y Dani, recibo la notificación de un nuevo mensaje en el móvil. Supongo que será mi madre. O incluso Víctor, que sigue sin dar señales de vida. A veces entro en su conversación para comprobar si está en línea o para repasar lo que hemos hablado anteriormente. Soy una estúpida por hacer esas cosas, lo sé, pero el impulso es más fuerte que yo.

No se trata de ninguna de esas personas, sino de un número que no tengo guardado. Clico en la foto para ampliarla. El chico que está de pie en una enorme biblioteca con un libro antiguo entre las manos no es otro que Sebastian.

Hola... Hay ciertos problemas en el piso donde estaba viviendo. De hecho, estoy encerrado en el cuarto de baño porque... ahí fuera... Gosh, esto es una locura. Hay como cuarenta personas

bebiendo, fumando porros y a saber qué más en un piso de 55 m2 y mucho me temo que esto va a durar hasta la madrugada. Por eso... Crees que sería posible que lo viera mañana?

A eso de las doce y media, me envía otro más que dice:

He tenido que salir del cuarto de baño porque un desconocido necesitaba vomitar... No he abierto lo suficientemente rápido porque ha vomitado en mi camiseta. Creo que los vecinos han llamado a la policía. Pero... me da igual, esto es una pesadilla. Crees que podría mudarme mañana a tu piso? Quizá hasta que encuentre otro...

Me pregunto si podremos encajar. Si en el despacho nos pasamos el rato con las garras fuera, en casa podríamos lanzarnos los cuchillos. Pero me digo que el dinero me vendrá bien.

Joder con el karma. ¡Sí que sería un dictador en otra vida!

Cuando explico a mis amigos lo que está sucediendo, deciden que hay que «celebrar» mi nueva compañía.

—¡Por Evi y Sebastian! ¡Dos cerebritos que acabarán trincando en este incómodo y feo sofá!
—chilla Dani, derramando un poco de birra encima del vestido de Celia.

—Para beber sentado en él, nunca te quejas. Y, en cuanto a lo otro, eso solo ocurrirá en tus fantasías —contesto entre dientes, malhumorada y nerviosa por el hecho de que al día siguiente posiblemente empiece a compartir espacio personal con Sebastian.

—Pues en esas fantasías la protagonista no eres tú. —Dani entrechoca su lata con la mía.

—Irás bien, Eva, te lo aseguro. Nuria y Rafa están orgullosos y contentos de tu decisión, y ayudas a un chico que lo está pasando mal —dice Celia. Le dedico un gesto huraño y ella añade al ver mi cara—: ¡Y piensa en el dinero extra y en lo bien que va a venirte!

Compañeros

«Persona que se acompaña con otra para algún fin». El problema viene
cuando esos compañeros
arden en deseos de estrangularse cada vez que se ven.

A la mañana siguiente, bien temprano, recibo un wasap de Sebastian:

Estoy ahí en veinte minutos

Había llegado a hacerme ilusiones de que tal vez me hubiera metido una trola la noche anterior o que se hubiera arrepentido, pero está claro que no es así.

«El dinero extra. El curso de Salamanca. Poder comprarme más libros», me repito como un mantra mientras abandono mi cómoda cama. Me aseo tan rápido como puedo y me visto con lo primero que encuentro: unos vaqueros y una camiseta de *Stranger Things*. No me da tiempo ni a tomarme un vaso de leche que ya están llamando al timbre. Por unos segundos me lo imagino la noche anterior haciendo la maleta a toda prisa y corriendo a la calle como alma que lleva el diablo y se me escapa una risa.

Voy al dormitorio para asomarme al pequeño balcón que hay en él: diviso un Uber y luego a Sebastian en la parte trasera sacando una maleta. Vaya, ¿solo una? Y no muy grande. Imaginaba que se traería media San Francisco... Vale, rebobino. Ahora ha aparecido otra más grande y dos cajas enormes. ¿Adónde va con todo eso? ¡Si no cabrá en su habitación! Se acerca al edificio y, de nuevo, suena el timbre, esta vez con más insistencia. Dejo escapar un suspiro y me dirijo a la puerta para abrirle. Deberíamos empezar con buen pie, así que bajo a la calle para ayudarlo. Está de espaldas, inclinado ante la ventanilla, hablando con el conductor. Espero unos minutos hasta que, al fin, termina su charla, el Uber se va y él se da la vuelta. Al verme allí plantada le cambia la cara y se pone muy serio.

—Pensaba que habrías pasado la noche de juerga y que no estarías en casa —musita.

—¿Por quién me tomas? —replico en un tono de voz demasiado chillón. Está claro que

empezar con buen pie no va a ser sencillo. Tiro de la maleta más grande. ¡Pesa como mil demonios!—. ¿Qué leches llevas aquí? ¿Eres un asesino en serie o qué?

—Ahí están algunos libros que necesito para mi tesis y otros que me apetecía leer durante mi estancia. ¿Es que a los filólogos no os gusta leer?

—Me parece que no te van a caber todas las cosas en la habitación. Te has pasado un poquito. —Me encojo de hombros al señalar las dos cajas enormes.

Sebastian me mira con las aletas de la nariz dilatadas, pero no abre la boca. Imagino que estará pensando algo para meterse conmigo. Y, en efecto, andamos colando todo su equipaje en el portal cuando dice:

—¿Hoy vas promocionando Netflix?

¿A qué se refiere? En un primer momento no caigo. Lo entiendo segundos después.

—Sebastian Wright, creo que haber vivido con unos fumetas te ha pasado factura porque ya ni siquiera usas un humor inteligente —le suelto mientras metemos todas sus cosas en el pequeño ascensor—. Te repites, chico.

—Así que ahora que vamos a ser compañeros de piso, me he convertido en Sebastian Wright... —Se queda parado unos instantes ante la puerta del ascensor, observándome con una ceja arqueada—. ¿Debo empezar a tratarte de usted y a llamarte señorita Eva Martínez?

Su tono ha sido tan sarcástico que pongo los ojos en blanco y a punto estoy de cerrarle la puerta en las narices, como ocurrió en el despacho.

Una vez en el ascensor, me doy cuenta de lo cerca que hemos acabado. De hecho, por culpa de sus armatostes, casi le rozo el cuello con la nariz. Su pecho sube y baja a causa de la respiración. Me llega ese inconfundible aroma a café y a su colonia. Alzo la cabeza y descubro a Sebastian mirándome. Sin poder evitarlo, me pongo nerviosa y las manos comienzan a sudarme. Con el rabillo del ojo veo que faltan aún tres plantas para llegar a la nuestra. Lucho por no volver a mirarlo, pero mis ojos se mueven por voluntad propia. Solo entonces me fijo en pequeños detalles en los que no había reparado antes y que convierten a Sebastian Wright en un tipo menos capullo y perfecto y más humano e imperfecto. El cabello castaño oscuro algo revuelto, a diferencia de las ocasiones anteriores. Las cejas pobladas. El surco oscuro alrededor de los ojos —¿debido a los compañeros fumetas, como él asegura, o porque, en realidad, es una persona que duerme poco? —. Unas casi imperceptibles pecas en ambas mejillas. Un lunarcito en la izquierda. En ese mismo lado, bajo sus carnosos labios, presenta una pequeña cicatriz que me despierta curiosidad. La mandíbula fuerte un poco oscurecida por una incipiente barbita. La marcada nuez... Todo ello crea un conjunto atractivo y atrayente.

Como tampoco aparta su vista de la mía, me pregunto si también está analizándome. Si le sudan las manos tanto como a mí o si le cuesta tragar saliva. Se remueve un poco para cambiar

de postura, con lo que su cuerpo se aproxima más al mío y nuestros brazos se rozan. Sin poder aguantar más, suelto lo primero que se me ocurre:

—¿Sabías que tu nombre significa «honrar, reverenciar»?

Siendo sincera, lo busqué la misma tarde en que descubrí cómo se llamaba. Pensé que no le pegaba ese significado. Él arquea una ceja, pero no dice nada y, como ya hemos llegado al sexto, aprovecho para volverme hacia la puerta del ascensor, que está a punto de abrirse.

En cuanto entramos en casa, Sebastian se dedica a estudiar cada milímetro. Estará comparándola con la mansión en la que vivirá en su país. Para mí este es un auténtico hogar, donde compartí tantos momentos bonitos con mi padre. Cojo aire y me dispongo a ser simpática de nuevo. Al menos, que uno de los dos lo sea. Le voy explicando todo lo concerniente al piso. Tras mostrarle mi dormitorio, me pregunta:

—¿Mi habitación también tiene balcón?

—No, pero sí una ventana grande con una butaca delante.

Aprecio que se queda mirando con curiosidad las paredes. En ellas he ido pintando todas aquellas palabras del español que me fascinan: nefelibata, resiliencia, serendipia, luminiscencia, melifluo, petricor... Entre otras.

Lo invito a salir para guiarlo hasta su dormitorio. Sebastian lo observa todo con la espalda muy recta y los brazos cruzados ante el pecho. Se arrima a la ventana y otea el exterior durante un buen rato, hasta que me sitúo a su espalda y susurro:

—Ese es mi parque favorito de toda la ciudad. Cuando hace buen tiempo, me bajo a leer.

Al oír mi voz, da un respingo como si hubiera estado en la luna. Se da la vuelta rápidamente y su perfume me envuelve de nuevo en una ráfaga de aire.

—Bueno, ¿qué te parece? —le pregunto con auténtica curiosidad.

Sebastian se queda callado durante unos segundos que se me antojan eternos. Tal vez haga honor a su antipatía y diga que es una mierda y que prefiere vivir con los porreros. Aunque no es tonto, y estoy segura de que se ha dado cuenta de que, a pesar de nuestras diferencias, es una buena opción.

—Está mejor que en el anuncio —responde al fin, y suelto el aire que había estado conteniendo. Se acerca a la butaca marrón y acaricia uno de los reposabrazos—. Desde luego, lo tuyo no es la fotografía. Eran unas fotos horribles.

Dios, menudo incordio de persona. Aun así, esbozo una sonrisa llena de dientes.

—Voy a dejarte a solas un rato para que te acomodes —le digo en un tono dulce—. Luego ven al salón. Estaré esperándote para hablarte de las normas de convivencia.

Sebastian frunce el ceño, pero no abre la boca. Borro la sonrisa en cuanto me doy la vuelta y salgo de la habitación que, a partir de ahora mismo, habitará la persona que más me saca de quicio en la actualidad.

Cuando aparece en el salón me pilla con cara de tonta, pensando en que alguien tan capullo no debería oler tan maravillosamente. Se queda plantado al lado del televisor y me fijo en que se ha cambiado de ropa: lleva unos pantalones de chándal grises y una sudadera con capucha del mismo color, por la que asoma una camiseta blanca. No sé si el conjunto será de marca y le habrá costado cuatrocientos euros, lo único que sé es que lleva con estilo hasta un puñetero chándal.

—¿Podría ser rápido lo de las normas? Hoy aún no he podido salir a correr —me informa con seriedad.

Asiento al tiempo que doy unos golpecitos en el sofá a mi lado para que se siente, pero se limita a quedarse plantado ante mí. Ignoro el hecho de que no quiera tenerme cerca y procuro no borrar la sonrisa.

—Ya que vamos a compartir tanto tiempo y espacio estarás de acuerdo conmigo en que haya unas normas. —Clavo la vista en la suya esperando una confirmación, pero Sebastian sigue igual de serio. Me guardo para dentro una palabra malsonante, pero al final no puedo evitar soltar—: Mira, intentaré ser una compañera de piso buena y amable para que la convivencia sea más fácil, y tú también deberías intentarlo por el bien de los dos. Está claro que no seremos de esas personas que se harán amigas. —Sebastian arruga la nariz al oír esa palabra—. Es evidente que no te acabo de caer bien y que tú a mí me po... me po... —Iba a decir que me pone histérica, pero no me salen las palabras debido a su gesto burlón y a que aún sigo pensando en lo bien que huele.

—¿Una futura lingüista como tú no encuentra la palabra adecuada? —me chincha antes de que yo pueda proseguir.

—Incluso para los lingüistas es difícil encontrar a veces los términos, sobre todo cuando se trata de expresar emociones de lo más intensas, tanto positivas como negativas —recalco esto último.

Se cruza de brazos y me dedica una mirada burlona que de buena gana le quitaría. No obstante, pienso en los trucos que me dio Celia para calmarme y prosigo con las normas.

—La mayoría de los días como en la universidad, pero los viernes me gusta hacerlo en casa porque termino antes. Por lo general, como sobre las dos o dos y media y ceno a partir de las nueve, así que la cocina y el comedor están disponibles antes o después de esas horas. Por la mañana necesito la cocina a eso de las siete y media y el cuarto de baño alrededor de las ocho. No soy de esas personas que tardan mil años en salir, no te preocupes. No me gusta que fumen porque odio el olor a tabaco, pero imagino que si una de las razones por la que querías abandonar el otro piso era porque tus compañeros fumaban entonces doy por hecho que tú tampoco eres fumador... de porros, al menos. —Me río, pero Sebastian se mantiene tan serio como antes—. Una noche de sábado al mes mis amigos vienen a casa y vemos en la tele del comedor, que es

grande, alguna serie de los noventa. Ahora estamos con *Friends*. Así que esa noche el comedor estará ocupado. De todos modos, haré una tabla con horarios y te la entregaré.

—*Friends* —contesta en tono seco.

Imagino que será de esos que piensan que la serie es una basura porque no alcanza su nivel intelectual. Lo ignoro para proseguir y terminar cuanto antes.

—¡Ah! Tú también puedes traer a gente —recalco esta última palabra para ver si me entiende, pero no parece hacerlo porque me contempla sin pestañear—. Ya sabes..., que si quieres traer alguna chica... ¡o algún chico! —me apresuro a añadir, por si acaso—, siéntete libre de hacerlo.

Sebastian me mira con un gesto de incompreensión. Señor, esto no puede ser.

—Es que estoy acostumbrada a que traigan gente, ¿sabes? Hubo una compañera que cada fin de semana ligaba con un chico nuevo. Tuve que comprarme tapones y todo. —De nuevo intento otorgar a esa frase el significado correcto, pero Sebastian no esboza ni una sonrisa cómplice. No me sorprende, pero me molesta un poco.

Sin embargo, cuando voy a levantarme para abandonar el sofá, musita:

—No me interesa eso.

Entonces sí me ha entendido. Y, espera, ¿qué quiere decir? ¿Que pasa de las relaciones de cualquier tipo? ¿Que es una ameba sin deseo sexual?

—¿Ya has terminado? —pregunta con un gesto de aburrimiento.

—Sí, Sebastian Wright, ya puede usted irse a... —Me muerdo la lengua para no decir alguna palabrota—. A correr. —Lo miro con una sonrisa apretada.

—Muchas gracias por concederme ese permiso, señorita Eva Martínez —replica él, burlón, pronunciado la z como una s debido a su acento.

—¡Por cierto! —exclamo antes de que salga de casa. Se detiene frente a la puerta, sin ni siquiera ladear la cara, tieso como una estatua—. Se me olvidaba la norma de que no puedes robarme comida.

Sebastian se da la vuelta y descubro en su rostro una mueca maligna que me sorprende.

—Se cree el ladrón que todos son de su condición, ¿no?

Cierra la puerta, sin darme oportunidad a replicarle. Suelto un bufido exasperado y me dirijo a la cocina para prepararme el desayuno. Qué largos se van a hacer estos meses con su presencia aquí.

Estoy tomándome una taza de leche con cacao cuando me doy cuenta de que, en el fondo, no me ha molestado que se metiera conmigo con un refrán. De hecho, me ha... me ha... me ha gustado. Maldita deformación profesional.

Traidor

«Que comete traición».

Deberían incluir el nombre y apellido Daniel Hernández y la foto con una cruz de mi supuesto mejor amigo.

Veinticuatro horas me ha durado el creer, con una tonta esperanza, que la convivencia con Sebastian podría funcionar. Y es que el resto del sábado se lo pasó encerrado en su dormitorio, del que no salía ni un sonido —juro que llegué a pensar que le había dado algo y a punto estuve de llamar a la puerta para preguntarle si estaba bien—, hasta que a las ocho de la tarde oí que iba a prepararse la cena. Se la tomó en la pequeña mesita de la cocina mientras yo veía *Juego de tronos* en el sofá del salón. Ninguno de los dos hizo nada por iniciar una conversación o vernos las caras siquiera. En cuanto terminó, fregó lo que había ensuciado y volvió a encerrarse en su dormitorio.

Hoy domingo, a las nueve y media de la mañana, en cambio, parece que se haya propuesto destruir la calma que yo había imaginado con esperanza. Y es que Sebastian Wright se encuentra desnudo en mi cocina.

Para ser exacta, en realidad está medio desnudo porque lleva una toalla alrededor de la cintura. Pero eso no importa porque él no debería hallarse en la cocina a estas horas, y mucho menos semidesnudo. Debería haber incluido algo sobre eso en el documento con las normas de convivencia y la tabla con los horarios disponibles que le entregué ayer.

Por suerte está de espaldas a mí, así que aún no se ha percatado de mi presencia. Me asombra el hecho de no poder apartar la vista de toda esa piel bronceada desnuda, de la espalda ancha y trabajada que se va estrechando hacia la cintura. Por muy de quicio que me saque, hay que reconocer que es atractivo y que yo soy humana.

En este instante se da la vuelta y me descubre aquí plantada. Su rostro serio no cambia ni un ápice y yo, molesta con él y sobre todo conmigo misma, le suelto de malas maneras:

—¿Qué haces aquí? Son las nueve y media y...

—Voy a serte sincero y a decirte dos cosas —me interrumpe con aspereza—. La primera es

que en la tabla que me diste ayer no ponía nada sobre los domingos a esta hora. La segunda, que me parece una chorrada eso de los horarios. Tengo que irme a la facultad prácticamente a la misma hora que tú y somos lo suficientemente adultos para tolerarnos, ¿no?

No estoy segura. Sobre todo por cómo me mira. A mí los ojos se me van a su cabello húmedo y sin peinar. Luce un aspecto muy distinto a cuando lo lleva engominado. Ayer ya lo tenía un poquito revuelto, pero no como hoy. Es la primera vez que lo veo así. Medio desnudo y con el pelo alborotado no parece tan pijo y está mucho más guapo. El gesto engreído, ese sí es el mismo.

—Puedo aceptar lo de los horarios... Algunos, otros no —remarco de mala gana. No me apetece discutir de buena mañana.

—¿Qué es esa cosa? —Señala mis zapatillas del monstruo de las galletas.

Se me escapa un bufido.

—La verdad es que considero que tengo más estilo que tú —contesto—, al menos uno propio. Tú eres como una copia de todos esos pijos ricachones que pululan por el mundo.

—¿Pululan?

No entiende la palabra y yo, como estoy cabreada, lo animo a que ponga en marcha sus habilidades de doctorando y la busque en el diccionario.

—Vaya, qué poco considerada. ¿Haces lo mismo con tus alumnos extranjeros?

Tuerzo el gesto y no hago caso a su ataque.

—Lo que sí te pediría también es que cuando salgas de tu dormitorio lleves algo... más de ropa. —No puedo evitar que mis ojos se deslicen por su vientre hacia... hacia abajo.

Esboza uno de esos gestos que simulan una sonrisa extraña, llena de dientes.

—¿Tienes algún problema con la desnudez?

—No, pero es otra de las normas... Por lo menos implícita. Y había pensado que serías de los que respetan las normas.

Sebastian arquea una ceja, se inclina hacia mí sobresaltándose y, con sus labios muy cerca de mi oído, dice:

—Si son estúpidas no.

Salgo de la cocina con las mejillas rojas de enfado y me dirijo a mi dormitorio para esperar a Dani en un ambiente más relajado. Un par de domingos al mes, cuando no salimos la noche anterior, vamos a desayunar a un local muy moderno que se encuentra unas calles más abajo y cuyo café chifla a mi amigo. Recostada en la cama, entro en WhatsApp para ver si tengo algún mensaje.

Dani ha compartido una captura de pantalla. Se trata de una de sus películas favoritas, *La La Land*. Lleva tiempo intentando convencerme de que la vea.

Deberíamos verla los cuatro juntos ya

Los cuatro?

Esa es Celia, hace unos diez minutos. Y enseguida Dani le ha respondido:

Pues claro, nena. Evita, tú, yo y... Sebastian. El protagonista de la película se llama como él y la protagonista es pelirroja como Eva. Y al principio se detestan porque él es también un capullo engreído. Pero después... oh, baby, después sienten una química feroz de esas que te hacen desear que la otra persona te empuje contra la pared y, con la cara pegada a la tuya, te diga todas las guarradas que va a hacerte. Es la historia perfecta para ellos

En la película no sucede eso de la pared

Me apresuro a contestar antes de que ellos continúen con sus ocurrencias.

Dani, vienes ya o qué?

Estoy en tu calle!

Salto de la cama para prepararme las cosas en la mochila de Frida Kahlo y, cuando estoy saliendo del dormitorio, por poco mi nariz no choca con el pecho desnudo de Sebastian.

—¿Por qué cojones no te has vestido ya?! —exclamo.

La comisura de los labios de Sebastian se curva hacia arriba.

—Es increíble que de una boca tan aparentemente dulce salgan esas palabrotas.

Me quedo cortada. ¿Qué ha dicho? ¿«Boca dulce»? Pero... ¿eso lo ha soltado en serio o es otra de sus molestas bromas? No tengo ni idea, no me ha parecido detectar ironía en su voz, pero desde luego, tal como ocurrió hace unos días, ha vuelto a cerrarme el pico.

—Mi cafetera está rota, así que no he podido traerla, pero, hasta que me la reparen, me gustaría seguir tomando café. Y... no hay.

—No he cobrado todavía, de manera que solo he podido comprar lo básico... Y entre mis básicos no entra el café —respondo al tiempo que doy unos pasos hacia atrás—. Hazte un vaso de leche con cacao.

Me mira como si estuviera loca. En este instante suena el timbre. Me imagino que será Daniel. Se me hace la boca agua al pensar en los deliciosos cruasanes de la cafetería y los batidos extradulces que mi amigo no soporta y que yo siempre me pido. Por suerte, hoy le toca invitar a él. Abro la puerta de abajo y meto en la mochila cuatro cosas básicas, entre ellas el móvil y un poemario de Gioconda Belli que estoy leyendo para una asignatura de la universidad. Alrededor

de las once y media Dani se irá con su hermano y su padre a jugar al pádel, como cada domingo, y yo me acercaré al parque a leer y luego me pasaré por el restaurante donde trabaja Celia para saludarla. Algún domingo libre que otro nos acompaña a la cafetería, aunque por lo general su pareja y ella hacen otros planes.

Al abrir la puerta del piso me topo con Dani. Siempre me espera abajo, con lo que cierta sospecha se abre paso por mi mente. Me sonrío y, con los brazos alzados, me enseña una bolsa de papel y dos recipientes de café enormes.

—¿Qué haces? —le pregunto extrañada.

—¡Yo también me alegro de verte, Evi! —exclama al tiempo que estira el cuello para mirar hacia el interior de mi casa—. Como tu mejor amigo que soy, te he traído uno de tus desayunos favoritos: un *cappuccino* con mucho chocolate y canela y un cruasán de dulce de leche.

—¿No íbamos a desayunar en la cafetería, como siempre?

—He pensado que aquí estaríamos más tranquilos. Al pasar he visto que había mucha gente...

Cierro la puerta mirándolo en silencio con las cejas arqueadas.

En uno de los múltiples mensajes que nos hemos enviado desde que Sebastian entró en mi vida alterándola por completo, Dani expuso la idea de que quizá mi nuevo compañero de piso es gay y, por eso, se mete conmigo. «A lo mejor le cae mal todo el sexo femenino porque tiene algún trauma», me escribió. «A veces dices cosas sin ningún sentido, Dani», le contesté. Así que, cuando Sebastian sale de la cocina, mi mejor amigo se inclina hacia mí y susurra:

—Perra, suerte la tuya. Este no es gay, y ya sabes que mi radar nunca falla.

Sebastian se detiene y se vuelve hacia nosotros. Veo que sostiene una taza en la mano con la punta de dos dedos como si fuera un bicho. En ella pone DOBBY IS A FREE ELF, frase de uno de mis personajes favoritos de *Harry Potter*. Por supuesto, la taza es mía y le tengo mucho cariño, con lo que me asusta pensar que pueda caerse al suelo y hacerse añicos.

—Hola —saluda Sebastian. Nos quedamos mirándonos los tres unos instantes y, cuando estoy a punto de hacer las presentaciones, pregunta a mi amigo—: ¿Es café?

—Eh... sí. ¿Quieres? —Dani le tiende uno de los vasos de cartón. Si aprecia su vida, espero que no sea el mío.

Sebastian coge el recipiente y, para mi absoluto pasmo, esboza una sonrisa encantadora que, en ningún momento, me ha dedicado a mí.

—Muchas gracias. Te debo uno.

Se vuelve hacia mí y pone entre mis manos la taza con la leche y el cacao. A continuación, se encamina a su dormitorio y nos deja con cara de circunstancias. Sin querer, se me va la vista al trasero estadounidense que se marca bajo la toalla. Cuando me recupero, veo que Daniel está haciendo lo mismo mientras da pequeños mordiscos a un cruasán que ha sacado de la bolsa de papel. Justo en ese instante oímos que Sebastian exclama:

—*Gosh! This is fucking sweet!*

Al oír que Sebastian se queja con una palabrota de lo dulce que está el café, Dani se tapa la boca con una mano aguantando la risa. Me doy la vuelta hacia él.

—¿Por qué le has pasado el mío? —le pregunto, más enfadada de lo que me gustaría.

—¡Evi, que no me he dado ni cuenta! ¡No te lo tomes tan a pecho! —Entra en el salón y se sienta en el sofá dejando la bolsa de papel encima de la mesa—. Además, tú nunca me has alegrado la vista por las mañanas de esa manera, ni siquiera en aquella fiesta de segundo de carrera en la que perdiste la falda y tuviste que regresar a casa con un simple tanga. Menos mal que la camiseta era bastante larga y que Celia y yo te ayudamos a taparte.

—Eso no es cierto, no fuisteis de ninguna ayuda. Ibais partiéndoos de risa, completamente borrachos —le recuerdo al tiempo que me dejo caer a su lado en el sofá.

—Ahora que ya hemos resuelto que Sebastian no es gay, aunque quizá sea como yo y se enamore de las personas... —Saca los dos cruasanes de la bolsa y me tiende el mío, que tiene una pinta deliciosa—. De todos modos hay que averiguar por qué te rechazó la noche del pub.

—¡Porque somos la antítesis el uno del otro! —exclamo indignada, aunque no sé por qué, ya que me da igual que Sebastian me rechazara.

Doy un mordisco enorme al cruasán y me mancho de dulce de leche. En la bolsa de papel no hay ni una servilleta, de modo que me levanto para coger una de la cocina. Cuando estoy abriendo el cajón, oigo que Daniel canturrea:

—Sebastian, ¿te gustaría desayunar con nosotros?

¡Será traidor...! Salgo de la cocina a toda prisa con un gesto de lunática. Daniel esboza una gran sonrisa y aletea las pestañas.

—Tranquila, fiera. Si seguro que no quiere... ¿No afirmas que tu sola presencia le repele?

—¡De cualquier forma, no tienes ningún derecho a proponerle que...!

—Disculpad, ¿me llamabais?

Daniel y yo desviamos la mirada hacia Sebastian. Por suerte se ha vestido. Lleva unos vaqueros y una sudadera en la que se lee BELOIT COLLEGE. Anoto el nombre mentalmente para buscar información sobre ese lugar. Imagino que será la universidad donde estudia.

—Pues sí, Sebastian... —Dani se me adelanta y, con disimulo, me retuerce un dedo para que no hable—. Nos preguntábamos si te apetecería desayunar con nosotros.

Mi compañero de piso me observa con cierto asombro. Supongo que estará pensando que esa idea no puede haber salido de mí.

—No, gracias. Con esto voy servido... —Alza el café que me ha birlado—. Y, por cierto, no sé qué mejunje tomas, Eva.

Daniel suelta una risa tonta y le asesto un codazo que le hace dar un grito.

—¡Tranquila, fiera! —vuelve a decir.

Esta vez es Sebastian el que esboza una sonrisita digna de ser borrada, y no con un beso precisamente, sino con algo mucho más doloroso.

—Yo la llamaría, más bien, leona de fuego.

Dani y yo lo miramos con los ojos muy abiertos. ¿Ha sido eso un intento de broma, pero de broma de las buenas, de las cómplices, con Daniel?

—¡Vaya! ¡Qué ocurrente, Sebastian! —Mi amigo se levanta y estira el brazo para que el otro le choque la mano. Aunque al principio Sebastian se queda parado, luego se la choca.

—No sé si os habéis percatado, pero estoy aquí —los interrumpo con un deje irónico en la voz.

—Disculpa. —Sebastian me mira con algo cercano a la simpatía, cosa que me sorprende, para luego añadir—: Eres tan pequeña que no me había dado cuenta.

—No lo soy tanto. Tú eres demasiado alto —lo corrijo.

Daniel le vuelve a preguntar si se queda a desayunar y, tras un par de negativas más..., ¡acepta!, aunque a regañadientes. No puedo evitar pensar que lo hace para incordiarne porque sabe que su mera presencia me altera. De hecho, corroboro esta sospecha cuando, poco a poco, Sebastian empieza a contestar las preguntas de Dani de manera educada y amable. En cambio, a mí solo me habla para chincharme, como cuando tras un ratito de charla unidireccional entre mi amigo y él me dice:

—Vaya, hoy también llevas esa camiseta.

La de *Stranger Things*, sí. Es una de mis favoritas, y muy cómoda. En ella aparecen las siluetas de los protagonistas en bicicleta, encima de las características letras rojas de la serie. Saco pecho, toda digna, y Sebastian desvía la mirada de mi cara a las letras que se han abultado. Cuando es consciente de lo que hace aparta de inmediato los ojos. Así que, en el fondo, Sebastian Wright no es de piedra. Es un capullo engreído que también mira a las chicas, aunque esa chica apenas tenga tetas. Y, por unos segundos, siento una mezcla de triunfo y de vergüenza.

—¿Verdad que debería cambiarse cuando viene a la cafetería conmigo? Es una cafetería muy mona... Y esa camiseta es demasiado friki. Pero, bueno, así es Eva y la queremos igual que ella nos quiere con nuestras locuras.

—¿Qué crees que ocurrirá con Eleven y Hopper?

La pregunta de Sebastian sobre dos de los personajes más importantes de la serie me sorprende. No esperaba que fuera a decir algo así, sino que le daría la razón a Dani en que soy una frikaza.

—¡Ah, que tú también la ves! A mí es que me da un poco de miedo... —Ese es mi amigo, que no se calla nunca.

Basta que me pregunten algo de una de mis series favoritas para que yo tampoco pueda cerrar la boca. De modo que tomo aire y comienzo a explicar a Sebastian mi teoría y cuando termino él

me replica con otra, y cuando ambos nos callamos por unos segundos nuestras miradas se cruzan, cómplices. El silencio llena el comedor y no puedo apartar los ojos de los de Sebastian, mucho menos fríos que en las ocasiones anteriores.

—¿Queréis que baje a la cafetería a por otro cruasán?

Dani interrumpe el momento y, entonces, la mirada de Sebastian vuelve a tornarse tan seria como de costumbre. Niega con la cabeza, se da unas palmadas en las rodillas y se excusa alegando que tiene que ponerse a trabajar.

—Gracias por el desayuno. —Una vez que se levanta, se vuelve hacia mí y dice—: No te preocupes, aunque llegamos a la conclusión de que los horarios dan igual, comeré a la una y luego tendrás la cocina libre.

Dani nos observa a uno y a otro sin comprender.

—Aquí nuestra leona de fuego me ha hecho una tabla con los horarios de convivencia —le explica Sebastian.

—¿Ya no bastan solo las normas? —inquire Daniel con una risita—. Yo quiero ver esa tabla. Siempre le he comentado que debe de tener algún pequeño TOC...

—¡Vete a la mierda, Daniel! —le espeto.

—¿Ves? Así trata al que se supone que es su mejor amigo...

Sebastian le dedica otra sonrisa amable, que suaviza las líneas de su rostro y le otorga un aire más atractivo si cabe. Acto seguido se despide y se marcha al dormitorio. Yo recojo los restos del desayuno y me voy a la cocina, seguida de Dani, que no para de aletear con las manos, hasta que me vuelvo hacia él y lo miro con impaciencia.

—¿Tú no te has dado cuenta de eso del salón?

—¿De qué?

—¡De cómo os habéis mirado durante unos segundos! —exclama, y le pongo un dedo en los labios para que baje la voz—. Por no decir nada de la complicidad que parecíais tener mientras hablabais de todas esas cosas raras...

—No digas chorradas, Dani. Es algo normal cuando a dos personas les apasiona algo...

Y entonces me callo porque pienso que a Sebastian también le gusta *Stranger Things*, con lo que ya tenemos otra cosa en común que jamás habría imaginado.

—Menudo culo se gasta, Eva. Si en el fondo te atraen los antipáticos, porque mira Víctor...

—Víctor no es antipático —le corto, y me observa con la nariz arrugada y cara de enfado—. No estoy defendiéndolo, que conste. Me refiero a que será muchas cosas, pero antipático no.

—Sebastian tampoco lo es.

—Permíteme que dude al respecto de eso.

Niego con la cabeza y vuelvo al salón para coger mi mochilita. Acompañaré un trozo del camino a Dani y después regresaré hasta el parque.

—Si fuera yo el compañero de piso de este estadounidense, verías tú... —continúa Dani con su cantinela una vez en la calle.

—Si vivieras solo o en un piso compartido habrías tenido esa opción. —Le dedico una sonrisa burlona, y chasca la lengua.

—¿Puedo mudarme al tuyo? —bromea.

El resto del trayecto que hacemos juntos se lo pasa parloteando de Sebastian y sus atributos y tirándome pullitas sobre que hay cierta química entre nosotros.

—Te funcionará muy bien el radar para distinguir si alguien es gay, bisexual o lo que sea, pero en esto lo tienes estropeado —le suelto, molesta ya de tanta tontería.

No responde, tan solo se despide de mí con una sonrisita que no me gusta ni un pelo. Una que parece decir: «No te lo crees ni tú».

Mientras me dirijo al parque pienso en que no me ha disgustado ver a Sebastian medio desnudo. De hecho, debo reconocer que no me importaría encontrármelo así de nuevo. Y me digo que el ratito que hemos pasado los tres juntos tampoco ha estado nada mal.

Incordio

«Persona o cosa incómoda, agobiante o muy molesta.
Sinónimos: tocapelotas, mosca cojonera, dolor de muelas». Parece que el
karma ha querido que esté rodeada de personas así.

Eva, ¿estás ahí? ¡Tierra llamando a Eva, Tierra llamando a Eva!

La dulce y cadenciosa voz de Celia sube un poco de volumen para sacarme de mi ensimismamiento. Pestañeo un par de veces y asiento, aunque llevo un rato algo perdida y no estoy segura de lo que mi amiga me ha contado.

—¿Estás bien? ¿Sigues pensando en el trasero desnudo de Sebastian?

—¡¿Qué?! —La miro patidifusa.

—Dani me dijo que habíais disfrutado de la magnífica desnudez de Sebastian. —Se encoge de hombros—. Palabras textuales.

—¡Pero de caderas para arriba! —le aclaro—. Llevaba una toalla enrollada. ¡Este Daniel se inventa unas cosas...!

—¿También es mentira que te llamó «leona de fuego» y que charlasteis sobre *Stranger Things* como si os conocierais de toda la vida?

—Eso es verdad —respondo entre dientes.

Aparto la vista unos segundos y doy un sorbo a mi refresco de naranja. En realidad, no estoy distraída al completo por eso, aunque he de reconocer que mi compañero de piso ha conseguido sacarme de quicio desde el domingo, y tan solo estamos a miércoles por la tarde. También estoy un poco callada porque Víctor me escribió el domingo por la noche y, desde entonces, he pensado en él más de la cuenta. He contestado a sus mensajes y se me antoja que ahora está haciendo conmigo lo que ya hacía años atrás, cuando solo éramos amigos y él se liaba con dos o tres tías al mismo tiempo y se guardaba un par más en la recámara, pero me hablaba de forma cariñosa o tonteaba conmigo. Nunca me pareció bien que se comportara de ese modo y más de una vez se lo dije... Cuando empezamos a enrollarnos, aunque nunca le pedí nada, fue Víctor

quien me aseguró que solo se acostaba conmigo. Ya no estoy tan segura de eso. Es evidente que es experto en marear la perdiz.

—¿Sabes que cuando se cazaban las perdices, frecuentemente se las «mareaba»? Se las azuzaba con perros, para que pareciera que se las iba a atrapar, pero solo era para asustarlas y que levantaran el vuelo y, de esa manera, ir cansándolas. Así era más fácil darles caza.

Celia repiquetea con sus uñas en el vaso de té matcha que está bebiéndose y me observa con una ceja arqueada.

—Estás más rara que de costumbre.

—Es por Víctor —le confieso finalmente—. Me escribió para ver cómo me iba todo y estuvimos charlando un poco. Me pareció que me hablaba como si aún estuviéramos liados. No lo entiendo.

—Sabemos que Víctor es un chico cariñoso. —Celia siempre trata de encontrar una explicación positiva para todo—. Pero, Eva, si tú no te sientes cómoda siendo su amiga...

—Simplemente no me gusta que se comporte de ese modo —protesto.

—¿Se trata de eso o de que aún sientes algo por él?

Me quedo callada y jugueteo con la pajita del refresco. Celia guarda silencio unos instantes también hasta que la animo a que me cuente cosas sobre una oportunidad de trabajo que le ha surgido. Ha mandado su currículum a una importante empresa audiovisual, y le deseo mucha suerte. Ojalá le den el puesto... Se lo merece. Luego es ella la que tiene curiosidad por saber cómo va la convivencia con Sebastian, tanto en el piso como en la universidad, y aprovecho para desahogarme.

Cuando regresé el domingo por la tarde a casa me lo encontré ocupando el sofá, completamente despatarrado, con la cara tapada por un enorme libro de aspecto antiguo. Una vena se me hinchó en la frente porque ya le había dejado clarísimo en la tabla que a esa hora yo quería ver uno de mis programas favoritos. Me dije a mí misma que no pasaba nada por perdérmele una semana y me encerré en mi dormitorio para estudiar un poco. Quizá Sebastian había perdido la noción del tiempo, ya que a mí me pasaba lo mismo cuando metía la nariz en un libro. Me convencí de que así había sido cuando a la mañana siguiente mi compañero cumplió el horario matutino. Él ya se marchaba a la facultad cuando yo entraba en el cuarto de baño para ducharme. Sin embargo, ese día sucedió algo. Ya había descubierto que Sebastian, tras la comida, se tomaba una taza del café de su termo acompañada de unos M&M's. Tras observarlo, he llegado a la conclusión de que ese dulce y el café son su placer culpable.

La cuestión es que, de normal, Sebastian es tremendamente callado, como ya sabemos, pero ese día... ese día se puso a hacer un horrible ruido al masticarlos. Estábamos los dos solos en el despacho, pues Rafa tenía una reunión hasta las cinco. Al cabo de unos minutos aguantando el molesto sonido, alcé la cabeza de mis folios —al día siguiente tenía una presentación— y lo

atravesé con la mirada. Ni se inmutó. La luz de la pantalla de su portátil le reflejaba en los cristales de las gafas. Metió la mano en la bolsa de M&M's para sacar más y, de nuevo, se afanó en conseguir que el plástico resonara en el silencio del despacho. Estuve segura de que lo hacía a propósito, en especial porque esa misma mañana le había oído decir a Nuria que su compañera de despacho —o sea, yo— era un poco ruidosa. Vale, a veces me sorprendía a mí misma tarareando una canción, sonándome con estruendo o hablando en voz alta, por no mencionar cuando se me ocurrían un montón de dudas y se las planteaba a Rafa. Pero yo no lo hacía a propósito...

Por la tarde llegué a casa más cansada de lo habitual y decidí prepararme la cena antes de lo acostumbrado para meterme pronto en la cama y estar fresca al día siguiente para la presentación. Hablar en público suele ponerme nerviosa.

—¿Se te ha olvidado el horario? —me preguntó Sebastian al ver que entraba en la cocina.

Estaba preparándose una ensalada y unos filetes de pechuga de pollo. Había ido a comprar el día anterior y había llenado la nevera. Su parte, claro. De hecho, todos sus productos y alimentos presentaban una etiqueta con su nombre.

—Se supone que habíamos quedado en que las normas te importaban un comino —le recordé dándole la espalda. Me estiré para sacar el paquete de pan de molde de uno de los armarios. No llegaba, y fue Sebastian quien, tras unos segundos de agonía mía dando saltitos, alargó un brazo y me lo tendió—. Que, por cierto, es algo que jamás habría imaginado, en serio. Con lo estirado que pareces... —le atacué.

Estaba algo enfadada porque no me había ido muy bien la preparación de la presentación para el día siguiente y, aunque en realidad casi toda la culpa era mía por pensar en Víctor más de la cuenta, opté por echarle a Sebastian una parte también, por sus malditos ruidos en el despacho.

—¿En serio me ves como un estirado? —Sebastian profirió algo que podría haber sido una risita, pero que a mí me sonó como un graznido ronco—. Habló doña Normas Bobas. Tu amigo... Dani se llamaba, ¿cierto? Dani mencionó algo de un TOC.

—Lo dice alguien que ordena la ropa por colores.

—¿Has entrado en mi cuarto? —Sebastian se dio la vuelta y me miró como si quisiera asesinarme.

«Tranquilo, que yo también te estrangularía».

—Líbreme Dios de pisar ese lugar. —Alcé las manos como si la mera idea me resultara un horror—. Ayer cuando te fuiste a la facultad te dejaste la puerta abierta y, al pasar, vi un montón de ropa encima de la cama.

—Al menos yo soy ordenado. Tus cosas están todas tiradas por ahí como si hubiera pasado un vendaval —contraatacó Sebastian.

—¿Has entrado tú en mi cuarto?! —repetí sus palabras, deteniéndome en la tarea de untar

mantequilla en la rebanada de pan.

—*No way!* Me la enseñaste tú el día que me mudé.

—Si de verdad no eres un estirado, deberías demostrarlo —proseguí para chincharle más. No sabía qué me pasaba esa tarde. ¿No era él el incordio?

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo?

—Sonriendo un poco más, por ejemplo.

—Ya sonrío —respondió, y noté cierta molestia en su voz.

—Ese gesto que haces con la boca no es sonreír. De hecho, da miedo.

Se le tensó la mandíbula.

—Matizo: ya sonrío a quien tengo que sonreír.

Arrugué la nariz y, dándole la espalda, moví los labios como si fuera él quien hablaba.

—O mira... —Dejé la tarea del sándwich y me di la vuelta. Al acercarme, Sebastian se apartó como si fuera una leprosa. Eso me molestó más—. Podrías venirte una tarde a tomar algo con mis amigos... o a alguna fiesta. Para verte en acción.

—Nos conocimos en una discoteca, ¿recuerdas?

—Y parecía que tenías metido el palo de una fregona en el culo. Estabas allí tieso en lugar de bailar.

—*Gosh*, eres una ordinaria. —Sebastian me dedicó una mirada de hastío.

—Y tú, un aburrido y un estirado.

—No tengo que demostrar nada a nadie. Y aquella música no me gustaba.

—Entonces seguiré llamándote estirado.

Cogí mi sándwich de mantequilla, jamón york y queso y salí de la cocina con una sonrisa triunfal.

Una que me ha durado muy poco porque justo esta mañana parece que Sebastian ha querido vengarse de ese ataque. Me he levantado a mi hora acostumbrada y me he ido a la cocina para prepararme el desayuno. Sebastian estaba en el cuarto de baño, pero cuando ha llegado mi turno no ha salido como los otros días. Al principio me lo he tomado con calma. Sin embargo, viendo que empezaba a hacerse tarde me he acercado a la puerta y le he preguntado, en tono conciliador, si le faltaba mucho. Ni me ha contestado. Al final he acabado aporreando la puerta una y otra vez, no solo porque iba a llegar tarde a la facultad, sino, sobre todo, porque necesitaba hacer pis. Sebastian ha salido casi veinte minutos más tarde de lo que debía y lo ha hecho como si fuera un robot. No se ha molestado ni en darme los buenos días. He intentado calmarme diciéndome que tal vez había tenido un apretón, pero lo cierto es que al entrar no olía mal, sino todo lo contrario. Ahí estaba su perfume de nuevo flotando por todo el cuarto de baño.

—¡Voy a llegar tarde por tu culpa! —le he chillado cuando él ya salía por la puerta de casa.

—¡Nos vemos, leona de fuego! —ha respondido en un tono sarcástico, y he estado a punto de

lanzarle el cepillo de dientes.

Cuando termino de contar a Celia mis aventuras y desventuras, reparo en que me observa con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué estás tan alegre? —le pregunto en tono quejumbroso.

—¡Es que tu vida ahora es muy divertida, Eva! Y sabes lo que se dice, ¿no? —Aguarda unos instantes para dar emoción al asunto—. ¡Que los que se pelean se desean!

—Dani asegura que estoy loca... ¡Pero los locos sois vosotros! —Abro los brazos y miro al cielo—. ¡Estoy rodeada de chiflados!

El viernes por la mañana me despierto con la certeza de que, en realidad, Dani lleva razón. Yo también estoy chiflada. Víctor me escribió anoche de nuevo —creo que iba algo borracho por sus faltas de ortografía, mucho más terribles de lo normal— y me propuso quedar el domingo para tomar algo y ponernos al día. Tardé dos horas en responderle. En otros tiempos le habría contestado a los cinco minutos, que conste. Pero... le dije que sí. Y a la hora me mandó un nuevo mensaje diciéndome que no podía, que le había salido otro plan y que lo sentía. ¡Ja!, seguro que no lo siente. Habrá quedado con la chica aquella. Y hoy estoy enfadada conmigo misma y espero no cruzarme con Sebastian. Asomo la cabeza en la cocina, luego en el cuarto de baño. La puerta de su dormitorio está cerrada y no sale ningún ruido. Suelto un largo suspiro de alivio. Desayuno tirada en el sofá. Leche con mucho cacao en mi taza de Dobby.

Cuando aparezco por el despacho a las doce para coger unos documentos que necesito, Sebastian aparta la vista del portátil y se quita las gafas para mirarme.

—*Good morning, little redhead.* Qué chica más puntual eres... —me dice en un tonito condescendiente.

¿Cómo se atreve? Si otra vez he llegado tarde por su culpa... Me perdí una interesante explicación sobre el pensamiento gramatical normativo de Alarcos. Por unos segundos pienso en ignorarlo, pero de mi boca se escapa:

—Que te den.

Me freno en seco porque no había reparado hasta entonces en la presencia de Rafa. Habitualmente los viernes él también entra más tarde, pero ahí está, y mirándome con el ceño fruncido y cierta sorpresa en el rostro. Nunca me ha visto enfadarme o soltar una palabrota, se piensa que soy una chica muy modosita. No me gustaría defraudarlo, pero tampoco es justo que no conozca el auténtico talante del aparentemente educado y perfecto Sebastian Wright. Aun así, intento disimular.

—Que decía que... que te den los buenos días así es muuuy agradable.

Rafa esboza una sonrisa y asiente con la cabeza. Antes de tomar asiento delante de mi

escritorio, me intereso por su presencia aquí un viernes a esa hora.

—En breve Sebastian participará en una conferencia y me ha pedido ayuda —me explica—. Dice que se ha leído todos mis trabajos y que le encantaría que le dijera si hay algún error o algo que podría mejorar. ¡Pero lo cierto es que el contenido de su tema es perfecto!

Me sale la vena competitiva y no puedo evitar sentir cierta pelusa. Sobre todo cuando miro de reojo a Sebastian y le veo ese gesto de suficiencia que me exaspera hasta límites insospechados.

—Deberías asistir a su conferencia, Eva, es un tema que te interesará.

Me quedo un rato en el despacho para que Rafa vea que yo también soy una alumna de lo más aplicada. No quiero dejar de ser su favorita. Sebastian, como de costumbre, me lanza unas cuantas miradas. Lo ignoro y me centro en lo mío, aunque me cuesta porque recibo otro wasap de Víctor donde me dice que tiene ganas de verme y yo, en lugar de no responderle, le contesto con un «sí» y con un emoticono de un corazón. ¡Eva, por favor! ¿Se puede ser más blanda y tonta?

Al cabo de un rato decido cotillear lo que hace Sebastian.

—Ese libro no te va a servir de mucho para tu conferencia. —Señalo el tomo antiguo.

—¿Lo afirma una estudiante que aún está en último curso?

Sebastian lo ha dicho en voz más alta de la que debería, por lo que Rafa le oye e interviene:

—¡Bastian, yo que tú haría caso de la opinión de Eva! Ha trabajado bastantes textos y documentos de época medieval.

Mi compañero se pone de color púrpura y yo, cuando Rafa no me ve, esbozo una sonrisa maliciosa. Poco después es Sebastian quien me rebate una cuestión con sus aires de suficiencia. Empieza a despertarme unos sentimientos nada agradables. Cuando en una pausa veo que saca su termo de café, se me ilumina la bombilla. Desde ayer pensaba en cómo vengarme de él por lo del cuarto de baño. ¡Ya sé cómo! Me levanto de la silla de manera brusca, sobresaltando a Rafa y a Sebastian. Este último me sigue con la mirada cuando me dirijo a la puerta del despacho.

—¡Voy al aseo! —exclamo.

—¿Con la mochila? —inquire Sebastian.

No respondo. Corro hacia la máquina expendedora de la planta de abajo, la única en la que venden los paquetitos de M&M's. Quedan cinco y voy a comprarlos todos para que Sebastian se quede sin ninguno. Soy consciente de que, en realidad, es una chorrada porque puede ir a cualquier supermercado y allí los encontrará, pero empiezo a conocer a Sebastian y sé que tiene ciertas manías, como yo. Por ejemplo, que le gusta comprarse el paquetito justo después de comer porque así abandona el despacho para airearse un poco, pero lo hace tan solo unos minutos y no siente que esté procrastinando. Creo, además, que le gustan estos M&M's, una edición limitada que no he visto en otro sitio. Y yo, que llevo mucho más tiempo en esta

facultad, también sé que no vendrán a reponer la máquina casi hasta finales de mes, y aún queda para eso.

Vuelvo poco después con los cinco paquetitos guardados en la mochila. Ni Rafa ni Sebastian apartan la vista de sus tareas y yo, de forma disimulada, escondo el chocolate en un cajón. Una vez que Sebastian se va a la cafetería a comer, aprovecho para charlar con mi tutor de manera íntima y relajada. Cuando mi compañero regresa y lo veo sacar unas monedas de su cartera, me preparo. Casi que me froto las manos. ¿Qué cara pondrá cuando descubra que no queda su *guilty pleasure*?

—Me marcho ya, Rafa, que me muero de hambre. ¡Hasta el lunes! —me despido.

Al llegar a la planta de abajo veo a Sebastian muy tieso y con cara de circunstancias ante la máquina expendedora. No aparta la vista de ella cuando me sitúo a su lado. La venganza es un plato que se sirve frío, y me deleito en los gestos de Sebastian, que me observa de reojo mientras extraigo una bolsa de M&M's de mi mochila. La agito ante su cara. Me parece que se ha puesto rojo. La abro y cojo un chocolate al tiempo que me muerdo los labios. Sebastian dirige los ojos hacia mi boca. Me como el M&M y suelto un exagerado gemido de placer.

—¡Están riquísimos!

Saco otro chocolate y lo meneo ante su rostro. Sebastian está muy callado, aunque imagino que tiene ganas de soltarme cuatro frescas. Me como el M&M mientras entorno los ojos y lo contemplo como si estuviera teniendo un orgasmo maravilloso. El tercer M&M se lo acerco y canturreo:

—Quieres uno, ¿eh? ¿Te apetece uno, Sebastian?

Lo arrimo a sus labios, pero no mueve ni un músculo. Repito esa acción un par de veces y, cuando estoy a punto de metérmelo en la boca, sucede algo que me corta la respiración. Ocurre de manera vertiginosa, pues Sebastian se mueve muy rápido, aunque yo casi que lo veo todo a cámara lenta. Su rostro está ahora muy cerca del mío. Y su boca. Su boca entreabierta. Por unos segundos creo que va a besarme, como pensé en la discoteca aquella noche. Bizqueo. Noto su respiración. Entonces aprecio el roce de sus dientes en mis dedos atrapando el M&M. Y el de sus labios. Y de su lengua. Húmeda, caliente. Es una acción meteórica, pero... pero menos de lo que debería. Y está claro que Sebastian lo ha hecho a propósito. Que su boca se cierre en torno a mis dedos. Que parezca que su lengua me los está lamiendo. Y todo eso sin dejar de mirarme pegado a mi cara. Ay, Dios... ¡Ay, Dios! ¿Por qué se me ha acelerado el corazón? ¿Por qué noto que me arde el rostro? Es solo la sorpresa y la vergüenza, solo eso.

Mastica el M&M con parsimonia, sin dejar de observarme con una mirada oscurecida. A mí se me ha secado la boca y tan solo puedo fijarme en sus labios moviéndose.

Traga despacio y después dice con voz algo ronca:

—Sí que están buenos.

Se da la vuelta y me deja aquí plantada con el corazón a mil y el estómago en programa de centrifugado. Aún sostengo la bolsita entre las manos y la miro como una tonta. Creo que voy a tener que retirar lo de estirado. Lo de pijo y engreído lo mantendré, por supuesto.

—El español me parece una lengua muy difícil...

Unas horas después, mientras intento que mi nueva alumna pronuncie la «r», oigo la palabra «lengua» y la cabeza se me va de nuevo al momento del M&M. Ya no voy a mirarlos de la misma manera. De nuevo, el pulso se me acelera al recordar los labios y la punta de la lengua de Sebastian acariciando mis dedos.

¿Por qué leches algo como eso se me antoja mucho más sensual que un beso?

«Que se deja engañar con facilidad, generalmente porque cree que todo el mundo actúa con buena voluntad». No es que yo lo piense de todos porque tengo bien claro que Sebastian de buena voluntad, poca. Pero... con Víctor... ¿por qué me hago tontas ilusiones?

Dani y Víctor se observan como si fueran dos rivales en un combate de lucha libre. Dani no soporta a Víctor y Víctor intenta disimular porque es el tipo de persona que quiere aparentar que todo el mundo le cae bien, aunque siempre se le ha visto el plumero a los pocos minutos de estar con Dani.

Os preguntaréis qué hacen estos dos juntos si se llevan tan mal. Bueno, también se ha unido Celia, que está escuchando a Víctor hablar sobre su nuevo bajo, uno que le ha costado la friolera de dos mil euros. Imagino que sus padres lo habrán ayudado a pagarlo, ya que el sueldo que recibe en la farmacia familiar no es muy elevado y se lo ventila muy rápido en fiestas y caprichos. Víctor no tiene para nada pinta de farmacéutico. O quizá sea la forma en que yo me imagino a estos profesionales. Pero la verdad es que si Víctor estudió Farmacia fue porque sabía que tendría un puesto asegurado y eso, para los jóvenes de nuestra generación, que en ocasiones vamos como pollos sin cabeza a la búsqueda de oportunidades laborales, es un chollo. Víctor lo que quería, y sigue queriendo, es ser una estrella. No sé si esa fue una de las cosas que me atrajeron de él. Junto con su aspecto de roquero de épocas pasadas. Su sonrisa ladeada. Que siempre tuviera las manos calientes cuando a mí se me quedaban heladas. Tal vez la soledad y la tristeza por la muerte de mi padre también influyeron para caer en brazos de Víctor.

Observo el mechón oscuro y ondulado que le cae sobre la frente. El aro en su oreja derecha. El tatuaje *old-school* que ocupa su brazo izquierdo hasta los nudillos. Sus poses y ademanes seguros mientras habla con Celia. Maldita sea, qué guapo es. Y qué diferentes somos. Lo veo encender un cigarrillo con movimientos despreocupados y por poco no se me escapa un suspiro. Las chicas de la mesa de al lado están igual que yo. No se me pasa por alto que Víctor le dedica un guiño rápido a una de ellas, la más mona. Es ese tipo de chico cuya sonrisa sabes que te romperá

el corazón, que te dará esa clase de relación que nunca llega a ser, que es de los que no pasan de palabras bonitas y deseo superficial. Pero, aun conociendo el riesgo, te lanzas de cabeza sin red de seguridad. Como una polilla que no puede evitar revolotear hacia la luz y quemarse. Porque, qué demonios, en ocasiones quemarse no está tan mal. Dani dice que, desde que se fue mi padre, soy una persona a la que le gustan las causas perdidas, los chicos malos, alguien con quien no mostrarme del todo... Y quizá lleve razón. Porque, aunque Víctor estuvo ahí cuando mi padre murió, no hablamos apenas de eso. Lo que yo quería en esos momentos era alguien con quien fumarme un porro o emborracharme y follar para mitigar el dolor, y Víctor me daba eso. Pero después... después me recuperé y traté de obtener lo que no iba a darme.

La cuestión es que —y espero que me disculpéis porirme por las ramas— cuando comenté a mis amigos que había quedado con Víctor, Daniel insistió en acompañarme. «¿Y si se lleva a su nuevo rollo? Ya sabemos cómo es y no sería algo extraño. Te resultaría muy incómodo, Evi», soltó mi amigo tras mis negativas. Bastó eso para convencerme. Se lo dije a Víctor para que no le cogiera de sorpresa y, aunque no le hizo mucha gracia, aceptó.

—Cuando quieras, Celia, te toco el solo de *Master of Puppets* de Metallica. Te juro que lo vas a flipar a lo grande.

Desvío la vista hacia Dani, que me mira a su vez. Mueve los labios, sin emitir ningún sonido, para decirme: «Sácame de aquí». Contengo una carcajada.

Daniel levanta un brazo y en cuanto el camarero se acerca le pide otra cerveza. Víctor y yo también nos animamos. Celia la rechaza. Mientras aguardamos a que nos traigan los botellines, se crea un silencio incómodo que a Víctor no parece molestarle. De hecho, está frotándose las manos y sonriendo mientras nos contempla. Tal vez esté pensando qué contarnos ahora. Porque desde que hemos llegado tan solo nos ha hablado de sus cosas. Si tuviera que hacer una lista con las ventajas y los inconvenientes de mantener una relación con Víctor —vale, la nuestra no era seria, pero la imaginé así muchas veces— entre esos últimos incluiría, desde luego, el hecho de que habla mucho sobre sí mismo. Aunque, en ocasiones, puede ser también algo positivo. Como cuando yo no quería contar nada de mí y él hablaba y hablaba y yo me perdía en el tono áspero de su voz y, así, me olvidaba un rato de mi padre. Me tumbaba sobre sus piernas y cerraba los ojos y, de cuando en cuando, Víctor se inclinaba y me besaba.

—¿Cómo te va, Eva? —me pregunta al fin.

—Pues como siempre...

—Le va genial —se inmiscuye Dani.

—Me alegro mucho, tía.

Sonrío y recuerdo que anoche actualizó su estado de WhatsApp con una foto en la que aparecían unas cuantas personas que yo no conocía. Entre ellas, su nuevo rollo. ¿Esa gente

formará parte del grupo de amigos de la chica? ¿Ya se los ha presentado? Vale, Víctor conoce a Daniel y a Celia, pero los conoció antes de que tuviéramos nada.

—Mira si le va bien que ha conseguido un compañero de piso estupendo.

Lanzo a Dani una mirada cargada de intenciones, pero se hace el disimulado cogiendo el botellín de cerveza que le tiende el camarero.

—¡Es verdad, Eva! Buscabas un compañero. Qué pasada que hayas encontrado uno guay en tan poco tiempo. De verdad que lo siento por haber rechazado tu propuesta, pero no me veía compartiendo piso ahora. —Víctor da un largo trago a la birra antes de decir—: Te mereces todo lo bueno. —Esboza una de sus encantadoras sonrisas y casi me parece oír suspiros en la mesa de las chicas.

—Gracias —respondo con un cosquilleo en el estómago.

—¿Y es otro friki de esos con los que ya has convivido?

Vale, acaba de perder todo el encanto. En ocasiones sucedía que soltaba alguna estupidez como esa y yo me cabreaba, pero acababa cayendo de nuevo. Ahora me vienen bien para sumar otra cosa a la lista de inconvenientes y, así, intentar olvidarme de él más rápido.

—Uy, qué va. —Daniel vuelve a adueñarse de la conversación. Chasca la lengua un par de veces para reafirmar su negativa, y añade—: Es un jamelgo, tío. —Víctor sonríe, como si no se lo creyera—. Mira, mira... —Dani le tiende el móvil.

Veo que está abierto el perfil de Instagram de Sebastian. Pero ¿qué leches? ¿Lo tenía preparado o qué?

No se nos pasa por alto a ninguno que a Víctor le cambia la cara, aunque de inmediato se apresura a disimular.

—Un poco pijo para mi gusto. —Sonríe, aunque ya no de manera tan ancha.

—También estudian juntos —dice Celia. Sé que ella no lo hace por chingar, porque esas cosas ni se le pasan por la cabeza—. De hecho, comparten el amor por los libros y la lengua.

—Sobre todo por la lengua. —Dani hincha el pecho como un pavo real ante la cara de circunstancias de Víctor.

—¿Va a tu clase? —me pregunta este apartando la vista de mi amigo.

—En realidad, no. Ha venido de Estados Unidos para trabajar aquí en su tesis. Compartimos despacho.

Víctor arquea una ceja y, como el móvil de Daniel aún está en la mesa, de forma disimulada echa otro vistazo a las fotos del perfil de Sebastian. Que, por cierto, hay una nueva en la que aparece con Rafa, ambos en una cafetería codo con codo trabajando en algo que parece muy interesante. La publicación es de hace un par de horas. Me pregunto si hoy, domingo, mi tutor ha abandonado sus quehaceres familiares para ayudar a Sebastian.

—¿No te habrías sentido más cómoda con una chica? —inquire Víctor de repente.

—¡Qué anticuado! —exclama Celia.

—¿A ti que más te da, hombre? —Dani se inclina hacia delante para atrapar su móvil y mira a Víctor con una sonrisita.

—No, si a mí me da igual, lo decía por Eva. Los tíos así no son de fiar...

—¿Los tíos así... cómo? —pregunto con sumo interés.

—Pues... así, guapos... e inteligentes.

—Entonces ¿tú no serías de fiar? Ah, disculpa, de lo segundo no estoy tan seguro —lo pica Dani, y Víctor le lanza una mirada asesina.

—Estoy cómoda con Sebastian. Nos llevamos de maravilla —miento, y ni siquiera sé por qué lo hago. ¿Es porque he sentido cierta satisfacción al ver que a Víctor se le borraba la sonrisa desde que ha visto a Sebastian?

—Yo lo digo por tu bien, Eva, porque eres mi amiga... —Otra de sus sonrisas que son como un arma de doble filo.

—Ya —asiento, sin creérmelo, y me apresuro a dar un trago a mi birra.

Un rato después nos despedimos. El encuentro no ha ido tan mal. Aceptamos quedar como amigos y estoy cumpliéndolo sin que sea tan doloroso como imaginaba. Aunque, bien mirado, ha sido menos complicado porque Víctor no ha hablado de su nueva chica. Quizá solo sean amigos también, o no vayan en serio. Pero... ¿qué más me da a mí? Aunque fuera así y Víctor volviera a proponerme que fuéramos colegas con derecho a roce, ¿no se supone que yo ya no aceptaría eso? Porque lo conozco y, aunque por un tiempo pensé que podría cambiar, ahora veo la realidad y tengo bastante claro que no sería así. No al menos conmigo. En el caso hipotético de que Víctor quisiera una relación seria, no creo que yo fuera su tipo de chica.

—¿En qué estás pensando, Eva? —me pregunta Celia mientras damos un paseo.

—Espero que no sea en Víctor.

—¿Os habéis fijado en que no parecía hacerle ninguna gracia Sebastian? —inquire ella.

—Que se joda. Que aprenda que hay gente mejor que él, y que llore y se dé cuenta de que todos somos prescindibles, como dicen Natti Nathasa y Becky G.

Se me escapa una risa. Y Celia lleva razón: a Víctor le ha molestado que viva con Sebastian y que pasemos tantas horas juntos en el despacho. De hecho, estamos llegando al portal de Celia cuando oigo la melodía del móvil y, al sacarlo de la mochila, descubro un wasap de Víctor.

Eva, qué caña haberte visto de nuevo. Si tardé en escribirte fue porque creía que estarías molesta conmigo por lo que ha sucedido... Pero ya veo que todo sigue como antes, verdad? Que podemos ser unos amigos guais. Qué te parece si nos vemos otro día? Sin Celia y sin el entrometido de purpurina, vale?

—¡Será imbécil! —exclama Dani, que al parecer ha estado leyendo el mensaje por encima de mi hombro.

Justo en ese momento recibo otro:

Por cierto, estabas preciosa, nena. Como siempre

—¿Tú crees que esto es normal? —Dani me arrebató el móvil para enseñarle los wasaps a Celia, que, aturdida, entorna los ojos para poder leerlos.

—No sé, a mí me parece bonito eso último.

—Me ponéis de los nervios —protesta mi amigo.

—Dani, no te preocupes. —Recupero mi móvil al tiempo que me apoyo en su hombro y le sonrío—. No soy tan tonta como para caer otra vez. Sé muy bien que solo está mareándome...

Me mira como si no me creyera, pero se mantiene callado, aunque sé que está haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para no decir nada más. Al final explota:

—Conozco esa cara tuya, Eva, y te he visto la sonrisita que has puesto cuando has leído lo de que estabas preciosa y, oh, claro, ese «nena». Porque os sueltan eso y ya se os caen las bragas.

—No es cierto —se queja Celia.

Dani chasquea los dedos y la hace callar. Me sujeta fuerte de los hombros y me mira muy serio.

—Evi, que esto de Sebastian te sirva, pero para que Víctor se fastidie como él te ha fastidiado a ti.

—No tenemos doce años...

—No, pero le ha molestado y, en el fondo, ¿a que no está tan mal? Ese se creía que ibas a ir llorando por los rincones. ¡Y no, Evi, eso sí que no! Una tía como tú lo que hace por los rincones no es llorar precisamente.

Le ignoro y me guardo el móvil en el bolsillo. Quince minutos después me hallo sola en el metro en dirección a casa. Cuando quedan pocas paradas, saco el teléfono y vuelvo a leer el mensaje. No le he contestado y siento que no debería hacerlo. Al igual que no debería sentir esta ridícula e inútil sensación en el pecho.

Némesis

«Persona enfrentada a otra o enemiga acérrima suya».

Es la primera vez que tengo una y me siento como dijo Thor en una ocasión: «Por primera vez en mi vida no tengo ni idea de lo que hacer». Pero él tenía la suerte de contar con su martillo.

Esta noche he soñado contigo, pero no sé si debería contártelo 😊

Contemplo una vez más el wasap de Víctor y me enfado conmigo misma al notar cierto pinchazo en el pecho. No tendría que enviarme cosas así porque, a la vez que me decía eso a mí, ha seguido colgando fotos con la chica aquella. Fotos en las que salen acaramelados, de esas que nosotros nunca nos hicimos. La más íntima que tenemos es una en la que ambos salimos agarrados de los hombros en una fiesta y él está con la cara vuelta hacia mí, sacando la lengua como si fuera a lamerme y con los ojos cerrados. Iba borracho, por supuesto. Pero a mí me gustaba esa fotografía.

Me termino la última cucharada de arroz con pollo y cierro el táper. Luego, siguiendo los consejos de Dani, contesto a Víctor lo siguiente:

Entonces no me lo cuentes

Por qué?

Porque ahora tienes algo con una chica y, bueno..., ya sabes lo que opino de lo que me dijiste

Tienes tú algo con alguien?

Su respuesta me pilla desprevenida. Por unos segundos pienso en explicarle la verdad porque, total, qué importa, pero luego recuerdo su cara cuando vio la foto de Sebastian y se enteró de que compartíamos despacho y piso, y, movida por un impulso, escribo:

Tal vez

En serio?

Tanto te sorprende? Oye, que antes de ti
también ligaba...

Eso no lo dudo, nena. Eres muy sexy y lista... 😊
A mí me pone tu inteligencia

«Me pone». En presente y no en pasado. Recuerdo que, cuando a veces le hablaba sobre literatura o empleaba alguna palabra que él no entendía, me cogía y me apretaba contra su cuerpo, me susurraba algo caliente al oído y luego me besaba como solo él sabía: despacio y profundo, como si pusiera todo de él en ese beso.

Tengo que dejarte. He de volver al despacho

Quedamos pronto?

A ese mensaje no le contesto. No sé muy bien qué decirle. Además, ahora mismo dentro de mí hay dos Evas enfrentadas: la que siente un cosquilleo cuando Víctor le escribe algún mensaje y la que se insulta a sí misma por seguir, en cierta manera, enganchada de él. Ya no tengo claro si continuar con nuestra amistad me vale la pena o si debería cortarla por lo sano.

En el piso las cosas con Sebastian no van del todo bien tampoco. Parece que nos hemos declarado la guerra de forma oficial. Creo que lo de los M&M's le molestó mucho porque, justo a inicios de esta nueva semana, un día regresó de la fotocopidora con un buen fajo de folios en la mano y dejó en mi mesa uno. Pensé que sería algo relacionado con su tema de la conferencia para hacerse el guay, pero en realidad eran unas normas como las que yo le había dado anteriormente.

No dejar cacharros sucios en la cocina. No poner la música muy alta cuando estoy estudiando. No hablar en voz alta ni tararear cuando trabajamos en el despacho. No volver a decir que *Cien años de soledad* es la mejor historia de realismo mágico. Por cierto, cuidado no te quedes calva... A veces me encuentro un montón de pelos en la ducha.

—¿De qué vas? Tengo una buena mata de pelo —le repliqué tras leerlas—. Y siempre quito los que se me caen, lo que pasa que en otoño suele haber más pérdida. —Doblé la hoja hasta

hacerla bien pequeñita, con movimientos rápidos y enfadados—. ¿Y por qué hay también normas para el despacho? Yo no te puse ninguna para aquí.

—Bueno, eso es cosa tuya. —Se encogió de hombros y fue a sentarse a su mesa, pero antes de llegar se detuvo para mirarme. Se acercó de nuevo y cogió el papel doblado—. Espera, se me ha olvidado anotar algo.

Curvó los labios en un gesto altivo, se apoderó de uno de mis bolígrafos y escribió algo en la nota. Luego me la devolvió y se marchó a su mesa.

También te agradecería que dejaras de intentar provocarme ataques epilépticos.

Resoplé. Ese día llevaba unos pantalones negros y una camisa rosa palo. Aunque, arriba, me había puesto una de mis prendas favoritas: un *blazer* a rayas de colores chillones.

—Pijo —dije entre dientes, aunque lo suficientemente alto para que lo oyera.

Sebastian, mientras encendía su portátil, me contestó:

—Ridícula.

—Arrogante.

—Pelota.

—Mira quién habla...

Esa misma noche cociné un montón de cosas para la semana y dejé ollas, sartenes y cubiertos sin fregar. Al día siguiente Sebastian se chivó a Rafa de que no me había gustado uno de los trabajos que nos había enviado. Yo lo había estado comentando con Celia en una de nuestras videollamadas. Al parecer, tengo también que cuidarme con lo que hablo en mi piso, porque ahora las paredes tienen orejas. Para vengarme, dejé ropa tirada por la casa, incluidas unas braguitas. Me las trajo al dormitorio cogiéndolas con la punta de dos dedos y con un gesto que no supe descifrar.

—¿Podrías no dejar estas cosas por ahí?

—Eres tú quien se pasea desnudo.

—Eso no es cierto —se defendió.

Tuve que darle la razón mentalmente. Como mucho, había salido de su cuarto con el torso al aire, pero llevaba pantalones en lugar de una pequeña toalla. Y me regañé a mí misma por desear que hubiera sido lo segundo.

—Estás comportándote como una niña.

—Puede ser, pero se supone que aquí el maduro eres tú, ¿no?

—Nunca dije algo así sobre mí.

Nos retamos con la mirada. La suya era tan fría e insolente como siempre, pero... No sé, me pareció entrever algo más. No sabía si me miraba los labios porque le gustaban o por eso de que

se moría de ganas de cerrarme el pico. Me pregunté en ese mismo instante cómo serían los besos de Sebastian Wright. Me sacó de mis pensamientos el verlo con una cara de cabreo considerable. Y no me pareció que lo estuviera conmigo, sino consigo mismo. Me lanzó las bragas al tiempo que decía:

—Son una horterada.

Y una mierda. Eran de la película *Lilo & Stitch*.

Hoy, cuando salgo de la cafetería de la facultad para ir al despacho, al pasar por el agradable claustro descubro a mi némesis tomando café y charlando con Nuria y Rafa en uno de los bancos. Casi estamos a mediados de noviembre y ha empezado a refrescar, pero en esta zona el ambiente es más cálido, por lo que aún hay muchos alumnos por aquí estudiando, leyendo o conversando.

Rafa me ve y me indica por señas que me aproxime. De mala gana cubro la distancia que me separa de ellos y los saludo con una sonrisa. Rafa sigue pensando que Sebastian y yo nos llevamos genial debido a que, cuando él está presente, intentamos aparentar que somos dos angelitos.

—¿Qué tal, Eva? Estábamos charlando sobre libros. La cantidad de literatura hispanoamericana y española que ha leído Sebastian es increíble —me informa mi tutor con los ojos iluminados—. Hemos charlado también sobre que *Cien años de soledad* tal vez sea una obra sobrevalorada. Pero eso no se lo diremos a José Ramón. —Rafa suelta una risita.

José Ramón es el catedrático de Literatura latinoamericana de la facultad y una referencia en realismo mágico.

—¿Y cuál es la mejor, en tu opinión? —pregunto a Sebastian. Más que molesta, ahora ya lo que siento es curiosidad.

—*Pedro Páramo*, sin duda.

—¿Se puede saber por qué?

—La historia de García Márquez es buena, pero no puede competir con la de Rulfo, Misteriosa, sensorial, sin tiempo ni fronteras entre lo sobrenatural y la realidad.

—¿Y qué me dices de la narración tan confusa de Rulfo?

—No es confusa... Es intrigante —objeta.

—Sobre esto puede debatirse mucho, pero ahora tengo que revisar algo que necesito entregar a Rafa. —Me vuelvo hacia mi tutor y lo miro con ojos de estudiante aplicada. Asiente con una sonrisa. Me doy la vuelta hacia Sebastian—. Dejamos esta charla pendiente porque tengo mucho que rebatir...

—Te tomo la palabra —se apresura a decir, y yo lo miro con los ojos muy abiertos porque, aunque quizá podía esperarme una respuesta así, no en ese tono emocionado que ha empleado—.

Pero mantengamos esa charla con una buena cerveza, no con esa basura que hay en la nevera de casa...

Alguna bordería tenía que soltar, por supuesto. Nuria y Rafa no se han enterado porque están conversando, y Sebastian ha aprovechado la ocasión. Nos dirigimos todos al departamento, aunque Nuria se queda en la planta inferior debido al traslado por las obras. Me dan ganas de preguntarle cuánto tiempo me queda de soportar a Sebastian. Por lo que parece, va para largo. Quizá tenga que mentalizarme y hacerme a la idea.

—Nuria y yo hablábamos el otro día de las obras —dice Rafa en ese momento como si me leyera la mente—. Pensamos que, en parte, han traído algo bueno: os habéis conocido dos estudiantes prometedores. —Sonríe bajo su enorme bigote—: ¿Cómo va por el piso?

Sebastian y yo sonreímos y murmuramos un «genial» y un «estupendo» robóticos. Luego cada uno toma asiento frente a su mesa para sumergirnos en nuestros trabajos. Un rato después recuerdo lo que ha dicho sobre la cerveza. Mi economía no da para comprar birras más caras. Además, ¿y a él qué? Puede comprarse las que quiera, pero no le he visto hasta ahora beber alcohol. Saco de un cajón una de mis mejores armas: uno de los paquetes de M&M's. Hago el mayor ruido posible al abrirlo y, aunque Sebastian se muestra impertérrito, sé que es solo fachada. Me como uno tras otro sin dejar de mirarlo. Al final, deja lo que estaba haciendo y, mirándome a su vez, extrae de su maletín otra bolsita de M&M's. Arquea las cejas como diciendo: «¡Ja!, yo también tengo». Sí, pero no son los que a él le gustan, y me doy cuenta cuando, tras comer un par, tuerce la boca y deja el paquete sobre la mesa.

Vuelvo a mi texto y, cuando estoy a punto de terminarlo, recibo un mensaje en el móvil. Me sorprende que me lo haya enviado él. ¿Para qué si nuestras mesas casi están pegadas?

Intentas que vuelva a comerme un M&M's de tus dedos?

Sin poder evitarlo, me pongo nerviosa al leerlo. No porque todas esas cosas me den vergüenza, sino porque recuerdo la escena... y sus labios y su lengua rozando mis yemas y, no sé por qué, me entran calores. Y un latigazo en el bajo vientre.

—Eva, ¿te encuentras bien? Estás muy roja —oigo la voz de Rafa.

—Hace calor aquí —murmuro.

Me deshago del *blazer* bajo la mirada burlona de Sebastian.

Me apresuro a contraatacar. Tecleo un mensaje a toda prisa y se lo envío.

Más quisieras tú. Te gustó, verdad? Reconócelo

Me parece entrever una sonrisa. Una muy leve. Y le queda divina... Borro de un plumazo ese

pensamiento. Enseguida recibo la réplica de Sebastian:

Oh, no. Los hobbits de colorines no son para nada mi tipo

Le dedico una mirada de asco y bloqueo el móvil. Me concentro en mi tarea y, de inmediato, me vibra el teléfono de nuevo.

Espero que todo eso que escribes tan emocionada sean las razones para tu defensa de Cien años de soledad

Voy a contestarle que no necesito prepararme nada cuando recibo un nuevo wasap, pero esta vez del grupo de gente en común que comparto con Víctor. Siento curiosidad cuando con el rabillo del ojo veo que mencionan a una chica que no conozco. Sin poder aguantarme y movida por un presentimiento, abro el chat.

Es supermaja, tío. Tráela otro día!

Sí, me ha caído genial. Y le encanta el sushi, como a mí 

Es genial, verdad, tíos?

Buah, este se ha encoñado

No quiero leer más. Bloqueo el móvil con mala leche y lo meto en mi mochila. Me levanto de la silla con un gran estrépito y entrego a Rafa el trabajo que me había pedido.

—Por favor, Eva, ¿podrías armar menos jale...?

—Cállate —corto a Sebastian.

Parpadea confundido. Esta vez creo que se ha dado cuenta de que no estoy para aguantar ninguna de sus tonterías.

Salgo del despacho sin ni siquiera despedirme de Rafa. Me meto en el aseo a toda prisa, abro el grifo y me refresco la cara. Luego me contemplo en el espejo. Joder, ¿por qué me siento así? Víctor y yo nunca fuimos nada. No puedo engañarme. Está en todo su derecho a salir con quien le dé la gana. Es libre. Aun así, en cierto modo me escuece. Siempre dijo que él no estaba hecho para relaciones serias, y lo que me duele es que su opinión y sus sentimientos hayan cambiado, pero no por mí. Necesito a mis amigos. Sus bromas y su objetividad.

—¡Podrías dejar de marear! —exclamo al espejo.

Se lo he gritado a Víctor, por supuesto. A uno imaginario, aunque debería dejarme de tonterías

y decírselo al real.

Un ruido me alerta. Al ladear el rostro descubro a Sebastian observándome con curiosidad.

—¿También hablas sola? Eres un dechado de virtudes, Eva Martínez.

—¿Qué haces aquí?

—Este es el aseo de los hombres. Deberías dominar la comprensión lectora estando como estás en tu último año de Filología. ¿O tal vez necesites gafas?

Suelto una risa sarcástica y me apresuro a secarme las manos.

—Que te jodan, Sebastian Wright.

Voy a pasar por su lado y, de repente, noto que me coge del brazo. Me da un calambrazo, pero no lo aparto. Miro sus dedos rozándome la piel y, por unos segundos, no me noto incómoda. No obstante, de inmediato Sebastian retira la mano como si le quemara.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—¿Estás bien?

Advierto cierta preocupación en sus ojos y, sin entender el motivo, me enfado aún más. Ahora mismo solo quiero que Sebastian Wright siga siendo mi archienemigo y que me deje en paz.

—Claro que sí.

—No es cierto —me contradice.

—¿Y por qué no, listillo?

—No me has replicado de manera inteligente y, además, pareces triste. ¿Ocurre algo?

Por unos segundos me veo contándole lo que pasa, pero enseguida pienso en sus ataques y me digo que es capaz de usarlo en mi contra alguna vez. El enfado me nubla la razón, debo reconocerlo.

—No es de tu incumbencia.

Me contempla unos segundos más como sopesando qué decir o hacer y, al final, su mirada vuelve a ser fría.

—Pasad, majestad. —Mueve los brazos a un lado y hasta hace una reverencia.

Lo ignoro y abandono el aseo con un nudo en la garganta.

12

Colegueo

«Situación distendida y amistosa entre personas».
Incluso —por sorprendente que parezca—
entre dos archienemigos..., aunque se deba a una indecente ingesta de
alcohol.

Es el sábado del mes en que toca ver *Friends* —siempre esperamos a que Celia libre en el restaurante— y hemos terminado el capítulo en que Ross se comporta como un estúpido con una de sus parejas.

—Sabéis que amo esta serie, pero debo deciros una cosa: en ocasiones detesto a Ross y algunas cosas terribles que hace, como alarmarse cuando su hijo juega con una Barbie, cuando le es infiel a Rachel por sus estúpidos celos o cuando se muda temporalmente con Chandler y Joey y todo el rato les llama la atención para que no hagan ruido —nos confiesa Dani con su porción de pizza colgando de la mano.

—¿A quién me recuerda eso último? —musito con ironía. Le ofrezco una servilleta—. Vas a mancharme el sofá y sabes que no sería la primera vez.

—¿De verdad se queja todo el tiempo Sebastian? No puede ser para tanto —dice Celia.

Para demostrarle que es cierto, voy corriendo a mi dormitorio en busca de la hoja con las normas que me dio. Al pasar por su dormitorio no oigo ningún ruido. Se supone que está estudiando, pero me pregunto si se habrá quedado dormido. Regreso al comedor con el papel y se lo tiendo a Celia. Dani estira el cuello para leer también y suelta una carcajada de la que escapan algunos trocitos de pizza.

—¡Ay, Dani, pero qué cochino eres! —protesta Celia, y se limpia un fragmento de queso del brazo.

—Ahí lo tienes. —Señalo el folio—. Que si no hables alto, que si no pongas música, que si no hagas ruido en el despacho. Eva, cósete la boca... —termino con sarcasmo—. Dios, pero ¡si no lleva ni un mes aquí...! No sé hasta cuándo voy a aguantar su presencia. Vivir y trabajar con él es tremendamente irritante.

—Pero si el pobre parece que se pasa el tiempo trabajando en su tesis. ¿Seguro que no querrá un poco de pizza? —pregunta de nuevo Celia. Cuando nos la han traído, ya se ha preocupado por eso.

—Estáis comportándoos de forma muy inmadura. Tú más, Evi. —Dani se mete conmigo y da un mordisco a su porción de pizza.

—¿Perdona? A ver, justifica eso —lo reto.

—El otro día se preocupó por ti e intentó escucharte, y tú le contestaste mal —me recuerda mi amigo.

—Eso no tuvo nada que ver con que nos llevemos fatal, fue porque yo no me sentía bien y no me apetecía contarle mis problemas precisamente a él —me defiendo—. Además, Sebastian podría usarlo en mi contra.

—Eres muy mal pensada, Eva —opina Celia. Suelto un suspiro, pero es verdad que mis dos amigos siempre me ayudan con su visión externa—. Debes confiar un poco más en la gente...

—Ya lo hice con Víctor y me salió el tiro por la culata. —Cierro la caja de cartón vacía y me escurro en el sofá.

—Eso no es lo mismo. En el amor a veces nos convertimos en otra persona —prosigue Celia, con su voz armoniosa y cálida—. El problema de todo esto reside, aunque no lo hayas dicho, pero es lo que pienso yo, en que estás comparándote con la otra chica y crees que no fuiste suficiente para que Víctor hiciera ciertas cosas contigo que con ella sí hace. Y ese sentimiento tiene que ver más contigo que con ella, pero en el sentido de que quieres ser mejor, al igual que te sucede en los estudios con Sebastian, por ejemplo. Pero tienes que recordar algo que te haga sentirte orgullosa de ti misma. No se trata de con quién esté saliendo Víctor o si al final se ha enamorado de alguien, sino de cómo te tratas a ti misma. No tiene que ver con que una u otra seáis mejor. Solo es que algunas personas no están hechas para estar con otras. —Me coge una mano y me sonrío—. Sé amable contigo misma, Eva.

Se crea un silencio, y luego me lanzo a sus brazos y la estrecho con fuerza. Dani se nos une de inmediato.

—Últimamente, Celia se sale con sus consejos. Voy a tener que apuntarme a alguno de esos talleres espirituales —dice nuestro amigo, y las dos nos echamos a reír—. No, en serio, esta semana ha sido un puñetero asco en el trabajo. Acudí un día con mi chaqueta preferida, esa rosa que a Eva tanto le gusta, y mis compañeros se pasaron dos días gastándome bromas sobre ella. Mi hermano también. Luego se disculpó, pero, ¡joder, a veces se comporta como un estúpido!

—No se comporta, lo es —declaro, acordándome de todas las veces que, de niños, se metía conmigo llamándome «zanahoria».

Dani aseguraba, y sigue opinando lo mismo, que Lucas se metía conmigo porque yo le gustaba. Creo que debe hacerse mirar esa obsesión suya al respecto de que la gente que se detesta

acaba gustándose. Aunque es verdad que en la literatura hay mucho estudio que trata la estrecha relación entre amor y odio, pero eso nunca lo reconoceré ante Dani, sería terrible.

En cuanto a su trabajo, no es la primera vez que lo animamos a dejarlo, y sabemos que a él también le encantaría, pero siempre se excusa con que está difícil encontrar un buen empleo y yo eso no puedo refutarlo.

—Chicas, dejémonos de historias y empecemos lo bueno. ¡Voy a preparar unos margaritas que os vais a chupar los dedos! —proclama levantándose del sofá. Ha traído tequila, cointreau y unas cuantas limas.

—¡Margarita no, que después me duele la cabeza! —protesta Celia.

—A ti nunca te viene bien nada, pero luego te lo tragas —se burla Daniel.

Poco después nos instalamos de nuevo en el salón con nuestras tres copas. Dani me pregunta si puede poner algo de música para ambientar y le pido que la ponga bajita para que mi archienemigo no salga del dormitorio hecho un basilisco. La cosa empieza bien, pero cuando ya llevamos dos margaritas pasamos a hablar de chorradas y a reírnos cada vez más alto, sobre todo con las extrañas experiencias que Dani nos cuenta sobre chicos que ha conocido a través de Grindr. Luego toca meterse un poco con Víctor, y nos parece buena idea cotillear su Instagram. Sin querer, se me escapa un dedo y le doy «me gusta» a una de las fotos en las que aparece con su chica.

—¡Mierda, no! —exclamo. Me apresuro a quitar el «me gusta», pero abro un privado y veo el puntito verde que indica que está conectado—. ¿Por qué no me has parado como siempre, Dani? ¡Deja el maldito margarita! —Se lo arrebato y le doy un buen sorbo.

Mi amigo se limita a subir el volumen de la música y me pongo un dedo en los labios para rogarle silencio, pero me río como una tonta cuando veo a Celia bailar a ritmo de Daddy Yankee como una hippy de los sesenta en San Francisco. La mente se me va hacia Sebastian y, por unos instantes, me siento mal por cómo le hablé el otro día en el aseo de la facultad. Desde entonces no me ha dirigido la palabra ni para meterse con mi ropa.

Dani comienza a imitar a Víctor, y es que lo clava, el tío, con sus dotes de actuación. Celia y yo nos tronchamos de risa. Intento taparles la boca a ambos al darme cuenta del jaleo que estamos armando.

—¡Saldrá Sebastian y llamará a la policía! —bromeo, sin poder parar de reírme.

—Pues ojalá lo fuera él para que nos pusiera unas esposas y nos sacara la porra —dice Dani mientras me coge del brazo y me zarandea—. ¡Debería darte vergüenza no aprovechar al maromo que tienes bajo el mismo techo! Aunque debo confesarte que el otro día, durante el desayuno que compartimos los tres aquí, me pareció que me lanzaba alguna miradita...

—¡Venga ya! —Suelto una carcajada que acaba en pedorreta.

—Chicos, creo que es mejor que os calléis...

Dani y yo miramos a Celia sin entender, pero ella pone cara de circunstancias y apunta con disimulo a nuestras espaldas. Cuando nos damos la vuelta, nos topamos con un Sebastian con una cara de bulldog que echa para atrás. Dani profiere un grito agudo y me apresuro a quitar la música.

—No os molestéis por mí, no —dice con los dientes apretados—. Tan solo estoy intentando concentrarme en la conferencia que tengo la próxima semana, una que va a inclinar la balanza a favor o en contra de si merezco una importante beca para mi doctorado. —Parece muy cabreado, y lo peor es que tan solo me mira a mí, como si fuera yo la única culpable.

Todos los estudiantes universitarios a los que nos gustaría hacer un doctorado sabemos lo complicado que es, el tiempo y el desembolso económico que conlleva. Es una de las razones por las que aún no he decidido si lo haré.

—Anda, si con lo inteligente que eres lo tienes chupado —suelto con sarcasmo, aunque por dentro me sienta un pelín avergonzada, pero eso es algo que no mostraré ante él.

Mi némesis me corresponde con una mirada que echa chispas, aunque no dice nada. Jo, esperaba algo. ¿Esto que noto es desilusión? ¿Desde cuándo me gusta que me replique?

—Ahora bajamos la voz. Lo sentimos mucho —se excusa la buena de Celia.

—Sí, perdónanos. Se nos ha ido la cabeza. El maldito tequila... —Daniel saca su tono de voz más amable y dedica una sonrisa a Sebastian—. Pero oye, Bastian, ¿por qué no te quedas un ratito con nosotros y te tomas algo? Te despejará la mente.

Sebastian, más conocido como némesis, ladea la cabeza hacia Dani muy despacio. ¿Le habrá molestado que lo llame Bastian? Solo lo hacen Rafa y Nuria, me refiero a personas que yo conozca, claro, pero tampoco lo he visto con más gente. Es cierto que alguna vez sale del piso y no solo para correr, pero no sé si queda con alguien o si se va a algún sitio él solo. Que no tengo nada en contra de eso, que conste, porque yo soy la primera que ama la soledad en ciertos momentos. En fin, he vuelto a irme por las ramas, y cuando quiero darme cuenta Sebastian ya está contestando a mi amigo, y de una forma que yo no habría imaginado y que me crispa.

—¿Pues sabes qué? Que sí. Me quedo un poco. Llevo horas encerrado y me duele la cabeza. Es un buen momento para disfrutar de tan grata compañía... —Estas dos últimas palabras las ha dicho clavando los ojos en mí, empañados en una mezcla de enfado y desafío.

Dani suelta una exclamación de júbilo y Celia sonrío de oreja a oreja. El primero corre hacia la cocina y vuelve con cuatro vasos de chupito que rellena de tequila. Oh, no... De repente, Sebastian se arrima a mí y me susurra al oído:

—¿No era esto lo que querías? Así saldrás de dudas con lo de que soy un estirado.

Me quedo muy quieta, sin mirarlo. Precio cierto olor a champú. Su cercanía me alarma un poco.

—Que te tomes un chupito no va a hacer que cambie de opinión. Además, ¿no decías que no

tenías que demostrar nada a nadie? —objeto al tiempo que vuelvo la cabeza hacia él para sostenerle la mirada.

—Y así es. En realidad, esto lo hago para distraerme un poco. —Coge el vasito que Dani le tiende y vuelve a bajar la voz—. Y porque empiezo a conocerte y sé que te sienta como una patada en tu bonito trasero que me una a vosotros.

—No me conoces nada. ¡Si estoy encantadísima de que te unas! —suelto, y en mi cerebro retumba el adjetivo por el que se ha referido a mi culo. ¿Será otra de sus mofas o me lo habrá mirado en alguna ocasión y pensará así? ¡Bah! ¡No me importa en lo más mínimo!

—Bastian... —Dani y las confianzas que se toma—. ¿Qué se dice en tu país para brindar?

—*Cheers*, por ejemplo.

—¡No, eso es muy soso! ¿No tenéis algo como «Arriba, abajo, al centro y para adentro» o el mítico «El que no apoya no folla. El que no recorre no se co...»?

—No le enseñes esas cosas al chico —lo regaña Celia.

Me relamo por dentro pensando que a Sebastian se le saldrá el corazón por la boca ante tanta vulgaridad, pero, para mi sorpresa, suelta una carcajada que retumba en mis oídos. Tiene un matiz musical que me gusta y, sobre todo, está cargada de sinceridad.

—No te preocupes, me encanta conocer las expresiones coloquiales de otras lenguas —confiesa Sebastian. Como futura lingüista, le entiendo—. Por cierto, ¿tu nombre...?

—¡Oh, perdona por ser tan maleducada! Me llamo Celia y soy otra de las mejores amigas de Eva. —Se acerca a él y le da dos besos.

—Encantado, Celia. Yo soy Bastian —se presenta con amabilidad. ¿Soy la única a la que no le ha ofrecido llamarlo así? Alterno el peso del cuerpo de un pie a otro, con el chupito en la mano, y mi némesis vuelve a inclinarse para espetarme por lo bajini—: Es increíble que un diminuto demonio pelirrojo como tú tenga amigos tan majos.

—¡¿Qué leches di...?!

—Venga, chicos, ¡por la nueva amistad entre Bastian y Evi! —exclama Daniel con alegría, pronunciando la palabra «amistad» con cierto retintín.

Entrechocamos los vasitos y nos bebemos el chupito de golpe. Celia y yo arrugamos la nariz y Dani pestañea con lágrimas en los ojos. En cambio, Sebastian se muestra tan tranquilo, como si hubiera bebido agua. ¿Los estadounidenses tienen un sistema inmunitario que soporta el alcohol mucho mejor?

—¡Qué aguante! —Ahora es Dani el que me habla al oído—: ¿Será así con todo? —Enseguida se da la vuelta hacia mi compañero—: Bastian, ¿por qué no nos cuentas algo sobre ti? —le propone una vez que nos hemos sentado él, Celia y yo en el sofá y Sebastian en el sillón.

—¿Qué te gustaría saber?

—Eva nos ha contado un poquito sobre lo que haces aquí, en España —le dice Celia.

Le pellizco el codo y profiere un quejido que contraría a Sebastian. No quería que supiera que hablo de él porque su retorcida mente entenderá que le dedico tiempo.

—Conseguí una movilidad para estar unos meses y documentarme sobre cierto tema de mi tesis de literatura...

La verdad es que, por lo que averigüé, se necesitan unos cuantos requisitos para lograr un intercambio o movilidad estudiantil de Estados Unidos a España, pero al parecer Sebastian es tan perfecto que los cumple todos.

—¿Qué te gusta hacer, aparte de investigar sobre literatura? ¿Tienes hermanos? ¿Pareja? —se inmiscuye Dani. No pierde ni una oportunidad.

—Tengo un hermano dos años mayor que yo. Me gusta escuchar música, salir a correr, bailar salsa, el cine, viajar... No sé, cosas normales.

—Venga, mójate... Algo que te guste hacer que sea menos normal —le pide Dani.

Sebastian se queda pensativo unos segundos.

—Me apunto frases de libros que me cambian de algún modo —dice al cabo.

—¡Bailar salsa! —exclama Celia. Y acto seguido le pregunta—: ¿Dónde aprendiste?

—¿Qué música te gusta? —curioseas Daniel.

Por mi parte, me he quedado con eso que ha dicho de que se apunta frases de libros. Yo no las anoto, pero sí subrayo las que también significan algo para mí.

Sebastian sonríe ante el interés de mis amigos. Normal en un engreído como él...

—Me gustan muchos géneros musicales —responde—. Y aprendí a bailar salsa en Latinoamérica.

—¿Dónde estuviste? —pregunta Celia, a la que también le interesa mucho viajar.

—En Cuba, Colombia, Venezuela, Puerto Rico, México...

Me da un pelín de envidia sana. Pero no me sorprende porque, con el pastón que tendrá, cualquiera puede pasarse la vida viajando.

—A ver si algún día me enseñas a bailar salsa —le pide Dani con su desparpajo.

—Cuando quieras. —Por lo que se ve, a Sebastian le caen bien mis amigos. Por unos segundos, me molesta no hacerlo yo. Pero enseguida se me pasa porque, total, yo tampoco lo soporto —. Y a Eva también le vendría bien porque la vi un poco arrítmica aquella noche de la discoteca —añade.

¿Entendéis por qué me cae mal? Para colmo, mis amigos le ríen la gracia.

—Sí, no coordina muy bien los movimientos. Fuimos juntas alguna que otra vez a yoga y también le ocurría —cuenta Celia.

«Muchas gracias por tu sinceridad, querida amiga». Pero vale, lleva razón.

—¿Por qué no le enseñas ahora algún paso, Bastian? —propone Daniel.

Si las miradas mataran, con la mía mi amigo estaría ya bajo tierra.

—Si ella quiere...

—Sebastian —pronuncio su nombre en un tono pedante y, le pregunto para distraer a Dani, ya que conozco muy bien sus gustos—, ¿alguna vez jugaste al fútbol americano?

Aprecio que mi pregunta le sorprende. A lo mejor en su país era un empollón sin amigos y la he pifiado con la pregunta, pero entonces contesta:

—Formé parte del equipo de mi instituto, sí. —A Celia y Daniel, fanes de las películas americanas, se les ilumina la cara—. Es algo bastante normal en Estados Unidos, en serio —le resta importancia. Qué raro, con lo que le gusta alardear. Quizá no era un crack o tal vez los deportes no le resultan atractivos—. A mi entrenador le dio mucha pena que me decantara por los estudios de Literatura —confiesa.

En fin, que es una de esas personas buenas en todo, ¿no? Un Leonardo da Vinci del siglo XXI. Por lo general, admiro a ese tipo de gente, pero cuando son prepotentes no. Sin embargo, reconozco que, mientras habla con mis amigos, casi parece un chico normal y hasta humilde. Se le ve relajado, cómodo. Tiene una pequeña sonrisa en la cara que le queda bien. Y el pelo revuelto le otorga un aspecto más juvenil. No doy crédito a que esté aquí con Sebastian así, aunque en realidad yo no haya abierto la boca y él me haya dirigido la palabra solo para chincharme.

—Nací para vivir en Estados Unidos y salir con un *quarterback* —sueña Daniel, y Sebastian se ríe, pero no en plan mofa, sino con una risa amistosa.

—Ponnos otro chupito, Dani —pido a mi amigo.

Celia me mira de reojo, pero Daniel enseguida acata mi orden. Sebastian no se niega y, cuando nos lo bebemos, otra vez se queda impertérito.

—Yo ya me había imaginado que no bebías, Sebastian —le digo con una sonrisilla.

Curva los labios hacia arriba.

—En ocasiones sí —responde—, pero no lo necesito para ahogar las penas.

Borro la sonrisa, y a punto estoy de levantarme e irme al dormitorio, pero quedaría como una cría. Además, he sido yo esta vez la que le he fastidiado.

—Es que Eva está pasándolo un poco mal por amor y estamos intentando que se anime —interviene Celia.

«Venga, ¡airead mi vida!».

A pesar de que Sebastian no abre la boca, noto su mirada clavada en mí y, cuando ladeo el rostro para confrontarlo, reparo en que me observa de otro modo, como en el aseo de la facultad el otro día. En cualquier otro momento pensaría que me tiene lástima, pero hoy, no sé si por el alcohol o porque hasta parece alguien majo, relaciono esa mirada con una preocupación sincera.

—Creo que en breve me acostaré —informo a mis amigos para que Sebastian deje de observarme de ese modo porque, en el fondo, me siento un pelín rara—. Mañana me toca

prepararme a fondo las clases de español para esta semana. Tengo dos alumnas chinas a las que les cuesta bastante y quiero idear alguna actividad o algún juego con los que no se frustren tanto. Porque si no, acabo frustrada yo y me siento la peor profe del mundo.

—Ese sentimiento es algo normal cuando te preocupas por tus estudiantes. Y es cierto que, en ocasiones, hay algunos a los que se les resiste más el español —se pronuncia Sebastian.

—¿Cómo lo sabes si no has dado clases de...?

—De hecho, sí —me corta—. Bueno, no exactamente como tú, pero cuando estuve en Latinoamérica realicé tareas de voluntariado para gente con pocos recursos. Di español a niños sin alfabetizar. Y en breve aquí iré a una asociación para enseñar a inmigrantes que no pueden pagarse clases. Siempre he pensado que, cuando se puede, la gente debe intentar ayudar.

Toda esa información me deja pasmada. Vuelvo el rostro hacia mis amigos: Dani está mordiendo el labio inferior —alguna cosa subida de tono se le estará pasando por la cabeza— y Celia tiene una de esas miradas cargadas de admiración.

—Yo también lo hice una vez. En segundo de carrera estuve en la Cruz Roja... Pero ahora necesito algo de dinero y... —trato de justificarme. Celia apoya una mano en la mía y me callo.

Aunque he dicho que quería acostarme pronto y se suponía que Sebastian solo se quedaba un rato, al final se nos hacen las tantas charlando y tomando otra ronda de chupitos. Mi némesis sonríe más que nunca y se le forman unos simpáticos hoyuelos en las mejillas. De vez en cuando clava sus ojos en los míos, aunque de inmediato los aparta. No me lanza ninguna pulla más y yo a él tampoco. Pero Dani sí lo hace porque cree, y ha querido dejármelo claro mandándome un wasap en mayúsculas, que hay tensión sexual entre Sebastian y yo. Corramos un tupido velo.

A las tres de la madrugada Celia se queda dormida y Dani no para de cotorrear con Sebastian. Mientras charlan de cine y teatro, recojo algunas cosas del comedor. Tras cerrar la basura, me incorporo y pienso en que no conozco a Sebastian en absoluto, que me he formado muchas ideas que, tal vez, no sean reales. Esta noche sí he sabido algo más de su vida y de él y, a pesar de su prepotencia y antipatía hacia mí, me resulta una persona interesante. Por unos segundos me viene a la mente que no ha contestado a la pregunta de Dani acerca de si tenía pareja. ¿Habrá alguien esperándolo en Estados Unidos? Sacudo la cabeza. ¿Qué más me da?

Me vuelvo de golpe y me choco con alguien. Es Sebastian, que trae el resto de las cosas, entre ellas una copa con algo de vino de la cena que se derrama sobre su suéter. Ups, espero que esa mancha salga bien.

—Lo siento —me apresuro a disculparme.

—No, lo siento yo, he venido como un ninja...

—Eso es cierto, no te he oído.

Se me escapa una risa. Él también sonríe. Nos miramos sorprendidos. Es la primera vez que nos sonreímos el uno al otro, y resulta extraño.

Nos agachamos al mismo tiempo para recoger lo que se le ha caído al suelo y lo hacemos tan rápido y de manera tan torpe que casi nos chocamos de nuevo.

—Ay, joder... —protesto.

Sebastian va a decir algo, pero se queda callado. Estamos acucillados, a la misma altura casi, y nuestros rostros están muy cerca. Mucho. Creo que estoy más cerca de él que en otras ocasiones. Y, como me sucedió en el ascensor, no puedo apartar la mirada de la suya. Él la desliza hacia mis labios. Y yo hacia los suyos. Volvemos a subirla. Hay... hay algo raro aquí. Algo denso..., algo brumoso, cierta inquietud. ¿Es lo que ha dicho antes Dani? ¿Es tensión sexual? No sé, pero no me disgusta. No me disgustan sus labios entreabiertos y a él no parece disgustarle mi cercanía. El alcohol ayuda mucho a que se nuble la mente...

—Quería disculparme también por cómo te hablé en el aseo de la facultad... —me atrevo a decirle.

—Todos tenemos un día malo —murmura.

Me humedezco el labio inferior y sus ojos se posan ahí otra vez. Tiene las pupilas dilatadas. Se me acelera el pulso. Lo achaco al vino, los margaritas y los chupitos. Pero... ¿acaso podría obviar por esta noche la mala leche que Sebastian me causa y... y... hasta besarlo? ¿O que él dejara a un lado su antipatía hacia mí y me morreara?

Un grito desde el salón rompe con el momento.

—¡Eva, Dani ha vomitado en el suelo! ¡No ha llegado al cuarto de baño! —me llama Celia.

—¡Ya voy! —exclamo, y dirijo la mirada hacia la puerta de la cocina. Cuando la vuelvo a poner en Sebastian, su rostro ha cambiado. Parece a la defensiva. Se incorpora muy rápido y yo también, aunque ninguno de los dos nos apartamos—. Voy a ver a Dani... —le digo. Él se hace a un lado, pero nuestros brazos se rozan.

En otras circunstancias habría regañado a Dani, pero esta noche tengo que darle la gracias por ponerme los pies en la tierra. Ya nos llevamos bastante mal Sebastian y yo como para que entren en juego otros asuntos de peligrosa índole.

Limerencia

«Estado mental involuntario, propio de la atracción romántica por parte de una persona hacia otra». ¿Es esto lo que me pasa con respecto a Víctor?

Estoy sentada al lado de Rafa y Nuria en el salón de actos de la facultad. Son unas jornadas de Literatura medieval, y mi tutor al final me ha convencido para que los acompañara a la conferencia que da Sebastian, junto con otros profesores, doctorandos y catedráticos. Despliego el folleto que nos han entregado en una de las mesas de la entrada, donde se informa de todos los talleres y ponencias. Ahora está hablando una catedrática de la Universidad de Valencia y después le toca el turno a Sebastian. Desde el sábado por la madrugada, apenas hemos cruzado palabras más que para formularnos alguna pregunta necesaria o para saludarnos en el despacho y que Rafa no sospeche nada. Creo que los dos nos sentimos raros. No sé si a Sebastian le ocurrió lo mismo que a mí, pero me avergüenza un poco y me cabrea el hecho de haber pensado en besarlo. A pesar de que entre nosotros hay cierta incomodidad, sé que Sebastian no tiene planeado buscar otra casa. El otro día escuché que le decía a otro estudiante del departamento de Literatura que estaba bien en el nuevo piso. Y supongo que no tenía motivos para mentir a ese chico. Y supongo también que somos lo suficientemente adultos para ignorar cualquier contratiempo y sobrellevar la convivencia.

Me vibra el móvil. Es un wasap de Dani en el grupo.

Eva, graba a Sebastian. Quiero verlo en acción. Al menos en su faceta profesional, ya que en otra no puedo

Suelto un bufido. Desde el domingo no ha parado de decir cosas buenas —y otras un poco más locas— de mi compañero. Celia se le ha unido alguna vez también. Sebastian les parece majo, interesante e inteligente. Reconozco que he aceptado estas dos últimas cualidades, pero sigo dudando de la primera.

No voy a grabarlo, Daniel. Esto no es un concierto.

Eso se deberá a que los otros no tienen ese cuerpo ni esa cara

Me dispongo a replicar a Dani, pero advierto que Nuria me está mirando de reojo con mala cara, así que de inmediato me guardo el móvil en el bolsillo. Es una profesora excelente, pero, a diferencia de mi tutor, tiene fama de seria y dura. Le viene genial a Sebastian como tutora.

Los aplausos a la catedrática que estaba hablando cesan y nos dejan unos minutos de pausa. Nuria expresa lo nerviosa que está, hasta Rafa parece algo alterado. Poco después, Sebastian sube al escenario. Lleva unos pantalones oscuros ceñidos y una camisa blanca, el cabello perfectamente peinado y sus gafas. Al principio de la ponencia parece inseguro, algo que me contraría. No alza la vista de los papeles y habla en voz baja. En un momento dado se queda callado y levanta la barbilla. Sus ojos se pasean por el auditorio. Nosotros estamos sentados en la segunda fila, por lo que enseguida nos encuentra. Nuria asiente con la cabeza y Rafa le guiña un ojo para tranquilizarlo. De repente, su mirada se clava en mí. A pesar de lo mal que empezamos, no puedo evitar dedicarle una pequeña sonrisa de ánimo. No me la devuelve, sino que regresa la vista a sus papeles y, entonces, parece mucho más sereno y seguro y la ponencia se desarrolla de un modo ameno, interesante y muy innovador. El público en su totalidad lo observa con atención. Le lanzan muchas cuestiones en el turno de preguntas y las contesta con una facilidad pasmosa. Cuando termina, el aplauso que se alza por el salón retumba con fuerza. Sebastian se rasca la barbilla en un ademán nervioso y sonríe. Jamás lo había visto tan tímido. Se le nota feliz y satisfecho, y nada presuntuoso.

Mientras Nuria y Rafa comentan excitados lo fantástica que ha sido la ponencia, me disculpo y me voy a buscar a Sebastian. No sé si estoy haciendo lo correcto, pero quiero felicitarlo. Puede que seamos archienemigos, pero tengo corazoncito y sé lo importante que ha sido esto para él. Un pequeño paso en el largo camino de la investigación, aunque uno grande para los investigadores.

Lo veo cerca de la puerta del salón de actos. Me encamino hacia allí, pero entonces un grupito de chicas forma un corro en torno a él. Imagino que estarán preguntándole cosas sobre el tema de la conferencia, pero, cuando las veo reírse como adolescentes, se me pasa por la cabeza que lo que están haciendo es tontear. Una de ellas, tan alta como él, le roza el brazo y él le dedica una sonrisa llena de dientes blancos. A mí me habría soltado alguna cosa borde o se habría apartado. Con ellas, en cambio, no para de reírse. Cuando lo hace, se le forman esos hoyuelos tan simpáticos y se le iluminan los ojos. Al sonreír, Sebastian tiene una luz distinta.

—Fírmale un autógrafo —espeto entre dientes al ver que otra de las chicas se arregla el pelo mientras le comenta algo.

No entiendo por qué esto me molesta. Quizá porque me resulta frívolo dedicarse a tontear con alguien que ha ofrecido una ponencia tan interesante y que abre nuevos frentes en la Literatura medieval, especialidad que muchos dicen que ya está muerta.

Me convengo de que ese es el auténtico motivo y aprovecho que el corrillo de fanes se ha dirigido hacia otra parte del salón, siguiendo a Sebastian, para salir de allí. Antes de atravesar la puerta lanzo otro vistazo al grupo y me doy cuenta de que, mientras las chicas no paran de hablar, él alza la mirada y barre el espacio, como si buscara a alguien. Por unos segundos, me pregunto si será a mí a quien busca y el corazón me palpita rápido. ¿A mí? ¿Para qué? ¡Pues claro que no! Buscará a Nuria o a Rafa.

Una vez que he salido de la facultad a la carrera, me detengo casi en medio de la calle y tomo aire cuando, a lo lejos, atisbo una silueta familiar. ¡Es Víctor! Y va acompañado de su nuevo rollo o novia. Joder, lo mucho que me gustaba antes coincidir con él por el barrio y ahora, en cambio, me resulta un horror. No me apetece saludarlo. Y, aunque él aún no ha reparado en mí porque va charlando con la chica, cada vez se encuentran más cerca. Me verá en cualquier momento, me digo, así que, cuando ladeo la cabeza y descubro un par de contenedores a mi derecha, no dudo en esconderme detrás. Me sobreviene una arcada debido a la peste. Están tan cerca que los oigo charlar. Me asomo apenas y me fijo en que Víctor la observa con fascinación.

La chica parece más joven que nosotros, y no puedo ocultar mi pasmo al verlos entrar en la facultad. Siento un pinchazo en el pecho cuando Víctor la pega a su cuerpo entre risas. No es el hecho de que estén tan cerca el uno del otro, sino la forma en que se ríen y, sobre todo, se miran. Me apoyo en el mugriento contenedor para observarlos mejor y, de repente, noto algo pegajoso en mi mano derecha. Al mirármela, descubro un líquido extraño que no atino a identificar.

—Si hubiera sabido que te iba tan mal como para rebuscar entre la basura, habría aceptado que me pidieras aún más por la habitación.

Mierda. Sebastian Wright me ha pillado de esta guisa. Y su voz vuelve a ser tan burlona como siempre. Lo recuerdo rodeado de estudiantes encandiladas y me molesto más. Enderezo la espalda todo lo que puedo y me doy la vuelta. Sebastian no está serio. Está sonriendo. Bueno, más bien riéndose de mí, pero contrasta con todas las veces en las que me ha clavado miradas mortíferas. Supongo que le parezco muy graciosa.

—¿No tendrás un pañuelo por ahí? —le suelto con sequedad.

—Quizá si me lo pides por favor.

Rechino los dientes, pero tras un carraspeo vuelvo a formular la pregunta:

—¿Tendrás un pañuelo, por favor?

Sebastian asiente y ensancha la sonrisa socarrona mientras saca un paquete de clínex del maletín y me lo tiende. Le doy las gracias en voz baja y, mientras intento limpiarme la mano, me interroga.

—Ahora en serio, ¿qué hacías ahí? Parecías estar vigilando a alguien para luego saltar a robarle.

No voy a contestarle que no anda muy desencaminado porque me tomaría por una psicópata, así que me aferro a lo primero que se me ocurre, aunque ni siquiera estamos en temporada, y en cuanto lo digo me doy cuenta de que suena muy ridículo y difícil de creer.

—Estaba huyendo de una avispa. Podría ser alérgica. ¿No sabes lo que le sucedió a lord Bridgerton? —le suelto al recordar que me llamó «joya de la corona».

Sebastian frunce el ceño y me mira como si no supiera de lo que hablo. Vaya, qué chasco. Un denso silencio se adueña del momento. Él no aparta la vista de mí y ahora ya no parece estar burlándose. Recuerdo que quería felicitarlo por la ponencia y tal vez sea lo que él espera, pero se me quedan las palabras clavadas en la garganta, no sé por qué.

—Anoche estuve hasta las tantas despierto ultimando la conferencia y me caigo de sueño —me informa, para después añadir—: Cuando vuelvas a casa, espero que seas la más silenciosa del mundo.

Le contesto con una sonrisa apretada y me dirijo a la facultad, ya que tengo mis cosas en el despacho. Mientras subo en el ascensor, le ruego a Dani que quedemos cuando salga del trabajo. Necesito a alguien con quien soltar mi mala hostia tras haber visto a Víctor, y nadie mejor que él.

—¡No sabes cómo la miraba de embobado! ¡Y luego entraron en la facultad y yo no me lo creía! Pensé que habría encontrado a alguien similar a él y que, por eso, está tan encoñado como dicen sus amigos. O quizá lo es, tampoco me fijé mucho porque no podía apartar los ojos de su abrazo y de cómo se miraban. ¡Como si no existiera nadie más! A lo mejor es todo lo contrario que él, pero es verdad eso de que los polos opuestos se atraen, no sé. Pero, entonces, ¿por qué yo no...?

—Eva, estás poniéndome la cabeza como un bombo —contesta Dani con hastío y la boca llena de *muffin* de calabaza. Hemos quedado en una cafetería de esas cuquis que a mi amigo le encantan en el barrio del Born, donde tiene la sede la empresa para la que trabaja—. Víctor es un cabrón y ya está. Es eso lo que querías oír, ¿no? No te merece.

—¡Y ella ni siquiera era tan tan guapa! Iba vestida un poco vulg...

—Eva... —Daniel me corta mirándome horrorizado—. ¿Qué haces?

—¿Cómo que qué hago? Contándote lo que ha pasado y comerme un enorme trozo de tarta de queso...

—No, cielo, no te lées. —Menea un dedo de lado a otro—. Lo que estás haciendo es algo terrible y tú no eres así. ¡Estás metiéndote con esa chica y ni siquiera la conoces! —Sacude la cabeza y me mira como defraudado—. La Eva que yo conozco jamás haría eso. Mi amiga es una

chica con un fuerte sentimiento de sororidad. Inteligente, comprensiva y amable. ¿Ves? ¡Víctor no te ha hecho ni te hará ningún bien! ¡Saca lo peor de ti! Celia dio en el clavo: ¡déjate de comparaciones y quíete a ti misma, pero sin pisotear a nadie y mucho menos a alguien de tu sexo!

Me he quedado completamente callada. Me avergüenzo de mí misma porque Dani lleva mucha razón. ¿Qué hago criticando a esa chica? No tiene culpa de nada. Y Víctor en un principio tampoco es que la tuviera del todo, pero ahora sí. Ahora sí porque se supone que está empezando algo serio con esa chica y, en cambio, me envía mensajes tonteando. Y me pongo en el lugar de esa chica y también me siento mal por ella. Debemos apoyarnos entre nosotras, no atacarnos. Y también debería existir un curso para enseñarnos a no enamorarnos de capullos que nos hacen daño.

—Cambiando de tema, Evi, ¿qué tal la conferencia? —pregunta Dani sosteniendo su taza de café con leche. Yo me he pedido un delicioso chocolate caliente con extra de nata.

—Ha sido una buena experiencia, con ponencias muy interesantes. La de Sebastian ha sido una pasada. Todo el público ha alucinado con la gran investigación que ha hecho...Y la verdad es que también es buen comunicador. —Le cuento un poco más y, cuando me quiero dar cuenta, mi amigo está observándome con la barbilla apoyada en el hueco de la mano y una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué pasa?

—No, Evi, no pares. Sigue halagando de esa forma a nuestro empotrador estadounidense...

—No sé de qué me hablas —protesto.

—Ni te imaginas lo emocionada que estabas mientras me contabas todo eso. Joder, Evi, ¡que te gusta el Wright! —exclama Dani dando unas palmas.

—Pero ¡¿qué te inventas?!

Le lanzo mi servilleta. Él la esquivo riéndose.

—Es la primera vez que no dices nada malo sobre él. Ni siquiera lo has llamado capullo, o estirado o pijo... Le has llamado por su nombre.

Arrugo la nariz y escondo la cabeza en mi enorme taza de cacao. Cuando la asomo, Dani sigue mirándome con la sonrisilla.

—Bastian te gusta.

—No.

—Vale, pues te hace tilín.

—Para nada.

—Te atrae.

—No, no...

—Te pone verraca.

—¡Que no, joder! —grito, y un par de clientes de otras mesas vuelven la cabeza hacia mí,

sobresaltados. Me pongo roja y esbozo una sonrisa de disculpa.

Mi amigo no dice nada más. Sabe que, si sigue provocándome, pueden correr ríos de sangre. Poco después se levanta para ir a la barra.

—Te invito, Evi, que hoy has tenido un día de muchas emociones. —Me guiña un ojo y se va.

—«Un día de muchas emociones...» —mascullo intentando poner su tonito de voz.

Justo en ese instante me vibra el teléfono, que reposa en la mesa. Lo desbloqueo y veo un mensaje nuevo de Sebastian. Solo ha escrito: «Eva». Espero un poco, pero al comprobar que no me envía nada más le respondo.

Qué?

Enseguida aparece debajo de su nombre un «escribiendo».

Que era una abeja

Cómo???

El insecto que picó a lord Bridgerton... No era una avispa, sino una abeja

¿Lo habrá buscado en Google?

Y antes de que digas nada... A mi cuñada le encantan esos libros. Me los recomendó y los leí.

También vi la serie

Me muero por preguntarle si le gustaron ambas cosas. Pero no me da tiempo antes de que Dani regrese a la mesa. Se me queda mirando y suelta:

—Sonríes como una demente.

—Nada, un meme.

No parece creérselo, pero no me importa.

Mientras regreso a casa, saco el móvil y mando un mensaje a Sebastian.

Por cierto, enhorabuena por la ponencia.

Ha sido interesante

Recibo su respuesta cuando estoy entrando en el edificio donde vivo.

Cuánto orgullo has tenido que tragarte para escribirme eso?

Chasco la lengua. No sé para qué le digo nada. No obstante, vuelve a escribirme:

Gracias, little redhead

Y esta vez no me molesta que me llame «pelirrojita». En realidad, tan solo puedo pensar en que me apetecería mucho sonsacarle su opinión sobre *Los Bridgerton* y mantener una charla hasta las tantas de la madrugada.

Contrariado-a

«Que está disgustado o malhumorado por advertir algo contrario a sus intereses o ideas». ¿Por qué parece que Sebastian y yo nos sentimos así cuando, en ocasiones, hay algo que nos despierta curiosidad o admiración del otro?

Se va acercando final de noviembre, y mi madre y yo quedamos para comer. Siempre nos vemos una vez al mes porque ella ahora vive en otra ciudad con su pareja actual. El ambiente es raro y tenso cuando nos encontramos. Sé que intenta que todo sea como antes de morir mi padre, y yo también lucho por ello, pero todo es distinto. Aunque Paula —que así se llama mi madre— y yo no nos llevábamos mal, nuestro pilar era Agustín, mi padre. Con su muerte, las dos nos encerramos en nuestro mundo y, cuando quisimos darnos cuenta, habíamos creado una distancia entre nosotras y empezamos a tener roces. Me consta que no le gustó que yo me juntara con Víctor y su pandilla, por ejemplo. Y a mí me rompió el corazón que no se llevara a la casa de su nuevo novio ninguna foto de mi padre. Las dejó metidas en una caja en el trastero de este piso, hasta que yo acabé recuperando algunas.

—Entonces estás contenta con tu nuevo compañero —apunta mientras comemos unos flanes de café que ha preparado.

Nuestras citas no suelen ser en casa. A diferencia de mí, que preferí quedarme cerca de los recuerdos de mi padre, mi madre prefirió alejarse. Sin embargo, cuando tengo algún compañero o compañera nuevos le gusta pasarse por aquí y echar un vistazo.

Hoy son las cuatro de la tarde, pero Sebastian no ha llegado aún. Lo más probable es que no aparezca hasta la hora de cenar. Cuando me he ido del despacho estaba muy concentrado dándole a las teclas, al lado de un montón de libros que había sacado de la biblioteca.

—Sí, muy contenta. Es un compañero ideal. Serio, responsable, estudioso...

Omito parte de la verdad por una buena causa. No quiero que mi madre se preocupe y, además, tampoco es una gran mentira. La convivencia no ha acabado en una pesadilla, sino que creo que poco a poco iremos, en cierta manera, «tolerando» nuestras manías y nuestra mutua

antipatía. Aun así, reconozco que de vez en cuando le cojo un poquito de tirria, como cuando el otro día en el despacho entró con aires de pavo henchido por lo de la ponencia. Rafa y él bromearon sobre que había conseguido unos cuantos números de teléfono de alumnas y de alguna doctoranda. Los miré de reojo, algo fastidiada. ¿En serio era eso lo más importante después de todo? ¡Bah, hombres! Jamás llegaré a entenderlos.

—Tampoco es bueno que te regalen siempre los oídos —murmuré.

Al parecer Sebastian me oyó porque ladeó la cabeza hacia mí.

—¿Comentabas algo, Eva?

—Me pareció que en la ponencia deberías haber ahondado más en la parte de las heroínas de la épica castellana —me entrometí.

—¿Qué quieres decir? —inquirió con el ceño fruncido.

—Que son figuras tejidas de psicología personal y de ideología heroica a partes iguales, pero te centraste más en lo segundo.

Por unos segundos pensé que iba a replicarme con algo como «¿Podrías haberlo hecho tú mejor?». Sin embargo, se calló. Aunque poco después vi que anotaba algo a toda prisa. ¿Sería lo que yo le comenté?

Lo único que sé es que, desde entonces, está de peor humor. Ni siquiera he tenido la oportunidad de charlar con él sobre *Los Bridgerton*. O hacer el debate sobre *Cien años de soledad* y *Pedro Páramo*, como sugirió. Se pasa los días con el entrecejo arrugado y los labios apretados tan fuerte que por poco no le desaparecen.

En cuanto termino de decir la pequeña mentirijilla a mamá, oímos un jaleo en la puerta de la calle. Una voz airada y unas cuantas palabras malsonantes en inglés que, por suerte, mi madre no entiende. Cuando Sebastian —he reconocido su voz— abre la puerta y entra en el recibidor, cambia de lengua al español. Su voz flota por el pasillo, acercándose al salón donde estamos nosotras, totalmente calladas porque nos ha pillado por sorpresa todo ese escándalo.

—¡Estoy hasta los cojones de toda esta mierda! ¡Maldito arcaico intolerante!

Profiere algún exabrupto más y, entonces, se detiene justo en la entrada del salón y nos descubre. Mi madre tiene los ojos muy abiertos y los labios formando un «oh» y yo me he quedado tiesa como un palo, ya que es la primera vez que veo a Sebastian así. Ni siquiera cuando lo saco de quicio pierde los papeles.

Nos miramos los tres en silencio. Él se pasa una mano por el pelo y se lo revuelve. En la otra sostiene el maletín que siempre lleva consigo.

—Un mal día —murmura, y forma una sonrisa apretada.

—Claro, todos los tenemos. Soy Paula, la madre de Eva. —Por suerte, mamá se recompone de inmediato.

—Sebastian —se presenta mi némesis, acercándose a mi progenitora a toda prisa para tenderle

la mano. Vuelve a toquetearse el pelo hasta despeinárselo del todo—. Siento que haya tenido que escucharme y verme de este modo —se disculpa ante mi madre y sonrío de nuevo.

Sin embargo, parece confuso y hasta algo perdido. ¿Qué le ocurre? ¿Será por eso por lo que estos días ha estado de tan mal humor?

—Oh, no te preocupes, Sebastian. En mi trabajo a veces algunos compañeros también terminan así. —Se ríe, y Sebastian le corresponde, aunque aprecio que sin muchas ganas—. Precisamente Eva y yo estábamos hablando de ti, de lo buen compañero que eres. Te lo agradezco porque a veces mi hija ha tenido alguno del que mejor no hablar.

—Ah, hummm, sí —dice un Sebastian sorprendido. Me lanza una mirada interrogativa, y achino los ojos y sonrío como un mono—. Bueno, necesito... Voy a dejar esto en mi dormitorio. —Levanta el maletín—. Y luego me daré una ducha.

—Las duchas largas y calientes siempre son reparadoras. —Mi madre asiente—. Encantada de haberte conocido, Sebastian.

—Lo mismo digo, Paula.

Mi archienemigo desaparece por la puerta del salón y, cuando ya se oye el chasquido de la puerta al cerrarse, mi madre se inclina hacia mí por encima de la mesa.

—Cielo, no me habías dicho que era tan guapo —me susurra, y pongo los ojos en blanco.

Acto seguido tantea sobre Víctor. No le conté lo que ha ocurrido, así que desvío la pregunta. Él no ha insistido en lo de volver a vernos y tampoco me ha enviado casi ningún mensaje más, y eso me ayuda porque voy haciéndome a la idea de que Víctor tiene que quedarse en su lugar en el pasado. Si hubiera seguido tonteando conmigo como estaba haciendo..., ¿qué habría ocurrido? Ni esa chica ni yo merecemos algo así.

Tras desechar esos pensamientos, pregunto a mi madre si le apetece un café. Mientras lo preparo llega hasta mis oídos el sonido de la ducha cuando Sebastian la abre. Me pregunto con quién hablaría para estar tan enfadado. Pensaba que en el diccionario de Sebastian las palabras malsonantes estaban prohibidas.

Cuando regreso al salón, mi madre me recuerda que en unas semanas será el cumpleaños de Ernesto.

—Nos encantaría que nos acompañaras. Vendrán también sus hijos.

Ernesto tiene dos mellizos de unos dieciocho años, muy callados y con aspecto de odiar el mundo. Aparto la mirada sin saber muy bien qué contestarle. En realidad, no quiero ir. No me he sentido cómoda ninguna de las veces que he estado con ellos.

—No estoy segura de que pueda, mamá. Ando muy ocupada entre la universidad y las clases de español a extranjeros. Pero lo intentaré, te lo prometo —le respondo.

Tengo claro que al final acabaré yendo como en otras ocasiones, ya que, en el fondo, de no hacerlo me sentiría culpable.

Mamá me observa unos segundos sin decir nada. Noto un pinchazo en el pecho. Me viene a la cabeza la última ocasión en que estuvimos papá, ella y yo juntos, y el corazón se me encoge.

—Podría venir Ernesto a por ti, y así tardas menos que en el tren. Prepararé tu tarta favorita.

Asiento con una pequeña sonrisa. Sé que ambas intentamos que nuestra relación madre-hija funcione en memoria de mi padre.

A la mañana siguiente estoy tan tranquila en el despacho revisando la transcripción de un texto cuando una sombra se cierne sobre mí. Alzo la cabeza y me topo con el rostro malhumorado de Sebastian. Menudas ojeras. Anoche lo oí salir varias veces del dormitorio. Tal vez la discusión que mantuvo por teléfono por la tarde le provocó insomnio.

Con esos ojos fríos y esa boca apretada en una fina línea, inclinado sobre mí, me hace pensar en un dementor a punto de robarme la energía.

—¿Pasa algo? —le pregunto al ver que no dice nada.

Se mantiene en la misma postura.

—Desde lejos he visto una mancha verde fosforescente y he imaginado que eras tú.

Será capullo... Frunzo el ceño y le hago un repaso de arriba abajo con un gesto de disgusto, como dándole a entender que a mí tampoco me chifla su atuendo, que hoy consta de unos chinos oscuros y un polo que se ciñe a su cuerpo y, a decir verdad, marca sus músculos. No tiene muchos, pero los suficientes para que te entren ganas de mirarlos.

—Me ha dado un poco de pena verte tan sola —añade.

No tengo auténticos amigos en la facultad. Más bien compañeros. Llega un momento en que se crea mucha competitividad y, además, cuando regresé tras la pausa por lo de mi padre, las amistades que había hecho desde primer año de carrera ya la habían terminado. Me llevo bien con algunas personas, solo que este año estoy trabajando muy duro, y eso significa salir de las clases para ir directa al despacho de Rafa y tener pocas relaciones sociales.

De repente, Sebastian se inclina aún más y no es hasta pasados unos segundos que entiendo que lo que hace es curiosear mi trabajo. Intento ocultarlo con las manos porque no me gusta que nadie meta las narices donde no debe, pero entonces señala con un dedo algo de lo que he transcrito.

—Esa palabra está mal. La evolución final no es esa.

—¿Cómo que no? ¿Qué dices?

—Que te has equivocado.

—No, perdona, soy la mejor de mi promoción en esto.

«¿Qué vas a saber tú, listo, si estudiaste Literatura comparada?».

Me observa con sus grandes ojos y, sin saber por qué, me da un saltito el corazón.

—Vale, eres la mejor, pero eso no está bien.

—¿Y se puede saber qué es lo correcto?

Con gesto serio, me coge el lápiz y el cuaderno sin pedir permiso y empieza a escribir algo. Segundos después, me devuelve la libreta con la evolución de la palabra. Me quedo pensativa, estudio el vocablo, le doy vueltas en la cabeza y, al final, llego a la conclusión —no sin mi orgullo algo tocado— de que Sebastian lleva razón.

—Has tenido suerte —contesto tras un carraspeo.

—¿Suerte? —Esboza una sonrisa triunfal—. Suerte es que te toque la lotería, pero esto, pelirroja, es tener conocimientos.

Me tiende el lápiz y se lo arrebato con los dientes apretados. Pienso que va a chincharme más, pero me coge por sorpresa al decir:

—El resto del texto está perfecto. Quizá Rafa está en lo cierto y eres tan buena como asegura.

Lo miro en silencio. Él me corresponde. ¿Qué pasa? ¿Por qué, de repente, está sonriendo y no de manera burlona y la sonrisa le llega hasta los ojos, otorgándoles cierto brillo? Noto como un calambre, un tirón en el estómago. Hasta se me pasa por la cabeza la increíble y delirante idea de que podríamos llegar a ser buenos compañeros, incluso amigos. ¿Estaré volviéndome loca?

Dos tardes después estoy estudiando en mi dormitorio cuando oigo a Sebastian diciendo que me traen algo. Resulta ser un cuadro que esperaba desde hace un tiempo de *El retrato de Dorian Gray*. Cuando se va el repartidor, corro al salón para sacarlo de la caja. Lo contemplo con una sonrisa. Es un dibujo de estilo anime de un chico que se supone que es Dorian sosteniendo un cuadro en el que hay otra persona sin rostro, y se puede leer la siguiente cita: «Cada uno de nosotros tiene el cielo y el infierno en su interior».

Ni siquiera me doy cuenta de que Sebastian se ha acercado y se encuentra a mi espalda hasta que susurra:

—Curioso.

Me vuelvo con mala cara. Espero que no se meta también con el cuadro y con la novela. Aparte de ser una de mis favoritas, también lo era de mi padre.

—Es una buena historia —dice. Y luego, para mi sorpresa, recita—: «¿Qué es el arte? Una enfermedad. ¿Y el amor? Una ilusión».

—«¿La religión?» —sigo yo.

Y, a continuación, los dos proclamamos a la vez:

—«Un elegante sustituto de la fe».

No puedo evitar notar una sensación extraña en el pecho. Hasta pasados unos segundos no

caigo en la cuenta de que es mi corazón golpeando con fuerza. Sebastian me observa de una forma distinta..., más amable.

Me pongo nerviosa y suelto:

—Lo he leído más de diez veces.

—Yo quince —responde con orgullo.

—Quiero colgarlo ahí —le informo al tiempo que señalo la pared encima del televisor.

—¿Tienes una escalera? —pregunta.

—La verdad es que no.

Sebastian me coge el cuadro de entre las manos con mucho cuidado.

—Entonces tendré que ayudarte a colgarlo, a no ser que en tu curioso fondo de armario cuentes con unos zapatos con tacón de, al menos, veinte centímetros de altura.

Contra todo pronóstico, vuelvo a reírme como la noche del tequila, pero sin estar borracha, hecho que parece contrariar mucho a Sebastian, quien me mira algo asustado y luego, ya de espaldas, me pregunta si tengo una alcayata y un martillo.

Una vez que ha terminado de colgar el cuadro, lo observamos en silencio. No nos damos cuenta de que nos encontramos bastante cerca el uno del otro y, sin querer, los dorsos de nuestras manos se rozan. Otra descarga eléctrica.

Sebastian se aparta de golpe y, como si despertara de un letargo, anuncia con voz extraña:

—Voy a ducharme.

Lo sigo con la mirada mientras se dirige al dormitorio. Me saca de quicio cuando me rehúye como si tuviera la peste y me enfado conmigo misma por no poder ser tan fría con él como él lo es conmigo.

Sinsentido

«Cosa absurda y que no tiene explicación».
Como que Sebastian y yo nos llevemos como perro y gato un día y al
siguiente parezcamos superamigos.

De un tiempo a esta parte, Sebastian parece más descuidado, y no solo en sus atuendos, sino también en su forma de hablar. La otra mañana llegó tarde al despacho, algo extraño en él. Venía discutiendo de nuevo con alguien por teléfono.

—¿Todo bien? —inquirí cuando entró.

Se detuvo de golpe y se quedó quieto de espaldas a mí.

—¿No te ha pasado nunca que alguien no para de llamarte, una y otra maldita vez? —preguntó.

—Solo los teleoperadores o vendedores telefónicos —contesté con total sinceridad.

Sebastian se dirigió a su escritorio y yo, sin pensarlo mucho, deslicé la vista hacia abajo, hacia el trasero que le marcaban los pantalones. Cuando la subí, me pareció que se dibujaba una pequeña sonrisa en su rostro malhumorado.

Desde entonces hace dos días que no lo veo por aquí. No sale casi de su cuarto. A pesar de que no me cae bien y no nos hemos hecho amigos, me inquieta su ausencia. Alzo la cabeza y contemplo su mesa solitaria, en la que hay un par de libros que usa para su tesis. Como tampoco está Rafa porque le toca dar clase a estas horas, abandono mi escritorio y me dirijo al de Sebastian. Sé que no está bien fisgar en las cosas de los demás, pero no puedo evitarlo; además, no es que esos dos libros sean su diario personal. Abro uno y me topo con un montón de párrafos subrayados y un sinfín de anotaciones en los márgenes. Todas esas líneas de colores y la pequeña y apretada letra de Sebastian tienen su encanto. Algunas ideas las ha anotado en inglés y otras en español, y me paso un ratito leyéndolas.

Me parece oír un ruido al otro lado de la puerta, así que cierro el libro de golpe. Me llega un agradable olor a páginas y tinta, acompañado de cierto aroma que me recuerda a Sebastian.

Mi jornada estudiantil termina con una asignatura de Nuria, en la que nos anuncia que

Sebastian impartirá una clase antes de Navidad. Vaya, no lo sabía. Sebastian no ha estado alardeando de eso. De verdad, qué raro que anda.

Cuando llego a casa, me la encuentro en total silencio. La puerta de su dormitorio está cerrada y, como de costumbre, no se oye ningún sonido. Me tiro en el sofá y me pongo con un dorama coreano que me tiene enganchada. Creo que me he quedado medio dormida porque me despierto sobresaltada. Segundos después descubro que alguien está gritando. Me incorporo en el sofá y caigo en la cuenta de que se trata de Sebastian. Aturdida, abandono el salón y me acerco al pasillo. Aunque tengo un buen nivel de inglés, Sebastian cuenta con un acento bastante fuerte y habla muy deprisa, de modo que no logro entender todo lo que dice, tan solo pillo palabras o frases sueltas como: «Ya sé que él es perfecto», «No pienso participar en ese proyecto», «No me llames tantas veces». Intuyo que habla con la persona que ha estado telefoneándole a menudo últimamente y de la que parece que no quiere saber nada.

De repente, profiere una maldición en inglés y después todo se queda en silencio. Apenas me da tiempo a correr hacia el salón que él ya ha abierto la puerta del dormitorio. Espero que no me haya visto. Me lanzo en plancha sobre el sofá y aterrizo en una postura extraña, con la cara medio enterrada en la tela y el culo hacia arriba. Me descubre así y arquea las cejas.

—¡Haciendo un poco de pilates! —exclamo.

Sebastian no dice nada, tan solo se mete en la cocina. Me levanto y me asomo para verlo bebiendo un vaso de agua. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, aunque, después de la discusión y de lo cabreado que sonaba, no me extraña.

—Oye, Sebastian...

Dobla el labio superior en un gesto de hastío.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos, pelirroja? —me suelta con desdén.

—¿Cómo?

—¿Te crees que soy tonto? Sé que estabas escuchando.

—No, eso no es así. Yo... Ha sido sin pretender... —Me contengo porque atisbo en sus ojos algo que no he visto antes: tristeza.

Friega el vaso y lo deja en el escurridor. Luego pasa por mi lado sin mirarme siquiera. Entonces se da la vuelta y me espeta en tono rabioso:

—Deja de escuchar detrás de las puertas, ¿vale? Es de muy mala educación, joder.

Abro la boca para replicar, pero no me sale nada. Me ha hablado con enfado, pero en sus ojos leo otro sentimiento: dolor. Por unos segundos, noto cierta empatía hacia él.

Diciembre va a aterrizar en todo su esplendor: temperaturas que han descendido de golpe y una intensa lluvia que contemplo desde la ventana de la cafetería donde imparto una clase de español

B1 a dos chicas italianas, un chino, un inglés y una mujer estadounidense. Esta última está contando cómo celebró Acción de Gracias el jueves pasado. Mientras habla, me sorprende pensando en que Sebastian no la ha celebrado. Esa noche, por lo que contó a Rafa al día siguiente, se la pasó entera viendo un congreso online de literatura.

Cuando termino la clase y salgo a la calle, Celia y Dani están esperándome con sendos paraguas enormes. Yo no he cogido el mío, a pesar de que esta mañana ya se avecinaba tormenta. A veces soy un desastre. Hemos quedado porque Celia necesita mirarse un vestido para una boda y vamos a pasar la tarde de compras. Me refugio bajo su paraguas y enlazo mi brazo al suyo. Dani no para de parlotear sobre lo mucho que le gustan las bodas y nos habla de aquellas en las que tuvo sexo desenfrenado. Mientras Celia se prueba unos cuantos vestidos, le preguntamos cómo le fue su entrevista de trabajo.

—No sé nada. —Se encoge de hombros, algo apenada. Luego se da la vuelta y se mira por atrás en el espejo de cuerpo entero—. Me hace el culo plano, ¿no?

—De donde no hay no se puede sacar, querida... Pero lo mejor de ti no es tu trasero —contesta Dani señalando el escote de nuestra amiga, y subiendo rápido hacia su frente, donde le da unos toquitos para señalar que se refiere a su cerebro.

—Me parece fatal que no te hayan dicho nada, ni siquiera un no. Detesto las entrevistas de trabajo —me pronuncio.

—Solo has hecho dos —me recuerda Dani.

—Y en ninguna de las dos escuelas de idiomas me dijeron nada.

—¿Sabes si Sebastian ya ha empezado con el voluntariado? —pregunta Celia al tiempo que se intenta meter en otro vestido. Cuando asoma la cabeza, presenta una sonrisa de admiración—. Me pareció algo tan bonito...

—Ni idea.

La ayudó a colocarse bien la prenda y ambas miramos su imagen en el espejo. Dani se nos une por detrás. Sin decir nada, los tres asentimos con la cabeza. El vestido es precioso: de color azul marino y con escote palabra de honor, la falda es suelta y le llega hasta las rodillas.

—A lo mejor si te interesaras más por él, Eva, ya le habrías dado una alegría al cuerpo como Macarena.

—Dani, no quiero eso. Además, el que está enfadado conmigo es él, pero luego soy yo la que se siente mal.

—¿Por qué se ha enfadado esta vez? —Celia, que está poniéndose su ropa de nuevo, me mira con curiosidad.

—No para de llamarle alguien por teléfono con quien siempre acaba discutiendo, y yo... cotillé un poco en una de esas llamadas. Sebastian se molestó y... ¡No sé, chicos, me siento mal y ya está!

—No eres la única que tiene sentimientos —se mofa Dani de Celia, y esta suelta una risa.

—Si es que, en realidad, Eva es una blanda. —Mi amiga me rodea con los brazos y me estruja—. Pues pídele perdón y solucionado.

—Se me había ocurrido algo... —Me mordisqueo una uña y luego niego con la cabeza—. No, es una estupidez.

—¡Cuenta! —exclama Dani.

Salimos del probador y nos dirigimos a la caja para pagar.

—Es que me ayudó también a colgar un cuadro y, además, últimamente está muy raro y borde, pero, al mismo tiempo, parece ausente y algo triste. Había pensado... —Me callo, y mis amigos me observan expectantes—. Había pensado prepararle una cena de Acción de Gracias para disculparme. No la ha celebrado, y como para los estadounidenses es tan importante...

—¡A mí me parece una idea magnífica! —A Celia le brillan los ojos.

—¿De verdad? No sé, es que... ¿Y si en realidad no la ha celebrado porque no quiere o no le gusta y la cago?

—A lo mejor no tenía a nadie con quién celebrarla, el pobre —opina Dani. En cuanto Celia paga, nos coge a ambas del bracete y grita—: ¡Próxima parada: supermercado!

Llego a casa cargada con dos bolsas. Celia, Dani y yo hemos indagado por internet y he comprado productos similares a los que se come en Acción de Gracias. Me asomo al pasillo y veo la puerta de Sebastian entornada. Hoy sí ha ido a la facultad y, al parecer, no ha regresado aún. Dejo los trastos en la cocina y echo un vistazo al reloj: las siete y media. Espero que me dé tiempo a preparar algo decente.

Me pongo manos a la obra. Me quemo en un par de ocasiones y a punto estoy de rebanarme un dedo con el cuchillo, pero a las nueve menos algo tengo lista la mejor cena que he hecho en mi vida. Sebastian no tardará en llegar, así que dispongo la mesa de la manera más elegante posible, con unas servilletas nuevas que he comprado y una vela en el centro.

Contemplo los platos con una sonrisa orgullosa: unos filetes de pavo con puré de patatas, salsa de arándanos —que yo misma he hecho— para echar al pavo, mazorcas de maíz y trozos de boniato, y de postre dos porciones de pastel de calabaza de una tienda que me ha recomendado Daniel.

Miro el reloj: las nueve. Es tarde para Sebastian. ¿Y si justo hoy ha decidido largarse por ahí, en contra de todo pronóstico, y tengo que comerme sola todo esto? No obstante, unos minutos después estoy en la cocina fregando algunos cacharros cuando oigo la puerta. Salgo corriendo hacia el comedor y casi me choco con Sebastian. Ni lo miro. Se detiene en su dormitorio unos segundos y después entra en el comedor. Barre la mesa con los ojos.

—¡Feliz Acción de Gracias! —exclamo algo nerviosa abriendo los brazos—. Ya sé que fue la semana pasada y que esta no es la mejor cena que habrás probado. No hay un pavo entero, pero sí unos filetes. ¡Y la salsa de arándanos me ha quedado bastante bien! —Señalo el pequeño cuenco—. El pastel de calabaza lo he comprado, lo reconozco.

Aguardo unos segundos con las manos enlazadas a la espalda. Sebastian no dice nada. De hecho, no parece agraderle la sorpresa y hasta se lo ve molesto. No sé si son los nervios contenidos de querer hacer la cena perfecta —como siempre me sucede con casi todo—, el cansancio de todo el día o el hecho de que sospecho que a Sebastian le importa un comino lo mucho que me he esforzado, pero acabo soltando un grito exasperado antes de exclamar:

—¡Dios, nunca estás satisfecho con nada! ¡Nada de lo que hago te apaña! ¡¿Cómo se puede ser tan desagradecido?!

Pestaña, sorprendido. ¿No esperaba esta reacción? ¡Pues lo siento, pero ya estoy harta! Paso por su lado como un vendaval y me encierro en mi dormitorio. El corazón me late a mil por hora y noto un molesto nudo en el estómago.

«Vamos, Eva, no llores por esta chorrada, que tienes veintitrés años».

Estoy a punto de tumbarme y ponerme mis cascos para escuchar música cuando oigo que Sebastian llama a la puerta. No quiero abrirle, pero insiste y, al final, claudico. Lo descubro con una cuchara en la boca. Ahora que lo miro bien, parece muy cansado.

—El puré de patatas está de puta madre —dice de repente. Lo miro con seriedad, aún dolida, hasta que sonrío brevemente y ese gesto le ilumina el rostro haciendo que lo que ha ocurrido se me olvide un poco—. Lo siento, llevo unos días bastante malos... Pero vale, sé que no es excusa para mi comportamiento. —Se da unos toquitos en los labios con la cuchara—. Y dicho esto... ¿cenamos?

Una hora después estamos los dos llenísimos y, aun así, no hemos podido evitar comernos nuestras porciones de pastel de calabaza. Durante la cena me ha hablado de los platos y de la interesante historia que dio origen al día de Acción de Gracias. Mientras rebaño el plato del postre, percibo que Sebastian no me quita el ojo de encima. Lo interrogo con la mirada.

—Ha sido un detalle bonito —reconoce.

Sin poder evitarlo, me sonrojo. Intento ocultarme tras el vaso de agua. Me apresuro a dejarle claro el motivo de esta cena, no sea que se piense algo que no es.

—Quería agradecerte lo del cuadro del otro día, y pensé que para vosotros es importante y... —Titubeo porque no sé si a alguien como él debería decirle eso, pero al final lo hago—: Me parecía que llevabas unos días de bajón.

Sebastian se queda pensativo con mis palabras y el silencio se adueña de la conversación un rato largo. Pero no resulta incómodo: es de esos silencios que, en ocasiones, necesitamos.

—Últimamente mi padre está muy pesado. Es él quien me llama tanto. No nos llevamos bien.

—Se echa hacia atrás en la silla y cuando apoya las manos en la nuca el suéter se le sube, con lo que entreveo un trocito de piel de su tripa plana y otro del bóxer negro que lleva—. Para serte sincero, nos llevamos fatal.

Me sorprende que me cuente algo sobre él. No es mucho, pero ya es bastante más de lo que sabía hasta hace un minuto y, además, es algo muy personal.

—A veces las relaciones familiares son complicadas.

—¿También tienes algún problema con tu familia? —me pregunta con curiosidad.

—Más que problema..., es que mi padre falleció —le confieso con un nudo en la garganta.

—Lo siento —murmura, y parece totalmente sincero.

—Éramos uña y carne... Escucha, ¿cómo se decía eso en inglés? —He desviado un poco la conversación porque aún me duele hablar de mi padre.

—*You were joined at the hip* —responde—. No sé lo que es tener un padre amoroso. A él solo le interesan sus negocios y el dinero. Mi madre le sigue la corriente la mayoría de las veces.

Sebastian jamás había hablado tanto. Y nunca me habría imaginado que sería para contarme algo tan íntimo y a buen seguro doloroso para él. Quizá la cerveza de la cena le haya hecho efecto, aunque solo se ha tomado dos y parece completamente sobrio. Pero, no sé, esta noche, aunque seamos archienemigos, yo también quiero hablarle de mi vida. No es Acción de Gracias, pero es posible que nos haya invadido su magia. Lo único que sé es que un rato después le he contado a mi vez muchísimas cosas: la depresión en la que me hundí cuando se fue mi padre, el abandono de los estudios, una época extraña con compañías cuestionables, la mejoría posterior, mi terapeuta, la ayuda incuestionable de Rafa, la relación tensa con mi madre.

—La muerte de alguien a quien quieres siempre es un golpe duro. Creo que tu madre y tú sois dos personas fuertes.

—¿Sabes cuáles son dos de las cosas que más me ayudaron a salir de la depresión? Mi amor por la lingüística y los libros.

Cierro los ojos y sonrío. Al abrirlos, Sebastian está mirándome de un modo raro. Como si quisiera traspasarme. Aprecio una nueva sensación en el estómago.

—¿Cuál dirías que es tu libro favorito? —me pregunta de repente.

—*La ladrona de libros* —respondo sin dudar.

Sebastian sonrío. Imagino que piensa que me siento identificada con Liesel y su pasión por la lectura. Y en parte así es. Pero es por mucho más, es porque cuando lo leí me sentí otra y para mí eso es la magia de la literatura: vivir muchas vidas siempre en tu cuerpo, experimentar un cambio y saber que jamás volverás a ser igual.

—¿Y el tuyo?

—*Romancero gitano*, de Federico García Lorca —contesta sin titubear.

—¿En serio?

—Lo he estudiado mucho por su simbología, pero siempre regreso a él para leerlo desde una mirada ingenua.

Asiento. Entiendo al ciento por ciento de lo que habla. Guardamos silencio de nuevo. Sebastian vuelve a mirarme y desvío la vista. Noto algo distinto esta noche. ¿Es posible que llevemos unas cuantas horas hablando sin atacarnos el uno al otro? ¿Sin que él sea un pedante y yo una competitiva? No puedo estar más que asombrada de que hayamos pasado una noche sin tirarnos los trastos a la cabeza.

—¿Hay algo sin lo que no puedas vivir? —me pregunta—. Y no vale contestar que los libros; eso ya lo sé.

—Pues... las series. Necesito series.

—El otro día veías una con actores japoneses.

—En realidad eran coreanos —lo corrijo con una sonrisa divertida—. Ahora se han puesto muy de moda, aunque siempre fui bastante fan de ellas. Se llaman doramas, y me gusta verlos porque me aportan bastantes lecciones culturales. Además, manejan muy bien la tensión. Cuando la pareja protagonista logra darse la mano, ¡sí, darse la mano simplemente!, resulta más emocionante que cualquier escena apasionada occidental. Los coreanos son expertos en los detalles y en mostrar sensaciones sin decir nada.

Sebastian me escucha acariciándose el labio inferior. Lo tiene bonito. Carnoso, sonrosado. A simple vista parece un chico perfecto, pero cuando lo miras bien, tiene ciertas imperfecciones que lo hacen más atractivo todavía. Joder, sí, esta noche me parece muy atractivo.

—¿Y algo que tú necesitas para vivir? No me digas el café, que ya lo sé.

—La música. El baile.

—Cuando dijiste que bailabas salsa no podía creérmelo y... aún me cuesta —le confieso al tiempo que subo una pierna a la silla y apoyo ambas manos en la rodilla.

—¿Alguna vez te han dicho que eres un poco prejuiciosa?

—Pues... no. Y nunca me había visto así. Aunque la verdad es que contigo sí lo fui desde el principio y... Joder, qué mal.

—¿Quieres que te enseñe?

—¿A qué? —pestaño confundida.

—A bailar.

—Ay, no, qué va. Si llevabais razón, soy muy mala en el baile. —Niego con las manos, nerviosa.

—Un par de pasos nada más, Eva...

No sé por qué insiste... Mi vena desconfiada sale. ¿Y si pretende burlarse de mí?

—Mi agradecimiento por la cena de Acción de Gracias —añade.

Se levanta, rodea la mesa y se acerca a mí con un brazo estirado, tendiéndome la mano.

—Te pisaré.

—Me arriesgaré a ello.

Al final acepto su mano, aunque aún con recelo. La tiene cálida y suave. Me pongo más nerviosa cuando me incorpora tirando de mí y, por poco, no choco con su pecho. Un sinfín de definiciones de palabras se agolpan en mi mente cuando apoya la otra mano en mi cintura, si bien con cautela, y me dice que ponga la mía libre en su hombro.

—Empezaremos por bachata, que me parece más fácil —dice.

Miro su nuez. La piel morena de su cuello. Me pregunto a qué sabrá.

—Para mí, dar más de dos pasos ya es una tarea complicada —bromeo.

Sebastian se ríe. Se ríe de una de mis tonterías, en lugar de lanzarme alguna pulla maligna. Su mano en mi cintura no me permite pensar cuando me indica los pasos y los repite. Intento seguirlo. No es tan difícil. Pone una canción en volumen bajo en su móvil. Luego vuelve a cogerme de la cintura, esta vez con más firmeza. Se inclina, y el mechón suelto de su flequillo roza mi frente en un cosquilleo agradable. Lo oigo respirar. Veo sus labios moviéndose mientras me explica lo que debo hacer. Sus ojos, de repente, se clavan en los míos.

De súbito, su rostro se encuentra más cerca. ¿Quién ha salvado la distancia? No tengo ni idea, pero no me apetece apartarme. Aprecio que tiene la respiración acelerada. Sus labios se posan en los míos, apenas rozándomelos. No atino a entender lo que pasa hasta que los mueve, intentando que yo haga lo propio. No sé si le molesta que no le siga la corriente, pero me llevo un suave mordisco en el labio inferior. Sin poder evitarlo, se me erizan los pezones, en especial cuando me empuja contra él y su cuerpo entra en contacto con el mío. Para ese momento, ya me ha desarmado y estoy separando los labios también. Sebastian está besándome. Y yo a él. Y no entiendo nada. No entiendo que la piel se me haya puesto de gallina y tampoco este pálpito que aparece una y otra vez en mi entrepierna.

Una melodía bien fuerte interrumpe la bachata y... el beso. Es mi móvil sonando. Al instante, ya estamos separados. Nos observamos con una mezcla de cautela, susto y culpabilidad. ¿Qué ha sido todo esto?

—Yo... Lo sient...

—Ni falta hace que lo lamente —me corta Sebastian con voz seca—. Esto ha sido un error.

Lo miro sin entender. ¿Si ha sido él quien ha empezado el beso! ¿Verdad...?

—Sé que me detestas, Eva.

A punto estoy de decirle que esta noche he sentido unas cuantas cosas y ninguna de ellas ha sido esa. No obstante, su mirada fría y su rostro serio me echan para atrás.

—Y tú tampoco me acabas de caer bien.

Quiero preguntarle por qué me ha besado entonces, pero recuerdo que hasta hace nada yo

también aseguraba que me sacaba de quicio y que no me atraía nada y, en cambio, le he devuelto el beso.

Mi móvil vuelve a sonar, y Sebastian ladea el rostro para dejar de mirarme. Me acerco al aparato y descubro que es Dani. Seguramente querrá preguntarme por la cena, pero ahora mismo no me apetece chatear.

Sebastian se ha puesto a recoger la mesa. Me apresuro a ayudarlo. Ninguno dice nada mientras vamos a la cocina y volvemos al comedor. Lo que se había creado entre nosotros se ha esfumado. O quizá solo lo he sentido yo. ¿¿Será que estoy necesitada?! Pero, repito, él me ha besado primero... ¿Habré hecho bien en malpensar y tan solo quería mofarse de mí?

Intento vaciar la mente cuando, un rato después, me meto en la cama. Pero no puedo dormir. No entiendo qué sucede. Nos llevamos mal y, de repente, congeniamos. Luego volvemos a lanzarnos cuchillos para, acto seguido, pasar una noche de lo más agradable, y después... Necesito una explicación lógica para este misterio de la vida.

Lo más probable es que, por esa regla de tres, mañana seamos archienemigos de nuevo. O quizá peor. ¿Hay algo más allá de los archienemigos? Porque, tal vez, después de este beso todo se torne más incómodo.

Codo con codo

**«Juntamente, en compañía o cooperación».
Voy a rezar, por si existe alguna divinidad que impida que los codos de
Sebastian y los míos acaben enzarzados en una terrible disputa.**

Sebastian levanta la cabeza de sus papeles y me lanza una mirada de rivalidad. Entorno los ojos y se la devuelvo. De inmediato, los dos continuamos con lo nuestro.

Un rato después no puedo mantenerme callada y empiezo a hablar a Rafa de una obra de teatro que me gustaría ver. Sebastian dice que ya la ha visto y que no es buena. Me pica que no me preguntara si me apetecía ir a mí también. ¿Habrá ido solo? Luego se queja de que no paro de hablar, que necesita concentración. Me late una vena en el cuello y, sin poder evitarlo, saco un paquete de M&M's del cajón y, sin apartar la mirada de un Sebastian con gesto de ogro, pregunto a mi tutor:

—Rafa, ¿te apetecen unos deliciosos M&M's?

Nada queda de la incipiente relación amistosa que podríamos haber tenido. ¿Del recuerdo del beso? Casi borrado. Al menos por mi parte. Creo que Sebastian, esa madrugada, ya lo había olvidado por completo.

Pero todo viene porque, al día siguiente de la cena de Acción de Gracias, Rafa y Nuria nos informaron de que había un hueco libre para dar una clase especial de Literatura a los alumnos de primer año y añadieron que podríamos presentar una propuesta cada uno para ver si nos la seleccionaban. Evidentemente no somos los únicos que participamos, pero lo cierto es que a ambos no nos importan los demás lo más mínimo. No en este caso, al menos. Lo único que queremos, desde que nos enteramos, es pasar por encima del otro. Yo deseaba ser amable, lo juro, pero el capullo arrogante y elitista de Sebastian se quejó por lo bajini a Nuria de que no entendía por qué podían participar estudiantes que aún no habían terminado la carrera. Ella le explicó que se debía a que yo era alumna colaboradora de Rafa y, por tanto, estaba incluida entre los posibles candidatos. A Sebastian no le satisfizo la explicación y a mí, que lo escuché, me salió la vena competitiva. Me encantaría que me eligieran, demostrarle que soy inteligente, tenaz

y capaz y que no soy solo la chica de los recados que insinuó tiempo atrás. No lo ha repetido y hasta me ha parecido, en un par de ocasiones, que empezaba a valorarme como futura lingüista, pero con esto me ha demostrado que solo mira por sí mismo. Y lo entiendo, de verdad, porque sé que todo lo que él pueda conseguir son méritos para su investigación. No obstante, yo también quiero luchar por conseguir un buen futuro. Así que los dos nos hemos pasado todo el puente de diciembre encerrados para preparar una propuesta, y hoy, un nuevo y magnífico lunes en la facultad, debemos entregarla a nuestro respectivo tutor.

Por otra parte, creo que detrás de todo eso se encierra algo más. Siento como que se arrepiente, y mucho, del beso que me dio. Y me fastidia un poco, no lo puedo negar. Me fastidia que vuelva a ser el Sebastian de antes porque yo había empezado a conocer uno que podría haber llegado a caerme bien.

—¿Venís a la cafetería a comer? —nos pregunta Rafa a mediodía.

Sebastian y yo negamos, nos lanzamos nuevas miradas retadoras y regresamos a lo nuestro. Yo saco mi táper de pasta y él, una barrita energética.

—Me hacéis sentir orgulloso de compartir despacho con estudiantes..., con personas como vosotros —dice Rafa antes de salir con una sonrisa bonachona bajo su gran bigote.

Una vez solos, nos dedicamos a ultimar las propuestas y a comer. Bueno, Sebastian engulle la barrita en menos de un minuto. Lo miro de reojo teclear a destajo para pasar su propuesta del papel al ordenador. Juro que me muero de ganas por cotilleársela. En un momento dado aparta los ojos del portátil.

—Sabes que puedo machacarte, ¿no? —me suelta en tono mordaz.

—Eso habrá que verlo —respondo—. Seré pequeña, pero matona.

—Y yo lo tengo bien grande —replica pronunciando con lentitud cada palabra. El tenedor con pasta se me queda a medio camino de la boca. Sebastian esboza una sonrisa maligna, como si ahora mofarse de mí le resultara sumamente divertido, y dice—: Me refería al cerebro, malpensada.

—Por supuesto. Lo sabía. —Asiento con la cabeza, aunque en realidad mi mente había tomado otros derroteros. Me como la pasta del tenedor y noto que me arden las mejillas.

Media hora después Sebastian mete el *pendrive* en la ranura. Mis dedos vuelan por el teclado. Escribo la última línea y ni siquiera repaso lo escrito antes de guardarlo. Sebastian coge su lápiz USB, se levanta y va en dirección a la puerta. Antes de salir me lanza una mirada triunfal. Yo copio mi documento a toda prisa también en un lápiz de memoria. No tarda más que unos segundos, pero me parece una eternidad. Salgo como un rayo del despacho y corro hacia la escalera. Dos plantas más abajo diviso a Sebastian en dirección a reprografía para imprimir su propuesta. Me lanzo a la carrera y lo alcanzo a mitad de pasillo. Su cuerpo se tensa cuando me coloco a su lado.

—Ni siquiera quieres dedicarte a la literatura —sisea.

Lo noto ofendido.

—Sabes que amo los libros tanto como tú —respondo, intentando mantener la tranquilidad—. Además, parece que lo único que quieres es quedar por encima de mí.

—¿De qué me serviría eso? —suelta en un tono de superioridad, en plan: «Si ya lo estoy».

Hay cola para imprimir. Nos situamos cada uno en una de las ventanillas, sin dejar de observarnos de reojo. Sebastian contempla mi *pendrive* y yo el suyo. Estoy segura de que le encantaría robármelo.

Nos atienden al mismo tiempo. Mientras esperamos a que se impriman nuestras propuestas, no podemos evitar estudiar todos nuestros gestos. Me siento como en el viejo Oeste, a punto de desenfundar una pistola. Casi puedo oír nuestra propia BSO. Yo termino antes que él. ¿Tendrá su propuesta más páginas? Bueno, eso tampoco significa que sea mejor. Pago y me doy la vuelta en dirección a la escalera. Segundos después noto una presencia a mi lado. Es Sebastian, por supuesto. Aprieto el paso y él también. No echamos a correr, aunque nos falta poco. Ambos miramos hacia delante, pero me apuesto lo que sea a que tiene el ceño fruncido por la concentración, algo habitual en él. Una compañera de clase nos ve y me saluda con cara sorprendida. Supongo que parecemos dos autómatas chiflados. Subimos los escalones aún más rápido. Me tropiezo con uno y Sebastian se ríe. Como se ha ladeado para mirarme, se choca con el profesor de Gramática histórica, a quien todos sus alumnos temen. Sebastian se disculpa, y el otro empieza a decir que los estudiantes de hoy en día estamos en nuestro mundo y no respetamos nada. Esbozo una sonrisa cuando alcanzo nuestra planta. No he llegado a la zona del departamento que ya tengo a Sebastian otra vez casi en mi nuca. Por Dios, qué pesado.

Me abalanzo hacia la puerta del despacho, aunque él ha decidido lo mismo porque nuestras manos acaban posadas la una sobre la otra en el pomo. En una comedia romántica esto sería el preludio de una intensa mirada en la que nos daríamos cuenta de que estamos hechos el uno para el otro, pero en nuestro caso es el inicio de una mirada enfadada y de un forcejeo raro. En serio, nos peleamos por abrir la puerta.

—¿Se puede saber qué te pasa, niño?

—¿Niño yo? ¡Mira quién fue a hablar! —protesta.

—Solo intento demostrar a Rafa mi valía.

—Y yo —dice. Y al ver mi cara enseguida añade—: Y a mi tutora, por supuesto.

—¿Qué tal, chicos?

Es precisamente la voz de Nuria la que nos insta a soltar el pomo de la puerta y callarnos de golpe para fingir que somos dos angelitos. Levantamos los papeles impresos al mismo tiempo.

—¿Son vuestras propuestas?

Asentimos con una sonrisa. Ella adelanta ambos brazos para que se las entreguemos.

—¡Mucha suerte para los dos! —exclama, y se marcha a su despacho dejándonos allí, tiesos y mudos.

Es Sebastian quien reacciona primero. Inclina su rostro hacia mí.

—Que gane el mejor —dice.

—¿Recuerdas que hay más candidatos? —le pregunto, molesta.

Se incorpora y me mira con fijeza.

—Ya... Pero solo me preocupa uno.

Entra en el despacho. Suelto el aire que había estado reteniendo. Sé que se refería a mí y no puedo más que sentirme orgullosa.

—¡Enhorabuena, chicos! —exclaman Rafa y Nuria, tan contentos que pienso que les falta echarnos confeti.

Han pasado dos días desde que entregamos las propuestas y nuestros tutores nos acaban de anunciar que Sebastian y yo hemos sido elegidos. Nos quedamos patidifusos. Veo de reojo la cara mezcla de espanto y sorpresa de mi némesis.

—Pero... ¿no se supone que solo iban a escoger a uno? —inquieta con voz extraña.

Esto habrá sido un golpe duro para él. Seguro que el muy arrogante se creía que iba a salir elegido por unanimidad. Pues fíjate: Eva Martínez también es un diez. Chúpate esa, Sebastian Wright.

—Así era, pero nos han gustado tanto vuestras propuestas que, entre todo el claustro, hemos decidido que era una pena no aprovechar vuestras ideas —nos explica Rafa con alegría—. Así que, ¿por qué no las aunáis para preparar una magnífica clase? Nuria y yo creemos que encajáis muy bien.

Sebastian y yo nos miramos sin poder dar crédito a lo que están diciéndonos. Está claro que Rafa es un hombre despistado, pero esto ya llega a límites insospechados. Abro la boca para replicar, pero Sebastian se me adelanta.

—¿Podemos daros una respuesta antes de irnos?

—Claro que sí —acepta Nuria. Y añade—: Pensad bien lo que os apetecería impartir.

Estoy segura de que Sebastian no pretende debatir sobre eso, sino maldecirme y extorsionarme para que abandone.

Me voy a las asignaturas que me quedan y él se marcha con Nuria a observar una de sus clases. A mediodía he quedado con Celia, que tiene el día libre y hemos decidido comer juntas en la cafetería de la facultad. Ella ya está esperándome allí cuando aparezco. Lleva uno de sus vestidos largos y sueltos y el pelo recogido en una trenza con una diadema. Adoro su aspecto, siempre me transmite tranquilidad. Saco mi cuaderno de términos mientras la observo y anoto lo

que me inspira: «Celia es *etérea*». En cuanto me ve me saluda con ambas manos, y luego corre hacia mí y me da un fuerte abrazo.

—¡Me han llamado de la entrevista y he pasado a la siguiente fase! —me cuenta con emoción. Nos ponemos a dar saltitos como dos adolescentes.

—Ay, Celia, cuánto me alegro... Ojalá te cojan y trabajes en lo que más te gusta.

Durante la comida charlamos sobre cómo nos va y ella me pregunta si al final iré al cumpleaños de Ernesto, el novio de mi madre. A decir verdad, desde que Sebastian me habló de sus padres aquella noche me he sentido distinta y he intentado pensar más en los sentimientos de mi madre. Aun así, si fuera al evento tengo claro que iba a estar incómoda y que apenas hablaría con Ernesto. No encajamos del todo.

—No lo sé. —Sacudo la cabeza y relamo la cuchara del flan—. Resulta que Sebastian y yo presentamos unas propuestas para impartir una clase a los de los primeros cursos. Había más estudiantes aparte de nosotros, por supuesto. Pero la cuestión es que nos han elegido a los dos. —Alzo los brazos, exasperada—. ¿En serio? ¿Trabajar juntos nosotros?

—Creía que os llevabais mejor —dice Celia con el ceño fruncido.

—Yo también lo creía, pero... pero parece que es más como en momentos puntuales, ¿sabes? Es algo extraño. Unas veces pienso en lo inteligente que es y lo admiro, y otras quiero cerrarle esa boca de arrogante.

—Y pensaste en cerrársela besándolo —me recuerda Celia.

—¡Me besó él!

—Pero a ti te gustó...

—Me pilló con las defensas bajas. Llevo tiempo sin relaciones sexuales y a lo mejor estaba ovulando.

Celia arquea una ceja y me mira como si fuera una auténtica mentirosa. Dejo la cuchara en el platito y suspiro.

—Vale, puede que me atraiga un pelín. Compréndelo: soy humana y tengo ojos en la cara.

—No, si lo comprendo perfectamente. Lo tabú puede ser muy *hot* —dice con una sonrisa. Esta vez soy yo quien la observa con el ceño arrugado—. Palabras de Dani.

—Ya me lo imaginaba.

—Pero en el fondo tiene sentido lo que te ocurre, Eva, por más que creas que no. Alguien que confía mucho en sí mismo se convierte en atrayente. Puede que su confianza te parezca algo arrogante, pero esa forma de quererse provoca un atractivo innegable, ¿no? —opina Celia—. Mira nuestro Dani: ¡liga un montón!

—En cualquier caso no importa, Celia. Porque es más que evidente que Sebastian me besó por alguna locura que se le pasó por la cabeza. No lo sé, de verdad que no. No hemos mencionado el tema, y creo que él lo ha olvidado por completo.

Celia me mira con una sonrisa de comprensión y, de repente, una sombra se cierne sobre nosotras. Mi amiga dibuja una ancha sonrisa y a mí se me borra cuando Sebastian aparece a nuestro lado.

—Hola, Celia. ¿Cómo estás?

—Genial, Bastian. ¿Y tú?

—Bien... ¿Podría robarte a Eva unos segundos? —Me señala, aunque sin mirarme siquiera.

—¡Por supuesto! ¡Y si quieres unas horas también!

Sebastian se aparta y me espera unos metros más allá. Al final me levanto y me acerco a él.

—Vamos a hacerlo —dice.

—¿Qué? —Abro mucho los ojos, poniéndome roja.

—La clase. La vamos a preparar e impartir juntos. —Su voz es firme y autoritaria. Por unos segundos me entran ganas de negarme, pero entonces murmura—: Todo esto me viene genial para mi expediente. Y a ti también te ayudará en lo que quieras hacer. —Ahora su tono ha cambiado y noto cierto matiz de súplica.

Lo miro en silencio. Reconozco que me gustaría impartir la clase sola y demostrar todo lo que tengo para ofrecer. Además, me da miedo que Sebastian y yo choquemos también en nuestras ideas y que preparar la clase se convierta al final en otro campo de batalla. Pero, en el fondo, también me hace mucha ilusión y es una buena oportunidad, como él dice. Si no aceptamos, quizá cojan a otros. Y quedaremos mal ante Rafa y Nuria, que confían en nosotros. Me mordisqueo el labio inferior mientras reflexiono sobre todo esto. Cuando alzo los ojos, advierto que Sebastian no ha apartado los suyos de mí. Veo las motitas de color en sus iris. Como en otras ocasiones —aunque contadas, la verdad—, ahora mismo no se asemeja a un capullo pijo y arrogante, sino un chico que lucha por abrirse camino en el difícil campo de la investigación.

Quizá consigamos que nuestras ideas encajen. Tal vez logremos hacer algo muy interesante. Suspiro.

—De acuerdo.

—Voy a decírselo a Rafa y a Nuria.

—¡Espera, que yo también quiero ir! —protesto.

—¿Y tu amiga?

Me vuelvo hacia Celia. Está trasteando en el móvil y dando pequeños sorbos a la pajita de su refresco. Vuelvo a mirar a Sebastian.

—De acuerdo, dales tú la noticia.

—Esta tarde a las seis en el piso.

—¿Cómo?

—Que debemos empezar a preparar ya la clase. —Se ajusta bien la tira del maletín en el hombro—. Sé puntual, Eva. Hay que trabajar duro.

Maldita sea, ¿insinúa que me rasco la barriga en mi día a día o qué?

Hacer sudar

«Trabajar con fatiga o desvelo, física o moralmente». Os aviso: ¡cuidado con el doble sentido de nuestra maravillosa lengua!

Pestaño para sacarme de la burbuja en la que yo sola me he encerrado. Estaba contemplando la nuca y la espalda de Sebastian mientras él repasaba nuestros apuntes para la clase... y no sé qué me ha ocurrido que me he quedado traspuesta. Pensando que tiene un pelo bonito y una espalda ancha. Reflexionando sobre que, al final, no va a ser tan capullo. He decidido olvidar lo del beso, como si no hubiera pasado nunca. Creo que es mucho mejor para los dos. Y llevamos unos días de insólita paz. ¿Hemos establecido una tregua implícita por un bien común, que es el de impartir una estupenda clase? Tal vez. Pero estos días que hemos trabajado como locos y hemos compartido unas cuantas horas hasta nos hemos reído. Y hemos hablado mucho. Casi todo de la clase, pero también de los libros que nunca hemos terminado, de frases literarias que se nos han quedado en la cabeza y de personajes que jamás olvidaremos. ¡Y nuestras ideas no han chocado por completo! Es verdad que algunas veces no nos hemos puesto de acuerdo en algo, pero lo hemos resuelto de manera civilizada y madura. Cuando estamos así se me olvida que somos archienemigos y me doy cuenta de que empiezo a cansarme de esa dinámica. Que, contra todo pronóstico, preferiría que la tregua se mantuviera hasta que Sebastian se marchara. Es más cómodo y tranquilo estar así. No hay tanta tensión entre nosotros ni tantas ganas de quedar el uno por encima del otro.

—¡Gosh, Eva, la idea que hemos tenido para dar comienzo a la clase me parece fantástica! Y el final también resulta muy interesante... —manifiesta en voz más alta de lo normal.

Supongo que cree que aún estoy en la cocina preparando los cafés. Pero no, me hallo en el umbral de la puerta del comedor algo avergonzada de haberme quedado atontada contemplándolo en silencio como una acosadora.

—¡Me alegre! —exclamo, y finjo que estoy entrando.

Pongo las tazas sobre la mesa y me dejo caer en la silla. Estos días Sebastian no se ha sentado

lejos de mí, sino justo a mi lado. Muy cerca. Tengo su perfume metido en la nariz, y no me disgusta.

—¿Eso es...? ¿Has usado mi café? —Arruga el ceño al ver el líquido oscuro de mi taza.

—Pues sí. ¿Te importa?

Arqueo una ceja. Vale, reconozco que a veces no puedo evitar ponerme a la defensiva con él. Es la primera vez que uso su café, no porque esté prohibido cogerlo —aunque conociéndolo, quién sabe—, sino porque ya os conté que soy más de *frappuccino* o de *cappuccino* bien edulcorados.

—Más bien me sorprende —contesta, y se lleva su taza a los labios para beber.

Yo hago lo propio y, aunque me he puesto una cucharadita y media de azúcar, al probarlo se me estremece todo el cuerpo. Aun así, doy otro sorbo. Sebastian me observa con gesto expectante.

—Está muy amargo para lo que estoy acostumbrada... —murmuro. Y luego añado—: Pero reconozco que sabe bien.

Sebastian me mira con sus ojos de chico presuntuoso durante unos segundos y después le cambia la mirada. ¿Es eso que atisbo en sus iris cierta simpatía hacia mí?

—Quería saber por qué adoras tanto este café —confieso.

—Para mí es especial. Lo probé por primera vez en Colombia y supe que no podría vivir sin beberlo cada día. Creí que no lo encontraría por ningún sitio, pero al final sí. —Da otro trago y paladea, con los ojos entornados—. ¿No notas la mezcla de notas frutales y dulces? Huélelo. —Mueve la taza por delante de mi nariz—. ¿Sigues dándote asco olerlo por las mañanas en el despacho?

—La verdad es que ya me he acostumbrado. —Jugueteo con la cucharilla, y entonces se me ocurre una idea—. Ahora tú deberías probar algo que a mí me apasione.

—Hummm... *Quid pro quo*. —Se queda pensativo como yo y, de repente, arquea una ceja en un gesto orgulloso y dice—: Pon una de esas canciones coreanas que te gustan.

—¿De verdad? ¿Mientras trabajamos? Creí que necesitabas absoluto silencio —respondo atónita.

—Haré una excepción.

Esbozo una sonrisa sincera y me la devuelve. Es pequeña y rápida, pero suficiente. Suficiente para que me guste mucho, para apreciar cómo se le relaja ese rostro que suele aparentar tan tenso, para ver las arruguitas que se le forman en los extremos de los ojos y los hoyuelos en las mejillas.

Cojo mi móvil y reproduzco *Butter* de la banda BTS, una de mis favoritas. Continuamos repasando las notas de la clase, pero poco a poco con el rabillo del ojo veo que Sebastian está

moviendo una pierna al ritmo de la música. Contengo una risita. Ni siquiera el pijo estirado de Sebastian Wright puede resistirse a dejarse llevar por el buen rollo de BTS.

—Me gusta —acepta cuando termina la canción.

Entonces atrapa su móvil y busca algo. Enseguida suena una canción que me resulta muy familiar.

—¡Es *Relax, Take It Easy!* —exclamo—. ¡¿Te gusta Mika?!

—Me apasiona Mika —responde muy serio.

—Jamás lo habría imaginado.

—Sigues comportándote de forma prejuiciosa conmigo, Eva.

Junto las manos y murmuro un «culpable, señorita». Sebastian juguetea con su lápiz mientras tararea la canción y acabo uniéndome. Era inevitable, sobre todo porque a Dani también le chifla Mika. Mientras Sebastian lleva las tazas a la cocina cuando ya hemos terminado y es hora de acostarse, envío un wasap a mi amigo para contarle las nuevas noticias. Se va a morir. Menos mal que ahora estará ya dormido, si no me petaría el móvil con sus mensajes. Entro en Instagram de manera mecánica para curiosear alguna *story*. Y entonces me sale un post reciente de Víctor. Hace apenas un par de días me escribió interesándose por saber qué tal estaba. Yo, sin poder evitarlo, le pregunté si era cierto lo que decían en el grupo acerca de aquella chica y me contestó que estaban intentando algo. Luego añadió que le apetecía verme y hacer algún plan como en los viejos tiempos.

Ahora lo que acabo de ver me provoca un vuelco en el corazón. Me acerco el teléfono a la cara por si estoy equivocándome... Pero no. Víctor y la chica salen besándose apasionadamente. Y aunque verlos así me provoque cierto pinchazo en el pecho, lo que de verdad me ha causado impresión es que esté besándola en un lugar que yo le descubrí, los búnkeres del Carmel. Era el rincón especial de mi padre y mío. Él me llevaba allí algunos domingos que pasábamos a solas y hacíamos un pícnic, sentados en el suelo con las piernas colgando, mientras contemplábamos la inmensidad de la ciudad desde las alturas. Mi padre me decía siempre: «Mira qué pequeño se ve todo desde aquí... ¿No te sientes tú muy grande, en cambio?». Y así era, con él me sentía la más grande del universo. Y, aunque con Víctor apenas hablaba de mi padre y del dolor del duelo, aun así lo llevé a ese rincón y me abrí a él por primera y última vez: le confesé lo importante que ese lugar era para mí y añadí que, como él también se había convertido en alguien especial en mi vida, quería compartirlo. Fue conmigo con quien Víctor pisó los búnkeres de Carmel por primera vez. Y ahora ha llevado a esa chica allí —porque ha sido él, lo deja claro en su post: «Sabía que te encantaría este sitio porque es tan mágico como tú»—, y siento que ya ni siquiera compartimos eso solo él y yo. Porque a los búnkeres va mucha gente, pero cuando íbamos mi padre y yo sentía que nos quedábamos solos. Y quise que Víctor sintiera lo mismo.

Bloqueo el móvil con un sinfín de sentimientos rondándome. Me digo que no pasa nada, que

es libre de hacer lo que quiera, que es un lugar público. Pero otra parte de mí, la que se siente traicionada, no opina lo mismo y no entiende por qué lo ha hecho. Me noto extraña y enfadada, a punto de perder el autocontrol y enviarle un mensaje. Logro contenerme, y entonces Sebastian aparece de nuevo en el comedor. Se ha cambiado y lleva un pijama azul oscuro, va sin las gafas y con el cabello alborotado.

—Me voy a acostar. He pensado que mañana podríamos ir a la facultad juntos para ultimar detalles...

Recuerdo lo que Dani insinuó y que yo misma percibí: que a Víctor le había fastidiado saber que vivía con Sebastian. Movida por la molestia, sale la Eva impulsiva:

—¿Nos hacemos una foto juntos?

Sebastian me mira primero con incompreensión y después como si fuera un bicho raro.

—Tú y yo no nos hacemos fotos —suelta en tono cortante.

—Lo sé, pero podríamos ponerla en las redes sociales de la facultad, y comentar lo bien que hemos trabajado juntos y añadir que se preparen para una superclase.

Se mordisquee el labio inferior. No le hace ninguna gracia lo que le he propuesto, está claro, y no sé si va a aceptar. Dibujo una sonrisa amistosa.

—Se la enseñamos también a Rafa y Nuria, ¿no? Se pondrán contentos de saber que al final nuestras ideas han encajado.

—Es muy tarde —comenta tras echar un vistazo a su reloj de pulsera.

—Se la enviaré mañana temprano.

Sebastian dirige la mirada a unos cuantos puntos del comedor sin decir nada. Imagino que está intentando decidirse. Cuando pienso que va a negarse, suelta un bufido y asiente. Me acerco a él a toda prisa. Me mira inquisitivo.

—Una selfi, ¿no? Queda mejor. Que piensen que nos llevamos muy bien.

Ay, madre, qué estafadora soy. Sebastian acepta a regañadientes y acerca su cuerpo al mío. Nuestras caras también se juntan un poco. Mientras trato de encuadrar bien la imagen con mi corto brazo, nuestras caderas chocan y noto un calambre que me obliga a apartarme de golpe. Sebastian me observa de nuevo con expresión interrogativa y le pido que haga él la foto. Se pega a mí otra vez. Aspiro su perfume. Aprecio su respiración. Noto el calor que desprende su cuerpo. Y hasta me parece sentir como si sus dedos rozaran los míos, aunque debe de ser involuntario. No puedo evitar recordar ese beso que había conseguido olvidar. Recordar el tacto de sus labios en los míos...

Cuando quiero darme cuenta está devolviéndome el móvil con seriedad. Me da las buenas noches y me deja sola en el comedor con la respiración acelerada.

Parece ser que la foto funcionó, porque cuando me levanto pocas horas después tengo un montón de mensajes en WhatsApp. De Dani —«Por Dios, Evi, explícame cómo puedes tener a un maromo así tan cerca y dejar las manos quietas»—; de Celia —«Qué majicos sois...»—; hasta de mi madre —«Me alegra que te vaya tan bien con tu compañero»—. Y, cómo no, de Víctor. Ni siquiera posteé la foto en mis redes sociales personales, por si acaso Sebastian se molestaba. La subí al Facebook de la facultad y la puse en la actualización de mi estado de WhatsApp. Pero, al parecer, el señorito Víctor curioseaba mis estados porque una hora después de poner la foto me escribió.

Cómo va? Por lo que veo, bien con el compañero, no?

Parece un tío majo...

Dijimos de quedar y al final nada de nada.

Se acerca Navidad, podríamos ir a algún mercadillo de esos que te gustan, tía

Esto debería demostrarme que Víctor solo me busca por su conveniencia. Quizá porque se cree el último macho sobre la faz de la tierra o... qué sé yo. Y siento cierto placer oculto al saber que lo de Sebastian le fastidia. Nunca he sido de ojo por ojo, diente por diente, y no tengo claro si me acaba de gustar esta Eva, pero lo de anoche me hizo sentir muy mal y acabé convirtiéndome en una nueva integrante de *Los Vengadores*. Pero... al mismo tiempo, Víctor sabe cómo tocar mi fibra sensible con eso de los mercadillos. Desde que empezamos a ser amigos, visitábamos alguno cada año, incluso de pueblos de los alrededores de Barcelona.

Unos golpes en la puerta de mi habitación me salvan de contestarle.

—¡Eva! ¿Ya estás lista? ¡Llegaremos tarde!

Es Sebastian, por supuesto. Y suena nervioso. Sigue resultándome increíble que a don Bloque de Hielo le imponga impartir una clase o hablar en público. Miro el reloj: si salimos ahora llegaremos casi una hora antes a la facultad. Pero la verdad es que hoy yo también ando algo inquieta, de modo que abandono el dormitorio para unirme a él.

Es la primera vez que vamos juntos a la facultad porque él suele irse antes que yo. Cómo madruga, el condenado. A mí a veces se me pegan las sábanas, aunque siempre salgo airosa y llego a tiempo. Justita, pero llego.

Sebastian da unas zancadas tan grandes que me cuesta seguirle el paso. De hecho, estoy trotando para mantenerme a su altura. Lleva su termo en la mano y no para de darle sorbitos. Como no habla y yo comienzo a ponerme más nerviosa ante el ritmo vertiginoso de la andadura y su silencio, lo rompo con lo primero que se me ocurre:

—Imagino que estás al corriente de que la palabra «café» proviene del árabe. En Arabia se llamó *qahwa*, que es una abreviatura de *qahhwat al-bun* o «planta del café»...

—Eva...

—Luego los turcos lo nombraron como «kahve»...

—¡Eva!

Me callo. O estoy crispándolo o detesta la charla por las mañanas. Me decanto por las dos opciones.

Una vez en la facultad, nos dirigimos al despacho de Rafa. Allí ya se encuentran él y Nuria y les ponemos al día de la clase final. Parecen muy emocionados y también algo nerviosos. Media hora antes, nos marchamos al aula para prepararlo todo, pues necesitaremos el proyector para las diapositivas. Y después el tiempo transcurre muy rápido: cuando quiero darme cuenta ya han llegado los alumnos de primero —con sus caritas de ilusión, que me recuerdan a la mía cuando empecé—, Nuria nos presenta y empezamos la clase. Una hora y media más tarde nos despiden con aplausos. Rafa y Nuria nos felicitan una y otra vez, y yo, que estoy contentísima de que haya salido tan bien y la experiencia me ha gustado un montón, felicito a Sebastian con un grito y le doy un fuerte abrazo. Lo noto tieso y, cuando me separo, me mira aturdido. De vuelta en el despacho para recoger unas cosas antes de mi próxima clase, caigo en la cuenta de que, cuando le he abrazado, tenía el corazón acelerado.

Estoy saliendo del despacho a toda prisa para no llegar tarde a la clase cuando descubro a Sebastian apoyado en la pared al lado de la puerta. Ahora soy yo la que está aturdida de verlo aquí. Tal vez haya olvidado algo, pero, en realidad, parece que estuviera esperándome. Sus ojos me observan con profundidad. Entreabre los labios...

—¿Qué ocurre? —pregunto confundida.

Creo que quiere decirme algo. A lo mejor desea felicitarme porque antes no le he dado la oportunidad con el súbito abrazo. Le devuelvo la mirada presa de una ridícula ilusión al pensar en ello. ¿Qué me pasa?

Sebastian abre la boca, apoya los dientes delanteros en el labio inferior, aparta la vista unos segundos de mí y, tras posarla de nuevo, dice:

—Has hablado en un momento que no debías. No era tu turno y, encima, has cometido algunos errores.

Se me cae la ilusión al suelo. Lo contemplo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Acordamos que, tras terminar las diapositivas, yo les explicaría lo del Amadís. Y te has inmiscuido. ¿Quién te crees que eres? Sabes que necesito orden y que todo salga como se ha planifica... —Ahora está pisoteando mi ilusión como le da la gana.

—Calla —escupo entre dientes. Sebastian enmudece. Niego con la cabeza, enfadada y defraudada—. ¡Menuda tonta soy! ¡Pensaba que ibas a felicitarme como yo he hecho contigo!

¡Pero está claro que jamás aceptarás que también soy buena! No quieres competencia, crees que todos están por debajo de ti y te gusta darte aires.

—Eso no es cierto...

—¡Siento mucho haberme emocionado y haberme saltado tu planificación! No lo hice con mala intención, ¿sabes? Tan solo estaba disfrutando. Disfrutaba también contigo y, por eso, cuando terminaste de explicar lo de las diapositivas, me había gustado tanto lo que habías comentado que me apeteció añadir esas apreciaciones. Y te incluí en ellas. No quería quedar por encima de ti, por mucho que pienses que sí. Quería que habláramos de eso juntos... Sin embargo, me has ignorado y has seguido con lo tuyo. Y por unos segundos me he sentido tonta, pero lo he obviado. A veces no está mal improvisar, Sebastian.

—Puede ser, pero para eso hay que tener las cosas muy claras y dominar muy bien el tema del que hablas.

Suelto un suspiro. ¿Por qué me siento tan defraudada?

—¡No sé si cuando termines tu tesis continuarás toda la vida encerrado en un despacho o decidirás dedicarte también a la docencia! —continúo, elevando la voz. Un par de alumnos que pasan cerca nos miran con curiosidad. Sebastian se pone rojo y me cabreo aún más—. ¡Jamás serás un buen profesor porque no eres empático ni amable! ¡Nadie en su sano juicio querría tener un tutor como tú!

Sebastian me contempla con el rostro desencajado primero; después, su ceño se arruga y sus ojos se entornan a causa del enfado. Pienso que va a replicarme, que me gritará también, pero lo que hace es darse la vuelta para irse. Me quedo muy quieta, con la cabeza gacha y la melena cayéndome sobre la cara, los puños apretados y el corazón a mil por hora sin entender qué mosca me ha picado para ponerme de este modo.

Oigo unos pasos y, al alzar la cabeza, veo que Sebastian se aproxima a zancadas. El pulso se me acelera más. Se planta delante de mí. Le devuelvo la mirada con gravedad. Su pecho sube y baja a gran velocidad, al igual que el mío. Para mi sorpresa, se inclina hacia mí y su cara queda a tan solo unos centímetros de la mía. Puedo ver a la perfección sus diminutas pecas en el puente de la nariz y las motitas doradas en los iris de sus ojos. De nuevo la cabeza se me va al beso de la otra noche. Y es que sus labios se encuentran tan cerca...

Voy a pedirle que se aparte cuando me susurra con voz ronca y cabreada:

—Si yo fuera tu tutor, Eva, créeme que te haría sudar mucho.

Nuestras miradas se encuentran. Él está tan sorprendido como yo de escucharse decir eso. Porque está claro que se refiere a hacerme sudar en el ámbito académico, pero... ha sonado extraño. Tal vez por el tono de su voz. O por encontrarse tan cerca de mí. O por nuestras respiraciones aceleradas.

Segundos después me quedo sola de nuevo con una sensación rarísima en el estómago.

«Estado de un cuerpo sometido a la acción de fuerzas opuestas que lo atraen». Hummm... No hablaré sobre esto si no está presente mi abogado.

Celia pela otra castaña asada y me la tiende. Yo le ofrezco que coja algo de mi bolsa de chucherías, pero lo rechaza. A diferencia de mí, no es mucho de dulces. Acabamos de dejar atrás la feria de Navidad de la Sagrada Familia para dirigirnos a mi piso, donde esperaremos a Dani. Hoy, 20 de diciembre, es el cumpleaños de Celia, y no faltaremos a nuestra tradición de salir a celebrarlo. Además, esta vez ha caído en sábado, con lo que nos ha venido de perlas. Dani no ha podido quedar por la tarde con nosotras porque tenía una cita ineludible con su familia, pero ya nos ha mandado unos cuantos wasaps en los que nos recordaba las ganas que tiene de vernos y, sobre todo, de darlo todo esta noche. Yo también me muero por verlo y por contarle «salseos», como los llama él. Es que cuando se acercan las fiestas navideñas tanto él como Celia están más ocupados de lo habitual en sus trabajos. Tanto es así que mi amiga ha tenido que pedir cambio de turno a una compañera del restaurante para poder celebrar su cumple.

Atravesamos la ciudad caminando. Huele a castañas, a mazorcas de maíz, a chocolate caliente y a leña. Hace bastante frío, y Celia y yo llevamos abrigos y bufandas. Adoro la Navidad desde siempre, y papá se encargaba de que fuera una fiesta aún más mágica. Le gustaba cantar villancicos y le entusiasmaba montar el árbol y poner un belén con figuras que iba comprando en los mercadillos. Los dos nos atiborrábamos a turrón y polvorones mientras mi madre nos miraba con impaciencia y repetía que nos pondríamos malos. Después papá murió y tomé la decisión de no celebrarlas. Que falleciera un 15 de enero, tan cerca de la noche más mágica para los niños e incluso para los adultos, también hizo que todo me resultara más difícil. Aun así, cuando superé el duelo me dije que él no querría que me perdiera estas fiestas y no las disfrutara. Lo añoro con mucha fuerza durante este periodo, pero a la vez la cabeza y el corazón se me llenan de recuerdos bonitos y emocionantes que me hacen sonreír.

El piso está vacío cuando llegamos. Mejor. Desde que nos cabreamos el día que impartimos la clase, la convivencia entre Sebastian y yo se ha vuelto más tensa.

—¡Chicas, abridme!

La imperante voz de Dani nos llega desde el otro lado de la puerta. Como Celia se encuentra más cerca, la abre y aparece nuestro amigo con una diadema que representa unos cuernos de reno. También trae una botella de cava. Las dos nos echamos a reír cuando la agita ante nuestras caras.

—¡Felicidades, cariño! —Dani da un fuerte abrazo a Celia y luego me indica con un gesto que traiga unas copas.

Al regresar de la cocina lo veo asomándose al pasillo.

—No está —mascullo.

Compone un gesto de decepción y me sigue al comedor, donde sirve el cava. Brindamos por Celia y, una vez que hemos bebido, mi amiga suelta la bomba.

—Eva ha tenido un sueño tórrido con Sebastian.

—¿Qué?! ¿Cuándo?! ¿Cómo?! ¿Por qué?! —exclama Dani con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. Bueno, esta última pregunta es estúpida. Sabemos bien por qué.

—Relléneme la copa —le pido al tiempo que lanzo una mirada mortífera a Celia. Iba a contárselo a Dani, por supuesto, pero necesitaba encontrar el mejor momento. Por ejemplo, esta madrugada después de varias copas. Pero, bueno, allá vamos—. En realidad, no fue un sueño tórrido. Estaba despierta cuando pensé en...

—¿Qué importa si estabas despierta o dormida? Ve al grano —me pide Dani, ansioso.

Sucedió la misma noche en que me soltó aquella dichosa frasecita: «Si yo fuera tu tutor, Eva, créeme que te haría sudar mucho». Por la tarde nos evitamos a propósito. Yo traté de olvidarme de lo que había pasado y de lo que me había dicho, aunque seguía enfadada con él y suponía que él conmigo. Y de repente... ocurrió, sin más. Mientras estudiaba, volví a recordar el beso. Y luego pensé en la frase. Y mi imaginación, que es muy independiente, hizo de las suyas: en mi sueño me vi sola en el despacho corrigiendo unos textos. Tenía de fondo la BSO de *Juego de tronos*. Era un momento maravilloso. Entonces la puerta se abrió y aparecía Sebastian con su mala cara, y yo creía que iba a decirme que quitara la música. Pero, para mi sorpresa, se acercaba a la mesa y me observaba con intensidad. Me miraba los labios. Quería cerrarme el pico, algo normal en él. Yo me levantaba, dispuesta a empezar una guerra si era lo que Sebastian deseaba. Pero, sin darme tiempo a reaccionar, se abalanzaba sobre mí, con su boca peligrosamente cerca de la mía. Me levantaba de la silla y me alzaba en vilo para luego sentarme sobre la mesa. Me separaba las piernas y se colocaba entre ellas. Yo no atinaba a decir nada, pues la respiración se me había acelerado y tan solo era consciente del cosquilleo en mi bajo vientre. Sus labios rozaban mi oreja cuando me susurraba: «Voy a hacerte sudar, Eva». Y sonaba amenazador, pero... también jodidamente sensual. Y fue ahí cuando salí de la ensoñación porque llamaron al timbre, si no, no sé hasta dónde habría llegado... Me asomé al encontrarme sudorosa. El

puñetero Sebastian Wright cumplía sus amenazas hasta en mi imaginación. Y, aparte de sudada, también estaba excitada. Tanto, que hasta se me habían humedecido las bragas.

Cuando le cuento esto último, Dani suelta una carcajada. No soy de las que se guardan las cosas. Bueno, algunas sí, pero esta necesitaba explicarla porque todo esto me trae de cabeza. Al día siguiente de imaginar tanto me costaba mirar a la cara a Sebastian sin recordarlo y ponerme roja. Y más en el contexto del despacho, donde contemplaba la mesa y me veía a mí misma despatarrada con Sebastian entre mis piernas.

—¡Explícame por qué no fuiste a su habitación cuando aterrizaste otra vez en la tierra! —me chilla mi amigo en todo el rostro. Me limpio una gotita de su saliva que ha caído en mi mejilla y lo miro con la nariz arrugada—. No te preocupes, Evi, cualquiera imaginaría eso, y mucho más con las palabras que te dedicó —intenta tranquilizarme, con una sonrisa de niño bueno que ni él se la cree.

—Es lo que yo le he dicho también —asiente Celia mientras se retoca el rímel. Nos hemos venido al cuarto de baño para terminar de acicalarnos antes de la salida—. Pero es que apenas se dirigen la palabra. ¡No consigo entenderlos, Daniel! ¡Se comportan como dos chiquillos!

—Normal, se atraen demasiado para poder razonar.

—Eso no es cierto —me apresuro a contradecirle—. Lo que pasa es que estoy molesta aún. Lo que hizo no me gustó un pelo.

—Tú también le gritaste y le dijiste algo feo —me recuerda Celia.

—¡Porque me puso de los nervios! A veces parece que no tiene ningún tacto.

—A lo mejor es un Sheldon Cooper —opina Dani pasándose los dedos por su cuidada mata de pelo.

—Qué va. Solo es un imbécil redomado.

Oímos un ruido. Parece que mis insultos lo invoquen. Dani y Celia se arrojan hacia la puerta del cuarto de baño y se asoman sin ningún disimulo. Luego mi amigo se acerca a mí y me apoya una mano en el hombro.

—Es una noche perfecta para que hagáis las paces —dice con voz solemne.

Sacudo la cabeza, pero me aprieta el hombro.

—Va a vivir aquí unos cuantos meses más. Es lo mejor para vuestra salud mental.

Salimos del cuarto de baño y encontramos a Sebastian en la cocina bebiendo un vaso de agua. Lleva ese chándal gris que le hace un culo estup... Últimamente sale dos veces al día a correr, no sé si para liberar estrés o qué. Cuando se da la vuelta y nos ve allí a los tres, se sobresalta.

—¿Qué tal? —Dani compone su voz más amistosa, se acerca a Sebastian y le pasa un brazo por los hombros. Le cuenta que es el cumpleaños de Celia y que podría venirse con nosotros. ¡Dani y sus ideas rocambolescas!

—No soy mucho de cumpleaños...

—Pero este es el de nuestra querida Celia. Mira su carita... —Dani señala a nuestra amiga, quien ladea el rostro y pestañea un par de veces con sus enormes ojos—. ¿Quién puede negarse a este ser de luz? Además, solo estaremos nosotros y el novio de Celia. El plan mola, Bastian: cenaremos en un chino y luego iremos a un pub que está genial.

—Tengo que estudiar...

—¡Viva la vida, como dice Coldplay! Que el tiempo pasa volando, y sin darte cuenta tienes una hipoteca, tres críos, dos perros y te has quedado calvo.

Sebastian contempla a Dani con aspecto contrariado. Celia también le pide que se una un rato. Yo me mantengo callada... Hasta que Sebastian desliza la vista hacia mí y entreveo en sus ojos algo que no atino a entender. Recuerdo entonces uno de los últimos mensajes que me ha enviado Víctor preguntándome si hoy iríamos al pub de costumbre para celebrar el cumple de Celia porque él se pasaría por allí con un par de amigos. No le contesté. Un par de días después puso un par de fotos más con aquella chica en el lugar especial que le descubrí. En una de las imágenes salía ella sola con un libro entre las manos... ¡Uno que era mío y que le regalé a Víctor porque se empeñó en que quería leerlo! Creo que leyó cinco páginas y nunca más lo volvió a abrir. A veces se me pasa por la cabeza que sube esas fotos para fastidiarme, pero luego intento pensar con frialdad y me digo que eso no tiene ningún sentido. De cualquier modo, cuando vi esas fotos no pude evitar molestarme de nuevo. Así que, ahora que tengo a Sebastian delante, se me ha ocurrido que Víctor podría verme con él en el pub. Dicen que donde las dan las toman, ¿no?

—Otra oportunidad para que nos demuestres que sabes divertirte. Y estás en España, ¡tío! No puedes irte sin vivir la vida barcelonesa —me uno a mis amigos en un tono sarcástico, con mi propio plan rondándome la cabeza.

Y en cuanto sale la Eva picajosa, el Sebastian Wright prepotente hace acto de presencia.

Dos horas después llegamos a Nevermind, el pub favorito de Celia. Es un bar temático dedicado al skate y a la cultura urbana donde suena grunge, rock y punk. Y os preguntaréis cómo es posible que a la tranquila Celia le guste tanto. Pues es una larga historia, pero os la resumiré en que, hace unos años, en una noche de juerga universitaria acabamos por casualidad en Nevermind y allí mi amiga conoció a Eric. Que, por cierto, ambos están de lo más acaramelados ahora mismo.

Dani parlotea con un chico que ha conocido y yo bebo de mi cerveza apoyada en la barra con gesto de hastío. Se suponía que Sebastian se uniría a nosotros aquí, ya que, según dijo, prefería cenar en casa. Pero pienso que ha sido una excusa y se ha escaqueado, y ahora mismo estoy aguantando la verborrea de Víctor al respecto de que su chica —porque ya no me cabe ninguna

duda que lo es— y él han planeado pasarse todo el próximo verano viajando. Dice que siente no habérmela podido presentar hoy porque ella está en una noche de tías. Y mi estúpido cuerpo aún reacciona cuando se acerca a mí y me aparta un mechón de pelo con su mirada clavada en la mía. Ay, su maldita sonrisa... No puedo evitar ponerme nerviosa. ¿Por qué actúa así? Si está con esa chica...

—¿Eva?

Una voz familiar me hace dar un saltito de emoción. Me doy la vuelta y descubro a Sebastian. Va vestido con unos vaqueros, una camisa blanca y, sobre esta, un jersey granate. No se ha peinado como si lo hubiera lamido una vaca, sino que lleva el cabello un poco despeinado, que me gusta más.

—¿Dónde están Celia y Dani? —pregunta.

Con el rabillo del ojo veo que la cara de Víctor ha cambiado: ya no sonríe y estudia sin ningún disimulo a Sebastian. Así que, movida por un impulso, me bajo del taburete y me agarro del brazo de mi compañero de piso, bien apretada a él. Noto que me mira, y alzo la cabeza y lo miro a mi vez, forzando una sonrisa. Sebastian se pone tieso, pero está funcionando porque Víctor nos observa con curiosidad.

—¿Vosotros dos...?

Justo en ese momento aparecen mis dos ángeles de la guarda y tratan de distraer a Víctor. Sebastian se suelta de mi agarre y se rasca la nuca algo incómodo, aunque no me interroga y no le explico nada.

—Creía que no ibas a venir —digo.

—Yo cumplo mis promesas.

—¿Insinúas que yo no? Que yo sepa, no te he prometido nada —respondo con las cejas arqueadas.

—Aún estoy esperando esa charla pendiente sobre *Cien años de soledad* y *Pedro Páramo*.

—*Touchée!* —Alzo una mano y asiento—. Aunque pensé que te daría igual...

—¿Por qué das todo por hecho?

Guardo silencio, un poco avergonzada. Apoyo la mano en la barra y rozo mi vaso vacío de cerveza, de la que ya ni me acordaba. Le pregunto si quiere una. Sebastian asiente y voy a pagar para invitarlo, pero se me adelanta y pide otra para mí.

—Una caña puedo costeármela.

—Tómalo como una disculpa. —Me tiende el vaso que la camarera ha dejado en la barra. Lo miro sin entender—. He estado pensando desde lo del día de la clase y..., bueno..., creo que tenías razón en parte y quiero disculparme. —Tuerce el gesto como si le costara reconocerlo—. Sé que hice mal en corregirte cuando debería haberte felicitado. La clase salió muy bien. Lo que pasa es que en ocasiones soy un poco...

—¿Capullo? —termino por él.

—Iba a decir «cuadriculado», pero hoy voy a aceptar también esa palabra.

Se me escapa una risa y se pasa dos dedos por los labios para disimular la suya. Lo nuestro es un sinsentido. Nos picamos, nos retamos, discutimos, una noche de repente me besa, luego fingimos que no ha ocurrido nada, nos pasamos días evitándonos —con lo complicado que es compartiendo trabajo y residencia— y, en tan solo un instante, establecemos una tregua.

Mis amigos se abalanzan sobre nosotros de repente. Dani pide una ronda de chupitos y al rato otra. Mientras nos los bebemos, veo que Víctor —a unos metros con sus amigos— no aparta la vista de Sebastian. No lo mira con simpatía precisamente. Justo entonces, el grupo que está tocando en directo inicia una versión de *It's My Life* de Bon Jovi. Dani suelta un grito y nos coge a Sebastian y a mí de la mano para arrastrarnos hasta la pista para bailar. Enseguida tenemos al lado a Celia y a Eric y, cómo no, a Víctor, que se ha vuelto a unir a nosotros y se me arrima fingiendo tocar un bajo con toda su energía. Coreamos el estribillo, damos saltos, chillidos y nos dejamos llevar por la música. En un momento dado, no sé cómo, Sebastian y yo estamos bailando juntos otra versión de Bon Jovi, esta vez *Livin' on a Prayer*. Reconozco que estoy pasándomelo genial y que me agrada conocer esta otra faceta de Sebastian, una en la que baila y canta como si la vida le fuera en ello. Las cervezas y los chupitos han empezado a hacer su efecto, y salto y canto como si no hubiera un mañana, dando vueltas alrededor de Sebastian, quien intenta seguirme. Me inclino y hago rodar la cabeza, con lo que mi melena vuela. Sebastian se lleva dos dedos a la boca y silba. Suena *Misirlou*, y enloquezco porque es una de mis canciones favoritas. Empiezo a imitar los pasos del personaje de Mia Wallace en *Pulp Fiction*. Sebastian enseguida los reconoce y baila como Vincent Vega. Suelto una carcajada y me arrimo a él moviendo dos dedos de ambas manos ante mis ojos. Él hace lo mismo, acercándose también. Cuando nos encontramos a tan solo unos centímetros, Sebastian me sorprende tomándome de la cintura y aupándome para llevarme a un lado y a otro de su cuerpo, como si estuviéramos en un concurso de baile. Chillo y río al mismo tiempo. Cuando me deja en el suelo, oigo su voz en mi oído:

—*I like to hear you laugh, little redhead.*

Encojo los hombros por el cosquilleo que me provoca su cálido aliento en la piel. Nos quedamos en esa posición un momento: mi cuerpo pegado al suyo, sus labios rozando mi oreja. Recuerdo el beso y lo que imaginé y... empiezo a sudar. Pienso en lo que acaba de decirme, que le gusta oírme reír, y el pulso se me acelera. Cuando abandona mi oído, nuestras miradas conectan y nos pasamos unos segundos estudiándonos.

Luego nos apartamos de golpe. Los dos. ¿Qué ha sido eso? ¿Y por qué me ha dado un brinco el corazón otra vez? Sebastian está mirándome de tal forma que pienso que va a quemarme la piel. No puedo haber entendido bien lo que me ha dicho. O tal vez va borracho. Y no puede ser

que me sienta atraída por él de nuevo. Se supone que no congeniamos, aunque lo intentemos. No pienso beber más alcohol hasta que él regrese a Estados Unidos.

Víctor aparece y rompe el momento rodeándome los hombros.

—He pedido una de tus canciones favoritas, nena —me suelta con su sonrisa canalla.

Lanzo una mirada disimulada a Sebastian, quien no aparta la suya de Víctor y de mí. Está serio, casi impertérrito, y vuelvo a preguntarme si no habré oído mal o si mi imaginación me habrá jugado una mala pasada.

Sin embargo, tengo claro que ha sido real cuando el resto de la noche no volvemos a acercarnos el uno al otro y, aun así, nuestros ojos se encuentran una y otra vez.

Navidad

«Del latín tardío, *nativitas-atís*, “nacimiento”». ¡Feliz Navidad a todos!

No entiendo cómo después de la otra noche, tanto restregaros con el baile, no haya pasado nada. —Dani da un mordisco a un pedazo de turrón de chocolate.

Es la tarde del 24 de diciembre y, mientras nos arreglamos para la cena de Nochebuena, Celia, él y yo estamos haciendo una videollamada. Es otro de nuestros rituales. Nos gusta intercambiarnos nuestros mejores deseos viéndonos las caras, aunque no sea en persona. Celia se pone un poco de colorete frente a la pantalla del móvil y niega con la cabeza.

—Deberíais ser más conscientes de vuestras propias energías internas. De ese modo, todo fluiría mejor. Necesitáis que confluyan.

—Lo que necesitan es aplacar ya toda esa energía sexual —interviene Dani con la boca llena de turrón.

—¡No existe nada de eso, pesado! Sebastian tiene cambios de humor extraños. Al día siguiente se comportó como el antipático de siempre. Me saludó con una mueca, como una sonrisa pero que se la hubieran pegado a la cara. No ha vuelto a tirarme pullas ni a soltarme tonterías, pero no hay *feeling*.

—Lo hay y mucho. Recuerda, Evi: los que se pelean...

—¡Pareces un disco rayado! ¿Y cuánto chocolate has comido ya? Lo digo por tu acné y eso... —le pincho, para cambiar de tema ya que a Dani le suelen salir bastantes granos cuando se pasa con el dulce.

Se calla de inmediato y, con cara de pena, aparta el turrón que estaba a punto de morder.

—Eva, no seas tan dura con Sebastian. Tal vez esos cambios de humor de los que hablas sean, en realidad, ansiedad por la difícil condición del doctorando.

—¿Cómo lo sabes? Nunca has sido una doctoranda.

—Pero he conocido gente que sí, y cada persona lo lleva de una forma. A lo mejor por fuera lo ves como si nada y por dentro sufre mucho estrés.

—Deberían darte el Premio Nobel de la Paz, Celia, cariño. —Dani se peina con los dedos su

espléndido cabello rubio.

—Yo voy a concluir con lo mismo que pienso desde que lo conocí: que es un capullo. Me hace sentir rara, como si fuera un horror acercarse a mí o incluso poder desearme.

—Pero si tú te comportas igual con él... —observa Celia con la nariz arrugada.

—No exactamente. Yo me comporto así porque se supone que es mi archienemigo y porque cada vez que intento ser maja me doy contra una pared.

—¿Y qué sabemos del auténtico capullo? —pregunta Dani.

—Nada, que vuelve a dar más señales de vida. Me envía imágenes de coña y... se interesa por mí.

—¿Cómo que se interesa por ti? —Daniel contempla la pantalla como si tuviera enfrente a un alienígena.

—Me pregunta cómo me va todo, cómo llevo la beca de colaboración, si estoy cómoda con Sebastian...

—¡Anda que no sabe, el listillo!

—A lo mejor ahora está dándose cuenta de lo que dejó escapar —opina Celia con un gesto ilusionado.

La mirada de «¡Venga ya!» de Dani se desvía hacia el lado de la pantalla donde se encuentra nuestra amiga.

—Siento mucho tener que cortaros esta charla tan amena e interesante, pero me espera un festín. Oigo jaleo en el piso de abajo, así que habrán llegado algunos de mis tíos y primos.

Los padres de Dani poseen un espacioso ático dúplex con una terraza enorme. No es que sean ricos, pero tienen buenos empleos y sueldos. Sus cenas de Nochebuena y comidas de Navidad siempre son muy alegres y repletas de gente, ya que en la familia de su padre son cuatro hermanos y en la de su madre dos. La de Celia es un poco más reducida, pero también suelen reunirse bastantes miembros. Y luego estoy yo: mis padres eran hijos únicos y yo también, así que cuando murieron mis cuatro abuelos las reuniones de Navidad se componían tan solo de nosotros tres. Pero nunca necesitamos a nadie más. Cuando falleció mi padre, esas ocasiones eran demasiado duras y difíciles. Por eso, un tiempo después de que mi madre empezara a salir con Ernesto, decidió unirse a la familia de él y, por ende, allí voy yo.

—Pasadlo genial, chicos. ¡Feliz noche! —Celia nos manda un par de besos a través de la pantalla—. Recuerda: vacía la mente e intenta disfrutar de cada momento. —Ahora se dirige a mí, ya que sabe que se me hace un mundo tener que salir de casa para ir a la de Ernesto.

—Os quiero, chicos —murmuro con un nudo en la garganta—. Feliz Nochebuena y Navidad.

Cuelgo la videollamada y meto el móvil en una mochila grande donde llevo todas las cosas necesarias para pasar esta noche y el día de mañana fuera de casa, que es básicamente una muda

de ropa, bragas, cepillo de dientes, un pijama y un libro. Al final decido llevar también un pintalabios, aunque no soy de maquillarme mucho, pero es una noche excepcional.

De camino a la puerta veo que la del dormitorio de Sebastian está cerrada, pero sé que no ha ido a ninguna parte. Por unos segundos noto un sentimiento de culpabilidad y hasta de lástima. Pues sí, me sabe mal que se quede solo en unas fiestas tan señaladas, ya que no regresa a Estados Unidos para pasarlas allí. ¿Se deberá a la mala relación con su padre? No he vuelto a oírlo discutir por teléfono, así que eso significa o bien que ya le ha dejado en paz, o bien que Sebastian no coge las llamadas.

Me quedo plantada ante su puerta, dubitativa. Oigo música en un volumen muy bajo. Me mordisqueo la uña del índice, sin saber qué hacer. Llamo despacio con los nudillos, tanto que tal vez no lo oiga. Luego un poco más fuerte. Pienso que no va a abrir, pero al fin lo hace y me observa serio desde su altura. No sé por qué el pulso se me acelera y me pongo un poco nerviosa.

—¿Ocurre algo?

—Me voy a pasar la Nochebuena y la Navidad con mi madre. A casa de su novio —le explico—. Volveré pasado mañana.

Sebastian pestañea y por unos segundos me parece entrever algo en sus ojos. ¿Es soledad? ¿Es melancolía? ¿Me equivoco y es un «márchate ya, pesada»? Ni idea, pero es Navidad y en estas fechas debemos compartir y ser amables con los demás.

—Yo... Sebastian..., ¿te apetecería venirte conmigo?

Vuelve a pestañear y esta vez su gesto es de sorpresa, casi de incredulidad.

—Supongo que no les importará poner un cubierto y un plato más en la mesa.

Continúa mirándome desde el umbral de la puerta. Tiene encendida tan solo una lamparita que ilumina una parte de su rostro. Suena una música suave con raíces latinas. Me acuerdo de la noche en que intentó enseñarme algún paso y un incontrolable calor me sube por el rostro.

—Tenemos que coger el tren de cercanías para ir, pero no queda muy lejos y... —digo en un tono de voz más agudo de lo normal.

—Me quedaré aquí —me interrumpe.

—Oh, vale. —Creo que he sonado más desilusionada de lo que pretendía.

—Me apetece estar solo.

—Ya, a veces lo necesitamos —asiento.

Sebastian me contempla con seriedad. Me paso la lengua por el labio superior sin saber qué más decir. Supongo que no hay nada más. Yo ya he hecho lo que he podido.

—Pues nada, pasa una buena noche.

Asiente y da un paso hacia el interior del dormitorio. Me doy la vuelta, esperando algo... que no llega. Musito un «feliz Navidad», pero Sebastian ya ha cerrado la puerta.

Una hora y media después mi madre me recibe en la estación de Sant Pol de Mar. Es un pueblo típicamente mediterráneo, con sus casas blancas y calles estrechitas y escalonadas que te descubren hermosos rincones. Alguna que otra vez lo he visitado en verano y es precioso, aunque en esta época tampoco es que se quede atrás, pues a medida que caminamos por sus calles nos encontramos con casitas decoradas con luces y adornos navideños que dotan al ambiente de magia.

—Me alegra tanto que estés aquí, cariño... —Mamá me estrecha entre sus brazos.

Mi nariz se entierra en su pecho y aspiro su inconfundible olor: lavanda. Noto una punzada de nostalgia henchida de recuerdos donde papá, ella y yo cantamos villancicos.

Tal como me aconsejó Celia, vacío mi mente de cualquier pensamiento intrusivo y trato de disfrutar de estos dos días. De la fantástica cena de Nochebuena y de la comilona de Navidad. De la tarta casera que ha hecho la madre de Ernesto, una mujer de casi noventa años que desprende una alegría y una energía que ya quisieran muchos con menos años. De los villancicos alegres que cantan los pequeños integrantes de la familia y de sus chillidos emocionados ante los regalos. Hasta charlo un poco con los hijos de Ernesto. La noche del 25 me entra la melancolía porque ha sonado en la tele la canción favorita de papá en estas fechas: *All I Want for Christmas is You*.

Mientras ellos ven una película, me escabullo al balcón. No es muy grande, pero hay una pequeña mesa y un par de sillas. Me siento en una y contemplo el oscuro firmamento. La casa de Ernesto está cerca del mar y puedo oír el rumor de las olas. A pesar de llevar un jersey grueso y el abrigo, se me pone la piel de gallina. Desde dentro me llegan las carcajadas de la familia, imagino que por alguna gracia de la comedia que están viendo. Entiendo a mamá. Entiendo que se sienta a gusto aquí, que necesitara esto. Y me pregunto si, algún día, yo lograré sentirme igual.

El móvil me vibra en el bolsillo. Se trata de un wasap de Víctor felicitándome las fiestas. Noto un breve cosquilleo en el estómago, aunque no como antes. Mis sentimientos hacia él no han desaparecido del todo, pero no lo veo igual. No me hace especial ilusión que me felicite. Por unos segundos se me pasa por la cabeza que, en cambio, sí me ilusionaría que fuera Sebastian el que me escribiera.

—Estás aquí.

Mi madre sale al balcón y toma asiento en la otra silla. Me dedica una sonrisa y le devuelvo una pequeña.

—¿Todo bien?

Asiento. Froto una diminuta mancha oscura que hay en la mesa. Me cuesta hablar con ella de cosas importantes. Esa confianza la tenía más con papá.

—Lo echo de menos —susurro al fin.

—Lo sé, Eva. Yo también.

A punto estoy de decirle que ella, al menos, ha conseguido encontrar a alguien que llene algunas partes de ese vacío. Pero no puedo soltarle eso. No puedo ser tan egoísta.

—Por eso te agradezco que pases estos días con nosotros, ya que sé que es difícil para ti. — Guarda silencio un momento y luego me pregunta sonriente—: ¿Cómo va con...? Hummm..., ¿cómo se llamaba?

—¿Sebastian?

—Eso es, Sebastian.

Se le achinan los ojos cuando su sonrisa se hace más grande. ¿Qué le pasa a esta mujer ahora? Abre la boca para decirme algo, pero Ernesto la llama desde el interior de la casa.

—Voy a ver qué quiere. —Se levanta, y la veo titubear. Se inclina y, para mi sorpresa, deposita un beso en mi frente. Cierro los ojos. Creo que hace años que no notaba sus labios en mi piel—. No te quedes mucho rato aquí, que estás helándote.

Diez minutos después decido irme al dormitorio a leer un rato. Antes de levantarme de la silla, me vuelve a vibrar el móvil. Y esta vez no es Víctor.

Merry Christmas

Solo dos palabras. Quizá a otros les parezca algo muy seco. Pero... viniendo de quien viene, también es una sorpresa.

Echar una mano

«Locución verbal que significa ayudar a alguien». En mi caso, ¡para una estupidez!

Soy estúpida, verdad?

Los wasaps de mis amigos no tardan en llegar, cada uno con su opinión, como de costumbre.

Claro que no, Eva! A veces nos dejamos llevar por nuestras emociones. Son difíciles de controlar cuando la persona fue importante para nosotros. Pero sé que en poco tiempo todo será un recuerdo y afrontarás la situación con mucha más madurez!

Salir con Víctor ya no fue maduro por naturaleza. Evi, ya sabes que creo que tienes que mandarlo muy lejos, Pero esta vez, como ha sido tan mareador y sigue siéndolo, devuélvesela y quédate bien a gusto. Y luego ya lo mandas a tomar viento. Se merece que le den de su propia medicina

No tengo ya tan claro todo esto. Estamos a 28 de diciembre y he perdido la paz de las fiestas navideñas. ¿Por qué? Pues porque accedí a quedar con Víctor. Acepté cenar con él y fue él quien propuso venir a mi casa. Así que tampoco tengo yo la culpa por completo. ¿Que podría no haber aceptado? Sí. ¿Que durante este tiempo Víctor no ha parado de marearme y quiero devolvérsela? Ya, eso, sobre todo. Pero será la última vez. Después de esta no volveré a quedar, lo juro. A lo mejor hasta le pediré que deje de escribirme. O ignoraré sus mensajes, y sus estados de WhatsApp y de redes sociales.

Dani también me ha dicho que la chica con la que Víctor sale ahora debería enterarse de quién es él en realidad. Pero no la conozco, no dispongo de su contacto y, además, ¿quién soy yo para malmeter? «No sería eso, sino contar la verdad. ¿No te gustaría a ti saber si tu pareja tontea con otras?», expuso Dani.

Esta noche lo que voy a hacer es adornar la relación entre Sebastian y yo. De ser un bizcocho seco y rancio, la voy a convertir a ojos de Víctor en una tarta fondant de tres chocolates. Voy a

insinuar que Sebastian y yo somos más que compañeros de facultad y de piso. Espero que Víctor piense que he tenido los mejores orgasmos con alguien que no es él.

Termino de poner la mesa y deambulo por el pasillo, nerviosa. Entro en mi cuarto y escribo en un folio: «Esta noche viene un amigo a cenar». La paso por debajo de la puerta del dormitorio de Sebastian. Está encerrado avanzando en la tesis porque, según me contó cuando regresé el día 26, colaboró en el voluntariado no solo dando clases sino también sirviendo comida y repartiendo juguetes, y no pudo hacer nada ese par de días. «¿Así que en realidad no te viniste conmigo por eso? ¿Te da cosilla mostrar que no eres uno de los insensibles y crueles robots de *Terminator*?», me entraron ganas de preguntarle. Pero, para ser sincera, parece que Sebastian me ignora desde la noche del cumpleaños de Celia. No hay pullas, ni ataques ni miradas condescendientes o prepotentes. ¿Es posible echar de menos algo así?

A las diez llaman al timbre. Víctor y yo habíamos quedado a las nueve y media, pero nunca ha sido puntual. Cuando voy a abrir, veo que Sebastian me ha devuelto el folio por debajo de su puerta y que ha escrito algo: «Me parece estupendo que disfrutes tanto de tu vida social». La leo imaginándome el tono irónico de Sebastian. Habría esperado algo más, algo como: «Por vuestro bien, espero que no arméis mucho alboroto. Hay muchas cosas que puedo usar en tu contra».

Aguardo a Víctor apoyada en el marco de la puerta. Noto una punzada de nervios aflorando en el estómago. Más que nada porque es la primera vez que vamos a estar solos desde que terminamos el rollo que teníamos. No sé cómo comportarme con él, sobre todo después de lo de las últimas fotos, que me dejaron tocada. Quiero mostrarme enfadada, pero mientras espero no puedo evitar acordarme de todas esas veces en que Víctor vino al piso a cenar y luego nos acostábamos, y mis noches eran menos tristes y solitarias.

Pero esperad. Recordáis que he dicho que es 28 de diciembre, ¿no? Pues parece que Víctor ha decidido tomárselo en serio y gastarme la inocentada del año porque aparece agarrado de la mano de la chica con la que sale. Por un segundo mi cara se descompone, pero de inmediato disimulo.

—¿Cómo estás, nena? —Víctor me saluda con un beso en la mejilla—. Esta es Marta.

—Encantada —dice, y asiento con la cabeza.

Les invito a pasar y, ya en el salón, señalo en dirección a la cocina.

—Víctor, ¿podemos hablar un momento?

Asiente, y animo a Marta a que se sirva lo que le apetezca de la mesa, donde hay cerveza y refrescos. Una vez solos en la cocina, Víctor me dedica una sonrisa sexy de las suyas. ¿Está intentando que olvide que se ha traído a su rollo a mi casa sin preguntar ni avisar? ¡Menuda jeta tiene el tío!

—Espero que no te importe —dice haciendo un gesto con la cabeza hacia el salón. Se pasa la mano por el pelo castaño y ondulado. El tatuaje colorido de su muñeca brilla bajo la luz de la

cocina—. Marta me propuso quedar hoy, pero yo no quería cancelar nuestro plan. Además, me apetecía que os conocierais. —Su sonrisa se ensancha.

¡En serio, qué cara! Dos por el precio de una, ¿no?

—No te molesta poner un cubierto más, ¿verdad? Somos amigos por encima de todo. —Se acerca mordisqueándose el labio inferior, y recuerdo lo mucho que me gustaba ese gesto y lo bien que olía. Entonces se me pasa por la cabeza que Sebastian también huele muy bien, incluso mejor—. Donde comen dos...

—¡Comen cuatro! —respondo separándome de Víctor, quien me mira sin entender, y replico —: Supongo que a ti te apetece también conocer más a Sebastian, ¿no?

Le dejo en el salón con Marta y me dirijo a toda prisa hacia el dormitorio de Sebastian. Vale, ¡cambio de planes! La historia que iba a inventarme de palabra ahora tengo que escenificarla. ¿Cómo convengo a Sebastian para que cene con nosotros? Tal vez podría salir a saludar únicamente y... ¡Pero es que no quiero pasar la velada sola con Víctor y su chica! ¡Necesito un apoyo! Decido improvisar. Me planto ante la puerta y cojo aire. Luego llamo con suavidad. Una, dos y tres veces. Nadie contesta, nadie abre, pero oigo a Sebastian riéndose. ¿Qué estará haciendo? ¿Viendo una serie o una película? Llamo una cuarta vez, más fuerte, en vano. Echo un vistazo hacia el comedor. Víctor y Marta estarán impacientándose. Así que solo se me ocurre suplicar. Apoyo la cara en la madera de la puerta y digo:

—Sebastian, ¡necesito tu ayuda! Solo será esta noche... —Trago saliva antes de pronunciar las dos siguientes palabras—: Por favor.

Al otro lado de la puerta ya no se oyen las risas de Sebastian, pero tampoco me contesta. Cierro los ojos y suelto un bufido.

—Haré lo que quieras, de verdad. Me levantaré muy temprano cada día para prepararte el desayuno y el café como te gustan. —Me callo, pero tan solo obtengo silencio como respuesta—. ¡Y te compraré todos los días tus M&M's favoritos! Mantendré la casa ordenada y le diré a Dani que nada de tequila en el piso. Pondremos las normas que tú quieras aquí y en el despacho. Y... y... ¡diré en el departamento que eres el mejor!

No se me ocurre nada más, y continúa sin responder. Me dan ganas de aporrear la puerta. Voy a tener que regresar al comedor como una perdedora. Dejo escapar un suspiro y me doy la vuelta para enfrentarme a Víctor y su novia. Pero, entonces, oigo que la puerta se abre y el corazón me da un vuelco. Me vuelvo y descubro a Sebastian apoyado en el marco. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Nunca lo había visto así.

—*What the fuck do you want? I was chatting with my friends* —suelta con cabreo. Empiezo a entender que, cuando se enfada, se va a su lengua materna. Lleva puestas sus gafas de pasta negra, esas que le quedan de muerte.

Así que se reía porque estaba hablando con sus amigos... Siento curiosidad por saber cómo

son. ¿Tan distintos como lo somos Celia, Dani y yo, pero, por eso precisamente, complementarios?

—Me gusta el tequila —añade, dejándome estupefacta.

—Necesito tu ayuda, Sebastian —le pido juntando las manos.

—Que sepas que tus súplicas me han ablandado el corazón —contesta con sarcasmo y mirada burlona. Maldita sea, va a ser más difícil de lo que imaginaba, pero no es momento de echarse atrás—. ¿Qué es lo que quieres?

—Un poco de compañía. —Esbozo una sonrisa nerviosa, y Sebastian me observa sin comprenderme—. Es que mi amigo se ha traído a su chica porque la pobre se había quedado colgada. Y, bueno, no me apetece sentirme como una sujetavelas, ya sabes.

—No, no sé. —Niega con la cabeza—. Explícame qué es eso de sujetavelas, porque no consigo desentrañar el significado a partir de sus dos palabras.

—Pues es una persona soltera que acompaña a una pareja o varias y..., bueno, a veces resulta incómodo.

—¿Incómodo por qué? Todos mis amigos tienen pareja y yo me siento bien con ellos.

Al final, Dani va a tener razón con lo de Sheldon Cooper. Ignoro sus comentarios e insisto.

—No has cenado y seguro que estás muerto de hambre. Hay que dar alimento al cuerpo, pero ¡también a la mente!

—No tengo apetito. —Me observa como si fuera una extraterrestre. Pero entonces se cruza de brazos y esboza una sonrisa que se me antoja maquiavélica—. ¿Podrías hacer lo de antes?

—¿El qué? —pregunto, confundida.

—Eso de suplicar, ya sabes... Y si, de paso, juntas las manos...

Se me llevan los demonios. Maldito arrogante abusón. Le decido una mirada mortífera, pero al final acabo haciendo lo que me ha pedido.

—¡Por favor, Sebastian!

Se mordisquea el labio inferior y luego se lleva el puño a la boca e inclina la cabeza para reírse. Dios, cómo lo odio... Cuando levanta el rostro me mira de un modo distinto.

—¿Te han dicho alguna vez que cuando te enfadas se te encienden todas esas pecas que tienes?

Pues no, la verdad es que jamás. Y me sorprende que sea él quien se haya dado cuenta de algo así. No me sale una réplica y, cuando nuestros ojos conectan, noto que me invade una sensación extraña.

—¿Vas a acompañarme o no?

—Repíteme conmigo: «Tengo un extraño sentido de la moda».

—¿Qué? —Parpadeo confundida, pero Sebastian arquea una ceja como insistiendo y, al final, repito como una autómatas: Tengo un extraño sentido de la moda.

—Juan Rulfo es mejor que García Márquez.

—¡Joder! —exclamo impaciente. Alzo los brazos y suelto—: ¡Juan Rulfo es mejor que García Márquez!

No sé si es que hay en mi rostro algo de desesperación o que las súplicas y el rebajarme han hecho efecto porque, pasados unos segundos, suelta un suspiro y asiente. Lleva unos pantalones de chándal —no atisbo a ver si son de marca— y una camiseta de manga corta, pero se pone por encima una sudadera y luego se quita las gafas.

—Me apunto lo de los M&M's y lo de la casa ordenada. ¡Ah, y lo de que me halagues por el departamento! Lo del desayuno y el café, prefiero que no... Serías capaz de envenenarme —dice pasando por delante de mí. Y, aunque su tono de voz es serio, le entreveo una sonrisa. Pero no burlona ni arrogante, sino una sincera.

Vamos allá. Espero que se me haya pegado algo de las dotes interpretativas de Dani durante todos estos años de amistad y que Sebastian me muestre un poco de la caridad que exhibe con los demás.

Cuando aparecemos en el comedor, echo un vistazo a todos: Víctor con un gesto raro, Marta sacando pecho y morros, Sebastian con las cejas arqueadas y cara confusa porque imagino que no esperaba que «mi amigo» haya resultado ser el chico del cumple de Celia. Y yo, si pudiera verme mi propia cara, supongo que sería como si reflejara algo parecido a: «Ayúdame, Diosito». Corro a la cocina a por dos cubiertos y dos vasos más, y los coloco en la mesa.

—¿Cómo va todo, Sebastián? —le pregunta Víctor en tono burlón en cuanto nos sentamos.

—Sebastian —lo corrige.

Alarga una mano de manera educada y Víctor se la roza apenas. Va a hacer lo mismo con Marta, aunque para sorpresa de todos, Víctor incluido, ella se levanta y se arrima a Sebastian para plantarle dos besos.

—¿De dónde eres? —le pregunta.

—Soy de San Francisco. Estoy aquí para trabajar en mi tesis de Literatura.

—Sí, algo me contó Eva —dice Víctor.

—Ah, ¿sí? —Sebastian me lanza una mirada, y me sirvo una ingente cantidad de ensalada.

—Sí, pero tampoco presté mucha atención... —Es evidente el tono satírico de Víctor.

Sebastian arquea una ceja, aunque no parece importarle.

—¿Y tienes novia, Sebastian? —pregunta Marta.

Todos la miramos sorprendidos.

Él va a contestar, pero no le doy la oportunidad preguntándole a Marta si le apetece un poco de ensalada. Por suerte, Víctor empieza a monopolizar la conversación y se cambia de tema. A medida que transcurre la cena, Marta y Víctor se hacen arrumacos y se toquetean, y, no sé muy bien cuándo ni cómo, el ambiente comienza a caldearse. Mientras Sebastian habla de su tesis —

le han preguntado ellos, aunque luego parece que apenas le prestan atención—, Marta se inclina hacia Víctor y le besa el cuello de una manera... hambrienta. Sebastian se interrumpe, con gesto confuso, y ladea el rostro hacia mí.

—Menudo par de maleducados, ¿no? —murmura.

Me preocupa que le hayan oído, así que esbozo una sonrisa nerviosa y me trago de golpe lo que me queda de cerveza. Me he bebido un par, y a mí el alcohol se me sube muy rápido. Tampoco afirmaré que lo que estoy a punto de hacer se deba al alcohol porque no sería del todo cierto. Lo voy a hacer porque me molesta un montón que esos dos estén en mi casa dándose el lote y que Víctor se excuse en nombre de la amistad. Vale que no éramos pareja, vale que los dos sabíamos lo que había, vale que ambos estuvimos de acuerdo en detener lo que hacíamos..., pero ¡un pelín de empatía, por favor! Víctor no ignora lo que llegué a sentir por él.

Así que, como Sebastian tiene una mano encima de la mesa sosteniendo el tenedor, alargo la mía y la poso sobre la suya. Se tensa, pero no dice nada. De manera disimulada, se deshace de mi mano. Menos mal que los otros están besándose y no se han dado cuenta del rechazo. Cuento hasta tres para concienciarme de mi siguiente movimiento. Me levanto para coger el plato de carne que se encuentra al otro lado de Sebastian. Le planto el pecho muy cerca de la cara. No es que tenga mucho y ni siquiera llevo un escote que se pueda comparar con el de Marta, pero un poco más y mis tetas rozan la nariz de Sebastian. Por unos segundos pienso que se echará hacia atrás de golpe y derribará la silla, pero lo cierto es que se queda quieto y levanta la vista hacia mí. Tiene las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos. Me parece que no le desagrada lo que estoy haciendo, pero es imposible que esta actitud le guste al estirado y don perfecto Sebastian Wright.

De lo que sí me he dado cuenta es de que Víctor ha dejado de morrarse con Marta y nos observa con sorpresa y mucha curiosidad. Sebastian se levanta en ese momento y dice:

—Voy a por el postre. —Me toma del brazo con firmeza—. Ayúdame, Eva.

Me incorporo también y lo sigo a la cocina con el pulso a mil. Una vez solos, se vuelve hacia mí y, apoyado en la encimera, se cruza de brazos.

—Eso de ahí fuera empezaba a ser incómodo —suelta entre dientes.

Vale, entonces no le ha gustado lo que he hecho, por supuesto. ¿Y ahora qué? ¿Qué le digo? De cualquier forma, va a pensar que soy más rara de lo que ya me consideraba... y aún me cogerá más manía. Pero mira, me da igual, de perdidos al río. Hoy quiero fastidiarle la noche a Víctor un poco y que se dé cuenta de que valgo mucho. Donde las dan las toman, ¿no? Que, por cierto, es un refrán muy antiguo que ya se mencionaba en *El Quijote*.

—Lo siento, Sebastian, de verdad. —Me muerdo el labio inferior con nerviosismo y clava sus ojos en mi boca—. Pero... si me echaras una mano... Sígueme el rollo y ya te contaré. Por favor...

—¿Seguirte el rollo? ¿Qué es eso? —Frunce el ceño.

—¿No podrías ser un pelín cariñoso conmigo esta noche? O, al menos, fingir que te atraigo.
—Hala, ya lo he soltado.

Sebastian descruza los brazos.

—Fingir que me atraes —murmura con gravedad, y asiento. Se crea un silencio que me parece que dura una eternidad, hasta que lo rompe para añadir—: Estás chiflada.

Apoyo las manos en las caderas y echo la cabeza hacia atrás. De acuerdo, no lo he conseguido, pero al menos lo he intentado. Y tampoco sería tan extraño que pudiera atraerle, ¿no? Lo ha dicho como si fuera una locura; de hecho, me ha llamado chiflada.

Regresa al salón antes que yo, que me quedo unos minutos más en la cocina. Me siento un poco ridícula ahora mismo pretendiendo hacer esa tontería. Además, creo que, a pesar de lo imbécil que está siendo, una parte de mí no quiere que Víctor salga de mi vida.

Cuando me reúno con ellos con un paquete de fresas, Marta se ha sentado encima de Víctor y él le mordisquea el lóbulo de la oreja. Sebastian parece algo incómodo y no deja de toquetear su servilleta. Intento ignorarlos y cojo una fresa para endulzarme. Estoy dándole un mordisco cuando, sin previo aviso, Sebastian me la coge y me roza, de manera muy sensual, el labio inferior con un dedo. Un ligero calambre me recorre todo el cuerpo al notar la caricia —que me recuerda al día de los M&M's— y ver cómo se come la fresa. Con el rabillo del ojo, me percató de que Víctor nos observa.

—Voy a quitar la mesa —susurro aturdida. ¿No se suponía que no me iba a ayudar? No entiendo nada.

Sebastian también se ha levantado y, a mitad de camino, me rodea la cintura con sus brazos. Por poco no se me caen los vasos y se arma un estropicio.

—¿Se puede saber qué haces? —siseo.

No contesta, sino que simula que me da un beso en el cuello, aunque ni me roza, lo que hace es hablarme al oído muy bajo:

—¿No querías que te siguiera el rollo?

Me suelta y me escabullo corriendo a la cocina para dejar los vasos, consciente de que me he puesto roja, rojísima. Creo que hasta las pecas se me han encendido, como Sebastian ha dicho hace un rato.

De vuelta en el salón, tomo asiento y Sebastian apoya un brazo en mi espalda para atraerme hacia él. Me dedica una sonrisa seductora que no le había visto hasta ahora. Aunque, claro, está fingiendo. Me arrima tanto que su perfume me descoloca. Me tenso y a punto estoy de apartarme. Tampoco es necesario que finja que somos la pareja más melosa del mundo. Además, me siento rara y ridícula haciendo esto... Una cosa es que me siga el rollo, pero no esperaba tanto énfasis.

—Compartir piso une mucho —suelta.

Víctor desvía la vista hacia mí, y fuerzo una sonrisa y asiento. Marta parece muy interesada en todo lo que está ocurriendo.

—¿Y vosotros cómo os conocisteis? —les pregunta Sebastian.

—Por Tinder —responde Marta—. Ambos buscábamos relaciones abiertas, pero nos conocimos y nos enamoramos... —Atrapa la cara de Víctor con una mano y lo besa en la mejilla.

Los dedos de Sebastian juegan con el lóbulo de mi oreja causándome un escalofrío.

—Tienes suerte, tío. Eva es una buena chica —dice Víctor, para mi sorpresa.

—Lo sé —contesta Sebastian, y la cara me va a explotar.

—¿Qué es lo que más te gusta de ella? —inquire Marta con una sonrisa.

—Su habilidad con la lengua, por supuesto.

Le doy un pisotón, aunque ni se inmuta. Víctor compone un gesto de desagrado y Marta se ríe.

—Es que soy filóloga —explico a la chica—. Eso es lo que quería decir Sebastian. Por cierto, ¿sabéis que *tinder* quiere decir en español «yesca», que, a su vez, significa «incentivo de cualquier pasión y afecto»? —Marta me mira con sorpresa—. Un juego de palabras —añado, y ella abre la boca con un «aaah» y asiente.

Durante unos minutos más Sebastian me retiene en una posición un pelín incómoda. Pero, poco a poco, me relajo. Su cuerpo desprende calor y su mano, apoyada en mi hombro, me transmite cierta seguridad y calidez. Como Marta sigue toqueteando a Víctor —¿qué les pasa a esos dos?—, Sebastian también «finge» y arrima su rostro a mi cuello. ¿Está oliéndome? No sé, pero me pongo nerviosa, aunque le dejo que siga porque Víctor no para de lanzarnos miradas. En un intento de ponerme más cómoda, me resbalo un poco y mi mano aterriza en un lugar inadecuado. En concreto, demasiado cerca de la entrepierna de Sebastian. O en ella exactamente. Quizá no..., aunque he notado algo. Y el pulso se me acelera a mil por hora y el corazón me golpea en el pecho. «¡Ay, Dios! ¿Es esto lo que creo que es?». Sebastian me suelta y aprovecho para sentarme recta en mi silla.

—Nosotros vamos a irnos ya —anuncia Víctor entonces con voz rara, como molesto—. Queremos estar un rato a solas. —Rodea los hombros a Marta, quien lo coge de las mejillas y lo morrea.

—Nosotros también. Nunca puedo decir que no a esta pelirroja insolente.

Marta prorrumpe en carcajadas y Víctor abre los ojos en señal de sorpresa. Dibuja una sonrisa, removiéndome en la silla. Pocos minutos después la parejita se marcha, y apoyo la cabeza en la puerta y suelto un prolongado suspiro. Cuando me doy la vuelta, descubro a Sebastian plantado detrás de mí, con los brazos cruzados y la misma actitud borde de siempre. Joder, parece muy enfadado.

—Creo que me merezco una explicación después de haber tenido tus tetas en mi cara esta noche.

21

Chiflados

«Personas que han perdido el juicio o se comportan como tales». Al final de la definición, quizá encuentres las fotos de Eva Martínez y Sebastian Wright.

Me parece que estás equivocándote porque yo no he hecho tal cosa —miento descaradamente—. Quería coger el plato de carne y tú no te apartabas.

Sebastian compone una mueca de hastío.

—¿Sabes lo que dirían si se diera el caso contrario? —replica—. Me tacharían de acosador. Primero lo del pub cuando nos conocimos, más tarde lo de comer M&M's de forma provocativa y ahora... lo de esta noche.

—¿Perdona?! ¡Has sido tú el que me ha tocado el labio, y... y me ha abrazado por detrás y luego... luego...!

A punto estaba de soltar que he notado algo en su entrepierna, pero me contengo. No puede ser cierto porque tampoco es que haya ocurrido nada como para que se pusiera así. A no ser que sea un *voyeur* y se haya excitado con el espectáculo de Víctor y Marta. Además, después lo he mirado a la cara y estaba tan tranquilo. A lo mejor me he confundido... ¿Y qué dice de los M&M's? ¿Desde cuándo me los comía de manera provocativa?! ¿Y por qué no menciona que hubo una noche en que él me besó a mí? Es un espabilado.

—Me has pedido que fingiera que me atraes y que fuera más cariñoso contigo. Disculpa por ser tan buen actor —ironiza con las manos alzadas.

Me dispongo a pasar para irme a la cocina a fregar, pero me corta el paso.

—¿No vas a darme ninguna explicación de esta noche tan extraña? Me has invitado a cenar con vosotros por interés, ¿verdad? No porque te sintieras incómoda. —Ha sonado realmente molesto.

—¡Por supuesto que me sentía incómoda! ¿Es que acaso no los has visto? Se metían la lengua hasta la campanilla —musito. Sebastian descruza los brazos y me mira con atención—. Puede que luego me haya equivocado con la chorrada que te he pedido. Yo no soy así, pero es que me molesta la actitud de Víctor y...

—A mí no me molesta que mis amigos se besen con quien sea. Así que... estás mintiendo. Ya lo noté el otro día en Nevermind, que había algo raro tanto en su actitud hacia ti como en la tuya para con él. —Frunce el ceño y me pregunta—: ¿Quién es Víctor en realidad? ¿Tu exnovio? ¿Un amigo que te gusta?

Decido sincerarme con él porque, al fin y al cabo, me ha seguido la corriente y ha tratado de ayudarme, aunque no de la forma que me había esperado.

—Víctor es mi... Sí, es mi amigo y, bueno, hasta hace poco éramos amigos con derecho a roce. Y... no sé, es que yo... No es que yo pensara que fuéramos en serio, pero creía que... Vale, en realidad me hice ilusiones, y él aseguró que jamás se enamoraría y ahora... pues... —Suspiro porque jamás me ha costado tanto expresarme, pero la situación y la cara de Sebastian juzgándome no ayudan—. Bueno, no importa. Pero sí, es verdad que la noche del pub en que nos conocimos tú y yo lo vi con esa chica y me molesté porque me pareció que lo único que le gustaba a él de nuestra relación, o como quieras llamar a lo que teníamos, era el sexo, que, por cierto, era genial. O quizá tampoco... Ahora mismo estoy tan confundida por su actitud que ni siquiera sé si fuimos amigos o si lo somos. Porque ha estado actuando raro... Primero me ignora, luego no, después otra vez, hace un rato tontea conmigo estando con Marta y hace cosas que me han disgustado —suelto del tirón, casi sin coger aire y sin pensar.

Sebastian alza la barbilla y, como de costumbre, me dedica un gesto insolente.

—Demasiada información. Lo de que os acostabais, ya sabes... —Deja escapar un bufido y añade—: Así que era eso lo que intentas hacer desde aquella noche, ¿no? ¿Poner celoso a tu ex... lo que sea?

—¡No! Aquella noche solo quería intentar pasármelo bien... Te vi y me gu... —Aprecio cierta sorpresa en sus ojos, y se me atragantan las palabras—. Vale, lo del cumpleaños de Celia y lo de hoy sí que han sido como una especie de venganza hacia Víctor... Me sentía mal y utilizada, y quería molestarlo. No es una justificación ni una excusa. Ya sé que ha sido una estupidez... Y de verdad que no soy así y no se va a repetir.

—Te consideraba más inteligente, pelirroja. Pensé que tendrías más amor propio.

—¿Perdona? —Suelto una risita sardónica—. Por supuesto que soy inteligente y tengo amor propio. No tiene nada que ver con esto que he hecho...

—Ah, ¿no? ¿Cómo llamarías tú a que una persona intente dar celos a otra que pasa de su cara? Eso es caer muy bajo, ¿no crees?

—¿Y a ti qué te importa lo que haga yo? —Me disgusta el modo en que Sebastian está hablándome y metiéndose en este asunto sin tener idea de nada—. Y no pretendía darle celos, solo incordiarlo un poco, que viera que a mí también me va bien.

—Sigo pensando que es lo mismo y que tú te comportas como una cría de quince años. Y sí

me importa... —Se calla unos segundos en los que lo miro con los ojos muy abiertos—. Me importa porque me has metido en esto, *damn*.

Ladeo el rostro, con los brazos en jarras. Empieza a hartarme. Sé que he me equivocado con lo de esta noche, pero ya me he disculpado. ¿Quién se ha creído que es para opinar? Sobre todo, para opinar de mí de ese modo.

—Podrías no haber aceptado. De hecho, creía que iba a ser así. Pero te has ido de la cocina diciéndome que estaba chiflada y, minutos después, has cambiado de opinión. —le recuerdo.

—Y puedes estar contenta de que lo haya hecho porque a tu ex... lo que sea le ha cambiado la cara. Deberías agradecerme que te haya ayudado.

—Pues vale, te lo agradezco —replico con cierto malestar.

Doy unos pasos y, al fin, consigo que se aparte. Me meto en la cocina para fregar los platos y, para mi sorpresa, él se suma a la tarea y me arrebató un vaso mojado para secarlo. Por lo general, cada cual limpia lo que ensucia, de manera individual. No sé qué hace aquí esta noche, a mi lado.

—Hoy en día se habla mucho de amor propio, de relaciones sanas, de no dejar que se aprovechen...

—Oye, Sebastian, ¿qué tratas de decirme? —le corto con enfado.

—Que no se puede ir detrás de un tío como ese, desesperada...

—¡¿Sabes qué?! —exclamo al tiempo que lanzo el estropajo dentro del fregadero, y nos salpica a ambos el agua con lavavajillas—. ¡Que te vayas a la mierda!

Salgo de la cocina hecha una furia. Sebastian ni se ha movido. Supongo que no esperaba mi reacción, pero lo cierto es que me ha molestado mucho. No es nadie para meterse en mi vida ni para hablarme de esa forma. Me quito la ropa y me pongo el pijama para meterme en la cama. Ha sido una semana intensa debido a las festividades y los recuerdos sobre mi padre. Y ahora mismo, después de lo de esta noche y de los ataques de Sebastian, lo único que me apetece es dormir. Aunque, bien mirado, todo esto me lo he buscado yo. Primero, por aceptar que Víctor viniera y, segundo, por involucrar a Sebastian en esto.

Paso un ratito intercambiando mensajes con mis amigos. Dani está viendo una película y Celia espera a que Eric vaya a buscarla al trabajo, ya que acaba de salir. Les he relatado todo lo ocurrido, y me bombardean con wasaps dándome su opinión y sus consejos.

Algo de razón lleva Bastian, aunque sus modales no han sido los correctos. Pero a veces los yanquis son un poco bruscos, no se lo tengas en cuenta, Evi

Ahora resulta que eres un experto en cuanto al carácter americano?

He visto muchas series y películas, baby

Quieres que quedemos mañana y hacemos un poco de meditación?

Vale, Celia, pero después nos vamos a desayunar algo con muchísimo chocolate

Me habría encantado estar ahí para ver la cara de Víctor. Chúpate esa, intento de roquero de pacotilla!

El chico intenta perseguir sus sueños, Dani. Eso no es algo por lo que meterse con alguien

Celia, tienes que darme la razón en que cuando toca y canta suena a gato al que le han pillado la cola. Me parece genial que persiga sus sueños, pero hay gente por ahí con talento de verdad

Como tú, Dani, y lo estás desperdiciando en esa empresa

Mis amigos se enfrascan en un debate sobre los problemas y dificultades laborales para las nuevas generaciones. De normal también me gusta hablar sobre ese tema, pero hoy no consigo seguirles. Me duele un poco la cabeza, y las palabras de Sebastian rondan por mi mente una y otra vez. Que soy una desesperada, me ha dicho... ¿Por qué noto esta incómoda sensación en el pecho? Similar a la que sentía cuando defraudaba a papá. Qué más me da defraudar a Sebastian, a quien conozco poco y ni siquiera hemos llegado a convertirnos en amigos, ¿no?

Bloqueo el móvil y lo dejo en la mesita. Dudo entre leer, ver una película o intentar dormir. Al final, como ya tengo la luz apagada, acomodo la almohada y me pongo de lado para tratar de conciliar el sueño. No han pasado ni dos minutos cuando creo que llaman a la puerta. Me digo que quizá lo he imaginado, porque ha sido un sonido muy débil. Sin embargo, segundos después golpean de nuevo, esta vez un poco más fuerte. Me incorporo justo cuando oigo a Sebastian preguntar al otro lado de la madera:

—Eva, ¿estás despierta?

«¿Y ahora qué quiere este capullo? ¿Continuar peleando?».

Barajo la posibilidad de hacerme la dormida, pero siento cierta curiosidad y, al final, respondo:

—Sí.

—¿Puedo pasar?

Paseo la mirada por mi dormitorio. Está hecho un desastre, como de costumbre: el escritorio lleno de apuntes desordenados, un par de botellitas de plástico de agua vacías, la ropa que me he quitado tirada de cualquier modo sobre el respaldo de la silla. Ver todo este desorden le provocará un microinfarto. Aunque, después de cómo me ha hablado, hasta puede estar bien verlo sufrir. Dudo unos segundos más antes de decir:

—Pasa.

Abre la puerta despacio y asoma la cabeza. No enciendo la luz, como avisándole de que, sea lo que sea que quiere, se dé prisa. Aun así, puedo ver bien su rostro porque por la ventana entra la luz de la luna. Se queda plantado en el marco de la puerta y echa un vistazo al cuarto, fijándose sobre todo en lo que hay escrito en las paredes, mis palabras favoritas. Cuando termina de leer, lo veo titubear, pero luego avanza un par de pasos y entra en el dormitorio.

—Suelta ya lo que sea, Sebastian. Aunque te advierto que si es algún ataque más, no lo voy a tolerar.

Se rasca la barbilla en un gesto nervioso.

—Quero disculparme. Creo que me he pasado un poco.

—¿Un poco? —Se me escapa un sonido que pretende ser una risa, pero que suena raro. Me destapo y me siento en el borde de la cama—. Me has faltado el respeto, sin ni siquiera conocerme o saber de mi vida y de mi relación con Víctor.

—Lo sé, lo sé. Soy un borde.

—Un capullo, más bien.

Aprecio que su labio superior se curva ligeramente. Aún no tengo claro si cuando hace eso se trata de una sonrisa o qué. Asiente.

—Hoy no ha sido mi mejor día —murmura—. Ya sé que ese no es motivo para hablarte como te he hablado, pero... En fin, solo quería decirte eso, que lo siento.

—Disculpas aceptadas —contesto de mala gana, y me dispongo a meterme en la cama de nuevo.

Sebastian me da la espalda para marcharse, pero de pronto se vuelve hacia mí otra vez.

—Es que, ¿sabes? —suelta, ahora en un tono de voz más alto—, me jode ver a alguien como tú así.

¿Qué ha querido decir con eso de «alguien como tú»? Y eso de «así», ¿qué significa? ¿Es que va a empezar de nuevo?

—Disculpa si te molesta esto que voy a añadir, pero ese Víctor... ese Víctor sí es un capullo.

—Estoy dándome cuenta de ello, créeme. Voy poco a poco...

Dibuja una sonrisa que me sorprende y echa la cabeza hacia atrás.

—Si eso piensas de él —replica—, ¿por qué dejas que te trate así? ¿Por qué no le plantas cara como haces conmigo?

Me echo un poco hacia atrás en la cama para apartarme del borde y subo las piernas. Las doblo para apoyar la barbilla en las rodillas.

—No lo sé, ¿vale? No lo sé. Puede que tengas razón y me falte amor propio.

—O que estés enamorada hasta las trancas —murmura en tono duro.

—No, eso n... —Pero no me salen las palabras porque algo siento aún por Víctor.

—Si lo que quieres es dar celos a ese tío, te ayudaré. No me parece bien que te arrastres..., es decir, que... que seas tan amable con él, pero tienes razón en que no soy quién para juzgarte.

Salgo de la cama y me planto delante de él.

—Creo que no es lo que quiero hacer, Sebastian..., y ni siquiera sé cómo podrías ayudarme.

—Fingiendo que tenemos algo.

Lo miro con incredulidad. Hace un rato me criticaba por lo que había pretendido hacer y ahora me viene con estas. No hay quien entienda a este chico.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Si te disgusta esa actitud y, además, no puedes ni verme.

—No llega a ese nivel... Es cierto que... que... en ocasiones me sacas de mis casis... —Me mira de arriba abajo de nuevo, y apoyo las manos en mis caderas y saco pecho para mostrar en todo su esplendor mi pijama de *Dragon Ball*. Se pinza el puente de la nariz antes de proseguir—: Puede que tú y yo no congeniemos, pero detesto a quienes se aprovechan de los demás. Y, bueno..., me resulta incomprensible que ese tío quiera conocer a otras chicas estando tú.

Sus palabras me dejan anonadada. No entiendo exactamente lo que quiere decir. Aun así, el pulso se me acelera y siento un pequeño tirón en el estómago. Suelto un suspiro y abro la boca para replicar, pero Sebastian se adelanta:

—La verdad es que me gustaría que tú también me hicieras un favor.

—Ya sabía yo que esto no sería gratis —replico con ironía.

Lo miro con curiosidad. Sus ojos brillan en la penumbra y tiene los carnosos labios entreabiertos. Lleva un pijama de manga larga pegado al cuerpo. Recuerdo lo bien que olía cuando me ha arrimado a él durante la cena y que no me ha disgustado notar su cuerpo junto al mío. ¡Ay! ¿Por qué estoy pensando en esto?

—¿Qué favor?

—Ambos podríamos salir beneficiados, Eva.

—No veo cómo, pero habla... Soy una persona con una curiosidad muy viva.

Baja la cabeza unos segundos. Aun así, me parece entrever en su rostro una ligera sonrisa. Y me gusta. Me acuerdo de la que me ha dedicado esta noche en la cena, que era falsa, vale, pero encantadora.

—Los dos fingiremos que somos pareja.

—¿Y qué sacas tú de esto? ¿Hay alguien a quien te gustaría ligarte? —inquiero.

Me mira con el ceño fruncido y luego niega con la cabeza.

—Quiero que finjas que eres mi novia para engañar a mi padre y, de ese modo, que me deje en paz.

Me quedo callada, esperando a que continúe porque no atino a adivinar por dónde va a salir. Sin embargo, no dice nada más.

—¿Que yo finja que soy tu novia te ayudará en eso?

—Así es —responde de inmediato—. Ya te hablé de lo mal que me llevo con él y sé que esto podría fastidiarle mucho. Mañana te explicaré más.

No entiendo nada y me muero de curiosidad, pero me mantengo en silencio. Sebastian interna los dedos en su cabello y se aparta un par de mechones que le caen por la frente en un gesto inquieto.

—No sé, yo...

—Vamos, después de lo del pub, de esta noche... Está claro que, sea por lo que sea, quieres incordiar a ese tío. Pues ya está, aquí me tienes. Fingiré que soy tu rollo, novio o lo que sea, se morirá de celos y volverá a ti... si es lo que deseas y, si no, recreáte en tocarle las pelotas y luego ¡a la basura! No lo conozco, pero parece ser de ese tipo de tíos que... van de flor en flor. ¿Se dice así?

Todo ese lenguaje cargado de frases hechas coloquiales y malsonantes me suena extraño por su parte, pero al mismo tiempo me divierte.

—¿Qué me dices, pelirroja? ¿Tenemos un trato? —Alarga una mano, y se la miro con gravedad.

Pienso en la incómoda cena de esta noche. En que Víctor está jugando a dos bandas. En que aún siento algo por él como una estúpida porque cuando me escribe me da un salto el estómago, aunque sea pequeño. En que se comporta de manera egoísta.

Le ofrezco mi mano, aún algo dudosa, y Sebastian me la estrecha.

—Pues a partir de ahora somos cómplices en este juego, pelirroja.

Definitivamente, los dos estamos chiflados.

«Persona que mantiene una relación con otra». Pero... ¿y qué hay de las relaciones falsas?

Sebastian me observa con una ceja arqueada. Delante de mí hay un bol de leche con cereales rellenos de chocolate blanco, una libreta por estrenar y un bolígrafo de los que tienen varios colores. Él, en cambio, sostiene una simple taza de café. Son las nueve de la mañana del 29 de diciembre, y ya ha ido a correr, ha regresado y se ha duchado. Yo acabé acostándome tarde porque me había desvelado y me puse a estudiar para los exámenes de enero. Me suele cundir porque se me queda el temario enseguida, aunque anoche las letras se me emborronaban pensando en todo lo que había pasado y lo que se avecinaba. Esta mañana, Sebastian me ha sacado de la cama a las nueve menos cuarto. Quiere terminar pronto con esto para irse a trabajar a la biblioteca, que está abierta durante el periodo navideño.

—¿Para qué quieres eso? —Señala el cuaderno y el bolígrafo.

—Si vamos a hacerlo, que sea bien. Y tú también deberías.

—Tienes pinta de ser de las que toman nota hasta del bostezo de un profesor —suelta con ironía. Chasco la lengua, pero no contraataco—. Yo lo guardaré aquí, tranquila —responde dándose unos toquécitos en la sien—. Veamos, ¿por dónde comenzamos?

—Empieza tú, si quieres —le propongo en plan amable, aunque lo que pasa es que me muero de curiosidad.

—Vale —asiente, y se acaricia el labio inferior, gesto que ya he aprendido que suele hacer cuando tiene que pensar o cuando está nervioso—. Es muy sencillo: vas a ser una novia horrible, la peor novia del mundo. Para mí, claro. No creo que te sea muy difícil.

—¿Estás insinuando algo? —Pongo mala cara, pero después escribo «Ser una novia terrible» en color negro y lo rodeo con un círculo rosa—. ¿Y no basta con ser tu novia y ya está?

—No, porque debes caer mal a mi padre. Tienes que despertarle un inconmensurable desagrado.

—Ajá... —Vuelvo a anotar y luego alzo la vista del papel—. ¿Y cómo hago eso?

—Con tu ropa ya llevas terreno ganado.

Le muestro el dedo corazón y esboza una sonrisa presuntuosa, aunque ya no me molesta como antes.

—No me malinterpretes... Pero es que si piensas que yo soy un pijo es porque no has conocido a mi padre. Mira a casi todo el mundo por encima del hombro.

—Vale. —Le indico con un gesto que continúe.

—Puedes, por ejemplo, hablar mal. Con muchos exabruptos, coloquialismos o palabrotas... Y también hacer cosas incómodas.

Escribo en mi libreta: «Comportarme como una colaboradora del *Sálvame Deluxe*». Sebastian arruga el ceño porque no conoce la referencia.

—Tienes que... que ser pesada.

—Pesada —repito sin pestañear.

—Sí, pero exagerado, ¿sabes? Exageradamente pesada.

—Creo que lo pillo. —Anoto a toda prisa su última indicación—. He de interpretar el papel de la protagonista de *Cómo perder a un chico en 10 días*. ¿Algo más?

—Lo dejo a tu elección. No te será muy difícil si a mí ya me sacaste de mis casillas en unas cuantas ocasiones.

—Tu padre también odia el desorden, ¿verdad? —Lo apunto con el bolígrafo, y él asiente. Después le pregunto lo que me ronda la cabeza desde anoche—: ¿Por qué quieres hacer esto, Sebastian?

—Ya te lo dije: quiero fastidiar a mi padre porque él siempre me ha fastidiado a mí. A lo mejor hasta me deja en paz respecto al trabajo.

Ladeo el rostro y lo miro con expresión interrogante. Da un sorbo a su café antes de contestar.

—Desde que nací, está empeñado en que me dedique al negocio familiar, como mi hermano. Pretende que me quede en San Francisco y acabe dirigiendo la empresa junto a ellos, que asista a todas esas reuniones sociales en las que nada ni nadie es real. Y no quiero. No soporto ese ambiente, ese mundo repleto de lujos y falsedad. Reconozco que, en ocasiones, le acepto dinero; en mi país, estudiar e investigar es caro. Pero llevo tiempo intentándolo por mí mismo. Por eso me pongo a veces así de borde, ¿sabes? O de competitivo. Porque necesito becas y trabajar. Necesito la perfección.

Ha desviado la vista mientras me contaba todo esto y, una vez la regresa a mí, le dedico una sonrisa.

—Mi padre me decía, cuando me disgustaba por no haber sacado un sobresaliente, que la meta no tiene que ser la perfección, sino la felicidad. ¿Qué te haría a ti feliz, Sebastian?

—Fui muy feliz durante mi voluntariado y mis viajes por Latinoamérica.

Guardamos silencio. Aunque es un chico algo extraño, por no decir bastante, también tiene su

lado bueno. Solo que conmigo le cuesta sacarlo, claro.

—No está mal que te aproveches un pelín de tu padre con eso del dinero, ¿sabes? —Me río, y esboza una breve sonrisa.

—Venga, ahora tú: ¿cómo quieres que me comporte de novio?

—Realmente no me importa. Sé tú mismo y ya está —contesto sin pensar mucho.

Reparo en que Sebastian se sorprende con mi respuesta y estudia mi rostro. Ahora soy yo la que noto las mejillas encendidas.

—Al final somos más parecidos de lo que pensamos, ¿no? —He soltado lo primero que se me ha ocurrido—. Me refiero a que los dos queremos chingar a alguien.

Sebastian no dice nada, aunque no parece estar de acuerdo conmigo. Se termina lo que le queda de café y yo me llevo a la boca una cucharada de leche fría con cereales.

—¿Te parece bien si en unos días nos hacemos unas fotos fingiendo que llevamos a cabo alguna actividad en pareja? —pregunta.

—Eh... Sí, claro —acepto aturrida.

—Puedes enviárselas también a...

—Víctor.

Tuerce el gesto cuando oye el nombre. Está claro que mi ex le cae mal. En realidad, son dos personas que jamás se llevarían bien. Como Sebastian y yo, la verdad, que superamos las rencillas y luego volvemos a lo mismo. Pero ojalá este plan se convierta en una auténtica tregua y todo sea más fácil a partir de ahora.

—Pues nada, hoy mismo empezaré a practicar —digo, abriendo mucho la boca llena de cereales.

Sebastian arruga la nariz y se coloca bien las gafas.

—También tendremos que hacer alguna que otra videollamada. Mi padre no es tonto. Esto tiene que ser creíble y en directo todo se verá mejor.

—Por mí bien. —Me encojo de hombros. Sin embargo, noto que me he puesto nerviosa una vez más, así que prefiero bromear—: Pero no te enamores de mí, Sebastian Wright.

Se queda parado un instante que se me antoja distinto entre nosotros. Y, entonces, me mira de arriba abajo con el ceño fruncido y contesta:

—*Obviously not.*

Se levanta de la mesa dejándome con cara de tonta y se va a la cocina. Segundos después, lo oigo limpiar su taza y, otros segundos más tarde, un portazo me avisa de que se ha marchado a la biblioteca.

Aunque he sido la primera en bromear con lo de que no se enamore de mí, me ha sentado muy mal su réplica. Tanto, que grito un «¡capullo!», a pesar de que ya no puede escucharme. Un rato después decido salir a airearme. Cojo los apuntes que anoche empecé a estudiar y los meto en la

mochila junto con unos frutos secos y una botella de agua. Hace frío y está nublado, pero necesito ir al parque de enfrente, a ese lugar donde siempre logro serenarme y encontrarme conmigo misma.

Paso Nochevieja con Dani y Celia en el piso de mi amiga. Iba a quedarse sola porque Eric trabaja, así que decidimos acompañarla. En cuanto nos tomamos las uvas, nuestros móviles comienzan a vibrar y a sonar con mensajes felicitándonos la entrada de año. Durante unos minutos nos centramos en contestar. Tengo de mi madre, de algunos compañeros de clase, de amigos en común con Víctor y... de él también, sí.

Feliz año, nena. Otro que pasaremos juntos

Tuerzo el gesto. ¿A qué se refiere con eso? Y encima me manda una selfi sacando la lengua y guiñando un ojo —hasta haciendo muecas está atractivo, el maldito— y, al fondo, puedo ver a Marta. Chasco la lengua. La verdad es que desde la cena que compartimos los cuatro —perdona, Maluma, pero en tu canción *Felices los 4* no tienes ni idea— está más insistente. O está molesto, o celoso o intenta un «ni contigo ni sin ti». Y yo, que soy un poco tonta, sigo emocionándome un poco cuando me envía mensajes como el del otro día, en que decía:

Te acuerdas de aquella vez que comimos patatas asadas en un mercadillo y nos pusimos los dos malos? Aun sintiéndote tú mal, me preparaste manzanilla y me cuidaste toda la noche

¡Pues claro que me acordaba! Fue cuando llevábamos ya un tiempo siendo amigos, saliendo en grupo de vez en cuando. Cuando yo ya empezaba a colarme por él y él se me arrimaba, aunque nunca iba más allá. Esa noche dormimos juntos por primera vez. No hicimos nada más, pero me desperté con Víctor a mi lado y, mientras observaba sus largas pestañas al trasluz, supe —no con cierto temor— que estaba enamorándome. Y el hecho de que él también recordara eso y me lo mencionara me provocó sentimientos encontrados.

A las cuatro de la madrugada, a pesar de la insistencia de mis amigos en que me quede a dormir con ellos, me despido. Ya sabéis que me gusta dormir en mi cama. Estoy en el portal esperando el taxi, que ya va a llegar, cuando Dani aparece a mi lado.

—¿Podemos compartirlo? He conseguido plan para esta noche.

Lo miro con una sonrisa traviesa, y me la devuelve al tiempo que me rodea los hombros.

—¿Qué tal con mi empotrador favorito?

Aún no les he contado a Celia y a Dani todo lo acontecido. Esta noche tampoco me apetecía,

tan solo quería disfrutar. Además, Dani va bastante contentillo, y me gustaría que ambos estuvieran serenos cuando lo hiciera.

—Hemos establecido una especie de tregua —digo simplemente.

—Eso o que estás empezando a verlo con otros ojos —responde Dani.

Me callo. Lo hago porque, en el fondo, tampoco es mentira. No es que Sebastian y yo nos hayamos hecho amigos, pero quizá sí que nos toleramos un poco más.

Un rato después entro en mi piso. Me quito el abrigo y los botines, y suelto un suspiro de alivio. Siempre me duelen los pies un montón cuando llevo zapatos de tacón, aunque no sea mucho rato. Me dirijo a la cocina para beber un vaso de agua y, cuando estoy lavándolo, oigo la puerta. Segundos después aparece Sebastian con cara de cansado. Se me queda mirando con seriedad.

—Hola —me saluda.

No quiso apuntarse tampoco al plan de Nochevieja, a pesar de que Celia y Dani insistieron en que se lo propusiera, pero no me dijo que ya tenía uno. ¿De dónde vendrá? ¿Con quién habrá pasado esta noche? Lleva unos pantalones negros ajustados y una camisa azul, y por encima una americana de un azul más oscuro.

—Hola —respondo.

Su mirada recorre mi cuerpo. Me sorprende no ver en ella sarcasmo, en especial porque, aunque llevo un vestido negro ceñido bastante bonito que me ha prestado Celia, le he querido dar mi toque personal con unas medias que simulan ser las patas de un gato. Empiezo a ponerme nerviosa cuando noto que ahora me observa de un modo distinto a otras veces. ¿Le... le gusta lo que ve?

—¿Qué tal ha ido la noche? —le pregunto para distraerlo.

—Bien —se limita a contestar—. ¿Y la tuya?

—Bastante bien —respondo con un asentimiento de la cabeza.

Ahora soy yo quien lo mira a él. Va elegante y está guapo, sobre todo con ese pelo un poco despeinado. El traje le queda como un guante. Cuando deslizo la vista hacia arriba, la suya conecta con la mía. El pulso se me acelera. Entreabre los labios, y contemplo la cicatriz de al lado, que le dota de más atractivo.

—Voy a irme a dormir —musita.

—Sí, yo también.

Parecemos dos tontos con esta conversación de besugos.

—Feliz Año Nuevo —le digo.

Sebastian se mordisquea el labio inferior y responde:

—*Happy New Year.*

No sé de dónde me sale este impulso, pero me acerco a él, dispuesta a darle un abrazo. Para mi

sorpresa, parece que ha decidido lo mismo porque, cuando quiero darme cuenta, sus brazos me han rodeado. Aunque ninguno de los dos sabemos hacerlo demasiado bien. Nos movemos hacia el mismo lado y nuestros rostros por poco chocan. Su boca queda muy cerca de la mía, solo durante una milésima de segundo, pero basta para ponerme más nerviosa. Mi nariz aspira en su cuello de forma fugaz. Su mano presiona un poco mi nuca. Vuelvo a recordar el beso. ¿Él también? Oigo su respiración. Si ladeo la cara... ¿me encontraré con sus labios?

No sucede nada porque el abrazo es muy rápido. Y cuando nos soltamos, tampoco sabemos muy bien cómo actuar. Sebastian se rasca la mejilla, con la mirada distante, y yo trato de serenar mi respiración.

—Buenas noches, Eva.

Se da la vuelta y sale de la cocina. En cuanto me quedo sola, apoyo el trasero en la encimera y suelto el aire que había estado reteniendo. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Pienso en su voz pronunciando mi nombre. Me gusta.

Actuar

«Interpretar un papel en una obra teatral, cinematográfica, radiofónica o televisiva». Hola, soy Eva Martínez y voy a fingir que soy la novia de Sebastian Wright, el chico que, hasta hace poco, me caía como una patada en el trasero, pero que también me pone un pelín... ¿Alguien quiere hacer una película sobre esto?

Tres días después Sebastian irrumpe en la cocina tan de súbito que me provoca un sobresalto. Lleva el móvil en la mano y parece inquieto. Desde Nochevieja apenas lo he visto, por lo que no ha habido ninguna situación extraña más. Pero no creo que esto dure mucho si tenemos que fingir que somos pareja.

—Ha llegado la hora —murmura en tono solemne.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —pregunto aturdida.

Alarga el brazo para enseñarme algo en el móvil. Bajo el nivel de temperatura de la comida que estaba preparándome y estiro el cuello. Es un collage de fotos en las que aparecen un hombre y una mujer; él guarda cierto parecido con Sebastian, así que doy por supuesto que se trata de su hermano. En las fotos la pareja luce muy feliz. Y perfecta. Sonrisas perfectas, peinados perfectos, ropa perfecta. Él tiene el cabello similar al de Sebastian y el mismo color de ojos, pero con una mirada más cálida. Ella es muy rubia, de piel bronceada y una bonita cara de rasgos muy simétricos. En una foto salen tomando un chocolate caliente en una cabaña moderna y lujosa. En otra posan con unas parkas y unos esquís. En la tercera están esquiando.

—Mi hermano y mi cuñada se fueron a Aspen —dice Sebastian, simplemente, y lo miro esperando una explicación. Sacude la cabeza en un gesto de impaciencia—. Aspen es la ciudad de esquí más cara de América. Los suegros de mi hermano poseen una casa en Billionaire Mountain, que es el enclave de moda del resort de esquí de Colorado. Allí solo va gente muy rica.

—¿Cómo de rica? —pregunto con curiosidad.

—Hay inmuebles que cuestan más de cuarenta millones de dólares.

Abro mucho los ojos. No puedo ni imaginarme que alguien pueda tener tanto dinero como para eso.

—Es el momento, Eva.

—¿De qué?

—De empezar con nuestra relación falsa. Deberíamos tomarnos fotos haciendo algo... algo... de pareja. —Sebastian me mira con cautela.

—Pero estoy preparándome la comida. —Señalo la olla en la que hierven unas verduras. En enero siempre me propongo comer de manera más saludable, aunque a lo largo del año acaban sucediendo cosas que me provocan estrés y vuelvo a caer en la tentación—. ¿Quieres que finjamos que estamos comiendo juntos? Es lo que hacen las parejas.

—Sé lo que hacen, Eva —replica con desdén. Se queda pensativo y luego dice—: Salgamos a comer. A un restaurante horrible. ¿Conoces alguno?

—Pues... tanto como horrible...

Sin añadir nada más, apaga la vitrocerámica y me atrapa del codo para guiarme afuera de la cocina, hasta mi habitación. Sí, voy en pijama aún. Apenas tardo diez minutos en cambiarme. Aparezco con unos vaqueros y un jersey calentito. Sebastian se cruza de brazos y niega con la cabeza.

—No, no, ponte algo más cutre.

Le dedico una mueca, pero al instante recuerdo que es un trato que hemos hecho, que voy a actuar.

—Elige tú.

Me hago a un lado para que entre en mi dormitorio y espero en la puerta mientras busca en mi armario. Poco después me tiende unas mallas negras rotas y una sudadera muy vieja que usaba hace años cuando iba a yoga.

—¿En serio tengo que ponerme esto para salir?

Sebastian me dedica una mirada suplicante que nunca le había visto. Solo por eso vale la pena hacer el sacrificio. Me pide que no me peine, aunque tampoco es que yo me haga peinados sofisticados. Me paso el cepillo por el pelo y ya está. En cuanto pise la calle se me encrespará.

Cogemos el metro para ir a donde he pensado. Podríamos caminar porque son unos veinte minutos, pero me muero de hambre. En el metro tardamos unos siete. Subimos a un vagón llenísimo de personas que, lo más probable, dediquen el día a comprar los regalos para la noche de Reyes. Sebastian se agarra a la barra de arriba del vagón, pero yo no llego y las de los laterales están ocupadas. Así que intento mantener el equilibrio, hasta que en un momento dado el metro toma una curva y acabo con la cara pegada al cuello de Sebastian. Levanto la cabeza y lo miro con una expresión de disculpa, pero está contemplándome con un gesto molesto.

—¿Puedes apartarte?

—¿Qué?

—Estás pisándome, Eva.

—¡Oh!

Miro hacia abajo y descubro uno de mis pies sobre uno de los suyos. Lo retiro a toda velocidad y me mordisqueo el labio inferior con nerviosismo. Por suerte, por megafonía avisan de la siguiente parada, que es ya la nuestra.

En la escalera mecánica le cuento un poco la historia del bar:

—Me llevaba mi padre cuando se tomaba un día libre.

—¿A qué se dedicaba? —me pregunta Sebastian, y aprecio que tiene una curiosidad real. No sé por qué, me gusta que se interese por mí.

—Era pintor. Pintaba cuadros.

—Un artista —dice Sebastian en tono de admiración.

—Sí, pero no te creas que ganaba mucho... Ganaba lo justo para que pudiéramos mantenernos con el sueldo de mi madre y el suyo. El piso en el que vivimos fue un chollo que encontraron. A veces discutían porque no había demasiado dinero, porque algunos veranos mi madre quería irse de vacaciones o porque necesitaban ahorrar más para ponerme aparato dental. Cuando ella se enfadaba, le decía que debía buscar un trabajo de verdad. Suena terrible, pero puedo llegar a entenderla y, en el fondo, no lo decía en serio. Sé que lo quería y respetaba su profesión.

—Cuando me hablaste de ella la última vez, me diste a entender que teníais una relación difícil...

—Fue sobre todo a raíz de la muerte de mi padre, como te comenté.

El bar al que venía con mi padre se dibuja ante nosotros. Es un lugar de barrio de toda la vida con platos un poco grasientos y bocadillos enormes, pero a mí me encantaba sobre todo porque pasaba un rato con papá, un rato en que él me hablaba sobre arte y literatura y sobre la vida, y yo quedaba siempre fascinada.

—No es un lugar tan horrible como supongo esperabas. Aunque, ¡quién sabe!, tal vez para ti sí lo sea y, por la manera en que me has «presentado» a tu padre, imagino que para él sí lo será.

—No sería un lugar al que él entrase, desde luego —asiente Sebastian.

Cuando el propietario del bar, que tiene unos sesenta años y se llama Antonio, me ve aparecer, se le ilumina la cara. Me vio crecer y me tomó un gran cariño. Sale de la barra para acudir a mi encuentro y abrazarme. Desde que murió mi padre, son contadas las veces que he vuelto a venir. Mientras me quito el abrigo, sonrío asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo estás, Eva? Cada día más guapa.

—Pero ¿tú me has visto? —Me río y le señalo mi atuendo.

—Hacía tiempo que no te veía, se te ha echado de menos por aquí.

—Mucha faena, Antonio. Soy una chica ocupada —bromeo.

—¿Cómo va la universidad?

—Muy bien. Este es mi último año y estoy colaborando en las tareas de un profesor con un proyecto hecho por mí.

—¡Eso es fantástico, niña! ¿Y este chico tan apuesto? ¿Es tu novio?

—Sí.

—No.

He sido yo quien ha contestado afirmativamente, lo reconozco. Me pongo roja de inmediato. Dios, el calor me sube hasta las orejas y me van a estallar. Antonio nos mira un poco confundido, pero luego suelta una carcajada.

—¡Ay, los jóvenes de hoy en día con todo eso del amor libre! —dice—. Venga, sentaos. Enseguida os traeré la carta, ¿vale?

Asiento, aún algo avergonzada. Por suerte, Sebastian está distraído analizando cada rincón del bar. Es un lugar pequeño y de aspecto antiguo, pero siempre muy limpio. Cuando nos sentamos a una de las mesas, me apresuro a explicar mi respuesta:

—Ha sido por lo del trato. Se me ha ido la olla.

—Ya.

No replica y muevo la pierna frenéticamente por debajo de la mesa. Pedimos unos refrescos y me escondo tras la carta.

—Elige tú lo que quieras, lo que creas que le podría causar más disgusto a tu padre.

—Pues... no sé. Unas patatas bravas, unos chopitos... Ya sabes... —contesta Sebastian.

—Mucha fritanga —digo, y afirma con la cabeza.

Un rato después Antonio nos trae los platos. Hemos añadido también unos torreznos, que Sebastian nunca ha probado y que contempla con cautela. Cojo mi tenedor, preparada para lanzarme al ataque cuando Sebastian me detiene.

—Voy a hacer algunas fotos a la comida.

Espero pacientemente, aunque me rugen las tripas. Luego se me queda mirando.

—¿Puedo sacarte una foto a ti comiendo como...?

—¿Como una cerda? —termino por él.

Se echa a reír y asiento. Pincho una patata brava bien grande y la hundo en la salsa. Me la llevo a la boca, pero me unto antes la barbilla con el alioli. Sebastian me saca una foto, después otra en la que estoy riéndome —y no finjo— con la boca abierta, llena de comida.

—Ahora tú. —Lo señalo con el tenedor. Sebastian frunce el ceño, reticente—. Eh, vamos... Tu padre tiene que creer que soy una mala influencia para ti, ¿no? Pues compórtate como un gorrino.

Sebastian esboza una extraña sonrisa. Como si supiera algo que yo no sé. Me echo a reír de nuevo, algo nerviosa. Él se lleva un par de chopitos a la boca, luego unos torreznos. Se mancha

con la grasa y mastica con la boca abierta. Le hago una foto tras otra, sin poder parar de reír. A continuación, arrastro mi silla por el suelo hasta colocarla al lado de la de él. Lo animo a sacar una selfi en la que finjo darle de comer sacando la lengua. Y en el postre nos hacemos una más con restos de flan de chocolate en las comisuras de la boca.

Estoy riéndome tanto que me duele el estómago y lo que más me sorprende es que Sebastian se une a mí cada vez que ve las fotos.

—¿Lo hago bien? —le pregunto de repente entre risas, y aparta la vista del móvil y la clava en mí. Cada vez que veo sus ojos tan cercanos noto como un tirón en el estómago—. Fingir que soy tu novia. Tu novia horrible —añado a modo de explicación.

—Lo haces genial, pelirroja —responde serio. Entreabro la boca para decir algo, aunque me quedo muda, y desliza la mirada hasta mis labios, donde la deja un ratito que a mí se me antoja eterno y corto al mismo tiempo—. Podrías dedicarte a esto.

—¿Me ofrezco como novia horrible de alquiler?

Volvemos a reírnos. Justo en ese momento Antonio se acerca a nosotros con los cafés. Es un hombre sencillo y amable, y apoya su mano callosa en el hombro de Sebastian.

—Eva, ¡cómo me gusta verte tan contenta! —exclama con los ojos achinados por una sonrisa. Sabe lo mal que lo pasé con la muerte de papá—. Cuídala mucho y trátala muy bien, ¿eh? —dice a Sebastian, y este le dedica una sonrisa algo incómoda.

Un rato después salimos del bar y optamos por volver al piso andando.

—¿Qué te ha parecido la comida?

—Estaba rica.

—¿En serio? —Me detengo por la sorpresa, y Sebastian arquea las cejas.

—No sé qué imagen tienes de mí, aunque voy haciéndome una idea por todo lo que vas soltando poco a poco. —Esboza una sonrisita de suficiencia—. He comido en lugares horribles de verdad. Y hasta he pasado algún día sin comer cuando viajaba.

—¿Puedo preguntarte por qué, en lugar de toda esta pantomima que vamos a hacer, no cortas el contacto con tu padre directamente?

—Ya lo estás preguntando. Y es probable que tú sepas mejor que nadie que, a veces, es complicado cortar los lazos con tu familia sin sentirte culpable —murmura. Veo que aprieta los puños—. Y, ¡qué cojones!, ya estoy harto de intentar ser el hijo que él quiere y que, aun así, me desprestigie y me rebaje como persona. Quiero tocarle las narices.

—¿Tan terrible es?

Sebastian me mira fijamente y después se saca el móvil del bolsillo. Busca algo en él y, cuando lo encuentra, me lo tiende. Es una conversación de un grupo de WhatsApp. Los participantes son sus padres, su hermano y una chica que imagino será su cuñada. Hablan —en inglés, por supuesto— sobre las lujosas y maravillosas vacaciones de ambos, y luego el padre

dice: «¿Y Sebastian dónde estará? Seguro que perdiendo el tiempo enfrascado en todos esos libros inútiles». La madre quiere conciliar, pero no es que se esfuerce mucho, y el hermano responde con una cara sonrojada. Devuelvo el móvil a Sebastian con una sensación incómoda en el estómago. Me siento mal por él y, al mismo tiempo, un poco emocionada de que me haya mostrado algo tan íntimo.

—Y lo mismo podría preguntarte yo a ti... ¿Por qué no has mandado a ese ex tuyo a la mierda ya?

—Me propusiste tú esto... —le recuerdo.

—Lo sé, y me vendrá bien. Pero sigo sin entender cómo eres capaz de insultarme a mí con tanta facilidad y, en cambio, te cuesta hacérselo a ese chico.

—¡Oye, hace tiempo que me comporto bien contigo! —protesto—. Además, tú tampoco es que seas un angelito conmigo.

—No, no lo soy.

—A veces me has sacado de mis casillas.

—Y lo que me gusta...

Me quedo sorprendida por el tono de su voz, que suena... sugerente. Caminamos unos minutos en silencio.

—Esto es como una peli de esas en las que fingen ser pareja. Solo que yo sí cumplo el tópico de chica que quiere molestar a su ex y hasta darle celos; tú, en cambio, no. Porque lo habitual en esas historias es que se intente hacer feliz a la familia y por eso se simule la relación.

—¿Quieres decir que no soy alguien típico?

—Pues creía que sí, pero... últimamente pienso que no lo eres.

Sebastian se detiene y se me queda mirando con gesto pensativo.

—No me parece que tú lo seas tampoco.

—Y eso es algo que te pone nervioso. —Me río.

—Reconozco que me pareces un tanto excéntrica, pero... es algo tuyo, es algo que te convierte en lo que eres. No he conocido a nadie como tú.

Me da como una especie de saltito el corazón. Esas últimas palabras no tienen por qué tener más allá de un sentido literal. De repente, Sebastian acerca una mano a mi cara y me sobresalto. La aparta, confundido.

—Tienes... tienes chocolate.

Me apresuro a limpiármelo, avergonzada por haber pensado que quería acariciarme o algo así. Cuando estamos llegando a casa, nos topamos con una vieja librería y Sebastian anuncia que va a entrar.

—Yo me voy a casa —le digo—. Tengo que estudiar —añado. En parte es cierto, pero también es una excusa porque me siento rara.

Sebastian asiente y se dirige hacia la puerta de la librería. Contemplo su espalda y su nuca, y vuelvo a apreciar el vuelco en mi pecho.

—Nos hemos divertido, ¿no?

Se da la vuelta muy despacio antes de responder:

—Sí.

—Esto de fingir ser novios a lo mejor hasta nos lleva de ser archienemigos a amigos — bromeo, aunque es lo que ahora mismo siento que quiero. Sí, para mi propio asombro, me gustaría que Sebastian fuera mi amigo.

—Quizá —contesta.

Sonríó. Sonríe. El corazón se me acelera.

Regalo

«Dádiva que se hace voluntariamente o por costumbre». Creo que... podría acostumbrarme a recibir ciertos regalos.

Sigo sin dar crédito a todo esto —musita Dani con los ojos como platos mientras sostiene el móvil delante de mí con mi Instagram abierto, donde aparece un carrusel de algunas de las fotos que nos hicimos Sebastian y yo.

—Y yo debería estar estudiando. Tengo un examen justo el nueve. Voy a perderme la cabalgata —protesto.

Es el mediodía de la noche de Reyes y Dani me ha medio obligado a venir al restaurante donde trabaja Celia. Estoy segura de que aquí el padre de Sebastian sí entraría. Incluso yo me he puesto ropa adecuada para el lugar. Para Dani no es muy difícil, él tiene estilazo y, además, gana bastante bien en su empresa.

Hemos venido a comer porque Celia no podía quedar y nuestro amigo ya no soportaba más la espera. No quería hablar del trato entre Sebastian y yo ni por teléfono ni por videollamada. Por supuesto, Celia debía estar presente también. Pero nuestra pobre amiga no ha parado ni un momento. El restaurante, en el barrio de Sant Antoni, suele tener mucha clientela y en fiestas está abarrotado. Ahora mismo la veo ir de una mesa a otra, con su uniforme sobrio y elegante compuesto de unos pantalones negros ajustados y una camisa blanca impoluta. Siempre sonrío a todos los clientes, incluso a aquellos que la miran con suficiencia.

Dani alza el brazo para reclamar su atención, pero ella no nos ve y es uno de sus compañeros el que se acerca. Mi amigo niega con el dedo y el empleado lo mira con curiosidad. Al fin consigue que Celia repare en él y, tras pedirle un postre para compartir, ella alza la vista y mira de manera disimulada a su alrededor antes de susurrar:

—A ver que me sitúe... Entonces ¿esto de Sebastian y tú es para recuperar a Víctor o para chincharlo?

—Déjala, Celia. Está más liada que el peluquero de Rapunzel. —Dani desbloquea el móvil, donde sigue apareciendo mi foto en Instagram, pues no ha salido de la aplicación—. Además,

eso no es lo importante ya, sino esto. ¡Mira! —Pasa las imágenes a toda velocidad—. ¡¿Qué llevabas puesto, tía?! ¡Menudo horror! —exclama refiriéndose a mi ropa.

Celia oculta la risa en el puño y vuelve a barrer el restaurante con la mirada.

—¿Por qué no comentáis que yo también soy una buena persona por ayudar a Sebastian con lo de su padre? —Le lanzo la servilleta a Dani, quien suelta un gritito de queja. Celia nos pide con un gesto que nos comportemos—. ¡Precisamente llevar esa ropa es parte del trato!

—Creo que, en el fondo, puede ser muy divertido y también una oportunidad para acercaros y conoceros más —opina Celia con una sonrisa afable.

—Hablando de eso, querida Celia..., ¿a que no parece que estén actuando? —Una vez más mis fotos van de aquí para allá en manos de Dani—. Los dos se ven contentos.

—Sí, se diría que se divierten. Como una pareja de verdad —apunta Celia y, al apreciar mi intensa mirada, se apresura a corregirse—: O al menos como amigos.

—¿Y habéis hablado de las relaciones íntimas? —inquire Dani.

—¿Qué? —Arrugo el ceño y sacudo la barbilla de lado a lado—. Eso ni se nos ha pasado por la cabeza.

—¿Ni siquiera os tendréis que dar un beso? ¿Qué clase de pareja sois, aunque estéis fingiendo?

—Chicos, debo continuar trabajando. —Celia me apoya una mano en el hombro—. Ahora os traigo el postre.

Cuando nos quedamos solos, Dani se pone serio y, al fin, se guarda el teléfono.

—Basta de bromear. —Se inclina hacia delante y me coge de la muñeca—. Sabes que a veces soy muy tonto, pero también sabes que te quiero, Eva. Así que espero que esta ayuda mutua que os prestáis salga bien, y con bien me refiero a que abras los ojos de una vez por todas con Víctor. Si haces esto para fastidiarle, te apoyo. En parte, pero lo hago. Porque, aunque te animé anteriormente, preferiría que dejaras ya esto. Pero, bueno, tampoco voy a ser tan tiquismiquis. Si lo haces para darle celos y que así vuelva a ti..., amiga, estás equivocándote.

Esbozo una sonrisa nerviosa. En el fondo, lleva razón: ando más liada que el peluquero de Rapunzel. Víctor le dio «me gusta» a las fotos y hasta escribió un comentario en el post: «Esa sonrisa preciosa». Cuando éramos amigos no se comportaba así. ¡Ni siquiera mientras nos liábamos!

Al final llego a casa más temprano de lo que esperaba y directamente me encierro en el dormitorio a estudiar. A media tarde salgo para prepararme una taza de leche calentita con Cola-Cao. Descubro a Sebastian en el salón viendo la típica película navideña de sobremesa. Hace tiempo que dejamos de lado las normas que ambos pusimos, ya que, en el fondo, terminadas todas esas acciones intencionadas para incordiarlos mutuamente, nos dimos cuenta de que, de por sí, nuestros horarios no acababan de interferir en los del otro.

—¿Qué tal? —le saludo.

A pesar de ser días de vacaciones en la facultad, como mencioné apenas coincidimos porque él se pasa el día en la biblioteca. Así que me sorprende encontrármelo en casa.

—Eh, hola —responde apartando la vista del televisor.

Me acerco al sofá, aunque me quedo de pie frente a él.

—Esta tarde es la cabalgata de Reyes. Algunos opinarán que es solo para niños, pero a mí me gusta verla. ¿Será que soy demasiado infantil aún? —bromeo.

—O que todavía mantienes tu niña interior. —Sebastian esboza una diminuta sonrisa.

Me resulta tan extraño estar hablando de manera normal... Pero no es incómodo. De hecho, me gusta. Desde el otro día, sin entender de dónde proviene este sentimiento, sigo queriendo que Sebastian se convierta en un amigo.

—¿Te apetece venir conmigo a ver la cabalgata?

Separa los labios, pero se mantiene callado. ¿He ido más allá de lo que debería?

—He quedado.

—Ah, vale.

—Una compañera del departamento quiere que la ayude con uno de los puntos de su tesis —me informa.

Noto como cierto cosquilleo en el estómago. ¿Tendrá algo con esa doctoranda? ¿Algo real? Intento borrar esos pensamientos de mi cabeza. No son relevantes para mí.

—De hecho, debería ir preparándome para que no se me haga tarde. —Echa un vistazo a su reloj de pulsera.

—Por supuesto, Sebastian Wright no puede ser impuntual ni un minuto —bromeo.

Apaga el televisor y se levanta del sofá con una sonrisa. Hace tan solo una semana o dos me habría replicado probablemente. Y echo de menos un pelín ese juego, pero también empieza a caerme bien este nuevo Sebastian más afable.

—Diviértete, Eva.

—Y tú también.

Al final no salgo. Me hago palomitas y me tiro en el sofá para ver la cabalgata en la tele. Cuando ya casi está terminando, mi madre me llama con la intención de quedar mañana. Es tradición: intercambiamos regalos y tomamos algo calentito. Casi siempre acaba siendo un rato un poco tirante y es Ernesto quien parlotea para distender el ambiente. Pero lo hacemos porque papá adoraba el día de Reyes y nosotras adorábamos a papá.

La cabalgata ha terminado. Apago el televisor. El silencio inunda el piso. En realidad, desde que Sebastian vive aquí ha sido un lugar bastante silencioso. Sin embargo, en otras ocasiones noto su presencia y me siento acompañada, aunque esté encerrado en su dormitorio. En cambio, hoy me siento sola. Me llega un mensaje de Víctor preguntándome si me ha gustado la cabalgata.

Una vez la vimos juntos, pero él se aburría. No entiendo por qué ahora se interesa. Pero mis dedos se mueven solos y acabo contestándole enseguida.

El despertador me suena a las diez. Aunque me dormí pronto, no he tenido un sueño profundo. No oí llegar a Sebastian mientras estaba despierta, así que imagino que cenó fuera. No puedo evitar preguntarme si lo hizo con su compañera de departamento. De repente me veo añorando los días en el despacho. Cuando estamos allí, lo veo más a menudo, claro.

Al pasar por su puerta reparo en que está cerrada, así que imagino que continuará durmiendo, algo insólito en él. En la cocina me preparo una tostada con mantequilla y mermelada de melocotón. Entro en el comedor y me dirijo al sofá, pues me apetece ver algún capítulo de una serie mientras desayuno. He quedado con mi madre aquí, en Barcelona, por lo que tengo más tiempo. Pero, antes de sentarme, algo llama mi atención por el rabillo del ojo. Me doy la vuelta y veo una bolsa de regalo roja y dorada debajo del cutre árbol de Navidad que pongo cada año. Hay gente que tiene un don para montar el árbol más bonito del mundo. El mío, sin embargo, parece sacado de una película de Tim Burton.

Tal vez ese paquete sea un regalo de Sebastian para sí mismo. Me acerco despacio y descubro también un papelito en el que pone mi nombre. El árbol es bien feo, pero ahora, con ese paquete en el suelo dirigido a mí, me parece más bonito.

—Puedes cogerlo.

La voz de Sebastian casi me provoca un ataque. Me llevo una mano al pecho y ladeo el rostro hacia él.

—No pretendía asustarte —dice con cara somnolienta.

—¿Es para mí de verdad? —pregunto desconcertada. No comprendo por qué Sebastian Wright me ha comprado un regalo. Sin poder evitarlo, me pongo en lo peor—. No será una broma pesada, ¿eh?

—¿Qué? ¡No! —Alza las manos como si lo que he dicho fuera algo terrible.

—Yo no tengo nada para ti —le confieso avergonzada.

—No es necesario. Ya estás dedicando tu tiempo a ser actriz para mí. —Se ríe, y me uno a él.

—Pero tú también estás haciéndome el favor.

—En realidad, yo me ofrecí y te propuse el trato. —Señala el regalo—. ¿No vas a abrirlo?

Asiento y abro la bolsa. Dentro hay dos paquetes, uno que asemeja un libro y el otro más blandito. Me devora la impaciencia y rasgo el papel como una niña emocionadísima el día de Reyes. El paquete blando resulta ser un pijamacamisón de *Friends*. Se me forma una bola de calidez en el estómago. El otro es una edición en tapa dura de *La ladrona de libros*. Me quedo

observando ambos regalos sin saber qué decir, hasta que la calidez que notaba en el estómago se torna cosquilleo.

—¡Vaya, Sebastian! Yo... Muchas gracias. Esto es... —Alzo el libro y el pijama, y sonrío como una tonta—. Es una auténtica pasada.

—No es nada, de verdad. —Se rasca la barbilla un tanto incómodo.

—Ahora, ¿qué te regalo yo? Si tú pareces tenerlo todo... —Se me escapa una risa nerviosa.

—No tengo todo lo que desearía —contesta mirándome de un modo que me deja muda.

¿Qué... qué ha querido decir? No creo que sus palabras tengan nada que ver conmigo, ¿no?

—Pues una tarde te invito a algo, ¿vale? —propongo para cambiar de tema porque me niego a ponerme nerviosa.

—De acuerdo.

—Lo haría hoy, pero en nada me voy a encontrarme con mi madre para intercambiarnos regalos y esta tarde debo ponerme a estudiar a tope.

—¿Cómo lo llevas?

No tengo claro si del Sebastian Wright frío, borde y prepotente hemos pasado al cordial o a uno que siente interés sincero y real. Me gustaría decantarme por este último.

—Bien. Creo que puedo hacer un buen examen. En cuanto al otro que tengo la semana que viene, ¡ya veremos!

—¿Eres de esas que se queja de que va a suspender y luego saca la mejor nota? —inquiére con un brillo divertido en los ojos.

—Culpable. —Levanto las manos como rindiéndome. Nos echamos a reír—. Bueno, voy a... voy a desayunar, ¿vale? —Señalo con ambos índices mi tostada—. En nada tengo que irme.

Sebastian asiente. Voy a proponerle si le apetece desayunar conmigo, aunque sea rápido, pero se me adelanta:

—Me marchó a correr un rato. Feliz día de Reyes, Eva.

—Feliz día de Reyes, Sebastian.

Tarda unos segundos más en darse la vuelta, como si quisiera decirme algo. Cuando se mete en el cuarto de baño, estrujo los regalos contra mi pecho como una tonta.

¡Que empiece el espectáculo!

«Acción que causa escándalo o gran extrañeza».

La vuelta a las clases y a la rutina en enero siempre se me hacen un poco pesadas y duras. Por una parte, todos esos exámenes agolpados tras las fiestas. Por otra parte, lo cercano que está el aniversario del fallecimiento de mi padre. Encima, el día de Reyes discutí con mi madre por ese asunto. Casi todos los años ocurre lo mismo: propone ir a comprar flores juntas para la tumba de papá. Luego me pregunta si iré al cementerio y contesto que no, y ahí se queda la cosa. Me entran ganas de llorar porque no soporto entrar en el cementerio y plantarme ante una lápida donde tan solo hay unos restos. Para mí, mi padre ya no se encuentra ahí.

Este año mamá ha insistido más. Como sabéis, Ernesto también se unió a la cita del día de Reyes. El chocolate caliente se alargó y mi madre propuso que los tres fuéramos a comer algo rápido.

Estábamos tomando ya los postres cuando sacó el tema.

—Ernesto y yo hemos decidido que, esta vez, él también venga a visitar a tu padre al cementerio, Eva. —Guardó silencio—. Me gustaría que nos acompañaras, hija.

Me puse tensa. Cogí la cuchara del postre y aparté unas miguitas, sin atreverme a sostenerle la mirada.

—Eva, estoy hablándote —insistió en un tono de voz más duro.

—No voy a ir, mamá —respondí sin alzar aún la cabeza.

La oí suspirar.

—Es importante para mí, cariño.

Quería confesarle el profundo dolor que se me instalaba en el pecho simplemente con pensarlo. No me dejaba respirar. Recuerdo a la perfección la única vez que la acompañé al cementerio: creí que iba a explotar allí mismo, que iba a romperme en pedazos. Pasé unos días con todo el cuerpo dolorido, como si tuviera una gripe. Pero no me atrevía a confesárselo. Cada vez que lo intentaba, se me formaba un nudo en la garganta.

—Es una manera de demostrarle nuestro amor...

—¿Cómo voy a demostrárselo? Él no está —la corté, molesta—. ¿Acaso le quiero menos por no ir allí? ¿Por no cumplir una tradición?

—Por supuesto que no, Eva —replicó mi madre pestañeando.

Ese día, como otras veces, noté que no está completamente de acuerdo conmigo. Nuestras opiniones suelen ser distintas, por eso siempre hemos chocado.

—Solo piénsalo, ¿vale? Me haría feliz.

El nudo en la garganta creció. Me marché en cuanto terminamos el postre y llegué a casa con lágrimas en los ojos, pero no logré llorar y esa bola en la garganta creció más y más. Necesitaba un berrinche. Durante los primeros meses tras la muerte de papá lloré mucho y luego todas esas lágrimas se esfumaron. ¿Me quedé seca? No lo sé, pero, en ocasiones como la del día de Reyes, necesitaba volver a hacerlo y las lágrimas no se derramaban.

—Hola.

Me doy cuenta de que estoy en la cafetería de la facultad y que me he perdido en mis pensamientos. Levanto la cabeza del táper y saludo a Sebastian. Se queda plantado al otro lado de la mesa que he ocupado y me mira como si quisiera sentarse. Le señalo la silla de enfrente con la mano y, con un gesto extraño, toma asiento. Lleva un plato con una ensalada y una botella de agua. Me fascina que coma tan sano, yo nunca lo consigo.

—No has pasado hoy por el despacho.

—Tenía un examen...

—El segundo de tu tanda.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero asombrada.

—Oí que se los enumerabas a Rafa antes de las vacaciones de Navidad —dice, para luego añadir—: ¿El de hoy era el de Gramática histórica?

Por poco no se me cae el tenedor. Menuda memoria tiene. Aunque eso no es lo que me sorprende más, sino que prestara tanta atención a lo que yo le contaba a Rafa y que..., bueno, que retenga esa información como si fuera importante.

—Sí, era ese. Se ha alargado más de lo que esperaba, así que hoy pasaré por el despacho después de comer.

—¿Qué tal te ha ido? Espera, déjame que lo adivine: «No me ha ido mal, pero no estoy segura de haber sacado buena nota». —Compone una sonrisa traviesa.

Contra todo pronóstico, su pulla no me molesta. No la siento ya como una burla hacia mí, sino como un juego que, en el fondo, me gusta. Un juego entre los dos.

—¿Y cómo fue la clase que tenías que dar de la asignatura de Nuria en cuarto curso? ¡Ah, sí! ¡Ya sé! «Esos alumnos deberían agradecerme la mejor lección de su vida» —afirmo simulando una voz más grave que la mía, como si realmente fuera él quien lo dice.

Sebastian se frota la nariz y, por una diminuta rendija entre sus dedos, veo su sonrisa.

—¿Sabes que con el pijama que te regalé pareces una niña?

—No quiero pensar mal —replico con sarcasmo.

Su sonrisa se ensancha al tiempo que se mordisquea el labio inferior. Luego remueve su ensalada y se lleva el tenedor a la boca.

—¿Estás bien? —dice después de tragar.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Te he visto desde la cola de la caja y me ha parecido que estabas seria.

—Son tonterías.

Sebastian me mira con una ceja arqueada. Se mete un pedazo de tomate en la boca, bebe agua y al fin me dice:

—Ya sé que tienes a Celia y a Daniel para desahogarte, pero... —Se encoge de hombros—. La verdad es que también me das algo de miedo cuando estás tan seria —susurra como en una confesión.

Me echo a reír y le lanzó una servilleta limpia que él esquivo con agilidad como el perfecto *quarterback* que sería en Estados Unidos en su adolescencia.

—Capullo.

Mientras jugueteo con mi comida alzo la vista de manera disimulada y lo miro. Su forma elegante de masticar. Las casi invisibles pecas de su nariz. Su seriedad repentina. Últimamente lo noto diferente. O quizá soy yo, no sé. Pero... pero lo veo. Sí, es como si lo estuviera viendo por primera vez. Y pienso que tal vez esa prepotencia suya, la frialdad de sus ojos y todo lo demás a lo mejor se deben también al ambiente en el que ha crecido. Uno que no le gusta y que quiere dejar atrás para encontrar su camino. Y, entonces, pensando en todo esto, me entran ganas de desahogarme con él.

—Es por mi madre —suelto de repente, y Sebastian centra su atención en mí—. El otro día me insistió en que la acompañara al cementerio por el aniversario de la muerte de mi padre. Ella va todos los años y yo no. No me gusta ir al cementerio —confieso.

Sebastian estudia mi rostro angustiado unos segundos.

—¿Por qué no?

No hay rastro de juicio en su pregunta, tan solo un sincero deseo de saber. Cojo aire y lo suelto antes de contestar.

—La vez que fui... sentí que iba a romperme... aquí. —Me doy un golpecito en el corazón—. Me dolía tanto que no conseguía coger aire. Creo que me olvidé de respirar. Todo me daba vueltas. Solo podía pensar en que lo que había en esa lápida ya no era mi padre. —Vuelve la sensación de presión en mi garganta—. Para mí un cementerio no es el verdadero lugar donde recordar a un ser querido. Ni siquiera me parece que deba ser un lugar, sino un conjunto de recuerdos que pueden ser nimiedades de la vida diaria. No sé..., su olor al gel de afeitado cuando

me despertaba por las mañanas para ir al colegio; regalarle cada año por Navidad una caja de bombones Nestlé porque le volvían loco; encontrarme en la cocina, cuando me mudé a ese piso, una taza con la frase Eres mi superhéroe; comer en el bar al que te llevé; los acordes en la radio de su canción favorita. Esos... esos son los recuerdos que me asaltan de repente y hacen que lo note cerca de mí. Me estrujan el corazón, son viscerales, pero no me duelen. Me hacen sentir nostalgia y sonreír.

Sebastian pestaña y asiente. Leo comprensión en su mirada y me siento menos sola.

—Cuando estaba en secundaria empecé a juntarme con gente con la que no debía. Pero una vez los acompañé a jugar al baloncesto y allí conocí a Demond, de origen afroamericano. No era como los otros, pero también provenía de una familia desestructurada y de un barrio difícil. Se convirtió en uno de mis mejores amigos, aunque nos veíamos a escondidas porque sabíamos que ni sus padres ni los míos aceptarían esa amistad. —Se calla un momento, humedeciéndose los labios, un poco resacos—. Me presentó a otros chicos en su misma situación. Me gustaba más estar con ellos que con la gente de mi colegio. Me divertía y sentía que teníamos más cosas en común... Tenía amistades desde que nací, casi impuestas por mi padre, pero con Demond era distinto. Con él podía ser yo. Demond y yo fuimos amigos durante tres años, aunque me parecía que lo conocía de siempre. Él me llamaba «hermano» y nunca nos importó nuestra raza. —Echa la cabeza hacia atrás y suspira. Cuando me mira, tiene los ojos brillantes—. En una revuelta, la policía lo mató.

Su confesión me provoca un tirón en el estómago. Por la expresión de su cara diría que le duele aún. Si pienso en el Sebastian que conocí a finales de octubre jamás habría imaginado que estaríamos los dos aquí hablando de la muerte de dos seres queridos.

—La cuestión es que ni siquiera fui a su funeral. Le defendieron, incluso aquellos que alguna vez le atacaron, cuando ya estaba muerto. No me atreví a ir porque quería mantener el recuerdo real que tenía de él, y no era todo ese despliegue de falsedad de gente que incluso podría haberle ayudado y evitar que lo mataran y no lo hizo porque era negro y pobre.

—¿Y te has arrepentido alguna vez de no haber asistido?

—No —contesta con seguridad—. Porque sé lo importante que Demond era para mí de cualquier forma y también sé cómo le habría gustado a él que lo recordara. Lo he hecho cada año desde que murió. Aunque este, al estar aquí, no podré. —Esboza una sonrisa triste. Le interrogo con la mirada para que me cuente—. Cada tercer lunes de enero se celebra el día de Martin Luther King. Cuando nos hicimos amigos, comenzamos a pasarlo juntos. Asistíamos a los desfiles y cenábamos juntos. Yo decía a mis padres que iba con mis amigos de secundaria. De cara al público, debido a sus negocios, mi padre tenía que mostrar solidaridad con esta conmemoración. De puertas para adentro, es un intolerante con mucha gente. —Se le ensombrece el rostro.

—Este año el aniversario de la muerte de mi padre cae un día después de esa celebración —murmuro al pensarlo.

—Entonces esos días estaremos más huraños de lo normal, ¿no?

Me echo a reír. Una vibración en el móvil por unos mensajes me hace desviar la mirada, pero entonces descubro la hora que es y suelto una exclamación. Quería ir al despacho en cuanto terminara de comer para regresar pronto a casa y estudiar. Cierro mi táper medio vacío y lo meto en la mochila.

—Voy a trabajar un poco —le digo.

Sebastian se levanta también y deja su bandeja en uno de los carritos disponibles. Sin mediar palabra, me acompaña a la salida de la cafetería y nos dirigimos a la escalera. Desbloqueo el móvil para curiosear los mensajes. Hay uno de Víctor. Anoche me escribió para preguntarme si nos veíamos y le contesté que estaba muy ocupada.

Ocupada con Sebastián?

Jaja... Tía, no sabía que te gustaban los pijos.

Pero, eh, parece buena gente

Se las ha querido dar de gracioso y la verdad es que no me ha hecho ninguna gracia. Chasco la lengua y bloqueo el móvil. Reparo en que Sebastian está mirándome con el rabillo del ojo.

—Era Víctor —digo alzando el teléfono.

—¿Está funcionando el plan?

—Pues eso parece... —contesto y, para mi sorpresa, me doy cuenta de que la idea no me emociona demasiado—. ¿Y con tu padre?

—No mucho. Me temo que no se cree que seamos pareja. No ha hecho mucho caso.

Se saca el móvil del bolsillo y entra en WhatsApp. Me enseña la conversación del chat familiar: su hermano ha enviado una captura de una de las fotos que pusimos en Instagram y ha preguntado que quién soy. Sebastian ha contestado que una compañera de piso y ha añadido el emoticono de la carita guiñando un ojo. Su cuñada ha puesto el de la cara sonrojada. Sus padres no han participado en la conversación.

—A lo mejor están enfadados —opino.

—No, créeme que si lo estuvieran... Bueno, si mi padre lo estuviera ya me habría llamado como un energúmeno.

—¿Y por qué no lo llamas tú? —propongo. Llegamos a la planta del despacho y le agarro del brazo para detenerlo—. ¿Por qué no hacemos una videollamada? Dijiste que podía ser una posibilidad.

—¿Ahora?

—Son las cinco aquí... ¿Tu padre estará levantado ya?

—A las seis de la mañana en San Francisco le suena el despertador, así que sí.

—¿Qué mejor manera de darle los buenos días que presentándole a tu novia? —Esbozo una sonrisa inocente, y Sebastian me acompaña en un gesto cómplice—. ¡Improvisemos!

—OK..., improvisemos —repite asintiendo con la cabeza—. Pero voy a llamar a mi madre. A ella alguna vez la telefoneo... A él nunca. Sería raro.

Sebastian marca la opción de videollamada en WhatsApp. Tras unos cuantos tonos, aparece en la pantalla una mujer morena bastante atractiva con una media melena de corte escalonado, maquillaje maravillosamente perfecto a esas horas de la mañana en San Francisco y una sonrisa de modelo de anuncio publicitario para un negocio dental.

—*Sebastian! Hi, sweetheart!* —exclama—. *How are you?*

La imaginaba más estiradilla, con un tono de voz grave, pero lo cierto es que suena maternal y agradable al saludar a Sebastian con ese «cariño» y al preguntarle qué tal está.

—*Fine. I'm in college right now.* —Sebastian carraspea y pregunta—: *We can speak in Spanish? There is someone who...*

—¡Oh! No os preocupéis por mí —le corto.

—Mi madre sabe hablar español y lo entiende a la perfección. Recuerda nuestros viajes a España —me dice Sebastian. Lo noto algo tenso y, no sé por qué, vuelvo a tocarle el codo en un intento de transmitirle seguridad.

—Ella es tu compañera de piso, ¿no? —La mujer ladea el rostro hacia mí con una sonrisa, aunque, incluso a través de la pantalla, aprecio que está analizándome. Y no puedo evitar ponerme algo nerviosa, a pesar de que no tengo ningún motivo.

—Sí, es Eva.

—Encantada —digo.

—Igualmente, Eva. Yo soy Catherine Wright. ¿Cómo se comporta mi hijo? ¿Es amable contigo?

—Oh, sí. Al principio era un poco desagradable, pero va a mejor —respondo, y noto que mis mejillas se calientan.

«Mierda, ¿por qué he soltado esto?».

Por suerte, veo con el rabillo del ojo que Sebastian ha esbozado una pequeña sonrisa.

—¿Papá está por ahí?

—Pues... ¡Ah, mira! Acaba de llegar para tomar su café y marcharse a toda prisa. —La señora Wright estira el cuello hacia la izquierda de la pantalla—. *Mark, honey! I'm talking with Sebastian!*

—*What does he want now? If it's not to give me a yes to what I proposed, I'm in hurry.* —

Oímos una voz potente y malhumorada al otro lado de la línea. Me ha parecido entender que si no es para darle una respuesta afirmativa a lo que propuso, que tiene prisa.

La señora Wright pestaña y vuelve el rostro hacia la cámara con una sonrisa de disculpa. Sin embargo, a pesar de sus palabras, la cara del señor Wright asoma también segundos después. Es un hombre de unos cincuenta y tantos años muy atractivo. A decir verdad, tanto Sebastian como su hermano se parecen mucho a él, salvo que Mark Wright ya no tiene el pelo castaño, sino unas canas que luce con elegancia.

—Sebastian —murmura únicamente.

—Hola.

De inmediato la mirada fría del hombre recae sobre mí. Por un instante, pienso en la de Sebastian al principio de conocernos. Pero incluso entonces no era como la de Mark Wright. La de este hombre es gélida, incisiva.

—Esta es Eva.

—¿Qué tal, señor Wright?

—Su compañera de piso —musita en tono desagradable.

Pues quizá no ha ignorado las fotos tanto como cree Sebastian... Así que, para seguir con el plan, pongo en marcha mis dotes interpretativas.

—Joder, cómo mola ese traje que lleva. Debe de haberle costado un huevo. Aunque, si le soy sincera, no me gustan mucho los trajes porque siempre pienso en pingüinos. —Callo un instante y después termino—: Mira, mejor te voy a tutear porque creo que tú y yo nos llevaremos muy bien.

Las caras de la señora Wright y de su esposo son un poema. Sebastian, a mi lado, se tensa aún más. Pero cuando lo miro de reojo descubro que se está aguantando la risa. Mark Wright tuerce el gesto y posa los ojos en su hijo, ignorándome.

—Espero que durante tu estancia en España estés ocupando el tiempo en algo provechoso y que tus amistades no interfieran en...

—Eva no es solo mi amiga, es mi novia —dice Sebastian.

Y a mí, aunque sé que todo esto es mentira y que me importa un bledo, se me forma un cosquilleo en el estómago al oír esa palabra.

—Vamos, Sebastian... —El señor Wright compone un gesto condescendiente—. La última vez que te vi con una mujer ni por asomo se parecía a...

Pero Sebastian no le deja acabar. De repente se vuelve hacia mí y, cuando comprendo lo que va a hacer, en realidad ya lo está haciendo. En un suspiro sus labios han chocado con los míos. Un beso suave, casi nada. Pero después, supongo que para fastidiar más a su padre, el beso cambia. Ahora es más... tórrido. Cierro los ojos. Una mano de Sebastian me atrapa de la nuca y me atrae hacia él. Su boca empuja contra la mía, hasta que no puedo hacer otra cosa que

entreabrir los labios y, por una milésima de segundo, noto la punta de su tibia lengua rozando la mía. Durante ese breve instante no puedo pensar en nada más. Todo huele a Sebastian. Entonces oímos un carraspeo y nos apartamos, pero al abrir los ojos veo que él aún los tiene cerrados y que parece querer más. No, eso es imposible, ¿verdad? Pero es que... es que, joder, a mí no me importaría que esto hubiera durado todo el tiempo del mundo. Y no sé cómo debo sentirme con respecto a eso.

Al volvernos hacia el móvil descubrimos que su padre ha cortado la llamada. Dibujo una sonrisa triunfal, pero Sebastian se mantiene serio. Oh, no... ¿Ya vamos a lo de siempre? Sin embargo, no es así, simplemente se guarda el móvil.

—Algo habrá funcionado, ¿no?

—Seguro que tu padre tiene pesadillas esta noche con ese beso —bromeo.

—¿Te ha molestado?

—¡Claro que no! Sabía que podía pasar. —Estoy mintiendo en parte porque me convencí de que no sería necesario llegar a ese punto—. Solo estábamos actuando.

—Claro —contesta en voz baja.

Ninguno dice nada más. Echamos a andar a la vez y por poco no nos chocamos.

Durante todo el rato que me quedo en el despacho no logro avanzar. Lo único que hago es levantar la vista de manera disimulada hacia Sebastian y, siempre, está mirándome.

Al final tengo que reconocer algo: el beso de Sebastian Wright y las confidencias anteriores me han encantado.

En un momento dado abandona el despacho y sé que va en busca de sus M&M's favoritos. Pero lo que no sabe él es que le tengo preparada una sorpresa. Saco de mi mochila una bolsa con purpurina roja y dorada y digo a Rafa que enseguida vuelvo. Me escabullo a la planta de abajo en busca de Sebastian. Me oculto tras la esquina y lo encuentro plantado ante la máquina, en la que no hay ni un paquete de chokolatinas. Abandono mi escondite y me acerco a él, que, al oír mis pasos, se da la vuelta. Llevo la bolsa a la espalda para que no la vea.

—¿Hemos vuelto al juego de incordiarlos y no me he enterado? —me pregunta con seriedad.

Está claro que no le hace ninguna gracia. Disimulo una sonrisa y, como no puedo aguantarme más, le muestro la bolsa. Sebastian arquea una ceja y me mira sin entender.

—Cógela, es para ti —insisto.

Adelanta un brazo y la toma de las asas. Vuelve a mirarme con extrañeza y luego abre la bolsa. Le cambia la cara al descubrir su interior: paquetes de M&M's.

—Compré todos los que había en la máquina para que nadie te los quitara. Es mi regalo de Reyes. Una tontería, pero...

—Gracias, Eva. Es un regalo estupendo. —Esboza una sonrisa tan ancha que el corazón se me acelera. Hasta ahora jamás le había visto sonreírme así.

—Pero racionales, ¿eh? ¡No te los comas todos de golpe! —bromeo para intentar que mis latidos se normalicen.

Sebastian abre un paquete sonriendo todavía. Me lo acerca y cojo un M&M. Él hace lo propio. Nos los comemos sin dejar de mirarnos. Y no sé si está pensando en la vez en que estuvimos en este mismo lugar y su boca rozó mis dedos, o en la noche de la cena con Víctor, en el beso mientras bailábamos salsa o en este último que nos hemos dado, aunque solo fuera fingido. Porque a mí todos esos momentos se me agolpan en la mente y no me dejan pensar.

Tan solo puedo perderme en los ojos de Sebastian Wright.

**«Envidia propia de los niños». Vale, vosotros ganáis, quizá sea un poco
niñata e inmadura y me deje llevar por los sentimientos.
Pero voy a arreglarlo, ¿vale? En serio, lo haré...**

Rafa y yo estamos repasando uno de los textos medievales que se incluirán en el libro que va a editar con los trabajos de sus alumnos del máster. En un momento dado, a mi tutor se le dibuja una ancha sonrisa bajo el bigote y lo miro con curiosidad.

—Eva, me has ayudado mucho con esto, así que he decidido que, aunque aún no seas alumna del máster de Estudios hispánicos, de igual modo incluiré tu nombre entre los colaboradores del libro —me anuncia.

El corazón se me echa a latir a la carrera. ¡No me esperaba algo así! Es una noticia muy buena porque tanto si al final me dedico a la investigación como si opto por la docencia, las publicaciones universitarias son un modo de engrosar el currículum.

—¡Te lo agradezco en el alma, Rafa! Ha sido toda una sorpresa —contesto completamente emocionada.

Me da unos golpecitos cariñosos en la mejilla y rodea su escritorio para tomar asiento, con el texto ya finalizado para enviarlo a la editorial junto con los otros. No me creo que mi nombre vaya a aparecer en un libro de teoría lingüística y literaria al lado de catedráticos, profesores, investigadores y alumnos de máster. De repente siento unas ganas inmensas de contárselo a Sebastian.

—¿Cómo te están saliendo los exámenes, Eva?

—De momento sé dos notas, y son buenas —respondo—.

Veremos cómo me va con el tuyo. —Sonrío de manera nerviosa.

—¡Con los míos nunca tienes problemas! —Rafa se ríe y luego, al tiempo que se acaricia el bigote, me pregunta—: ¿Qué tal todo con Sebastian?

—Pues... bien, muy bien —contesto, sorprendiéndome a mí misma de que ahora sea verdad.

—Desde el principio congeniabais, pero últimamente os noto distintos —observa mi tutor.

«Si tú supieras...», pienso aguantando una sonrisa.

—Ya llevamos conviviendo casi tres meses —digo, y reconozco que, al final, han pasado rápido.

Rafa y yo volvemos a nuestros asuntos. En un momento de descanso apoyo los codos en la mesa y contemplo el escritorio vacío de Sebastian. Hoy está en unas jornadas literarias de animación a la lectura en un instituto acompañando a Nuria. Lo cierto es que se me hace raro no tenerlo ahí delante con su semblante serio y concentrado. Con la arruguita esa que se le forma en el ceño cuando no está de acuerdo con algo de lo que lee. Con ese tira y afloja que, no sé por qué, ya no me saca tanto de quicio.

—Eva —me llama Rafa, y desvío la mirada hacia él—. El martes es una fecha importante para ti. Si quieres, puedes tomarte el día libre en el despacho.

—No hace falta, estaré bien.

Sebastian también se sentirá nostálgico el día anterior. Por eso he estado pensando que podríamos intentar hacer algo los dos relacionado con los recuerdos de nuestros seres queridos ausentes. No sé si proponérselo o directamente darle una sorpresa.

Hoy es viernes y, como de costumbre, salgo antes de la facultad, pero tengo clases con una chica coreana nueva. Me paga muy bien la hora, ya que quiere presentarse al examen DELE (Diploma de Español como Lengua Extranjera). Al ser unas clases en las que se necesita más concentración, las haremos en mi piso, aunque hoy hemos quedado en la puerta de la facultad —ella estudia también aquí— e iremos a la cafetería para hacerle una prueba de nivel y hablar de la metodología.

Una hora y media después termino la clase de prueba con la sensación de que ha ido muy bien y que la chica está contenta. Nos veremos de nuevo el próximo miércoles ya que quiere dos clases a la semana porque se ha propuesto presentarse a la convocatoria de mayo del B2. Tiene un buen nivel, pero debe corregir algunos errores y mejorar ciertos aspectos, sobre todo el oral.

Me quedo unos minutos en la cafetería para terminarme la segunda Coca-Cola que me había pedido y, en cuanto me la termino, recojo los libros y me dispongo a salir. Por el ventanal acristalado distingo a Sebastian en el exterior. Ya soy capaz de reconocer sus andares: seguros y rápidos, como si siempre tuviera prisa, a pesar de que es una persona extremadamente puntual. O tal vez lo sea gracias a eso.

Cruzo al trote el espacio que nos separa para alcanzarlo.

—¡Sebastian!

Se da la vuelta y, sin poder evitarlo, exclamo con emoción:

—¡Rafa incluirá una de mis correcciones en el libro que va a publicar!

Sebastian no se sorprende, como si le pareciera algo lógico.

—Eso es estupendo, pelirroja. ¿Cuántas fotocopias le has tenido que hacer para conseguirlo?

Finjo que me ha incordiado, aunque si soy sincera ya no me molesta porque de un tiempo a esta parte su manera de decirme algo como eso no es prepotente ni malintencionada. Y no lo acabo de entender, pero tal vez debo aceptar que no es posible ni necesario comprenderlo todo, sino simplemente vivirlo. Lo único que sé es que hay ciertos aspectos de Sebastian, ciertas cosas que hacía o decía, y que yo detestaba, que ahora me hacen gracia o que las veo con ojos distintos. ¿Será posible que, al final, acabemos convirtiéndonos en amigos?

—¿A cuántos cafés has tenido que invitar tú a Nuria para que te lleve a las jornadas de hoy? —le chincho, acercándome más a él para enfatizar la broma con un leve empujón. Una corriente eléctrica se extiende por todo mi brazo.

De repente, noto que su expresión cambia. Mira mi mano y su cuerpo se tensa, pero no se aparta. Soy consciente de que nos encontramos bastante cerca y, aun así, yo tampoco quiero separarme. No sé si es mi imaginación, no sé si estoy ciega, pero me parece que Sebastian alterna su mirada entre la mía y mis labios, y entonces me pongo a recordar y mi cuerpo se tensa también.

¿Por qué no paro de pensar en lo que me gusta que hable tan bien español? ¿Por qué me parecen tan sexis su inteligencia y el tema de su tesis? ¿Por qué huele tan malditamente bien?

—No deberías arrimarte tanto a mí, pequeña pelirroja —suelta, y me arranca de mis rayadas mentales. Su intención era que sonara a broma, pero hay algo en su mirada seria que me indica que también hay parte de verdad.

—¿Y eso por qué? —inquiero poniendo los puños en las caderas—. ¿Sebastian Wright oculta un lado oscuro? ¿Eres, en realidad, un hombre lobo que me va a comer?

Se mantiene muy serio unos segundos, hasta que se le dibuja una sonrisa en el rostro. Y es una de las sonrisas más sensuales y granujas que haya visto nunca. Su rostro se viene hacia mí, pero me mantengo en mi sitio. Se me acelera la respiración. Aprecio que la suya también es más caótica.

—Tienes suerte de no ser una oveja, ¿verdad?

Sus labios se encuentran peligrosamente cerca. Recuerdo su tacto en las dos ocasiones en que los tuve sobre los míos. Pero no alcancé a distinguir su sabor porque no fue tan largo. ¿Quiere decirme con eso que jamás me besaría de no ser por el trato? Entonces ¿por qué me mira la boca de este modo?

—Desde luego —murmuro con voz trémula.

Borra la sonrisa. Se aparta de súbito y se despide con un gesto de la cabeza. Dejo escapar un suspiro. El corazón me va tan rápido que creo que se me saldrá del pecho.

—Cuando ahora nos metemos el uno con el otro no es para nada igual que antes. Es como...

como si él estuviera esperando mis contestaciones. Como si le gustaran. Y, desde luego, a mí me gustan —confieso a Celia y a Dani mientras metemos una pizza en el horno.

—Se llama tensión sexual —anuncia él en plan sabihondo.

—Nos detestábamos hasta hace nada —le recuerdo.

—Tú, que eres filóloga y futura lingüista, habrás oído eso de que del odio al amor hay solo un paso, ¿no?

—Aquí no hay nada de amor —protesto.

—Después de un sentimiento tan visceral como es que alguien no te caiga bien, es normal pasar a otro igual o más visceral: la atracción.

—Yo no...

Me callo. Me asusto. ¿Por qué ya no puedo negar con rotundidad que Sebastian no me atrae ni un pelo? Disimulo mi silencio sacando del microondas la salsa de queso que he calentado para los nachos.

—No es tan extraño, Eva —me dice Celia con una sonrisa—. Estáis compartiendo mucho tiempo juntos y tenéis cosas en común.

—También muchas otras que no.

—Pues los polos opuestos se atraen, como sabes —interviene Dani, y cambia el gesto por uno de desagrado—. Como Víctor y tú...

—¿Por qué te sientes mal? —pregunta mi amiga. Voy a contestar que no se trata de eso, pero ella se me adelanta—. ¿Es por Víctor?

—¿Qué? No.

—Por cierto, ¿qué es eso sobre un concierto que comentaste por encima en el chat? —quiere saber Dani.

—Su grupo y él han conseguido tocar en un local y me ha invitado a ir —explico, y saco el móvil para enseñarles el mensaje que Víctor me envió hace un par de días.

Dani pone los ojos en blanco y me arrebata la salsa de queso de las manos.

—¿Para qué leches quiere que vayas?

—Son amigos —le recuerda Celia en un tono de voz más adecuado para usarse con un niño.

Dani la mira como si fuera un bicho raro.

—¿Aún seguimos con esas? Creo que, en realidad, jamás lo fueron...

—Volvéis a hablar de mí como si no estuviera aquí —les corto.

Celia coge la bolsa de nachos y nos vamos al comedor mientras termina de hornearse la pizza. Nada más ocupar nuestros sitios habituales en el sofá para nuestra sesión mensual de *Friends*, oímos unas voces fuera del piso. La puerta se abre y, sin duda, una es la de Sebastian y la otra pertenece a alguien de sexo femenino. Mis amigos me lanzan una mirada de reojo. Intento

mantenerme imperturbable, pero cuando Sebastian y la chica se asoman al salón para saludarnos, el estómago se me contrae.

—Hola, a todos. Ella es Laura, una compañera del departamento. —Sebastian nos presenta a una morena un poco mayor que yo de aspecto delicado. Ella nos saluda con la mano y una sonrisa—. No os molestaremos, solo voy a prestarle unos libros.

Dani y Celia sonríen también, y me limito a asentir con la cabeza.

«Así que esta es la chica con la que ya ha quedado en otras ocasiones...».

—Es muy guapa —susurra Celia en cuanto entran en el dormitorio.

Nuestro amigo le asesta un codazo.

—Pero no es pelirroja, ni friki ni un genio de la lengua —dice con una sonrisa llena de dientes.

—Estáis dando más importancia al asunto de la que tiene porque os habéis montado una película con respecto a Sebastian y a mí que no es.

Pero algo me aprieta en el pecho. Enciendo el televisor, pongo Netflix y luego busco la serie.

—¡Oh, sí! —chilla Dani con emoción cuando vemos el inicio del capítulo—. Aquí es cuando quieren quedarse con el apartamento más grande y todos los amigos se enfrentan en un Trivial. ¿Os acordáis?

Celia y él se ponen a hablar, pero yo tengo la cabeza en otra parte. ¿Por qué tardan tanto para coger unos libros? Joder, ni siquiera debería pensar en ello y mucho menos darle vueltas.

Poco después Sebastian vuelve a asomarse para anunciar que se marchan.

—Voy a acompañarla hasta la parada de metro.

Vaya, si es todo un caballero... Me asesto una bofetada mental por mi sarcasmo. La verdad es que me parece una buena idea que la acompañe. No es que sea muy tarde, pero una nunca se puede fiar.

Estoy segura de que Dani y Celia se mueren por soltar un comentario, cada uno a su manera, pero, quizá porque notan algo distinto en mí, se mantienen callados viendo la serie. De repente huelo a quemado.

—¡La pizza! —exclamo.

Corro a la cocina y, al abrir el horno, me rodea un humo denso que me provoca tos. Celia me pregunta si necesito ayuda.

—¡No, tranquilos!

La pizza está carbonizada. Suelto un suspiro y entro en una aplicación para pedir comida a domicilio. Mientras lo hago continuo pensando en lo que ha sucedido hace unos minutos. Que no tiene por qué ser nada, que a lo mejor la tal Laura es solo una amiga para Sebastian y que a mí debería darme igual. Pero, maldita sea, me causa cierta molestia y me siento mal por ser tan imbécil. Por unos segundos recuerdo nuestros besos: uno raro y el otro falso. Luego los imagino besándose, un beso apasionado y real, y me lleno de otro sentimiento visceral: cabreo.

Entro en WhatsApp y escribo a Víctor diciéndole que sí iré al concierto. Creo que sé por qué estoy haciendo esto y no acaba de gustarme del todo esta Eva, pero mis emociones son más fuertes que yo.

Joder, ¿voy a convertirme en alguien como Víctor?

¿Y no se suponía que la relación falsa entre Sebastian y yo era precisamente para incordiar a Víctor... y no al revés?

Lección

«Amonestación, acontecimiento, ejemplo o acción ajena que, de palabra o con el ejemplo, sirve de enseñanza a otros». ¿Quién iba a decirme a mí, hasta hace poco, que Sebastian Wright me daría una lección de vida?

El martes siguiente tengo un ligero dolor de estómago, el mismo de todos los años cuando mi cuerpo y mi cabeza entienden que es el aniversario de la muerte de papá. Y en esta ocasión se me acentuó más cuando ayer mi madre me envió un wasap preguntándome si al final iría al cementerio. No le contesté.

Me tumbo en la cama para ver si se me pasa un poco el malestar. Rafa me ha enviado a casa quince minutos antes de mi hora. Me ha dicho que tenía mala cara, que me veía pálida. Sebastian estaba enfrente, en su escritorio, y me ha mirado de manera disimulada al oírlo. Cuando me he ido, me ha parecido apreciar cierta preocupación en su semblante.

Ladeo el rostro hacia el armario. Dentro tengo algo para Sebastian. Lo compré el sábado por la mañana pensando en la historia de su amigo y en que solían celebrar juntos el día de Martin Luther King. Sin embargo, y aunque no sé por qué, ahora me da reparo entregárselo después de verlo con esa chica de su departamento. Al final, no regresó al piso a cenar. Celia y Dani se fueron a las doce y media porque todos estábamos cansados y yo me acosté. Él llegó a casa unos diez minutos después. Desde entonces me he sentido extraña. Quizá se deba a mañana y no a nada relacionado con Sebastian. Cierro los ojos en busca de recuerdos bonitos con mi padre. Lo veo untándose un montón de mermelada de melocotón en su tostada y pringándose la barbilla al darle un mordisco. Esbozo una sonrisa.

Un ruido me saca de mis ensoñaciones. No es hasta pasados unos segundos cuando comprendo que están llamando a la puerta de mi dormitorio. Al abrirla me encuentro con Sebastian. Tiene la respiración agitada, como si hubiera estado corriendo, pero no lleva su chándal, sino sus vaqueros Levi's y la chaqueta oscura de Ralph Lauren que se pone desde que empezó el frío. Supongo que viene de la facultad. ¿Habría pasado algo?

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

—Sí, ¿por...? —Lo miro con incompreensión.

—¿Querías acompañarme a un sitio?

Lo noto inseguro, como cuando dio aquella conferencia. Conmigo jamás se había mostrado así.

—¿Adónde? —inquiero recelosa.

—¿Te gustan las sorpresas, Eva?

Noto unas patitas ascendiendo por mi vientre. No entiendo nada. Quizá tenga que ver con nuestro plan de fingir que somos pareja.

—Me encantan —contesto con sinceridad.

—Entonces vamos, o llegaremos tarde.

—¿Tengo que ponerme algo concreto? —pregunto al tiempo que me señalo el vestido colorido de Desigual.

—Solo una bufanda. Hace más frío. —Me dedica una sonrisa, y no puedo evitar devolvérsela.

También me llevo una sorpresa cuando bajamos y me muestra una bicicleta para dos personas.

—La he alquilado. ¿Sabes montar?

—¡Claro que sí! —Lo miro como si estuviera loco.

Me pongo detrás y dejo que sea él quien nos guíe. No sé adónde vamos, pero poco después de comenzar a pedalear me siento mejor. Más tranquila, con el frescor vespertino azotándome la cara y el pelo ondeando al viento. Delante de mí, Sebastian se mantiene callado, casi podría decirse que en un silencio concentrado. Durante unos segundos contemplo su ancha espalda cubierta por la chaqueta y, de repente, me pregunto cómo sería rodearlo con mis brazos desde atrás. Un calor inaudito me azota el rostro. Se me borra la idea cuando tengo que dejar de pedalear de golpe porque el semáforo se ha puesto en rojo para nosotros. Cuando echo un vistazo alrededor, pienso en que esta zona me suena. En que este camino lo hice muchas veces antes...

Reanudamos el pedaleo y un par de minutos después aparece ante nosotros el Museo de Pintura Contemporánea Can Framis. Mi padre expuso en él en un par de ocasiones, y veníamos los tres —mi madre, él y yo— de vez en cuando a ver nuevas obras de otros artistas. Era uno de sus lugares predilectos y acabó convirtiéndose en uno de los míos también. Lo dejamos atrás y, en unos segundos, Sebastian encuentra una zona para aparcar la bicicleta. Mientras le pone el candado, me vuelvo hacia el edificio con un nudo en la garganta.

—Solo tenemos una hora —oigo la voz de Sebastian a mi espalda.

Me doy la vuelta y lo miro sin poder hablar. Parece saber lo que ocurre porque apoya una mano en mi hombro y me anima a caminar en dirección al museo. Compra dos entradas y me tiende una. La contemplo como si mis manos no me pertenecieran. Entramos en silencio, como si se tratara de un velatorio. Veo que hay un homenaje a Picasso y me dirijo hacia allí, con Sebastian siguiéndome. El nudo que siento en la garganta se afloja y da paso a recuerdos

hermosos en los que papá y yo deambulábamos por estas salas y él me hablaba de arte y de lo que creía que transmitía cada pintura.

Contemplo la obra que tengo delante.

—Nunca había visto esto —murmura Sebastian a mi lado.

—Son tapetes —le informo—, un homenaje a Picasso. Tras el atentado que destruyó la galería Taller de Picasso en 1971, un joven galerista llamado Santiago Palet ideó un homenaje al pintor y muchas personalidades artísticas, no solo pintores, fueron invitadas a crear un tapete. Aquí están todos. —Mi voz transmite la emoción que siento dentro, sobre todo porque a papá le habría encantado ver esto—. Joan Miró, Pablo Neruda, Rafael Alberti... —Voy señalando los tapetes y Sebastian me sigue.

—Siempre me sorprendes —dice, y me vuelvo hacia él, sorprendida a mi vez por sus palabras.

Se crea un silencio entre nosotros, pero no es incómodo. Los ojos de Sebastian me observan desprovistos de la frialdad que lo caracterizaba. Ahora los aprecio cálidos.

—¿Cómo has...?

—Fue Dani. Lo agregué a Instagram —me confiesa con las manos metidas en los bolsillos—. Le pregunté si se le ocurría algo que te hiciera recordar a tu padre de una forma agradable. Cuando te fuiste del despacho, parecías muy triste.

Me mordisqueo el labio inferior. Ladeo la cabeza en dirección a los tapetes y los observo unos segundos. Cuando vuelvo a mirar a Sebastian comprendo que él no ha apartado la vista de mí.

—¿Has hecho esto por mí? —La pregunta me ha venido veloz y la he soltado sin pensar.

Él se muestra titubeante.

—No me gusta vert... No me gusta que la gente esté mal.

Joder, este Sebastian Wright es alguien totalmente distinto al que conocí. O quizá, como él me ha dicho en más de una ocasión, fui una prejuiciosa y di por sentadas muchas cosas. Yo pensando que él era un antipático engreído y al final he sido una imbécil también. Qué paradoja del destino, ¿no?

Damos unas vueltas más por el museo hasta que cierran. Me hace preguntas sobre las obras e intento respondérselas. También hablamos un poco más sobre mi padre y le prometo que le enseñaré alguna de sus pinturas. Volvemos a casa con la bicicleta. Ya ha empezado a oscurecer.

—Yo quiero darte algo —le digo cuando entramos en el piso.

Me espera en el pasillo. Saco el regalo envuelto. Se lo tiendo y me mira con una ceja arqueada.

—Debería habértelo dado ayer.

Sebastian desenvuelve el regalo con mucho cuidado, sin romper el papel. Todo lo contrario a mí, por supuesto. Alza el libro sobre Martin Luther King que le compré.

—Fui a unas cuantas librerías, pero apenas disponían de nada sobre este tema. En una de ellas

tenían un par de libros y me dijeron que este era uno de los mejores —le explico—. Espero que sea así.

Aprecio que le tiembla la mano con la que sostiene el libro. Movida por un impulso, pongo la mía encima. Se me queda mirando con asombro. Aparto la mano de inmediato, recordando a la chica que trajo a casa el otro día.

—Gracias —dice.

—Gracias a ti también —murmuro con una sensación nueva en mi cuerpo—. Lo tuyo ha sido un gesto entrañable.

El silencio vuelve a adueñarse de nuestra conversación. Sebastian no aparta la mirada de mi cara y dibujo una ligera sonrisa nerviosa. No me la devuelve y no sé cómo actuar. Parece querer decirme algo, hacer algo, pero justo en ese momento su móvil suena. Lo saca del bolsillo y me informa:

—Son mis amigos.

—Vale —asiento, y le dejo intimidad marchándome a mi dormitorio.

Lo oigo hablar, aunque lo hace bajito y no le entiendo. Me siento en el borde de la cama pensando en el rato que hemos pasado en el museo. Se me ha hecho muy corto. Y no solo porque me habría gustado estar allí más tiempo para sentirme más cerca de papá, sino porque me habría apetecido charlar más rato con Sebastian... Pasar más rato con él.

—¿Eva?

Me he dejado la puerta entreabierta, con lo que su voz suena muy cerca. Me levanto y la abro. Sostiene el móvil aún y veo que hay tres caras al otro lado de la pantalla.

—Pedí un favor a mis amigos —empieza a decir, y lo escucho con atención—: que fueran al cementerio donde enterraron a Demond y me hicieran una videollamada. No puedo estar ahí ahora en persona, pero...

La voz se le quiebra y un ramalazo de dolor cruza su rostro. De ese modo parece más joven de lo que es, casi un niño. Me entran ganas de abrazarlo y transmitirle mi comprensión. Agacha un momento la cabeza en dirección al móvil. Uno de sus amigos, un chico, dice: «*Do it, brother*». Cuando alza el mentón, me informa en voz baja:

—Vamos a decir una oración por Demond, y luego cerraremos los ojos y pensaremos en lo que compartimos. ¿Quieres acompañarnos? Sé que no lo conociste, pero quizá tú puedas pensar en tu...

—Sí —le corto.

No quiero dejarle solo. Aunque sus amigos estén al otro lado de la pantalla, Sebastian se encuentra a miles de kilómetros de ellos, en un país que no es el suyo. Vamos al salón y nos sentamos en el sofá. Sus amigos son dos chicos y una chica que me saludan con simpatía. Enseguida apuntan con la cámara del móvil hacia la lápida de Demond y empiezan la oración.

Yo no me la sé, pero por dentro hablo con mi padre. Cuando ellos callan y cierran los ojos para pensar en su amigo, yo también lo hago y recuerdo a papá. Y, para mi sorpresa, descubro que no me disgustaría estar en el cementerio, que tal vez no me dolería tanto.

Cuando terminamos, Sebastian tiene los ojos brillantes. Y a mí, a pesar del mal pie con el que empezamos y de que nos hemos llevado a matar hasta hace poco, se me rompe un poquito el corazón al verlo así. Sebastian Wright no es un ser insensible. No es de piedra. Dejándome llevar por la emoción del momento, lo rodeo con un brazo. Cuando me doy cuenta, sus amigos están observándonos con tres sonrisitas. Lo noto muy tieso y lo suelto de inmediato.

—Así que ella es tu novia falsa... —dice uno de ellos en inglés. Es muy rubio y con un tatuaje en el cuello.

—¿Cómo es de falsa? —suelta la chica, de estilo gótico. Es muy guapa y parece simpática.

Se echan a reír.

—Tu padre estará echando humo.

—El otro día me escribió, y no para nada bueno —contesta Sebastian.

Eso no lo sabía. En ese momento su amiga, que se presenta como Noa, me pregunta cómo me llamo y me felicita por ser capaz de aguantar a Sebastian tanto tiempo en dos lugares distintos. Pasamos un rato hablando y riéndonos, comentando anécdotas de su amistad y charlando sobre las diferencias entre estadounidenses y españoles. Uno de los chicos, el que se llama Dylan y es más moreno de piel, tiene orígenes sudamericanos y habla español. Noa y el otro también entienden algo.

Mientras ellos sueltan carcajadas y se lanzan pullas los unos a los otros, aprecio que Sebastian está relajado y contento. Comparten una gran complicidad. Y no pueden ser más distintos, ajenos al mundo en que él nació, al igual que él del de ellos, pero se complementan. Noto un tirón en el estómago. La amistad es eso: encontrar a alguien que te entienda, que te haga reír y te acompañe en los malos y los buenos momentos, por muy distinto que sea a ti, sin importar sus orígenes o su condición. Celia, Dani y yo también somos diferentes. En realidad, los seres humanos somos como copos de nieve: hermosos y únicos a nuestra manera.

—¿Pasa algo? —me pregunta Sebastian. Me he quedado mirándolo atontada.

Sus amigos están charlando entre ellos.

—Nada, solo pensaba en que ha sido un buen día y te agradezco que me hayas dejado formar parte de esto. Ha sido bonito y acogedor.

—Desde ayer sentí que estaba preparado para hacerlo. Sentí que quería, que había llegado el momento.

Los amigos de Sebastian le avisan de que van a colgar, que quieren ir a tomarse algo. Nos despedimos de ellos, no sin antes prometer que haremos otra videollamada antes de que él

regrese a Estados Unidos. Una vez que nos hemos quedado solos, Sebastian reflexiona sobre algo un instante.

—Si algún día te apetece o te sientes preparada, puedes hacerlo como tú quieras —me dice al cabo—. No tienes por qué ir con tu madre. Puedes ir con tus amigos o incluso sola. Seguro que, cuando llegue el momento, lo sabrás. Yo he sabido que quería hacerlo con ellos. Y si nunca quieres ir, también estás en todo tu derecho. Es tu decisión y tu vida, Eva.

No tiene que especificar sobre qué habla, lo sé a la perfección. Asiento, con el corazón encogido. Los ojos me escuecen.

—Necesito un momento —le pido, y me lanza una mirada inquisitiva—. Estoy bien.

Me voy al dormitorio. Saco el móvil y llamo a mi madre.

—Dime, Eva —responde con voz cansada.

—No voy a ir al cementerio. —Me callo unos segundos, aunque ella se mantiene en silencio—. Recuerdo a papá casi a diario y sigo queriéndolo muchísimo. Quizá en un futuro cambie de opinión y desee ir, quién sabe. Pero ahora no, mamá. Y sé que es importante para ti que vaya, pero también lo es para mí no ir. Porque la vez que estuve allí sentí que me rompía. Y me niego a recordar a papá con dolor. Me gusta recordarlo como lo hago cuando pienso en los gallos que soltaba cuando cantaba en la ducha o cuando se enfadaba porque no podía abrir un tarro y tú, en cambio, lo abrías enseguida. Sonrío cuando lo recuerdo así. Necesito que lo entiendas, mamá.

El silencio al otro lado de la línea provoca que el corazón me palpite frenético.

—Lo entiendo, Eva.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Gracias. —Cierro los ojos.

—Te quiero, cariño —susurra.

—Y yo a ti, mamá. —Es la primera vez que nos lo decimos en mucho tiempo, y me parece que está llorando.

Cuando cuelgo, noto algo salado en mis labios. Me paso la lengua. Yo también estoy llorando, al fin, y es completamente liberador.

Orgullo y prejuicio

«Novela de la autora Jane Austen, publicada por primera vez el 28 de enero de 1813 como una obra anónima».
¿Habéis sentido alguna vez que erais los protagonistas de una historia de ficción?

Dani me envía un mensaje para avisarme de que ya está abajo. Le contesto pidiéndole que suba porque aún he de secarme el pelo. Es viernes, noche del concierto del grupo de Víctor. Por supuesto, Dani vendrá conmigo para criticarlo, no porque le guste esa música. Para comprobar que no caigo rendida en sus brazos. Y, aunque no me lo haya dicho, seguro que también quiere ver de primera mano la falsa relación entre Sebastian y yo. Le pedí que me acompañara para continuar con el plan que habíamos trazado. Al principio fue con un propósito distinto al de ahora, lo reconozco. Sin embargo, desde el otro día siento que realmente me apetece que Sebastian venga. Por otra parte, Víctor me ha mandado más de un mensaje asegurando que está muy contento de que vaya a verlo tocar. Y a mí se me llena la cabeza de recuerdos de cuando ensayaba delante de mí y me pedía la opinión. Parece que, de un tiempo a esta parte, solo soy un cúmulo de recuerdos.

—¡Eva, estás guapa! —exclama Dani cuando me ve con un vestido negro con rayas violetas y unas medias de ese color.

Estoy tratando de pintarme la raya en los ojos, pero siempre me sale desigual.

—Con eso imagino que quieres decir que no suelo estarlo —mascullo con ironía.

—No, qué va. Es que te noto distinta, como con un brillo de esos que... —Me coge de los brazos, con lo que me hago un rayajo por su culpa.

—Pero ¿qué haces? —le increpo.

—No habrás follado, ¿verdad? —pregunta sujetándome aún las muñecas.

—Por desgracia, no.

—Quizá esta noche —susurra.

—¿Perdón?

Se vuelve hacia el espejo y estudia su rostro para ver si tiene algún granito o espinilla.

—Nada, que a lo mejor esta noche conoces a alguien y te lo tiras.

—Sabes que no me van los rollos de una noche.

—Y es una pena porque, en ocasiones, encuentras auténticas maravillas.

Cuando salimos del cuarto de baño, Sebastian ya se encuentra listo en el comedor. Al oírnos se levanta del sofá y nos saluda. Está distinto y sé que Dani también se ha dado cuenta porque se detiene de golpe. Sebastian no lleva uno de sus atuendos habituales, sino unos vaqueros negros, un suéter blanco y una chaqueta de cuero. En los pies, unas zapatillas de deporte oscuras. ¿Se encontraría esa ropa en su armario o se la ha comprado después de que le dijera que íbamos a asistir a un concierto de rock? No lo sé, pero le queda bien, sobre todo el pelo, revuelto, un tanto rebelde. Dibuja una sonrisa tímida al darse cuenta de que nos hemos callado.

—¿Ocurre algo?

—Estás... estás diferente —respondo.

—Tú estás igual —contesta con una risita. Yo me río también.

A mi lado, oigo a Dani tararear una canción de Mika muy famosa, la de *Love Today*. Le asesto un codazo nada disimulado que provoca que Sebastian arquee las cejas.

—¿Nos vamos? —pregunto.

Asiente. Cuando pasa por delante de nosotros, huelo su perfume. Aspiro casi sin ser consciente de que lo hago. Dani me hinca los dedos en el brazo.

—Ese culo, con esos vaqueros, debería ser pecado —me susurra al oído mientras Sebastian abre la puerta.

Ya en el ascensor se pone a parlotear sobre su estresante semana en el trabajo. Me esfuerzo por escucharle, pero desconecto cuando noto la mirada de Sebastian clavada en mí. En cuanto ve que le he pillado, la aparta. Desde el día del aniversario de mi padre no hemos coincidido mucho, ya que he estado estudiando para los exámenes que, al fin, terminaré el próximo martes. Él también se ha mantenido muy ocupado porque en febrero debe entregar una de las partes de la investigación que realiza aquí a su tutora en Estados Unidos. En el despacho sí hemos coincidido en alguna que otra ocasión. Me viene a la cabeza el miércoles por la tarde, cuando regresó de la cafetería con el tercer café del día, además del termo que ya se había tomado por la mañana. Me callé un rato, pero al final no pude contenerme.

—No entiendo cómo no vas más al aseo con tanto café.

Sebastian apartó la atención de su portátil y la posó en mí, con una expresión mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Te desajusta la barriga el café? —inquirió con un tono burlón.

Arquee una ceja. No me molestó su respuesta, sino todo lo contrario: yo había comenzado porque deseaba sus réplicas y su ironía.

—Me refería a hacer pipí —contesté—. Pero, bueno, ya sabes también eso de «café y cigarro, muñeco de barro».

—Yo no fumo.

—Con tanta cafeína, no creo que lo necesites para ir al aseo.

Sebastian esbozó una sonrisita y señaló mi lata de refresco.

—Con toda esa cola que bebes, no debería sorprenderme si en algún momento oigo un ruido raro proveniente de ti, ¿no?

En un primer momento no le entendí, pero cuando lo hice se me escapó una carcajada. Me tapé la boca con una mano para no molestar a Rafa, quien nos lanzó sendas miradas de curiosidad.

Ayer por la mañana fue Sebastian quien comenzó el juego. Yo llevaba en las manos un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen porque quería preguntar a mi tutor unas dudas sobre la traducción. Me había sentado en el claustro a comerme un bocadillo cuando reparé en una presencia a mi lado y, de repente, oí una voz grave junto a mi oído.

—¿Por qué no me sorprende verte con ese libro?

—¿Por qué no me asombra que aparezcas de sopetón para chincharme?

Sebastian siguió con su cara cerca de mi rostro, a un costado. La siguiente vez que habló, me causó un cosquilleo en la oreja. Olía a café y a chocolate, seguro que por los M&M's.

—Tampoco me sorprendería descubrir que tu personaje favorito es Lizzy Bennet.

—Ni a mí que el tuyo fuera míster Darcy. Tal para cual.

Se apartó y acusé el vacío de su cercanía. Me observó con una extraña sonrisa y un semblante indescifrable. Y entonces se me pasó por la cabeza el final de Elizabeth Bennet y del señor Darcy, y me sonrojé. Su sonrisa se ensanchó más, pero, en lugar de replicar nada, se despidió con la mano.

Ahora salgo del ascensor con todos esos pensamientos en mi cabeza. Amo confesarme a Dani, pero creo que necesito también a Celia y su paz mental en estos momentos. Lástima que tenga que trabajar y no pueda venir al concierto.

De camino compramos unas porciones de pizza. Son grasientas y están riquísimas. Con el rabillo del ojo veo a Sebastian masticar con deleite.

—Sebastian Wright disfrutando de comida basura, quién lo diría —le chincho.

—Oh, oh, alerta, prejuicios —bromea él—. Que me veas comer sano —recalca esta palabra— no significa que, de vez en cuando, no me dé algún capricho.

—Como todos esos M&M's. Al final vas a tener muchos placeres ocultos.

—Desde luego que los tengo —contesta en un tono de voz distinto... Juraría que sugerente.

Dani se mantiene silencioso, aunque no me pasan por alto las expresiones de su rostro. Se

muere por decir algo, pero está controlándose mucho. Un rato después llegamos al pub, de donde sale el estruendo de una batería.

—Dios, dame paciencia... —Dani suspira mirando al cielo.

—Has sido tú quien ha decidido venir —le recuerdo. Lo ignoro y me vuelvo hacia Sebastian —: He pensado que, como te hice venir aquí y esto no es lo que te gusta, pues...

—¿De nuevo el espíritu de Lizzy Bennet?

—Bastian, di a Eva que Matthew Macfadyen es mejor míster Darcy que Colin Firth —se inmiscuye Dani.

—Lo siento, Dani, pero Colin Firth gana por goleada —lo contradice Sebastian.

—¡Toma ya! —exclamo haciendo el gesto de la victoria.

—Eso no es justo. ¿No se supone que siempre estabais en desacuerdo?

Entramos riéndonos y charlando sobre las distintas versiones cinematográficas de la novela de Jane Austen. El pub es un local pequeño y oscuro, y está abarrotado. Al fondo toca un grupo que no es el de Víctor. Avanzamos hacia el frente del local, pues en el chat de amigos de WhatsApp habían comentado su localización. Diviso a dos chicas con las que solía llevarme bien y ellas sueltan exclamaciones al verme.

—¡Cuánto tiempo, Eva! ¿Cómo estás?

Dani también las saluda, pues algunas veces hemos ido todos juntos de fiesta. Les presento también a Sebastian. Nos ponemos al día sobre nuestras vidas de manera rápida porque hay mucho ruido en el local y apenas nos entendemos. Al cabo de un ratito llegan unos cuantos conocidos más, entre ellos Marta, la novia de Víctor, quien, para mi sorpresa, se muestra muy animada al vernos. Apenas la conozco, pero me parece una chica simpática y, por unos instantes, me pregunto si ella está al corriente de lo que hace Víctor. Aunque tampoco sé muy bien lo que está haciendo.

Cuando le toca el turno a la banda de Víctor, el grupo de amigos les vitorea y aplaude. La cantante se marca un solo increíble al inicio que arranca gritos del público. La gente se emociona y empieza a brincar y a bailar. A mitad de canción, es a Víctor a quien le toca un solo con el bajo. Me parece que ha mejorado con respecto a tiempo atrás, pero aun así suena un poco extraño en relación con el resto del grupo. Me pregunto por qué le dejarán tocar con ellos... Pero enseguida lo entiendo: la mayoría de las chicas que hay en el pub le grita «¡Guapo!» o le silba. Él se acerca al borde del escenario y se arrodilla sin dejar de tocar el bajo. Mueve la cabeza hacia delante y hacia atrás a un ritmo desenfrenado, al igual que las caderas. Después mira al público con esa sonrisa que me aceleraba las pulsaciones. Las chicas chillan, Marta entre ellas. Él le lanza un beso. Entonces ladea el rostro y me ve. Me sonrío. Yo le devuelvo una sonrisa fugaz. De repente se le borra la suya. Imagino que ha descubierto a Sebastian a mi lado. Entonces noto una

mano grande en mi cintura. Es Sebastian, que me ha rodeado y me ha arrimado a él. Por unos segundos, no caigo en la cuenta de lo que hace y noto un tremendo calor en las mejillas.

—Tu ex o lo que sea está mirándonos. Disimula —responde.

Ah, claro. Entiendo. Le sonrío y le paso mi brazo también por la cintura. Acto seguido nos ponemos a bailar al ritmo de la música. Para que parezca más real, Sebastian se inclina y finge que está besándome el cuello. Se me eriza el vello al notar su nariz rozando mi piel.

—Vale, ya no mira —le digo con nerviosismo—. ¿Sabes que la palabra «rock» tiene su origen en el argot negro de las canciones de rhythm and blues? Hacía referencia al acto sexual...

«Mierda».

Sebastian me mira con las cejas arqueadas y me pongo roja. Saco mi móvil para disimular.

—Hagámonos una foto y la pones en tus redes o la pasas en el grupo de tu familia. Seguro que a tu padre tampoco le hace gracia que tu novia sea una roquera que te ha llevado por el mal camino.

Sebastian esboza una sonrisa al tiempo que se mordisquee el labio inferior. Me gusta ese gesto. El corazón me late con fuerza... o tal vez son los golpes de batería resonando en mi pecho.

—Evi, me voy a por algo de beber para soportar a Víctor creyéndose el dios Elvis Presley —me informa Dani segundos después.

—Ya voy yo. Os invito —se ofrece Sebastian.

—Explícame, de nuevo, lo que te enamoró de Víctor —dice mi amigo cuando nos quedamos solos al tiempo que señala a mi ex, que está dándole todo en el escenario de manera exagerada.

—Bueno..., es un tío seguro de sí mismo, tiene confianza en sus capacidades.

—¿No era precisamente eso lo que te molestaba de Sebastian?

—¿Por qué empleas el verbo en pasado?

—Porque es evidente que ya no te ocurre —resuelve Dani, y luego da un silbido, pues está claro que el batería del grupo le llama la atención.

Dirijo la vista hacia la barra y diviso a Sebastian. Está hablando con una chica que forma parte del grupo de Víctor. No la conozco mucho, era con la que menos afinidad tenía. Parecen charlar muy animados y ella hasta suelta una carcajada con la cabeza echada hacia atrás. Primero las alumnas de la facultad. Después la doctoranda. Ahora esta chica. ¿Al final resultará que Sebastian es un casanova? Decido ignorarlo y me vuelvo hacia el escenario. Víctor cruza su mirada con la mía y me guiña un ojo. Debería estar contenta porque el plan va viento en popa; aun así, me siento rara.

Regresamos a casa pasadas las tres de la madrugada. Hemos bebido unas cuantas copas y me tambaleo mientras subimos por la escalera, ya que me he empeñado en mostrar a Sebastian que

también soy una chica sana que hace ejercicio. Él me sigue, mirándome con diversión cada vez que me doy la vuelta. A pesar de que ha bebido lo mismo que Dani y yo, parece muy sereno. ¡Estos estadounidenses y su genética superior frente al alcohol!

—Esta noche has sido tú el que me ha sorprendido a mí —le digo con voz gangosa cuando entramos en casa. Me mira sin decir nada, con una sonrisa—. Tan desinhibido, riéndote, bailando... ¡Qué fiestero!

—Noto un ligero retintín en tu tono —dice mientras se quita la chaqueta.

—Y esas chicas... Porque no ha sido solo una. —Lanzo el bolso sobre el sofá y, después, me dejo caer en él. Sebastian se mantiene de pie. Durante la noche no solo la chica del grupo ha tratado de ligar con él, sino también otras dos más—. Mírate, Sebastian, todo un ligón. Las alumnas de la facultad, la doctoranda...

Intento dotar a mis palabras de un deje bromista, no mostrar que me ha molestado, pero no lo consigo del todo.

—¿Qué? —Se ríe sacudiendo la cabeza—. Bueno, al menos yo ligo.

—¿Insinúas que no sé ligar?

—Aún recuerdo la noche en que intentaste entrarme en la discoteca, así que quizá necesitarías unas clases de seducción.

—Sé seducir —le aseguro, y me levanto del sofá muy recta al tiempo que me acerco un poco a él.

—«Hola, soy la prejuiciosa Eva Martínez, me encanta vestir como un árbol de Navidad y cada vez que bebo leche con Cola-Cao acabo con los labios manchados. ¿No te parezco mona?» —se mofa él poniendo una vocecilla aguda que se supone que es la mía.

Dibujo una sonrisa maquiavélica y me uno a su juego.

—«¡Eh! ¡Hola a todas! Soy Sebastian Wright, el orgulloso, y os aseguro que con mi vasto conocimiento sobre literatura y mi manera de mover las caderas a ritmo de salsa caeréis a mis pies».

Suelta una carcajada. Me arrimo un poco más y apoyo una mano en su antebrazo. La mira y luego clava sus ojos en mí. Le acaricio el brazo mientras pestañeo y me enrolló un mechón de pelo entre los dedos. Aprecio que sus pupilas se dilatan.

—¿Ves como sé seducir?

—¿Tan claro lo tienes, Eva?

Sebastian también se acerca y nuestros cuerpos se rozan. Para mi sorpresa, apoya una mano en mi cuello y sube hacia mi mejilla. Me entra calor. Parece inquieto, aunque trata de disimular. Deslizo la mano hacia su pecho, se lo acaricio.

—¿Estoy poniéndote nervioso? —le pregunto al verlo tragar saliva.

—¿Tú estás alterada? —inquire, jugando a mi juego. Sus dedos se aproximan peligrosamente

a mis labios, y los entreabro sin ser apenas consciente.

—Claro que no, capullo —murmuro con voz temblorosa.

Uno de sus dedos ya ha llegado a mi boca. El cosquilleo que siento en el vientre se extiende hacia más abajo.

—Yo tampoco, pelirroja.

Su cara también está más cerca. Le palpita el corazón tan rápido como a mí. Su cuerpo desprende un calor agradable. Han empezado a sudarme las manos. Me digo que esto es algo natural, que somos un chico y una chica jóvenes que han bebido y están haciendo el tonto y es inevitable que haya tensión.

—No vas a ganar en esto —continúo.

—Siempre gano.

No sé por qué su respuesta me parece altamente sensual. Maldito Sebastian Wright. Su dedo aún no ha tocado mi labio, y eso me impacienta y alzo el mentón. Está provocándome. Lo veo en su sonrisa engreída. Pero a él esto tampoco le está resultando indiferente, se le nota en la mirada oscurecida.

—Cómo te detesto —digo con un hilo de voz.

—Cómo me sacas de mis casillas... —empieza y, cuando de manera inconsciente nos acercamos más, se corta y se aparta de inmediato.

—¿Pasa algo? —pregunto confundida.

—Esto no nos conviene.

—¿El qué? —Me hago la tonta.

—Lo sabes muy bien, Eva.

—No, yo...

—Hemos bebido bastante los dos y no deberíamos hacer nada de lo que mañana nos arrepintamos.

Sus palabras me molestan y también dejan en mí cierta huella de desilusión. Está claro que, aunque le atraiga un poco, no basta para que se deje llevar. Y, en el fondo, también tiene razón...

—Me he divertido esta noche. Quedémonos con eso.

—Claro —asiento con una sonrisa forzada.

—Y puedes estar contenta: ese Víctor no paraba de lanzarme miradas mortíferas.

—Tú también puedes estarlo: seguro que, cuando vea las fotos, tu padre se escandalizará y llamará a la policía por considerarnos unos delincuentes juveniles.

Esboza una sonrisa. Titubea. Echo en falta tener sus manos en mí y su cuerpo cerca.

—Que descanses, Eva.

—Tú también.

Aún aguarda un instante mordisqueándose el labio inferior...

Y en cuestión de segundos tengo su boca sobre la mía. No me lo pienso: le devuelvo el beso con ansia. Él también parece tener muchas ganas. Me agarra del trasero y me aúpa. Le rodeo las caderas con las piernas. Trastabilla por el salón a causa del alcohol y del beso feroz. Al final acabo con el culo encima de la mesa. La lengua de Sebastian busca la mía. Juguetemos. Sus dientes se clavan en mi labio inferior, tirando de él. Suelto un suspiro que él acalla con un nuevo beso, muy húmedo. Lleva una mano hacia mis pechos y me los acaricia por encima de la ropa. Yo bajo las manos hacia su trasero y se lo estrujo. Qué bien puesto lo tiene.

Cuando me besa y lame el cuello, la cabeza me da vueltas. Por un momento pienso en lo que estamos haciendo y a punto estoy de echarme atrás. No obstante, Sebastian posa las palmas de las manos en mis mejillas y me mira con ojos empañados de alcohol y deseo.

—¿Tienes condones?

—No.

—Yo tampoco.

Guardamos silencio un cuarto de minuto, pero al final no paramos. Me levanta los brazos por encima de la cabeza para quitarme el vestido. Yo le ayudo a despojarse de su ropa. Apenas puedo desabrocharle los pantalones, mezcla de nervios y ansiedad. Me besa las clavículas y baja hacia mis pechos. Por encima del sujetador, su lengua traza círculos sobre mis pezones. Se me escapa un prolongado suspiro. Luego son mis medias las que vuelan por el salón. Me atrevo a meter una mano por su ropa interior. Su miembro palpita, duro y caliente bajo mi palma. Él también introduce la suya en mis braguitas. Gimo al notar un dedo recorriendo mi sexo. Estoy muy húmeda y el corazón brinca en mi pecho cada vez que Sebastian me roza.

Con una mano me aferro a su hombro mientras con la otra empiezo a masturbarlo. Él apoya su frente en la mía y jadea. Echo las caderas hacia delante, muerta de ganas de que se introduzca en mí. Parece entenderlo porque, un segundo después, uno de sus dedos explora entre mis pliegues y, al fin, se hunde. En nada se hunde otro. Gimo en sus labios. Me besa con ardor. Muevo la mano más rápido, arriba y abajo.

—*My God, Eva... This is amazing. So fucking...* —Ni siquiera puede terminar de hablar. La voz le tiembla, y a mí se me pone la piel de gallina al escucharle decir que esto es jodidamente increíble.

Gimo con cada uno de sus avances. Sus dedos me exploran de una forma maravillosa, provocándome oleadas de placer. Cierro los ojos unos segundos y, al abrirlos, él está observándome, con su frente aún posada en la mía. Esbozo una sonrisa que me devuelve.

Juega con sus dedos en mi sexo. Yo muevo la mano con ganas. Suelta un par de palabrotas antes de irse en mi mano. Presiona en mi clítoris y, poco después, le sigo. Nuestros gemidos y jadeos resuenan en el silencio de la madrugada.

Joder con el pijo capullo estirado de Sebastian Wright...

Bonhomía

«Afabilidad, sencillez, bondad y honradez en el carácter y en el comportamiento». Todo lo que jamás habría imaginado de Sebastian. Son curiosas la vida y las personas, ¿verdad?

Joder con Sebastian! —Es lo mismo que suelta Celia con una risa, después de contarle lo de la noche del concierto. —Ha sido solo una vez. Las personas como nosotros dos no repiten eso...

—Las películas y las novelas no dicen lo mismo, y tú amas ambas cosas —me recuerda Celia.

Estamos a mitad de la semana siguiente y hemos decidido dar un paseo por el barrio de Gracia. Hemos comido unas tapas, ya que ella tiene el día libre en el restaurante y yo no he de ir a la facultad hasta mañana. Los exámenes han terminado y había que celebrarlo. Además, Celia necesita prepararse para la siguiente fase de la candidatura al puesto de trabajo por el que ha optado. Han pedido a los seleccionados que escriban un pequeño guion para un corto, y mi amiga quiere que lea el suyo y que le dé mi opinión.

—Esto es la realidad, Celia. Estábamos pedo y..., bueno, no sé Sebastian, pero yo hacía tiempo que no tenía sexo. Ha sido un rollo de una noche, de esos que suceden por culpa del alcohol. Y yo habría preferido que no ocurriera porque ahora es más incómodo aún.

Parece que ambos nos pusimos de acuerdo, ya que a la mañana siguiente cuando nos encontramos en la cocina nos miramos unos segundos entre avergonzados y dubitativos. Y entonces él dijo: «Perdón, bebí mucho». Yo tan solo callé y asentí. Y así quedó todo... Pero cada vez que pienso en la cercanía de nuestros cuerpos, en el modo en que sus dedos rozaron mi piel, la calidez de la suya y en cómo me miraba se me acelera el pulso, y no sé muy bien si por nervios u otras razones. No puedo evitarlo, por mucho que lo intento.

—No veo nada de malo en ello. ¿Por qué te empeñas en negar que te gustó? —Celia se encoge de hombros. Se detiene ante el escaparate de una tienda de ropa artesana.

—¡No es eso! Me gustó, pero también me arrepiento. Nunca debió pasar algo así.

Mi amiga me mira con el rabillo del ojo.

—En poco tiempo Sebastian se irá —musita—, así que tampoco tendrás que preocuparte en

exceso.

—Pero ¿y hasta entonces? —Suspiro.

El hecho de que me haya recordado que en marzo Sebastian regresa a su país me ha causado una extraña sensación. Continuamos el paseo haciendo tiempo hasta que las tiendas abran. El silencio se ha adueñado de la conversación, hasta que Celia me pregunta:

—¿Ha cambiado tu opinión sobre Sebastian?

—La verdad es que sí.

—Él también te trata de forma distinta, ¿no?

Me quedo pensativa, no porque no sepa qué contestar sino porque me viene a la cabeza lo que escuché ayer cuando estaba a punto de entrar en el despacho. Llegaron hasta mis oídos las risas de Rafa y Sebastian, y me detuve en seco. Ya no despierta en mí cierta envidia que mi tutor y Sebastian hayan confraternizado tanto. Ahora me agradan sus risas compartidas, y cuando conversan sobre algún tema procuro participar, y viceversa. En algún caso reconozco que también nos ponemos a la defensiva, pero no de la misma manera que antes.

—Desde luego que esta chica a veces es un desastre —decía Rafa, pero en un tono cariñoso. Nunca me ha molestado cuando lo insinuaba o me lo confesaba a la cara porque, total, sé que es verdad—. ¡Mira que dejarse las llaves del despacho en la estantería!

Así que ahí se encontraban. Menos mal, porque las había buscado por todas partes la tarde anterior. Agarré el pomo de la puerta para abrir, pero Sebastian habló en ese instante y me pudo la vena cotilla.

—En casa está intentando ser más ordenada. —Su risa llenó mis oídos y no pude evitar sonreír.

—Es una buena chica —añadió mi tutor.

—Si soy sincero, Rafa, al principio me cayó mal.

—¿En serio? —Mi tutor sonó realmente sorprendido—. Si parecía que os compenetrabais a la perfección...

—No es oro todo lo que reluce. Me exasperaba que no se calle nunca y que replique por todo, pero ahora ya no me molesta. Casi que me gusta. —Volvió a reír, y el corazón se me echó a latir apresurado—. Supongo que al final llevabas razón al afirmar que compartir piso y despacho era una buena idea. He podido conocer a una persona inteligente y es una gran amiga de sus amigos. No es que nosotros seamos los mejores, pero ahora no nos llevamos tan mal.

Reflexioné sobre todo lo que estaba diciendo. ¿Al fin nos habíamos hecho amigos Sebastian y yo? Entonces... ¿le caía bien? Porque a mí él sí, a pesar de lo que pensé durante un tiempo. Aún hay cosas tuyas que me hacen rechinar los dientes, pero ya son las menos, y también hay otras que antes me disgustaban —como su seguridad— y ahora las veo con otros ojos. No es solo un pijo estirado niño de papá. Es alguien sumamente inteligente, casi un genio, que lucha por buscar

su camino, aunque eso suponga romper lazos familiares. Es un chico bondadoso que ha hecho de voluntario en unas cuantas ocasiones.

Ignoro cómo se ha dado este cambio, pero desde luego ha sido paulatino. No podemos haber cambiado de opinión y de sentimientos de un día para otro, por mucho que me lo haya parecido. Quizá intentaba convencerme de algo que no era así porque la situación me chocaba. Pero es más que evidente, tal vez por el cúmulo de situaciones —compartir horas en el despacho y en casa, el plan de fingir ser pareja— que han hecho posible que nos acerquemos a nivel personal. Y, por lo que escuché, no soy la única a quien le gusta lo que está descubriendo. Sin embargo, tras lo de la otra noche... No sé qué va a pasar.

Celia y yo nos sentamos en una terraza para tomar un café y así poder enseñarme el guion del corto. No puede dejármelo porque mañana debe entregarlo y, al echar tantas horas en el restaurante, no ha tenido tiempo de terminarlo antes. Mientras leo, ella sorbe su café una y otra vez y me lanza miraditas. Está impaciente por saber mi opinión. Tardo unos veinte minutos en leerlo. No es largo y, además, engancha cosa buena. Es una historia dirigida a adolescentes en la que Celia desea hacer reflexionar sobre la pérdida que supone el crecimiento. Va sobre Luna, una muchacha que está a punto de dejar atrás su niñez para convertirse en una adolescente y tiene mucho miedo y no sabe enfrentarse a sus emociones, con los problemas que eso le genera con su familia. Pero, al final, acaba entendiendo y aceptando el cambio y se queda con lo mejor de su infancia antes de dar el paso.

—Es muy interesante, Celia. Y bonito —le digo con sinceridad.

Mi amiga dibuja una gran sonrisa.

—¿Crees que tiene posibilidades, Eva?

—No estoy en la mente de las personas que van a leerlo, pero yo que ellos no te dejaría escapar.

Me estrecha con fuerza. Luego me habla de unas jornadas de reiki a las que le gustaría acudir con Eric, pero no sabe si podrá por el trabajo. Decido acompañarla a su piso y, a medio camino, recibimos un mensaje de Dani.

Estoy hasta las narices.

Por favor, chicas, reunión de emergencia esta tarde!!!

Celia me lanza una mirada de preocupación. Le pregunta si sucede algo, pero Dani se limita a rogar el encuentro. Yo tengo clase con la chica coreana, pero sé que Dani nos necesita y le pido cambiarla, a lo que ella acepta sin ningún problema. Optamos por vernos en mi piso. Hoy Eric ha quedado con unos amigos para ver un partido de baloncesto en el suyo y a Daniel no le gusta hablar de sus problemas en su casa, ya que prefiere la intimidad —su madre suele aguzar el oído

cuando charlamos—. En el mío estaremos a solas al menos hasta las siete, hora a la que Sebastian suele regresar los miércoles.

—¿Qué le pasará? —pregunta Celia mientras nos dirigimos al metro para ir a mi piso—. Yo ya lo había notado un poco raro. Apenas escribía en el grupo de WhatsApp, cuando él nos funde el teléfono.

—Tienes razón. No me ha dado casi la lata sobre la noche del concierto y eso en él es muy raro.

Media hora después estamos esperando en casa a que Dani salga del trabajo y acuda. Celia y yo nos hemos puesto a ver vídeos de gatitos en TikTok y andamos tan abstraídas que el insistente timbre nos alarma.

—¡Ya voy! —exclamo.

Ni Celia ni yo esperábamos que Dani apareciera con los ojos y la nariz rojos como si hubiera estado llorando. De hecho, en cuanto nos ve estalla en llanto de nuevo y se lanza a nuestros brazos.

—¿Qué pasa, Dani?! —inquire Celia con voz aguda.

Él tan solo balbucea, con lo que no le entendemos nada. Menudo berrinche. Mientras nuestra amiga lo acomoda en el sofá, corro a la cocina para prepararle una infusión. Al regresar, parece que se ha calmado un poco. Celia le tiende un pañuelo, y él se enjuga las lágrimas y se suena la nariz.

—Últimamente en mi empresa están muy tocapelotas —suelta.

—¿Últimamente? Yo pensaba que siempre, Dani —contesto.

—Ahora más, no sé por qué. —Hace una bola con el pañuelo. Aún está nervioso y no para de hipar. Le acerco la taza y la rodea con las manos—. El otro día puse una foto mía en Instagram, ¿os acordáis?

—Sí, la que te hiciste hace unos meses en un estudio fotográfico y sales riendo a carcajada limpia —asiente Celia—. ¡Me encanta!

—Gracias. —Traga saliva—. Pues hoy alguien ha tenido la maravillosa idea de pegarla en la pantalla de mi ordenador.

Celia y yo lo miramos sin entender por qué eso le provoca tanto nerviosismo y llanto, y entonces añade:

—¡Habían dibujado una polla en mi boca!

Vuelve a deshacerse en lágrimas. Celia y yo lo abrazamos en un intento por animarlo.

—Estas gilipolleces no deberían afectarme tanto, soy maduro y...

—Los que no son maduros son tus compañeros —lo interrumpo, cabreada—. ¡Menudos imbéciles! Si son así de gilipollas de adultos, ¿cómo van a criar a sus hijos?

—Mejor que no los tengan —opina Celia con la naricilla arrugada por el enfado.

—Cuando me he sentado ante el ordenador y la he visto, se me ha puesto un nudo aquí... —Se frota la garganta—. Luego he alzado la vista por si encontraba al culpable, pero casi todos estaban aguantándose la risa.

—Eso significa que han sido todos —dice Celia, y le acaricia el brazo—. Debes acudir a Recursos Humanos.

—¡Pero es que no sé quién ha sido en realidad! —protesta Dani con voz aguda.

—¿Y tu hermano qué ha dicho?

—Está de vacaciones.

—Lo habrán hecho a propósito.

—Tampoco habría habido mucha diferencia —mascullo con rabia—. Lo siento, Dani —me apresuro a disculparme.

—No, si llevas razón. Es un imbécil retrógrado, también él.

Justo en ese momento oímos unas llaves en la puerta. Miro la hora en mi móvil: las seis. Se suponía que Sebastian llegaría a las siete. Tras cerrar, su voz retumba en el pasillo:

—¡Eva! ¿Sabes que te dejaste un maldito sándwich guardado en uno de tus cajones? ¡Apestaba! Rafa y yo creíamos que había entrado un ratón a causa de las obras y que se habría muerto por ahí, hasta que hemos descubierto de dónde provenía el olor. ¡Joder, eres un auténtico desastre!

Se detiene de golpe y se calla al descubrírnos en el comedor. Me arden las mejillas. Durante unos segundos, nadie dice nada hasta que él se decide.

—Perdón. Eh... Yo... Me voy a mi cuarto. —Señala hacia el pasillo—. O, mejor, me iré a correr.

Dani vuelve a sonarse de forma estruendosa.

—¡No, no pasa nada, Bastian! —dice enseguida—. ¡Quédate, en serio! Si ya me ha visto lloriquear media oficina... Además, así me escucha más gente despotricar, que eso siempre sienta bien.

Sebastian dirige la mirada hacia mí, como pidiéndome permiso. Titubeo, pero al final asiento. Si Dani quiere que se quede y a él le apetece, ¿por qué no? Pero en lugar de ocupar el sillón, se sienta a la mesa, un poco alejado de nosotros.

Tras quince minutos de desahogo por parte de Dani, en los que Celia y yo apenas intervenimos y Sebastian se mantiene mudo, nuestro amigo señala a este último y le pregunta:

—¿Y tú qué opinas de todo esto?

Sebastian abre la boca, aunque no parece saber qué decir. Así es Dani, siempre poniéndonos en un compromiso.

—¿Os apetecen unos nachos? —suelta Sebastian de repente.

Lo miramos con confusión y sorpresa, pero entonces Dani exclama:

—¡Dale, que por culpa del disgusto no he comido a mediodía y ahora me muero de hambre!

Poco después, Sebastian regresa con un plato de nachos con queso y guacamole que tienen una pinta estupenda. En cuanto se enfrían un poco, los atacamos. Durante unos minutos nos limitamos a saborearlos en silencio.

—¿Mejor? —pregunta Sebastian a Dani con una sonrisa.

—Todo es mejor con unos nachos como estos —contesta mi amigo con la boca llena.

—¿Esto también lo aprendiste en tus viajes? —le interroga Celia.

—Me lo enseñó un colega de Estados Unidos. Eva lo conoce.

Dani y Celia me dedican una mirada asombrada. Ya sé qué están pensando: ¿cómo has pasado de detestar a este chico a conocer a sus amigos? Bueno, ¡él también se relaciona con los míos!

Acabados los nachos, Dani sigue empeñado en que no debería dejar el trabajo y nosotras le insistimos en que no es feliz allí.

—¡Pero eso sería como permitir que se salgan con la suya! —se queja.

—¿Puedo decir algo? —interviene Sebastian. Dani asiente, despacio, con cara de sorpresa y curiosidad—. Siempre habrá alguien que estará insatisfecho con lo que hagas. El problema viene cuando lo estás tú. Durante un tiempo me sentí perdido. No quería decepcionar a mi familia, pero sabía que siguiéndoles la corriente no sería feliz, al igual que sabía que yendo a contracorriente no les haría felices. En cualquier caso, en el fondo sentía que mi padre jamás lo estaría hiciera lo que hiciera yo.

Los tres le escuchamos con atención. Yo ya conozco parte de su historia, pero para Dani y Celia es nueva —aunque les haya mencionado algo por encima debido a lo de fingir que somos pareja—, y leo en sus caras que les sorprende.

—Si cada día vas a trabajar sin ganas, la bola se va haciendo cada vez más grande. Yo trabajé con mi padre a tiempo parcial mientras también estudiaba. La diferencia era abismal: cuando estaba en su empresa, algo me oprimía el estómago. Pensaba en mi futuro allí y me entraba pánico. En cambio, cuando iba a la universidad a estudiar Literatura sentía que podría pasarme horas y horas dedicándome a eso el resto de mi vida.

—A Dani le gustaría ser actor —suelta Celia.

—Solo es un sueño —protesta Dani.

—Los sueños hay que perseguirlos. Aunque sin dejar de mirar la realidad y con los pies en la tierra, claro... —Sebastian se encoge de hombros—. Quien no se arriesga piensa en lo que puede perder, pero no en lo que puede ganar.

El silencio se adueña del comedor. Dani y Celia lo miran, pensativos.

—Cuánta razón —dice ella.

—Es que tiene dos años más que nosotros, ¡ha adquirido más sabiduría! —bromea Dani, aunque veo en su rostro cierto cambio.

Mientras ellos parlotean, Sebastian desvía su mirada hacia mí. Murmuro un «gracias», y entonces él hace un encogimiento de hombros y niega con la cabeza con humildad. Luego me sonrío.

Me gusta tanto esa sonrisa que le sube hasta los ojos que no puedo evitar componer una aún más grande.

30

Sueños

«Cosa que carece de realidad o fundamento, y, en especial, proyecto, deseo,
esperanza sin probabilidad de realizarse».

Pero yo creo que, en ocasiones, los sueños se cumplen.

El domingo por la mañana me encierro en mi dormitorio para prepararme las clases de español para extranjeros de la próxima semana, en especial las del DELE, que son más complicadas.

Este fin de semana ni mis amigos ni yo salimos porque teníamos obligaciones: trabajo, estudios y familia. Mi madre vino ayer a Barcelona para ir de rebajas y paseé con ella un rato. Se mostró contenta al respecto de mi decisión de visitar a papá en el cementerio. Creí que me presionaría para hacerlo con ella, pero fue comprensiva, y se lo agradezco. Aun no sé cuándo iré, quizá cuando se acerque la primavera, que era la estación favorita de mi padre.

Me parece haber oído un ruido, pero como llevo los cascos puestos no tengo claro si ha sido la música. Me los quito y me quedo quieta para averiguar si se repite. En el pasillo suenan unos pasos alejándose. ¿Sebastian? Abandono el escritorio y me dirijo a la puerta. La abro y, cuando me asomo, lo veo entrando en su dormitorio. Me ha oído, así que se detiene y se inclina hacia atrás. Lleva una camisa a cuadros abierta y debajo una camiseta blanca. Completa su atuendo con unos vaqueros. Yo llevo el pijama que él me regaló, y aprecio que se le dibuja una tenue sonrisa, algo tímida, cuando repara en ello. Vuelvo a pensar en la otra noche. Intento borrarla de un plumazo.

—¿Querías algo?

—Necesito ayuda. —Aún apoyado en el marco de su puerta, se muerde el labio inferior y compone un gesto de súplica.

—¿Al fin te has dado cuenta de que los lingüistas vamos a dominar el mundo y buscas redimirte para que no te convierta en mi esclavo? —le pincho.

Sebastian arquea una ceja y luego me mira de un modo que me provoca un cosquilleo en la palma de las manos.

—Espera... ¿Qué conllevaría ser tu esclavo? —pregunta en un tono que no deja lugar a dudas

en cuanto al sentido de la frase.

—Proclamar la importancia de *Cien años de soledad* en la literatura, hacer maratones de series frikis, escuchar grupos coreanos a toda paleta y... masajearme los pies siempre que me apetezca —le sigo el rollo bajando la voz y pestañeando una y otra vez.

—¿Buscas un fetichista?

Me echo a reír y sacudo la cabeza. Sebastian acorta la distancia que nos separa.

—Mi madre me ha escrito hace un rato proponiéndome una videollamada.

—¿Cómo va el asunto con tu padre?

—Más o menos bien. De hecho, mi hermano y mi madre han preguntado por ti en el grupo... Y mi padre ha brillado por su ausencia. Ni siquiera ha dado la cara para quejarse o despotricar.

—Entonces vamos por el buen camino —repongo animada—. ¿Quieres que hagamos juntos la videollamada?

—Sí, a lo mejor también aparece mi padre por ahí. Me gustaría mostrar que estamos haciendo algo en pareja —me explica mientras se rasca la barbilla.

Pienso durante unos segundos hasta que se me ocurre algo.

—¿Y si bajamos al parque y fingimos que hemos hecho un pícnic? Es lo que haría una pareja enamorada hasta las trancas.

—Es buena idea —acepta—. A mi padre le horrorizaría saber que me he tumbado en un lugar público a darme el lote con una chica.

—Para escandalizarlo más, buscaremos algún sinónimo más coloquial para ese «darse el lote». —Le guiño un ojo, y se ríe—. ¿Me visto y, mientras tanto, preparas una mochila con algunas chucherías y patatas fritas? Pon también refrescos. Y una manta.

Poco después cruzamos la calle en dirección al parque. Cuando llegamos hay niños en la zona infantil, perros paseando con sus dueños y parejas auténticas que han decidido hacer lo mismo que nosotros. Sebastian me ayuda a extender la manta y, una vez que nos sentamos, sacamos las cosas de la mochila. Toda esta situación me hace gracia, sobre todo cuando Sebastian hace una foto de los alimentos y del lugar y la envía al grupo.

—Mi hermano había pasado hace un rato unas fotos del restaurante donde han comido mi cuñada y él —me explica mientras teclea a toda velocidad—. Mejor no te digo el precio.

—Desde luego el contraste del lugar, de la comida y de la compañía será abismal —bromeo.

—Y si me dieran a elegir mil veces, mil que elegiría esto —contesta apartando la mirada del móvil para clavarla en la mía.

No tengo claro el significado de su frase, pero se me dibuja una sonrisa tonta y agacho la cabeza simulando que quiero comerme unos Cheetos.

—Voy a escribir a mi madre, a ver si está disponible.

Unos cinco minutos después ante nosotros aparece, en la pantalla del teléfono de Sebastian, la

señora Wright. Como la otra vez, impecable peinado y maquillaje. A mí no me da mala sensación esta mujer, su sonrisa es afable y mira con cariño a su hijo.

—Mamá, perdona, pero es que no he visto tu mensaje hasta hace poco. Eva y yo hemos salido a hacer un pícnic —miente Sebastian.

Catherine Wright me saluda con cordialidad, aunque su gesto se torna preocupado.

—Quería saber cómo te iba, Bastian.

—Muy bien —responde él llevándose a la boca un Doritos y masticándolo con fuerza.

Luego bebe un largo trago de la Coca-Cola que hemos traído y suelta un gran eructo. La señora Wright intenta mostrarse impasible, aunque imagino que se sorprende al ver a su hijo con unos modales distintos a los que le enseñaron al criarle. De hecho, a mí también me ha asombrado y he tenido que aguantarme la risa.

—Perdona, mamá. Pero Eva es peor que yo. Podría presentarse a un concurso de eructos y lo ganaría.

Catherine abre los ojos de par en par y me observa con atención, como si no acabara de creerse que alguien como yo sea capaz de algo así. Me apresuro a asentir por un codazo que me da Sebastian.

—Eh, sí, te sorprenderías. Por no hablar de otros gases... —Finjo una carcajada a la que se une Sebastian.

—¿Y cómo lleváis el domingo? —cambia de tema la señora Wright.

—Genial, hemos estado un rato enrollándonos. Menuda forma de usar la lengua tiene tu hijo —digo, asintiendo una y otra vez con la cabeza. Con el rabillo del ojo veo que hasta Sebastian parece asustado. ¿Me he pasado? —. Me refiero a que domina la lengua española a la perfección —me apresuro a corregirme.

—¿Está papá por ahí? —interviene Sebastian.

—Se ha ido a jugar al golf con Mike Parker. —Aprecio que su tono de voz ha cambiado al mencionar a esa persona.

Sebastian se queda callado, se limita a dar vueltas a la lata de su refresco. Es como si se hubiera puesto nervioso al oír ese nombre.

—Hace un par de semanas cenamos con ellos. Isabella preguntó por ti —continúa la señora Wright.

—Genial —masculla Sebastian.

—Tu padre está un poco preocupado por ti...

—¿Es esa la palabra correcta?

Catherine se humedece los labios.

—En realidad, está enfadado —se corrige de inmediato—. ¿Podríamos hablar un momento tú y yo a solas?

—Lo que tengas que decir puedes hacerlo delante de Eva —se niega él.

Catherine desvía la mirada hacia mí. La noto incómoda, pero al fin dice:

—Tu padre cree que estás desperdiciando el tiempo ahí. Y que, ya que te ha permitido estudiar el doctorado en lugar de asumir la responsabilidad que te tocaría en la empresa, deberías aprovecharlo.

—Ya lo hago —replica Sebastian con ironía. Me pasa el brazo por los hombros y noto lo tenso que está—. Pero aclaremos que él no me ha «permitido» estudiar, ¿eh? Soy una persona libre. Y, precisamente por eso, tampoco tengo por qué aceptar un futuro laboral que no quiero.

La señora Wright suspira.

—Y aún está más enfadado por lo de Isabella —añade.

Me pregunto quién es esta chica a la que ya se ha nombrado dos veces. Sebastian aún parece más enfadado. Niega con la cabeza y escupe:

—A Isabella todo esto le da igual. Yo le doy igual. Le vendría bien cualquier tipo con pasta y que se pareciera a Chris Hemsworth.

—¡Sebastian! —lo regaña su madre—. Isabella es una buena chica.

—No lo pongo en duda, pero no es una buena chica para mí —concluye él. Su mano se ha apoyado en mi hombro, y me gusta. De hecho, noto como un vacío cuando la aparta y se separa de mí—. Tengo que colgar. Di a papá que todo va fenomenal y que, por primera vez en mi vida, no voy a dejar que controle también mi vida amorosa.

No da tiempo a la señora Wright para contestarle ni para despedirse. Cuelga la llamada y tira el móvil sobre la hierba con rabia. Me lanza una mirada fugaz antes de tumbarse. Yo hago lo propio, situándome a su lado. Nos mantenemos callados un rato, hasta que una duda sube por mi garganta. No sé, pero pensar en esa chica de la que han hablado me inquieta.

—¿Quién es Isabella? —le pregunto en voz baja.

—Mi exnovia —responde, y guardo silencio—. Nos conocemos desde hace muchísimos años porque Mike Parker, el padre de Isabella, y el mío son amigos y socios. Mike Parker, además, posee un capital extra que le vendría muy bien a mi padre. Así que, por cuestiones puramente de negocios, creen que ella y yo deberíamos prometernos.

—Pensaba que eso solo ocurría en el pasado y a la gente de la realeza y la nobleza.

—Pues ya ves que no. El mundo en el que nací es bien homogámico y elitista.

Se incorpora y apoya las manos en el suelo a su espalda. Yo me levanto también, flexiono las rodillas y apoyo la cabeza en ellas. Lo miro de lado, fijándome en su bonito perfil. Empieza a hacer frío y él solo lleva una chaqueta fina. De hecho, lo veo temblar. Me quito mi bufanda, que es enorme, y se la tiendo.

—Gracias —murmura.

—¿Por qué no quieres casarte con Isabella?

—Porque no estoy enamorado —me contesta enfadado. Vuelve el rostro hacia mí y, muy serio, me pregunta—: ¿Te casarías tú sin estarlo?

—No —niego, un poco avergonzada.

—Corté con ella unos meses antes de venir a España. Llevábamos ya un tiempo mal. En realidad, se acostó con otra persona.

—Lo siento mucho.

—No importa, no me molestó. Yo ya no sentía nada por Isabella. Quizá nunca lo sentí. Y a ella no creo que le importara tampoco.

—¿Y esa chica, la doctoranda...? Me refiero a tu compañera... —Tiro la piedrecita, aunque al ver su cara de sorpresa me pongo roja enseguida.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Te gusta?

—No. —Suelta una risita como si le extrañara mi pregunta—. Es solo una compañera, tú lo has dicho. Además, tiene pareja.

No sé por qué me he quedado un poco más aliviada al aclarar todo esto. Tampoco sé lo que está ocurriéndome con Sebastian, y eso me preocupa. Al fin y al cabo sigo pensando que aquella noche no estábamos en nuestros cabales, pero...

—¿Por qué indagas tanto en mi vida amorosa? —inquire en tono irónico—. Podría hacer lo mismo con respecto a la tuya...

—La mía es aburrida. No hay propuestas de matrimonio de por medio ni nada.

Pienso que va a preguntarme por Víctor, pero no lo hace y casi que se lo agradezco. Me pongo un puñado de Doritos en la mano y le ofrezco la bolsa. Coge un par también. Semanas atrás habría clamado a los cuatro vientos que nunca sería amiga de Sebastian Wright y, en cambio, ahora estar con él en mi parque favorito se me antoja absolutamente normal. Y reconfortante. Cómo cambia la vida en poco tiempo. En realidad, debería recordar después de lo de mi padre que puede hacerlo en cuestión de segundos.

—¿A qué se dedica tu padre en concreto? —le pregunto con curiosidad—. Sé que es un hombre de negocios influyente, pero... —Me encojo de hombros.

—Es dueño de varias agencias inmobiliarias de lujo tanto en Estados Unidos como en Marbella, de ahí que fuéramos habitualmente a veranear allí —me explica Sebastian—. Además, tiene numerosos contactos poderosos.

Asiento y doy un trago a mi refresco. Sebastian vuelve a tumbarse en la hierba. Me acuesto también, aunque esta vez no tengo en cuenta la distancia y me coloco más cerca que antes. Nuestros brazos se rozan cuando él los levanta para cruzar las manos bajo la cabeza.

—No quiero casarme, ¿sabes? Ni con Isabella ni con nadie. No al menos ya, como pretende

mi padre. Tengo veinticinco años y lo que deseo es terminar el doctorado, dedicarme al mundo de la investigación y, quizá, hacer más voluntariados en diversos países con gente desfavorecida.

—Lo veo un futuro muy interesante —opino sonriendo. Y sí, ahora puedo imaginarlo haciendo eso.

—¿Qué piensas hacer tú? ¿O que te gustaría hacer?

—La verdad es que no lo sé —contesto con sinceridad—. Rafa quiere que haga el máster de Estudios hispánicos y después el doctorado. Pero no tengo claro que pueda porque... ¿y si no me conceden becas? Es un desembolso muy grande. Sé que hay doctorandos que trabajan e investigan a la vez, pero es un camino tan sacrificado... Me gusta estudiar. Y amo la lingüística y la investigación. La docencia también. Sin embargo, hacer un doctorado implica renunciar a ciertas cosas que no sé si podría. Imagino que te da muchas satisfacciones, pero también frustraciones.

—Es cierto que hacerlo implica un gran compromiso, tanto de tiempo como de dinero y dedicación —coincide Sebastian—. Aun así ¿sabes qué es lo que pienso cuando mis ánimos flaquean? —Niego con la cabeza al oírlo—. Que haré una contribución única a la suma del conocimiento humano.

—Llevas razón —susurro mientras contemplo el cielo, que va oscureciéndose—. Pero también puedes hacer esa contribución de otra forma, ¿no? A mí me gustaría dar clases de español en el extranjero. Ya sé que no es algo tan ambicioso como el doctorado, pero es otra opción igual de válida, ¿verdad? Rafa es un tutor magnífico y lo aprecio mucho, pero a veces también es un cabezón. —Doy un suspiro antes de continuar—: Cuando mi padre murió pensé que el tiempo pasa rápido, que todo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos y... no sé. La gente espera que haga un doctorado porque soy buena estudiante, como si por eso ya fuera todo tan sencillo.

—Lo que voy a decirte suena a filosofía barata, pero creo que es una gran verdad: haz lo que te dé la real gana siempre que te haga feliz.

Me quedo mirándolo. Me parece muy sincero y bonito todo lo que ha dicho hasta ahora, y tiene razón. Él nota mi mirada y ladea la cara hacia mí. Le sonrío. Siento que podría besarle ahora mismo, y no hay alcohol de por medio. Mierda, mierda... De súbito, aprecio un suave roce en mi mano. Son sus dedos. ¿Sebastian está intentando cogerme la mano? El pulso se me acelera. Sí, quiero besarlo. ¿Querrá él que nos besemos otra vez?

Se sitúa de costado, sin apartar los ojos de mí. El corazón se me lanza a la carrera. Voy a colocarme yo también cuando, de improviso, aparece corriendo un perro enorme que se sitúa entre nosotros. Se me escapa un grito asustado. Sebastian se ríe al tiempo que se incorpora y acaricia al animal, juguetón y manso. La dueña se disculpa cuando lo alcanza. Una vez que se han marchado perro y ama y nos quedamos solos, el ambiente ya no es como antes. Sebastian ha vuelto a alejarse.

—Deberíamos volver a casa, que hace fresco.

Nos sacudimos algunas briznas de hierba, recogemos todo y echamos a andar en silencio. Sebastian está serio y pensativo. Mi móvil suena en ese momento. Se trata de Víctor, pero no lo cojo. Seguro que quiere proponerme tomar algo otra vez. En pareja, los cuatro, según él. Le contesté que Sebastian y yo andamos muy ocupados. Este me mira de reojo con una ceja arqueada.

—Era Víctor —le informo—. Es que está muy pesado con que quedemos para tomar algo con Marta y él.

Sebastian aprieta el paso.

—Pues dile que sí, ¿no? De eso se trata todo esto que estamos haciendo. Hoy por mí, mañana por ti —masculla entre dientes. Me parece como si hubiera cambiado de actitud de repente.

—No sé si quiero quedar.

—¿Por qué? —Sebastian no me da tiempo para explicarme. Lo que me incomoda ya no es en sí ver a Víctor con otra, sino la situación—. Si lo tienes en el bote. Yo creo que está con esa chica hasta que tú le digas otra vez que sí.

—¿Y no te parece deleznable esa actitud?

—A mí no me metas en eso. Es tu amigo.

—Por eso me cuesta decirle que no —repongo, aunque hace tiempo que siento que nuestra amistad ya no es lo mismo.

—De todos modos, pronto ya no tendremos que fingir más —murmura Sebastian.

Y yo, no sé si por ese motivo, o por lo arisco de su voz o porque no quiero creer lo que está empezando a sucederme, noto una molesta presión en el pecho que se incrementa cuando llegamos a casa y Sebastian se mete en su cuarto con cara hosca. ¿Qué mosca le ha picado ahora?

31

Gallito

«Hombre presuntuoso o jactancioso».
¿Acabaremos presenciando una «pelea de gallos»?

Estamos a finales de enero y, a pesar de que el inicio de las clases ha sido duro, también ha resultado reconfortante. Rafa me ha comentado que mi horario en el despacho será muy similar, aunque quizá me necesite algunas horas extras para ayudarlo en unos asuntos, algo que no me importa en absoluto. Sebastian pasa más tiempo fuera porque Nuria le ha encargado que, algunos días, dé su optativa. Entre eso y la investigación, tiene mucho trabajo y suele llegar a casa con cara de cansancio y ojeras.

Por eso, cuando oigo que se abre la puerta del piso pienso en decirle que no es necesario que vayamos a tomar nada con Víctor y Marta. Debo reconocer que casi lo hago más por mí que por él. No obstante, lo oigo exclamar que se ducha en diez minutos. Suspiro y dejo caer el bolígrafo sobre los apuntes que he pasado a limpio.

Tal como ha dicho, no tarda más de quince minutos en prepararse. Se ha vestido con unos pantalones marrones y un jersey azul claro, además de las gafas. Está guapo. Está atractivo. Pero tampoco vamos a negar que presenta un aspecto muy pijo.

—Sabes que vamos a los 100 Montaditos, ¿verdad? —le pregunto.

Contesta con un ademán orgulloso.

—¿No crees que a Víctor le incordiará aún más verte en compañía de alguien como yo?

Arqueo ambas cejas, con los puños apoyados en las caderas. Me pongo la bufanda y el abrigo y él se atavía con una gabardina.

De camino al bar le lanzo miradas fugaces, de las que no se percata o simplemente no quiere hacerlo. Desde la tarde del parque se comporta de un modo más raro. Me rehúye. Y, antes, me asombraba esa actitud, pero como pensaba que era un capullo no le daba importancia. Ahora no puedo dejar de preguntarme si he hecho algo mal o si algo le ha molestado.

Hemos quedado en los 100 Montaditos que hay en el barrio. Al ser viernes, está abarrotado de jóvenes con jarras de cerveza enormes y bandejas de patatas fritas y montaditos. Víctor y Marta

no han llegado aún, pero de todas formas entramos y buscamos una mesa libre. No tardan en aparecer y, cuando se acercan a nosotros, me deja sin palabras el efusivo abrazo de Marta. Se sienta como si no hubiera pasado nada y yo hago lo propio, pero seguro que con cara de tonta. Víctor y Sebastian no se molestan en aparentar que se caen mal; ni siquiera se dan la mano, tan solo un leve saludo con la cabeza.

—Eva, tenía muchas ganas de quedar porque quería preguntarte unas dudas —expresa Marta.

Miro a Víctor. ¿Así que tanta insistencia no ha salido de él, sino del deseo de agradar a su chica? Bueno, eso lo entiendo, pero las formas de algunos de sus mensajes no tanto.

—Es que estoy estudiando Magisterio de infantil, pero me encanta leer y me llama la filología. Y como tú estás en ello, pues por si podías hablarme un poco... —Marta esboza una sonrisa.

No sería la primera persona que se mete en esa carrera porque le gustan los libros, pero luego descubren que abarca mucho más. Mientras le explico algunas cosas generales, reparo en que Sebastian y Víctor no paran de retarse con la mirada.

—¿Por qué no vamos al restaurante de enfrente? —propone este último de repente—. Dicen que tienen unos vinos estupendos.

Frunzo el ceño. Si a él no le gusta el vino... ¿Es porque cree que Sebastian será un auténtico sibarita? Sea cual sea la respuesta, nos terminamos las cervezas y nos dirigimos al otro sitio. Víctor pide una copa del vino más caro de la carta, y cuando Sebastian tan solo demanda una botella de agua con gas, me fijo en que a mi ex la cara le cambia a un gesto de rabia.

—Víctor me dijo que eres fantástica en lo tuyo y que serás una magnífica lingüística y docente.

—Desde luego —interviene Sebastian.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquire Víctor, molesto.

—¿Porque quiero dedicarme a lo mismo y soy capaz de verlo?

—Y nosotros somos amigos desde hace años.

Víctor nos señala, como si ese hecho fuera prueba irrefutable de que sabe todo sobre mí y me conoce a la perfección. No menciona ni por un momento que también fuimos algo más que amigos. O a lo mejor para él no significó nada. Noto una sensación rara, pero no es enfado como tiempo atrás, sino más bien impaciencia y hasta incomodidad porque parece que esté intentando empezar una discusión de esas de «A ver quién la tiene más grande».

—Entonces sabrás cuál es su libro favorito y cuál es esa terrible manía que tiene cuando todo está en silencio.

Echo la cabeza hacia atrás para mirar a Sebastian. Parece que se toma muy en serio su papel de novio falso porque, de repente, me pasa el brazo por los hombros, me arrima a él y posa un beso en mi pelo. Y siento que podría quedarme todo el tiempo del mundo en esa posición, con mi cara rozando su cuello, absorbiendo su aroma.

—¿Qué tal la boda? —pregunto a Marta y a Víctor para cambiar de tema, porque no me pasa por alto la manía que él le está cogiendo a Sebastian.

Resulta que una prima hermana de Víctor se casó la semana pasada y llevó a Marta con él. Así que esto va más en serio de lo que quizá creíamos todos los que lo conocemos. Su madre me confesó una vez que nunca le había presentado a ninguna chica. Porque yo, por supuesto, no podía entrar en consideración. El grupo de WhatsApp de amigos en común ardió cuando se enteraron:

Pero, bueno, se os ve tan felices!

Cogió Marta el ramo?

Para cuándo vosotros, parejita? Jaja

Para mi propia sorpresa, no me sentí mal al leer esos mensajes, no me enfadé. De hecho, no noté nada. Aquello significaba un avance. En cambio, que Víctor insistiera en quedar sí me incomodaba. Pienso que comienza a no encajar en mi vida y en lo que quiero y, no sé por qué, eso también me provoca algo de miedo. ¿Perder a alguien que he querido en todos los sentidos? Supongo que en la vida hay gente que viene y va, pero desde que murió mi padre es algo que he evitado.

—¡Muy divertida! Hicieron un baile nupcial muy distinto —nos explica Marta, sonriente. Se vuelve hacia Víctor—. ¿Verdad, amor?

Víctor no le hace ni caso; tan solo nos mira a Sebastian y a mí.

—Las bodas me dan un poco de urticaria —musita poco después.

Entonces Sebastian, que aún me tiene cogida del hombro, dice:

—Pues a mí no me importaría casarme. No ya, desde luego, pero dentro de un tiempo...;quién sabe! —Mientras habla está observándome e interpreta tan bien su papel que por unos segundos hasta le creo, y una sensación líquida y cálida inunda mi estómago.

—Pues con Eva vas listo —replica Víctor con sorna—. Detesta el matrimonio.

—A lo mejor porque no había encontrado a la persona adecuada —responde Sebastian en el mismo tono irónico.

—¿Y eres tú esa persona? —Víctor suelta una risita que provoca que Sebastian se tense.

Marta y yo nos lanzamos miradas, hasta que no aguanto más y me disculpo para ir al aseo. Tras salir del cubículo, me lavo las manos y me miro en el espejo. Sabía que esto podía ser incómodo, pero no que iría por estos derroteros. No logro entender a Víctor. No pensé que fuera

así, creí que todo le resbalaría. Al menos eso parecía. Y tampoco me agrada por completo la actitud de Sebastian, aunque debo tener en cuenta que solo está fingiendo.

Me seco las manos y salgo de los servicios. Justo enfrente, en la puerta de los de hombres, se encuentra Víctor. Nos miramos en silencio. No sé si va a entrar, si acaba de salir o si ha venido en mi busca. Si es esto último, ahora mismo no me hace mucha gracia.

—Eva —pronuncia mi nombre en un susurro y después, con una sonrisa, se acerca a mí. Ahí están esos andares felinos que me fascinaban—. ¿Cómo estás?

—Bien —contesto confundida.

Coge un mechón de mi melena y lo acaricia. Está mirándome de un modo extraño, distinto, como si me viera por primera vez.

—Últimamente te he echado de menos.

Trago saliva. En realidad, yo también añoré aquel tiempo que pasé con él, en que me hacía compañía y el mundo no parecía tan horrible.

—Yo también —acabo diciendo, aunque enseguida me regaño.

—He echado de menos más que nuestros encuentros amistosos. —Dibuja una sonrisa pilla que hace que le brillen los ojos.

No sé qué contestarle en un primer momento, pero al final suelto:

—Estás con Marta.

Víctor se queda parado, como si no esperara mi respuesta. Sin embargo, enseguida se recompone y se pasa la mano por el pelo. Entreveo su tatuaje en la muñeca, que besé unas cuantas veces mientras nos acostábamos.

—Marta sabe lo que hay. Los dos estamos de acuerdo en que nuestra relación es abierta...

—Yo no la veo así. Parece muy encariñada contigo... Es más, dijo que os habíais enamorado —observo seria.

Se ríe como si quisiera decir: «Nena, es normal, ¿me has visto?». No lo hace, porque supongo que mi mirada fría le ha hecho cambiar de opinión. Intenta acariciarme la mejilla, pero me aparto.

—Y ya sabes lo que te dije acerca de lo que yo quería —contesto. Y añado—: Además, Marta parece una buena persona y yo jamás haría daño a otra chica.

Víctor frunce el ceño, dispuesto a replicar, pero me abro camino y me dirijo hacia nuestra mesa. Cuando me siento, Marta sonríe con educación y se va al aseo. Sebastian luce muy serio, con la mandíbula apretada. Quiero preguntarle qué le ocurre, pero llega Víctor y se sienta frente a nosotros con una sonrisa.

—¿Vas a estar por aquí mucho tiempo, Bastian? —le pregunta.

Este se tensa por el hecho de que lo llame así, cuando no se tienen ninguna confianza.

—En marzo regreso a Estados Unidos.

—Vaya. —Víctor chasca la lengua—. ¿E intentaréis llevar una relación a distancia?

Sebastian no contesta, a lo que Víctor se crece y continúa hablando.

—¿En tu lengua existe la expresión «Más vale malo conocido que bueno por conocer»?

A pesar de que el español no es su lengua materna, Sebastian posee tan espléndido dominio de ella que enseguida comprende la intención de Víctor al decir eso. Veo la mirada furibunda que le lanza y ya no entiendo nada. ¿Qué está ocurriendo aquí? De repente, se levanta de la mesa de forma tan brusca que las copas se tambalean. Agarro la mía para que no se derrame. ¿Adónde va? No dudo ni un segundo: abandono yo también la mesa para seguirlo. Lo encuentro fuera, apoyado en una farola. Está cabizbajo, frotándose la frente. Supongo que Víctor es un tipo de persona que no soporta. Estoy comenzando a preguntarme los motivos por los que me enamoré yo de él. Pero es que antes no era así, ¿no? ¿O sí lo era y yo no me daba cuenta?

—Sebastian —murmuro.

—Vuelve adentro.

—No me hables así —le regaño, y me acerco hasta situarme a su lado. Él mantiene la cabeza agachada—. ¿Se puede saber qué ha pasado ahí dentro? Parecía que os ibais a batir en duelo.

—Tu amigo es gilipollas.

—Podrías haberlo ignorado y ya está...

—Y tú... tú eres muy débil cuando lo tienes delante.

—¿Qué? —pestaño perpleja.

—¿Por qué no le dices cuatro cosas? —Sebastian alza la cabeza y me dedica una mirada rabiosa.

—No entiendo por qué estás atacándome y por qué estás tan enfadado... —respondo con voz temblorosa. Y tampoco sé por qué acaban de entrarme tantas ganas de llorar. Me doy la vuelta, dispuesta a regresar al restaurante.

—¡Joder! Eva... —me llama.

Me detengo y aprieto los puños, intentando controlarme. En cuestión de segundos lo tengo ante mí.

—¿Tan importante es para ti ese tío que le aguantas todas las chorradas? —me pregunta.

Lo miro en silencio un momento.

—Es evidente que no lo es tanto cuando he venido a buscarte —replico enseguida, sin pensar.

Sebastian me observa un largo rato sin decir nada. Noto un nudo en la garganta.

—Lo siento —murmura tras frotarse los ojos—. Lo que acabo de decir sobre ti no iba en serio, pero... es que creo que mereces algo mejor que eso... —Suelta un bufido antes de confesarme —: Y me he enterado cuando estabas en el aseo de que me han denegado la beca que había solicitado.

Leo tristeza y desánimo en su mirada. Sin dudarlo, me acerco y lo abrazo. Sebastian titubea,

pero luego apoya una de sus grandes manos en mi cabeza y, durante el ratito que estamos así, me siento segura entre sus brazos.

—Lo siento mucho.

—Tengo un poco de dinero ahorrado —susurra—. Y reconozco que, si alguna vez lo he necesitado, mi padre me lo ha dado. Claro que siempre a cambio de algo. Y no quiero, Eva. No quiero nada de él. Quiero conseguirlo yo solo, por mí. —Suspira—. Supongo que hay alguien que se merece más que yo esa beca.

—Me consta que tú también te has esforzado mucho.

Se aparta y se me queda mirando con gravedad. Le dedico una sonrisa, y posa las manos en mis frías mejillas y me las acaricia. Cierro los ojos, con esa agradable sensación en el estómago que últimamente me provocan cosas como estas, provenientes de Sebastian. Cuando los abro, él tiene los labios separados y observa los míos con algo que se me antoja deseo, hambre. Mis terminaciones nerviosas se activan.

—¿Quieres... quieres que entremos y que nos despidamos? —planteo.

Sebastian duda unos segundos, pero después asiente. Apoyo mis manos en las suyas y luego me separo para avisar a Víctor y a Marta. Entonces el móvil de Sebastian suena. Reconozco el sonido: no es una llamada, sino un wasap. Bueno, uno detrás de otro. Se saca el teléfono del bolsillo para ver de qué se trata. Quizá tiene la esperanza de que la resolución de la beca haya sido un error y que Nuria o algún compañero esté avisándolo. Pero cuando veo que palidece, entiendo que no se trata de eso.

—¿Pasa algo?

Se tapa la cara con las manos y profiere un gruñido de exasperación.

—Es mi padre.

—¿Qué quiere? ¿Te ha buscado otra futura prometida? —intento bromear para distender el ambiente.

—La semana que viene viaja a Marbella por negocios y, en cuanto termine, vendrá a pasar unos días a Barcelona. Quiere conocerte.

Me quedo congelada. Tan solo tengo que hacer teatro ante ese hombre y, aun así, se me despierta una sensación de nervios muy molesta en el estómago.

Insospechado

«No sospechado, inesperado».

¿Hola? ¿Quién iba a decirme a mí el cariz que tomaría una simple cena?

Vas a conocer a tus suegros! ¡Qué maravilla!

Celia alarga las manos por encima de la mesa para coger las mías y por poco no mete la manga en el plato de patatas bravas. Dani lo aparta a tiempo y coge una con los dedos.

—No, Celia, la maravilla es que dijera a Víctor lo que le dijo. ¡Esa es mi chica!

—Sabes que no son mis suegros de verdad, ¿no? —pregunto a mi amiga.

—Bueno, pues futuros.

—Tampoco.

—¿Qué leches es un *twinkie*? —Dani frunce el ceño mientras lee el papel que les he dejado.

Se trata de una lista que me dio Sebastian con algunas de las cosas que debía saber sobre él. Por si su familia me preguntaba algo. O por si yo quiero actuar mejor. Le entregué a mi vez una sobre mí, pero porque insistió mucho. Se le nota bastante ansioso y preocupado. Que tu propia familia te haga sentir así no me parece justo.

—Es un pastelito de relleno cremoso. —Saco el móvil y busco una imagen en Google.

—Eso es una Pantera Rosa de toda la vida, pero sin la cobertura típica —opina Dani tras mirar la foto.

—¿Por qué Sebastian considera que es importante que, para el encuentro con sus padres, sepas que tiene un lunar cerca de la nalga izquierda? —Celia apoya una mano en la mejilla, pensativa.

—Eso mismo me pregunté yo. Tal vez es herencia familiar y lo tienen también otros miembros de la familia.

—No me importan los otros miembros, ahora solo puedo imaginar el culo de Sebastian con ese lunar. Seguro que es muy comestible.

Celia y yo arrugamos la nariz ante el comentario de Dani. Ambas lo hemos recogido en el trabajo y nos hemos detenido en un bar cercano para tomar algo. Mañana será mi primer día frente al pelotón de fusilamiento... Digo, frente a la familia de Sebastian.

—¿El hermano está tan bueno como él?

—Son bastante parecidos —reconozco—. Y el padre también.

—Un *sugar daddy*. —Dani pestañea con coquetería, y Celia y yo volvemos a componer un gesto de desagrado.

—¿Sabes, Eva? Creo que todo esto os está acercando mucho a Sebastian y a ti. Os estáis conociendo. Como os dije, necesitabais conectar vuestras energías, y parece que lo estáis consiguiendo —afirma Celia, con su sonrisa y sus manos cruzadas a lo «namasté».

—A mí me parece que habían empezado a acercarse bastante ya. Desde que él se mudó al piso, solo que ninguno de ambos, en especial nuestra orgullosa y prejuiciosa Eva, quería darse cuenta. Eso habría supuesto claudicar. ¡Por Dios, qué horror! —se mofa Dani apuntándome con una patata brava.

—Siempre agradezco lo mucho que me tenéis en cuenta para hablar de mí —ironizo.

—Y ahora, queridas mías... —Dani abre los brazos para que le prestemos atención—. Quiero contaros el motivo por el que os he hecho venir hoy a por mí.

—¿Vas a apuntarte conmigo este verano al retiro espiritual?

Dani se queda mirando a Celia con las aletas de la nariz hinchadas.

—¿Implica no tener relaciones sexuales?

—Sí, se trata sobre todo de conectar con nuestro cuerpo y alm...

—Entonces no cuentes conmigo. —Coge aire y vuelve a abrir los brazos—. Celia, Eva: esta mañana he presentado mi carta de renuncia. Por fin me he atrevido a dejar el trabajo.

—¡Dios mío! —chillo, y al levantarme para darle un abrazo empujo el taburete y lo tiro al suelo.

Celia se echa a reír y también se lanza a los brazos de Dani. Nos estrechamos con fuerza, apreciando el latir de los corazones de los otros.

—Y, además, he estado mirando para apuntarme a la Escuela de Teatro.

Mi amiga y yo gritamos una vez más y damos unos saltitos. La gente de un par de mesas se da la vuelta para ver qué sucede. Celia planta unos cuantos besos a Dani, quien tiene una expresión de pura satisfacción y felicidad en el rostro.

—Que al final fuera Sebastian quien te convenciera con unas cuantas palabritas después de aconsejarte eso nosotras dos durante tanto tiempo... —protesto, aunque divertida.

—Vosotras no tenéis un lunar en el culo —suelta, y estallamos en carcajadas. Cuando nos calmamos, dice—: En realidad, creo que hacía ya mucho que sabía que debía hacer esto y que era lo que quería. Lo de la foto fue la gota que colmó el vaso... Y el hecho de que cuando mi hermano se enteró no pareció inmutarse contribuyó aún más a que me decidiera.

—¡Pues vamos a celebrarlo! —exclamo, y pido al camarero otra ronda de cervezas.

- Tengo un montón de ediciones diferentes de *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton.

«Hummm, leí esta novela hace tiempo y la recuerdo vagamente. Ahora siento curiosidad».

- Cuando tenía siete años me caí al saltar una valla y tuvieron que darme puntos cerca de la boca.

«Vale, ahora entiendo lo de la cicatriz».

- Mi hermano se graduó con la mejor nota de su promoción en Negocios internacionales. Desde entonces, ha trabajado con mi padre.

«Supongo que la inteligencia de esta familia es genética».

- A mi madre le chiflan los bombones, de cualquier tipo.

«En eso coincidimos... Bueno, cualquier cosa que tenga chocolate me va bien».

- Mi hermano me pilló in fraganti la noche en que perdí la virginidad. Desde entonces me llama Terminator.

«Vale, no quiero saber a qué santo viene ese mote... ¿Y por qué me pongo colorada?».

- De pequeño lloré mucho cuando se rompió el VHS de *101 dálmatas*. Ah, por cierto, siempre quise tener un perro, pero mi padre detesta los animales.

«Alguien que detesta los animales no puede ser buena persona, ¡hummm!».

—Mi madre dice que, según el GPS del taxi, llegará en diez minutos. —Sebastian habla a mi espalda y, por poco, no me mata del susto.

—Vale, me has pillado repasando tus notas —respondo señalando su lista. En realidad, cada vez que las leo siento que me acerco más a Sebastian.

—Viene sola. Mi hermano llegará mañana porque hoy tenía una reunión junto con mi padre. Y él..., bueno, él ya vendrá.

—Mejor con tu madre y tu hermano antes, ¿no? Más relajado. —Esbozo una sonrisa de ánimo, lo noto muy nervioso.

Me fijo en su atuendo: una sudadera vieja y unos pantalones desgastados. Supongo que quiere seguir fingiendo que ahora se ha convertido en un chico un poco dejado.

—He comprado a tu madre bombones. Están en la despensa.

—¿Qué? No. —Sacude la cabeza—. No tienes que ser simpática con ella.

—No me pareció mala persona...

—Y no lo es, pero se deja llevar por mi padre, ¿entiendes? La quiero, pero... a veces me da rabia que no tenga voz ni voto. —Sebastian suspira. Acto seguido cambia de tono, más amable—. A ver, es que no tienes que caerle bien, Eva. Porque luego se lo contará a mi padre, ¿vale? Debe pensar que eres terrible.

—Y lo soy. Soy *la fille terrible* de la facultad de Filología de la Universidad de Barcelona —bromeo.

Sebastian dibuja una pequeña sonrisa. Entonces suena el timbre y profiere un exabrupto. Me apoya las manos en los hombros y, casi zarandeándome, me pregunta:

—Recuerdas todo, ¿verdad?

—Que sí. Relájate, Sebastian. —Señalo el pasillo—. Voy a cambiarme.

—No, no hace falta. Quédate así.

—Pero llevo un pijama de Snoopy de cuando tenía quince años.

—Perfecto. Que vea que no te importa su visita, ¿eh?

Corre a la puerta y abre. De inmediato vuelve al salón y lo desordena un poco. A toda prisa regresa a la puerta. Me acerco al pasillo, algo dudosa. Por un momento, no me gusta pensar que voy a dar una imagen equivocada de mí a la señora Wright. Que no va a conocer a la auténtica Eva Martínez. Me recuerdo que no importa, que Sebastian y yo estamos fingiendo un papel y que, una vez que se marche, estas personas desaparecerán de mi vida. Una sensación de vacío se adueña de mí.

—*Bastian, sweetheart!* —oigo la voz de Catherine Wright.

Abandono mis pensamientos y la veo justo en la puerta, abrazada a Sebastian. Cuando lo aparta, sin soltarle de las manos, aprecio su mirada de cariño.

Hacen un intercambio de preguntas y respuestas en inglés, hasta que Sebastian la invita a pasar y ella repara en mí. Esboza una sonrisa y se acerca a saludarme. Aunque es amable, advierto en sus ojos que no le apaña cómo voy vestida. De camino al salón lanza miradas disimuladas por todo el piso. En un principio íbamos a ir nosotros al hotel —de cinco estrellas, uno de los mejores de Barcelona, por supuesto— donde se hospeda, pero Catherine propuso venir a nuestra casa y a Sebastian le pareció una idea estupenda.

Le ofrezco sentarse en el sofá y ella lo observa unos segundos hasta que, al fin, toma asiento. Después saca de su bolso de Dior un paquetito envuelto en un papel de regalo muy lujoso y me lo tiende. Lo tomo y susurro un «gracias». Al abrirlo, aparece una cajita de bombones de aspecto caro.

—¡Oooh, qué amable! Los bombo... —Me interrumpo a mí misma porque recuerdo lo que

Sebastian me ha dicho y, además, él, situado detrás de su madre, niega una y otra vez con la cabeza—. ¡Los bombones me provocan una cagalera terrible! —exclamo y, fingiendo que me enfado mucho, ataco a Sebastian—. ¿Cómo se te ha olvidado decirle eso a tu madre? ¿Es que quieres que coja una puñetera gastroenteritis?

Catherine Wright me observa con estupor.

—Descuida, Eva, ha sido un error mío. Lo siento mucho.

Me da pena fingir ante esta mujer, la verdad. Puede que sea también un poquito estirada y nade en dinero, pero no parece mala persona.

Lo confirmo durante la cena. Catherine Wright nos invita a un restaurante llamado El Xalet de Montjuïc, situado en pleno parque de Montjuïc. Como cabría esperar, rebosa elegancia y está situado en un enclave especial, sobre todo cuando empieza a anochecer, pues Barcelona se encuentra a nuestros pies. Al ver el precio de los platos, por poco no suelto una palabrota. La señora Wright ha debido de reparar en mi rostro porque enseguida dice que ella invita.

Me estiro el vestido. Si es corto de por sí, al sentarme aún lo es más. Nos hemos cambiado para venir, aunque Sebastian ha insistido en que me pusiera algo «vulgar». Y he optado por un vestido que me regaló Dani hace unos años para que quemara la noche barcelonesa «como un zorrón», palabras textuales de mi amigo. Sebastian se ha puesto unos vaqueros y una camisa, pero no se ha peinado. La verdad es que contrastamos con el atuendo caro y elegante de su madre, e imagino que por eso nos miran algunos comensales, aunque a ella no parece importarle.

—Te veo bien, Bastian —dice en un momento dado de la cena. Bebe un trago de vino y alarga una mano para coger la de su hijo.

Me limito a observar y a zampar, que es lo que Sebastian me indicó que hiciera: que tragara, y mucho, y que hiciera ruido al masticar, aunque esto lo evito porque me parece que ahora nos encontramos en un momento especial.

—Lo estoy, mamá —asiente él.

Catherine sonrío y le acaricia una mejilla. Luego desvía la mirada y la clava en mí. Esta mujer, aunque se me antoja amable, me impone.

—¿Te trata bien mi hijo? —pregunta.

—Oh, sí —contesto con los dedos manchados de gamba. Sebastian me mira como si debiera añadir algo más. Titubeo unos segundos y añado—: Sobre todo en la cama.

La señora Wright abre mucho los ojos, se le sonrojan las mejillas y, para mi sorpresa, se echa a reír. Pero no solo me he sorprendido yo, sino que Sebastian parece estupefacto. Y, no sé cómo, poco a poco —en compañía de buen vino, de deliciosa comida y de un hilo musical interesante— la conversación va fluyendo y, aunque intento seguir simulando que soy una chica horrible y la peor novia del mundo, Catherine Wright casi siempre acaba soltando una carcajada. Y al final, Sebastian se relaja y se une a ella. Después hablamos de los estudios y de lo que querría hacer en

un futuro. Habla de su hijo con orgullo y cariño. Creo que Catherine, a diferencia de su marido, solo quiere lo mejor para Sebastian, aunque se supone que yo no lo soy.

Cuando terminamos la cena, ya he llegado a la conclusión de que Sebastian se parece físicamente a su padre pero ha sacado la personalidad de su madre. Son como un caqui: duros por fuera, dulces por dentro.

—Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien —dice la señora Wright cuando, pasada la medianoche, pedimos un taxi para que regrese al hotel.

—Siempre te lo pasas bien con tu club de lectura —le recuerda Sebastian.

—Oh, no, querido. En realidad, no —confiesa ella—. Son todas unas marisabidillas cerradas de mente. El libro más «fuerte» que hemos leído es *Cumbres borrascosas*, y se llevaban las manos a la cabeza. Además, siempre traen magdalenas insípidas y tónica para beber.

Me echo a reír.

—Entonces propón *La Regenta*. Va de una mujer casada que se echa un amante y cuyo sacerdote se enamora de ella.

—¡Qué magnífico! —exclama Catherine con un rubor encantador en las mejillas a causa del vino.

Sebastian nos mira a ambas con una mezcla de estupor, sorpresa y... alivio. Supongo que fingir tanto le supone un esfuerzo. No creáis, que a mí también empezaba a hacérseme duro. Y mañana quedaremos con su hermano e imagino que será distinto. Y cuando conozca al padre, no quiero ni imaginarlo.

Poco después llega el taxi y la señora Wright estrecha a Sebastian con fuerza. Le planta un beso en cada mejilla y le da una palmadita en una de ellas.

—Estoy orgullosa de ti. —Sonríe, y luego le pregunta—: ¿Podrías dar al taxista la dirección del hotel? No la recuerdo.

—*Gosh, mom, you're so scatterbrain.*

Sonríó al oír cómo riñe a su madre por ser una despistada, pero lo hace con ternura. Se acerca a la ventanilla del taxi. Mientras tanto, Catherine se arrima a mí y yo, por unos segundos, me asusto al pensar que va a decirme algo malo. No obstante, esboza una sonrisa y murmura:

—Hacía tiempo que no veía a Sebastian tan relajado y contento. Casi siempre estaba malhumorado. Yo sabía que necesitaba este viaje, era una oportunidad para él. —Suspira antes de continuar—. No era feliz con Isabella. A pesar de venir del mismo mundo, son muy distintos. Vosotros procedéis de mundos diferentes y, sin embargo, sois tan parecidos...

Su sonrisa se ensancha y, para mi sorpresa, se inclina y me da un abrazo. Rápido, pero agradable. Guardo silencio, alucinada no solo por su acción sino por sus palabras.

—El taxista te espera, mamá —la avisa Sebastian. No sé si ha visto que su madre me ha abrazado.

—Buenas noches, chicos. Que descanséis. —Nos dedica una sonrisa en la que entreveo segundas intenciones y complicidad.

Cuando el taxi se pierde entre otros coches, Sebastian y yo nos miramos. Me pongo roja y él aparta la mirada, nervioso.

—No ha ido mal, ¿no? —digo.

Una vez en el piso, nos encerramos en nuestros respectivos dormitorios. No me puedo dormir y tan solo pienso en lo que estará haciendo él en la habitación contigua. Únicamente nos separa una fina pared y... no puedo más que imaginarme cómo sería colarme entre sus sábanas. Madre mía, tengo las hormonas fatal. Para distraerme y ver si me entra sueño, escribo a mis amigos:

Todo OK. Primera prueba superada con su madre

Dani contesta a los pocos minutos:

Has conseguido que se crea que eres una pelandrusca aprovechada?

Pues la verdad es que creo que le he caído bien

Tampoco era tan difícil. Eres una chica muy mona en todos los aspectos, Eva

Esa es Celia, que ya se ha unido a la conversación. Los ojos empiezan a pesarme.

Chicos, voy a intentar dormir.

Esto de actuar es agotador

Al final vas a quitarme el trabajo!

Os quiero 😊

Descansa, aunque deberías estar comprobando si lo del lunar es cierto.

33

Tóxico

«Que contiene veneno o produce envenenamiento».
Con tan solo una mirada, Mark Wright puede traspasarte todo su veneno.

Cameron, el hermano de Sebastian, me observa mientras bebe de su copa de champán. Como dije al ver alguna de sus fotos, los ojos de este chico son cálidos a primera vista, pero desde que ha aparecido me he sentido muy incómoda en su presencia, ya fuera por sus gestos o por sus comentarios. Sé que no debe importarme porque no está conociendo a la Eva real y porque jamás volveré a verlo... Sin embargo, sí me importa. En este breve rato ya me ha caído mal. Reconozco que Sebastian se me atragantó también en un principio, pero... con la perspectiva actual creo que es distinto, que lo que ocurrió entre Sebastian y yo fue más un tira y afloja, que confundí emociones. En cambio, Cameron es de esas personas que te causan auténtica incomodidad.

Cuando traen la fuente de ostras, se me contrae el estómago. Nunca las he probado. La verdad es que no me llaman. De hecho, tenerlas tan cerca me causa una ligera sensación de asco.

—No sé si voy a ser capaz de comerme esto —susurro a Sebastian.

—No tienes por qué hacerlo —me asegura él.

Cameron, que no aparta los ojos de nosotros, me acerca la fuente. Me parece entrever un destello maligno en sus ojos... Maldita sea. Pienso en rechazarlas, pero al final noto tanta presión que cojo una. Dios, ni siquiera sé cómo se come esto.

Me fijo en cómo lo hacen Catherine y Cameron: cogen sus pequeños tenedores y mueven las ostras en su respectiva media concha llena de líquido. Luego levantan la concha y dejan que las ostras se deslicen suavemente hacia sus bocas. Los veo masticar con los ojos entornados, hasta que se miran y asienten. Me percaté de que Sebastian también se ha comido una. Intento imitar lo que he visto. La ostra roza mis labios, abro la boca y cae sobre mi lengua. No noto nada. Pero, cuando empiezo a masticar, me sobreviene un sabor horrible. ¡Joder, esto es como darse un morreo con el océano! Sin poder evitarlo, me sobreviene una arcada y al final escupo la ostra masticada.

—¡Por Dios, esto es asqueroso!

Tras unos segundos de silencio, me doy cuenta de que Cameron y la señora Wright me miran con los ojos muy abiertos. A él no le ha hecho ninguna gracia y me apresuro a esconder en la servilleta los restos de ostra.

—Toda una señorita, ¿eh? —masculla Cameron ladeando la cara hacia Sebastian.

Este me coge la mano que tengo apoyada en la mesa y enlaza sus dedos con los míos. Me fijo en que la señora Wright se pasa la palma por la nuca, sin saber muy bien qué hacer o decir.

—¿Y el tema ese de la beca que habías solicitado...? —pregunta Cameron a Sebastian, y por el tono de voz que emplea me temo que, más que porque le interese, quiere saberlo por incordiar.

—No me la dieron —responde Sebastian con sequedad.

—Cuánto lo siento. —Cameron chasca la lengua, aunque no parece en absoluto disgustado.

—Habrás más oportunidades, Bastian —lo anima Catherine.

—O quizá no sirves para eso.

—¿Y para qué sirvo, según tú?

—Oh, vamos, ya lo sabes. Tendrías que estar dentro de los negocios, con papá y conmigo.

Sebastian no dice nada, se limita a comer de su ensalada.

—Entonces imagino que pedirás dinero a papá.

—Hace tiempo que no le pido nada.

—Pero él lo sigue ingresando en tu cuenta, aunque no cumplas con tus obligaciones.

—No lo he usado.

Empieza a caerme realmente mal este chico. Se cree mejor que Sebastian. Que, por ser el hermano mayor y haber seguido los pasos del padre, es superior. Doy un trago a mi vaso de agua observando a Sebastian de reojo. Me siento mal por él.

—¿Qué os parece si damos un paseo por el centro? Hay muchas tiendas —propongo para distender el ambiente.

—¿Y adónde vas a llevarnos? ¿A Louis Vuitton? —me suelta Cameron con tanta ironía que el pulso se me acelera.

—En realidad, habíamos pensado que estaría bien acercarnos a la Sagrada Familia —interviene Catherine. Luego me pregunta con amabilidad—: ¿Nos acompañas?

Voy a responder que sí cuando Sebastian se me adelanta:

—Eva tiene planes con sus amigos.

Lo miro con estupefacción porque no es cierto. Aun así, me callo. Una vez que terminamos de comer, Catherine va a los aseos, Cameron sale a fumar y yo aprovecho para interrogar a Sebastian.

—¿Por qué quieres que me vaya?

—Mi hermano es un gilipollas integral y se está comportando como tal. Creo que ya has hecho bastante por hoy.

—Bueno, ¿recuerdas que estamos fingiendo? No pasa nada, él habla con la Eva falsa. Tú me has ayudado, yo te ayudo... —canturreo con una sonrisa, señalándonos. Me guardo para mí que sí me he sentido incómoda durante la comida—. Y ya solo queda mañana.

—Pero será duro. Con mi padre todo lo es siempre. No creí que quisiera conocerte siquiera.

—Quizá todo esto está funcionando más de lo que crees y lo hemos sacado de sus casillas.

—Supongo que sí, pero mi padre puede ser... muy hiriente. —Sebastian suspira—. Vete a casa y relájate, Eva. O... no sé, da un paseo. No es necesario que pases hoy más rato con nosotros.

Asiento. Por dentro, sin embargo, me corroen las ganas de soltarle que, a decir verdad, querría ir con él, estar a su lado y ayudarle a pasar el trago.

Cameron regresa de fumar y toma asiento mirándonos con una sonrisita jocosa.

—Esto lo haces por fastidiar a papá, ¿a que sí?

Están hablando en inglés, supongo que piensa que no lo entiendo. Tardo unos segundos en llegar a la conclusión de que se refiere a Sebastian y a mí. Se me pasa por la cabeza que ha descubierto nuestra pantomima, pero entiendo a lo que se refiere cuando añade:

—Sabes que él nunca aprobaría que...

—¿Qué? ¿Que Eva sea importante para mí?

Al oírlo se me encoge el estómago. Sé que está fingiendo y, aun así, no puedo evitar sentirme ilusionada.

—¿Habrías dejado a Marcia si papá te lo hubiera pedido? —inquieta Sebastian de repente.

—Marcia no es... —Cameron busca una palabra, pero no la dice—. Marcia es como yo. Tenemos muchas cosas en común.

—Te refieres a que las tiene también con papá, ¿no? —replica Sebastian—. Porque Eva y yo también compartimos gustos y aficiones.

Cameron abre la boca para responder, pero aparece Catherine con sus andares refinados y su sonrisa amable.

—¿Qué me he perdido? —pregunta.

—Nada, mamá, estábamos hablando de lo afines que son Eva y Sebastian —suelta Cameron con sorna.

A mi lado, Sebastian aprieta el puño. Catherine me dedica una sonrisa de disculpa. Poco después, me marcho a casa con una sensación extraña.

La noche siguiente, Sebastian y yo nos plantamos ante el hotel en el que se hospeda su familia. Le sonrío para infundirle ánimos, pero parece distraído. El vestíbulo es lujoso, con una lámpara de araña gigantesca y cosas brillantes por todas partes. Un ir y venir de personas con trajes y

vestidos caros. Personal que las ayudan con el equipaje, intercambios de palabras educadas y refinadas. En la calle he visto varias limusinas y muchos coches de postín. Caminamos hacia el restaurante, donde nos esperan su hermano, su madre y su padre. El señor Wright no ha querido ir a otro lugar porque llegó anoche tarde y está cansado. Hoy, Sebastian va vestido con ropa similar a la que llevaba cuando lo conocí. Creo que su padre le amedrenta demasiado. Yo me he puesto unos pantalones y un jersey normales y, aun así, en este lugar tan opulento no encajo.

Su familia se encuentra en una mesa al fondo. Catherine charlando, Cameron sonriendo y el padre, en cambio, muy serio. Confirmando que se parecen muchísimo, aunque debo reconocer que el señor Wright impone mucho más que Cameron o Sebastian. Cuando reparan en nosotros y se levantan, descubro que es muy alto, quizá sobrepasará el uno noventa. Ataviado con traje y corbata, solo necesito unos segundos para apreciar su porte y ademanes orgullosos. No se molesta en disimular el disgusto que le provoco. Me estudia de arriba abajo con una mueca de desagrado. La señora Wright da un beso a Sebastian, el hermano, una palmada en la espalda, y el padre... el padre nada. Se sienta. Y a mí tan solo me saluda sacudiendo levemente la cabeza.

—Llegas tarde —musita, hablando a Sebastian.

—Mark, solo han sido cinco minutos...

—Catherine, en mi vida cinco minutos son un preciado tesoro —la corta él.

Pasamos unos segundos en silencio hasta que Cameron lo rompe y explica la visita del día anterior a la Sagrada Familia. Luego menciona, estoy segura de que a propósito, mi incidente con las ostras. ¿Cómo se puede ser tan imbécil? El señor Wright es como una estatua de mármol, casi ni pestañea, pero no para de observarnos a Sebastian y a mí. Y Sebastian parece que se ha olvidado de nuestro plan, así que soy yo quien alarga una mano hacia él. Me arrimo y le aprieto la suya. Luego lo suelto y, con ambas palmas, lo cojo por las mejillas, se las apretujo y le planto un beso en la comisura de la boca, dejándole la huella del carmín rojo que me he puesto.

—Así que estudias lo mismo que mi hijo... —Mark Wright se decide a dirigirme la palabra.

—Exactamente no, pero podríamos dedicarnos a lo mismo.

—¿Y se puede saber qué es lo que pretendéis hacer en un futuro? ¿Pasaros la vida estudiando?

—Su tono de voz es de máxima antipatía.

—A mí me gustaría ser profesora.

Por su gesto no le parece la mejor opción.

—Sabes bien lo que quiero hacer —masculla Sebastian.

—Perder el tiempo estudiando y enseñando cosas que, en nuestra sociedad, no son útiles. — Da un sorbo al vino y, mirándome, añade—: Mi hijo siempre ha tenido pájaros en la cabeza.

—Sebastian es un chico inteligente, Mark —lo defiende Catherine.

—Precisamente por eso debería dedicar su vida a algo de provecho. Pero nada, él desde niño debía ser caprichoso y rebelde.

El camarero llega con los primeros platos, ya que hay un menú degustación. Por suerte no incluyen ostras. Y, por suerte también, interrumpe la conversación y Catherine pasa a hablar de unos bolsos que a la novia de Cameron le encantarían. Yo remuevo la ensalada en mi plato una y otra vez, incomodada por la penetrante mirada del señor Wright. De cuando en cuando, suelta alguna pulla dirigida a Sebastian. Lo noto cada vez más y más tenso a mi lado. Voy rozándole la mano y ni siquiera finjo ya, pero no parece darse ni cuenta.

—¿A qué se dedican tus padres? —me pregunta Mark a mitad de cena.

—Mi madre es secretaria y mi padre falleció. —Hago una pausa en la que Catherine y Cameron lo lamentan. El señor Wright tan solo me mira con seriedad—. Pero era pintor. No de esos que venden cuadros por miles y miles de euros... —Me río, algo nerviosa—. Aun así, era bueno. Le ponía pasión.

—O sea, que era uno de esos bohemios —suelta el señor Wright.

—No, no lo era... En cualquier caso, aunque lo hubiera sido creo que eso no sería lo importante. —Noto un pellizco en el corazón al oír que alguien habla de papá de ese modo.

—A mi madre le gusta el arte —interrumpe Sebastian—. Quizá, a través de una videollamada más adelante, puedas enseñarle alguno de los cuadros de tu padre...

—Sebastian, ¿cómo estás tan seguro de que unos jóvenes como vosotros podréis llevar una relación a distancia? —inquire Mark Wright.

Todos guardamos silencio. Nos traen los siguientes platos y más vino. Si le había cogido manía a Cameron, no sabéis la que le estoy pillando al padre. Por mi parte, no necesito ni exagerar mis acciones ni hacer ninguna burrada porque, desde el principio, este hombre ha demostrado que no soy plato de buen gusto para él. De repente se me pasa por la cabeza que, aunque yo no hubiera fingido desde un primer momento, tampoco le habría gustado. Que si alguien como Sebastian no es suficiente para él, alguien como yo mucho menos. Por nada del mundo sería la nuera que el señor Wright recibiría en la familia con los brazos abiertos. Y noto una rabia dentro de mí que no sé de dónde proviene.

—Me gustaría decir algo. —Mark se vuelve hacia su primogénito—. Ayer Cameron consiguió cerrar un trato que impulsará aún más nuestro negocio. —Por primera vez lo veo sonreír, y me da lástima que esa sonrisa no vaya dirigida a Sebastian—. Hijo, ¡qué suerte tenerte! —Se estrechan las manos amistosamente.

Sebastian, a mi lado, calla. Aunque tiene un tic en la pierna. Está claro que esa muestra de afecto para con su hermano no le ha sentado nada bien. Y Catherine, aunque también está incómoda, ahora se mantiene callada.

Aprovecho que aún no han traído los platos siguientes para escabullirme al aseo. Me quedo unos cuantos minutos sentada en el retrete, asimilando esta bandada de sentimientos que nadan en mi interior. Empatía hacia Sebastian, incompreensión de que la señora Wright no interceda más

por él, furia por un padre que no para de atacar y rebajar a un hijo que no ha hecho nada malo. Tras calmarme un poco me lavo las manos y salgo del aseo. Entonces oigo unas voces familiares en el de los hombres. Son Sebastian y su padre, quien, con voz hosca y un tono dañino, no para de hablar en inglés.

—Sabes bien que ella no es la novia que deberías tener.

—¿Quién dice eso?

—Tendrías que volver con Isabella y casarte con ella.

—Soy un adulto. No puedes controlarme ya, por mucho que lo intentes.

—Muy adulto e independiente, pero te has beneficiado de mi dinero.

—Aún recuerdo aquella vez que me puse a trabajar y conseguiste que me echaran.

—¡Era un maldito supermercado!

—¡Quería hacer algo por mi propia cuenta, no depender de ti!

—¿Sabes lo que decían mis amigos y conocidos al verte allí? No te entiendo, Sebastian, y jamás lo haré. Cameron, en cambio, nunca me ha defraudado.

Se hace el silencio. El corazón me palpita a mil por hora y, pensando que van a salir, vuelvo a entrar en el aseo de las mujeres. Dejo pasar unos segundos, pero al asomarme de nuevo constato que siguen dentro.

—Tu hermano y tú sois mi descendencia, y lo mejor que podéis hacer es llevar las riendas del negocio.

—Esa es la vida que tú quieres que yo tenga, pero no es la que yo quiero tener.

—¿Y cuál es la que tú quieres, Sebastian? ¿Una en la que pasarte la vida viajando como un trotamundos? ¿O estudiando para nada, malviviendo de becas? ¿Una en la que salgas con mujeres tan vulgares como la que has traído hoy aquí?

El corazón se me sube a la garganta y me escondo otra vez en el aseo. Se oye un portazo, y adivino que Sebastian se ha largado y ha dejado a su padre ahí. Cierro los ojos, apoyada en la puerta. ¿Por qué me siento tan mal por todo esto? ¿Por qué... me duele? Sebastian no es mi pareja. Ni siquiera nos llevábamos bien hasta hace relativamente poco. Debería darme igual todo lo que ese hombre diga. Pero... es que Sebastian se ha convertido en un amigo, no puedo negarlo.

Cojo aire y salgo del aseo yo también. En la mesa ya se encuentran todos, aunque el ambiente se ha enrarecido más. Hasta los postres, el señor Wright tan solo se dedica a alabar a Cameron, a Marcia e incluso a Isabella, y a ignorar a Sebastian o soltarle indirectas. Este se contiene para no armarla, lo noto. Tal vez, aunque el otro día me dijera que su madre le cabreaba por ser tan débil, también calle por ella porque la mujer tiene cara de no saber qué hacer. Pero la que no se aguanta más soy yo. Jamás he soportado a la gente que va de diva por la vida pisoteando a los demás. Es algo muy rastrero. Y que sea un padre el que lo haga hacia su hijo, eso ya me parece el colmo.

Así que cojo la copa de vino y me la bebo de golpe, haciendo mucho ruido al tragar sin querer. Al desviar los ojos hacia Mark Wright, descubro su mueca de desagradado y eso me impulsa aún más.

—Señor Wright... Y le voy a hablar de usted porque, la verdad, siento que no hay *feeling* entre nosotros como para tutearnos. Y porque yo sé respetar y tengo educación —añado con segundas intenciones. Sebastian, a mi lado, me mira con sorpresa—. ¿Sabe qué es lo que creo? Que usted no se ha parado en toda su vida a conocer a su hijo. Porque si lo hubiera hecho sabría que es un chico estupendo, inteligente, perseverante, crítico consigo mismo y altruista. Reconozco que al principio me pareció un capullo y que durante un tiempo me sacó de quicio, pero incluso entonces ya sabía que era una persona digna de admirar.

—¿Y por qué tenemos que admirarlo, señorita Martínez? —Pasa también a dejar de tutearme y clava su mirada en mí—. ¿Por querer dedicarse a una profesión en la que apenas ganará dinero? ¿Por haberse juntado desde crío con gente indeseable? —casi escupe.

—Si esa gente indeseable a la que se refiere son sus amigos, déjeme decirle que, a pesar de que solo he hablado con ellos en una ocasión, me parecieron personas buenas e interesantes.

Arquea las cejas como dando a entender que no le sorprende mi opinión. No me achanto. Para ser sincera, las palabras se me atropellan en la garganta.

—Su hijo quiere dedicarse a lo que le gusta y hace feliz. Mi padre siempre me animó a hacer lo que yo deseara. A encontrar mi propio camino y ser libre...

—¿Qué se puede esperar de un pintor bohemio?

—Permítame acabar y, disculpe, pero no le permito que hable de mi difunto padre de ningún modo —le aclaro apoyando las manos en la mesa. Sebastian hace amago de levantarse, pero niego con la cabeza. Estoy tan enfadada que no voy a callarme—. Y que sepa que lo que hizo mi padre es lo que haría cualquier padre o madre que ama a sus hijos: estimularlos, animarlos a emprender su propia vida sin encerrarlos en una cárcel como pretende usted.

—¿Quién se ha creído usted que es?

—Pues soy una chica sencilla que, si bien lleva conviviendo y trabajando con su hijo unos pocos meses, parece que sabe apreciarlo más que usted. No le ha visto dar clase ni hablar en una conferencia. Dejó al auditorio sin palabras por su oratoria y sus ideas innovadoras. Siempre está trabajando, apenas duerme. Su tutora lo admira, y eso que es una catedrática muy crítica. Mi tutor lo adora. A mis amigos les cayó bien en cuanto lo conocieron. Usted dice que su hijo no hace nada de provecho, pero no se fue simplemente a viajar por Latinoamérica, se fue a hacer un voluntariado para enseñar a niños pobres. Aquí también ha estado impartiendo algunas clases a inmigrantes, empleando el poco tiempo libre que le queda.

Mark mira de reojo a Sebastian con cara de «¿De verdad vas a dejar que te defienda una chica?».

—Y si usted fuera una persona tan bondadosa como él, donaría dinero desde el corazón, no para quedar bien ante los demás. Usted ofrece de cara a la galería una imagen... ideal, pero en su casa es cruel y controlador. No sé si con Cameron también lo fue, aunque ni siquiera me importa, pero sí me molesta que lo haga con Sebastian porque es mi amigo. —Se me quedan mirando todos en silencio, y entonces recuerdo nuestro plan—. Y mi pareja. Y lo admiro. Yo lo admiro, de verdad. Y hasta me sorprendí cuando me di cuenta de ello porque me parecía un auténtico capullo. Él lo sabe. Pero, en realidad, aquí el único capullo que hay es usted.

Cuando suelto esto, siento que me libero del peso que tenía en el estómago. Cameron abre mucho los ojos al oír mi insulto hacia su padre, Sebastian se lleva una mano a los ojos. Me inquieta descubrir lo que piensa. En ese momento Catherine interviene:

—Eva, quizá Mark es un poco duro, pero no deberías haber...

—Señora Wright, usted me ha caído muy bien. Y creo que es una mujer tan inteligente como su hijo menor. He descubierto que el gusto por la lectura le viene de usted. —Esbozo una sonrisa—. Sin embargo, me sabe mal que no interceda por Sebastian.

Catherine abre la boca, pero luego agacha la mirada y se queda en silencio. Mark Wright tiene un puño apretado y se lo ve muy enfadado. Temo que se ponga a gritarme, aunque imagino que no querrá arruinar su imagen en un lugar como este. Cojo aire y los observo uno a uno.

—Sebastian solo quiere vivir su vida. Si quisiera trabajar en su empresa, señor Wright, le aseguro que podría hacerlo, y mejor que muchos. ¡Joder, es que es tan inteligente y capaz que podría hacer lo que le diera la puñetera gana! —Acabo de elevar la voz, y Mark mira a un lado y a otro con vergüenza—. Disculpenme por mi genio y por todo este jaleo, pero soy una persona a la que le cuesta callarse. Y ahora creo que voy a marcharme porque me he sentido muy incómoda durante toda la comida. —Me levanto de la mesa y me quedo frente a ellos. Noto la mano de Sebastian aferrándose a mi ropa, en una súplica silenciosa—. Encantada de haberlos conocido.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia la salida del restaurante sin mirar atrás. La adrenalina corre por mis venas a toda paleta. Supongo que ahora Mark Wright me odia definitivamente, y sin necesidad de actuar. Pero no sé cómo se habrá tomado Sebastian mi intervención. Atravieso el vestíbulo del hotel en dirección a la calle. Cuando salgo, me inclino hacia delante apoyándome las manos en las rodillas y suelto un profundo suspiro. Me siento mejor que antes, pero, aun así..., estoy dolida. Estoy dolida y no sé bien por qué.

—¡Eva! —La voz de Sebastian me sobresalta. Me vuelvo para averiguar qué quiere—. ¿Por qué has hecho eso?

Su pregunta me descoloca. Así pues, está cabreado.

—¡Ya que tú no decías nada, yo no podía quedarme de brazos cruzados! ¡Te he defendido como una gata rabiosa! ¡¿No era eso lo que querías?! ¡¿Que fuera la peor novia del mundo?! —

¡¿Que tu padre dejara de hablarte?! ¡Pues ahí lo tienes! ¿Por qué leches te enfadas ahora? —grito tanto que unas cuantas personas me miran con estupefacción y horror.

—Pero ¿qué dices? ¡Estás chiflada, Eva! ¡Siempre sacando tus propias conclusiones!

—¡A mí no me grites así!

—¡Tú has empezado a gritarme!

—¡Porque me sacas de quicio! ¡Cállate, joder!

—¡No me mandes callar, Eva!

Sebastian da unos pasos hacia mí y se coloca a pocos centímetros de distancia. Alzo la barbilla con orgullo.

—¡Tú a mí tampoco vas a callarme!

Pero... lo hace, vaya que si lo hace. Contra todo pronóstico, Sebastian me toma de la nuca, me atrae hacia él y estampa sus labios en los míos de un modo tan furioso que nuestros dientes chocan.

Sebastian está besándome de nuevo. Está besándome y no puedo más que sentir que el suelo se tambalea bajo mis pies.

Luminiscencia

«Propiedad que tienen algunos cuerpos de emitir luz sin elevación de temperatura».

¿Es posible sentir que tu cuerpo, entre los brazos correctos, se convierte en una masa luminiscente?

Los labios de Sebastian son tan mullidos y cálidos como recordaba. De la furia ha pasado a cierta calma, aunque su boca colisiona con la mía como si estuviera reclamando algo. En un momento dado parece querer apartarse, pero lo retengo por los brazos en una súplica silenciosa. Quiero que continúe besándome de la forma en que lo está haciendo. No me había dado cuenta hasta ahora de que, en realidad, me moría de ganas de besarlo otra vez. Se me pasa por la cabeza que, a pesar de que nos hemos besado anteriormente, este es un beso muy distinto. Como más... real. Porque lo es..., ¿no? De repente, lo aparto y echo un vistazo alrededor.

—Tu padre no está mirando —murmuro.

—¿Qué? —Veo la sorpresa reflejada en su rostro.

—¿O es que me has besado porque estás contento por haber conseguido que tu padre me deteste?

—Joder, Eva... —Echa la cabeza hacia atrás y se le escapa una risotada. Vuelve a bajar el rostro para contemplarme con unos ojos llenos de lo que me parece deseo—. Nunca cambiarás, ¿eh? Te he besado porque tenía unas ganas tremendas de hacerlo.

—¿Desde cuándo? —inquiero aturdida.

—Desde lo de la otra noche... —Guarda silencio unos segundos en los que me pierdo en sus ojos—. Aunque reconozco que, antes de todo eso, posiblemente ya llevaba queriendo probar tus labios desde que intentaste bailar conmigo, de manera tan ridícula, en aquella discoteca.

Me quedo callada, atónita por sus palabras. Le clavo un dedo en el hombro.

—Entonces me mentiste. Sí que intentaste besarme aquel día... Y si tantas ganas tenías desde la otra noche, ¿cómo has podido aguantar?

Lo estoy poniendo a prueba. Aunque me callo que, en realidad, yo también llevo tiempo

soñando con su boca, su lengua, su cuerpo sobre el mío.

—Porque pensé, y creo que tú también, que nos habíamos equivocado —se sincera—. Pero es que no puedo aguantar más, Eva. Me da igual todo ya. Así que... —Se arrima de nuevo, posando sus manos en mi cintura—. ¿Puedo besarte?

—Desde luego, Sebastian Wright —susurro.

Su boca vuelve a chocar con la mía. La suya, abierta. La mía, tanteando. Cuando separo los labios, su lengua empuja de forma tímida al principio; segundos después, insistente. Le acaricio la nuca. Su piel es suave y huele tan bien... Trato de ser consciente de todo —de la respiración entrecortada de Sebastian, con alguna pausa para coger aire, del sonido que causan nuestras lenguas— y saboreo este beso. Cuando se aparta, con los labios enrojecidos, me llevo una mano a los míos, como si quisiera asegurarme de que esto ha ocurrido de verdad, como si deseara pegarlo a mi boca para siempre.

—Vámonos, Eva —murmura con la voz ronca.

Me acaricia el hueco entre la oreja y el cuello con su nariz. Mis hombros y mi estómago se encogen por el cosquilleo.

—Pero... ¿vamos a dejar a tu familia plantada? No me importan nada tu hermano ni tu padre, pero Catherine...

—Cuando le explique los motivos, lo entenderá —asegura Sebastian.

—¿Cuáles son esos motivos?

—¿Tú qué crees, Eva? —El tono de su voz no deja lugar a dudas, y un cosquilleo se me desliza hasta la entrepierna.

Unos minutos más tarde hemos conseguido parar un taxi y, aunque al principio los dos nos sentamos alejados, poco a poco se nos escapan miradas cargadas de intenciones y de deseo que nos llevan a abalanzarnos el uno sobre el otro. La boca de Sebastian me reclama una y otra vez mientras sus dedos se internan en mi pelo y con la otra mano me acaricia la cadera. Se me pasa por la cabeza que no ha mentido, que llevaba tiempo conteniéndose.

Sebastian besa bien, muy bien. Sabe cómo jugar con mi lengua, cómo lamerla, cuándo frenar y apartarse unos breves segundos para que yo lo busque. Ese tira y afloja me excita. Al igual que los círculos cada vez más rápidos que va haciendo en mi cadera, como si deseara emprender camino hacia otro punto. Lo sujeto de la nuca y lo atraigo más hacia mí, y a punto estoy de perder la cabeza y sentarme sobre él. En un momento dado me aparta con suavidad y, mientras se limpia los labios, me señala el espejo retrovisor con disimulo. El taxista nos está mirando. Me muero de vergüenza y, aun así, lo único que deseo es que Sebastian me atrape entre sus brazos y no me suelte.

Cuando llegamos al edificio, ni siquiera esperamos el ascensor. Vamos subiendo la escalera a trompicones, parando en cada rellano para besarnos, tocarnos por todas partes. Las manos de

Sebastian son tan grandes que abarcan toda mi cintura y eso me provoca un palpito en el vientre. Entramos en el piso lanzando las chaquetas por los aires. Tras cerrar la puerta, Sebastian me empuja contra la pared del pasillo y me agarra el culo con ambas manos. Un gruñido le brota de la garganta, y luego se dirige a mi cuello y me lo besa, lo mordisquea y lo lame allí donde la piel se me ha quedado más sensible.

Entre jadeos avanzamos por el pasillo. Entramos en su dormitorio, que es el primero. La excitación que siento se une a unos pocos nervios. Le deseo tanto que el bajo vientre me duele.

Me sube el jersey con delicadeza y me lo deja a mitad del abdomen. Entonces se inclina y deposita un beso en mi ombligo. Sube un poco más hasta mordirme con suavidad sobre las costillas y después en la parte del pecho que sobresale del jersey, ya que no llevo sujetador.

—¿Todo bien, Eva? —Su voz me sobresalta.

—Todo bien —respondo con un murmullo, ya que la excitación no me deja apenas hablar—. Hoy... ¿tienes... tienes condones? —pregunto recordando lo de la otra noche.

Sebastian me guiña un ojo y entiendo que es una respuesta afirmativa. ¿Los compraría a raíz de lo ocurrido por si...?

—Dani me regaló unos cuando pasó aquello entre nosotros...

Se me escapa una carcajada. Maldito Dani... Pero al fin hoy vamos a acostarnos sin alcohol de por medio, siendo conscientes de todo. Aceptando que es lo que queremos. Sin excusas.

Ayudo a Sebastian a que me quite el jersey. Para mi sorpresa, no siento vergüenza cuando sus ojos se posan en mis pechos. Los contempla como si fueran lo mejor que ha visto en su vida. Y me siento bien. Me siento bonita y deseada. Entonces atrapa uno con sus manos y me lo masajea, para luego inclinarse y rodear el pezón con la boca. Se me cierran los ojos y, por unos segundos, tan solo oigo la lengua de Sebastian afanándose en ese pecho y luego en el otro. Y yo, con tan solo eso, noto que voy a desmayarme de placer. Alargo una mano y busco los botones de su camisa. Se detiene en su tarea y me permite hacer. Nos quedamos mirándonos. Sus ojos son toda pupila oscura impregnada de deseo. Tengo la respiración tan acelerada que debo coger aire. Sonreímos cuando termino de desabrocharle el último botón y le deslizo la camisa por los brazos, acariciándolo al mismo tiempo. Él hace lo propio: sus manos recorren mi abdomen, de nuevo mis pechos, mi cuello.

—Eres muy suave, Eva —susurra.

Nos estamos besando una vez más cuando noto sus manos jugueteando con los bordes de mis pantalones. Me guía hacia la cama y me sienta en ella. Luego se arrodilla frente a mí, desnuda el lazo y me los baja con suma lentitud, como hace con el reguero de besos que va dejándome desde los pies hasta las rodillas: calmos, suaves, húmedos. Sube después hacia los muslos, y me quedo sin aire al notar, de repente, la presión de su pulgar en el centro de mi sexo. Estoy tan mojada que las braguitas se me pegan a la piel y él, sin esfuerzo, puede deslizar su dedo por

encima de la ropa interior. Yo, demasiado ansiosa, empujo hacia delante buscándolo. Me mira y esboza una sonrisa. Esa de capullo engreído que ahora ya ni me importa porque lo único que deseo es tenerlo dentro de mí.

Suspiro agradecida cuando me baja las bragas. Las lanza por el dormitorio. Me agarra los muslos y me separa las piernas, aún arrodillado ante mí. Apoyo los codos en la cama y contemplo esa imagen perfecta y excitante. Cuando separa mis pliegues y mueve un dedo de lado a lado, se me escapa un largo gemido. Echo la cabeza hacia atrás disfrutando de esa sensación de placer que aniquila todo mi cuerpo.

—¿Te gusta así?

Tardo unos segundos en poder contestar. Suelto un jadeo entrecortado que Sebastian toma como un sí. Juguetea un poco más con el dedo, dando golpecitos en el borde de mi entrada y metiendo un poco la yema de manera que me causa un latigazo de placer en la espalda. Me arqueo y apretujo las sábanas con mis manos porque Sebastian dobla el dedo en mi interior de tal forma que creo que explotaré de un momento a otro. Al sacarlo, noto un vacío en mi interior. Lo quiero dentro. Lo necesito. Y por poco se lo grito. Sebastian se dedica a mirarme unos segundos, con la palma de la mano abierta y apoyada en mi vientre. Esboza una sonrisa.

—Eres preciosa, pelirroja.

Lo dice de tal modo que aumenta el deseo en mí. Luego me abre más de piernas, clava los dedos en la parte interna de mis muslos y mete la cabeza entre ellos.

—¡Sebastian! —exclamo al apreciar su lengua.

Mis piernas se tensan, con ganas de apretarle la cabeza, pero me lo impide y me mantiene completamente abierta. La punta de su lengua roza mi clítoris, con la presión justa para humedecerme más y arrancarme un gimoteo. Me tumbo en la cama y contemplo el techo, convertida en mantequilla derretida entre sus manos y su boca. Hace círculos en el centro de mis terminaciones nerviosas, y alargo una mano y la apoyo en su nuca, agarrándole del pelo. De repente me doy cuenta de lo escandalosos que se han convertido mis gemidos. De la sensación de plenitud que me provoca la lengua de Sebastian en mi interior. Saliendo. Entrando una vez más. De los jadeos y gruñidos de Sebastian. Del sonido de su saliva y de mi humedad mezcladas.

Me sorprendo de lo mucho que parece gustarle lamerme ahí abajo, de lo entusiasmado que aparenta estar. Recorre toda mi abertura, lame mis labios, succiona mi clítoris, y todo eso lo hace observándome de una forma que provoca una sensación caliente y líquida en mi vientre. Me aferro a las sábanas, pero siento que voy a caerme en un abismo sin fin.

—Quiero que cuando te corras no te contengas, deseo que grites, me tires del pelo o te desmayes. No importa. Me pasaría comiéndotelo un año entero —susurra, y todas esas palabras bastan para que mi excitación suba aún más y me tiemblen las piernas.

Y entonces me inunda un calor insoportable y los pulmones se me quedan sin aire. He

olvidado quién soy. No puedo pronunciar palabra. Tan solo boquear y contemplar un techo en el que estallaban docenas de puntitos de colores. Noto la boca de Sebastian abarcando todo, como degustando una fruta jugosa. Noto la humedad deslizándose entre mis piernas. Los espasmos inundan cada una de las extremidades de mi cuerpo, que se ha quedado lánguido, fofo. Me pesan los brazos y las piernas, pero Sebastian no me permite bajarlas ni cerrarlas, pues aún se afana en lo que hay entre ellas.

Al fin consigo que se detenga tirándole del pelo. Me mira con los ojos oscurecidos por el deseo y los labios brillantes. Se limpia la boca con el dorso de la mano y luego se sitúa encima de mí, sosteniéndose con las manos. Me besa entonces, y consigo posar las palmas en sus mejillas, calientes. Los dos estamos sudados. Se frota contra mi entrepierna, con lo que noto el bulto duro de la suya.

—Quiero follarte, Eva —me susurra al oído, y me mordisqueea el lóbulo de la oreja.

Coge mi mano y me la lleva a su polla. Me parece enorme y me pongo nerviosa. Se baja los pantalones y vuelve a ponérmela ahí. Tiene los calzoncillos húmedos y calientes.

Cuando se pone sobre mí, con su pecho apoyado sobre el mío, aprecio el desbocado latir de su corazón. Dejo que sea él quien se quite la ropa interior, pues me siento tan relajada y laxa tras el magnífico orgasmo que apenas consigo moverme. Espero a que se ponga el condón que ha sacado de un paquete de la mesilla de noche. Tan solo me tenso cuando la presión del miembro de Sebastian pugna en mi entrada. Vuelvo a sujetarlo de las mejillas y busco su boca. Me besa alterado, nervioso, con poca coordinación. Le tiembla el cuerpo de las ganas, y echo las caderas hacia delante para que se introduzca en mí.

Sebastian me embiste una vez. Luego otra y otra. No niego que es duro, pero me parece magnífica esta mezcla de dolor y placer que me recorre el cuerpo. Con cada uno de sus avances, mis paredes van relajándose y abriéndose a él. Cuando está todo dentro, las contraigo para notarlo más, y Sebastian profiere un jadeo.

—Joder, pelirroja, joder... Estate quietecita o me correré ya.

Pero no le hago caso. Muevo las caderas, en busca del máximo placer. Su polla roza un punto que me arranca un gemido. De nuevo me tiemblan los muslos, y abro más las piernas y las pongo alrededor de su cintura. Para mi sorpresa, me agarra de las nalgas y me aprieta hacia arriba contra su cuerpo. No hay espacio entre nosotros. La piel sudada de Sebastian se pega a la mía. En esta postura se hunde del todo en mí y suelta un gruñido. Murmura palabras obscenas, otras cariñosas. Me siento deseada y llena, y no puedo más que rodear su ancha espalda con mis brazos para atraerlo y besarlo. Todo dientes, lengua, saliva.

Tras otra embestida más, mi sexo vuelve a tensarse alrededor del suyo. Sebastian palpita en mi interior. Me folla más fuerte, casi de manera salvaje. Aprecio cómo contrae el vientre, los movimientos sinuosos de sus caderas para salir y entrar y frotarse en mi interior. Los dedos de

los pies se me llenan de cosquillas. Sebastian gruñe y murmura algo ininteligible. Tiene los ojos cerrados, pero cuando los abre están vidriosos y desenfocados. Tras unos cuantos movimientos torpes, sé que ha perdido el control. A mí tampoco me queda... Seguramente lo he perdido desde el primer orgasmo.

—Me... me encantas, Eva —susurra.

Lo acerco a mí y le beso. Se le dibuja una sonrisa y a mí otra.

—Y me encanta esto.

—A mí también, Sebastian.

No sé si es el pronunciar su nombre o el temblor de mi voz lo que le hace perder el control por completo. Suelta un gemido y empuja hacia mi interior. Sus dedos se clavan en mis nalgas. Mientras tiembla encima de mí me susurra que soy perfecta, que adora mi pelo y mis pecas, que no puede más. Incluso con el preservativo, lo noto explotar. Su rostro se contrae, preso del placer. Me uno a sus temblores, a punto de correrme por segunda vez.

Me acalla los gemidos con su boca. La saliva le sabe a deseo. Me besa torpemente, sus labios cálidos y húmedos deslizándose por los míos.

Me doy cuenta de que quiero hacer esto una y otra vez.

Del amor al odio hay un paso

«Refrán del idioma español».
¿Y qué pasa cuando sucede lo contrario?

Recibo el mes de febrero entre las sábanas de Sebastian o con él acurrucado bajo las mías. No ha pasado ni una semana, pero creo que apenas nos hemos separado estos días más que para ir cada uno a sus respectivas clases. Aún no me creo que Sebastian Wright y yo estemos acostándonos y que, cada vez que me despierto, esté observándome con una sonrisa.

—Buenos días, pelirroja. —Me besa con suavidad en la comisura de los labios—. Es increíble que no se te peguen las sábanas y abras los ojos a la misma hora que yo.

Me río y le doy un golpe juguetón con el edredón nórdico. Nos tapa a ambos y la luz solar matutina se ve amortiguada aquí abajo. Me aferra por la cintura y hunde su lengua en mi boca, arrancándome un gemido. Sus manos me apresan del trasero, empujándome contra su erección.

—Hoy no puede ser. Tengo una exposición y no quiero llegar tarde —le comunico.

Pero al final acabamos teniendo una maravillosa sesión de sexo que nos retrasa unos minutos. Salimos juntos del piso: yo con un cruasán en la mano y él con su termo de café y una tostada.

De camino a la facultad recibe un mensaje. Me informa de que es de su madre.

—¿Qué tal?

—Mi padre sigue sin mencionarme —contesta victorioso.

Aunque, no sé por qué, no me parece que le alegre tanto como esperaba.

Al día siguiente de marcharnos del restaurante, su madre se presentó en el piso. Ni el señor Wright ni Cameron hicieron acto de presencia. Catherine tenía los ojos brillantes y estrechó a Sebastian con fuerza al tiempo que le decía algo al oído. A continuación me abrazó a mí también, aunque no abrió la boca. Tras marcharse me quedé con una sensación rara.

—Nos vemos luego —dice Sebastian al divisar a Nuria, que también entra a la facultad en ese instante.

Unas horas después coincidimos en el despacho y, como ha ocurrido durante los últimos días, no podemos parar de lanzarnos miraditas. Es increíble lo que me excita ver sus dedos

moviéndose por el teclado. Supongo que me recuerdan a cómo se deslizan por mi cuerpo. Sebastian sabe cómo tocarme en los puntos más sensibles y yo, ahora mismo, no puedo más que recrearme en esos recuerdos.

—Eva, he pensado que para el día de San Valentín podríamos preparar alguna clase sobre expresiones lingüísticas relacionadas con el amor para los primeros cursos —propone Rafa.

—Vale —respondo automáticamente, sin apartar la vista de Sebastian, a la propuesta de mi tutor.

Sebastian me contempla de un modo que me obliga a juntar los muslos. Leo en sus ojos que, si no fuera porque estamos acompañados y porque este no es un lugar apropiado, me tumbaría encima de la mesa y me comería entera.

Me mordisqueo el labio inferior al tiempo que me paso un dedo por el cuello imaginando cómo será sentirlo en mi boca. Me fijo en que los ojos de Sebastian se oscurecen ante mis gestos. Sin pensarlo siquiera, me levanto y murmuro que voy al aseo.

Estoy echándome agua en la nuca para calmarme la calentura cuando se abre la puerta y entra Sebastian. Me sobresalto, pero al mismo tiempo se me escapa una risita.

—Son los aseos de las chicas.

—Ven conmigo. —Agita en el aire la llave del aseo de los profesores que nos prestó Rafa.

Segundos después estoy empotrada contra la puerta. Sebastian posa sus manos en mi cuello y se come mi boca con ansia. Me aferro a sus antebrazos y ahogo un gemido en su lengua. Deslizo una mano por su vientre y le subo un poco el jersey para acariciárselo. Él me atrapa un pecho y lo estruja con fuerza, besándome en la línea de la mandíbula y en el cuello. Bajo más hasta llegar a su entrepierna, donde despunta su erección. Se la cojo y aprieto.

—Joder, Eva... —masculla, y me muerde.

Jadeo y le tiro del pelo mientras trato de bajarle la cremallera de los pantalones. Cuando lo consigo, rozo la humedad en su ropa interior y me excito más. Voy a meter la mano en el bóxer cuando Sebastian me frena.

—Pelirroja, eres el diablo en persona —susurra con voz ronca y una sonrisa. Me río también—. Es mejor que nos detengamos aquí. Imagina que viene algún profesor...

Aunque por supuesto hay pestillo, sería raro que nos vieran salir a los dos del aseo. Así que claudico, y él se sube la cremallera y yo me arreglo el suéter. Salgo primero. Sebastian me sigue poco después y se espera un par de minutos fuera del despacho. Ya me encuentro sentada cuando entra. Rafa alza la cabeza de sus notas, lo observa y arquea las cejas.

—¿Y las fotocopias que decías que tenías que hacer?

Sebastian se sonroja y me lanza una mirada de reojo. Me llevo una mano a la boca para contener la risa.

—Estaba cerrado.

—Qué raro, deberían haber abierto hace rato —dice Rafa echando un vistazo a su reloj de pulsera.

Media hora después termina mi jornada en el despacho. A Sebastian aún le quedan otros treinta minutos. Mientras recojo mis cosas, se me ocurre algo. Saco el móvil y le escribo un mensaje:

Te espero a la 18.00 en la cafetería de la calle de enfrente

Constato que lee el wasap, pero no me contesta, aunque se le dibuja una sonrisita en la cara. Me despido de ambos y me dirijo a la cafetería. Me pido un batido de *stracciatella* para hacer tiempo y endulzarme un poco hasta que Sebastian llegue. A las seis en punto, ni un minuto más ni uno menos, se abre la puerta de la cafetería y entra.

En lugar de aguardarlo en la mesa, me levanto. Me mira con sorpresa, y el gesto le cambia cuando entiende lo que pretendo. Me meto en el aseo de las mujeres, coqueto y muy limpio, y espero. No pasa ni un minuto cuando alguien llama a la puerta, y enseguida oigo la voz de Sebastian susurrando mi nombre. Le abro, él mira a un lado y al otro y, cuando se cerciora de que nadie está pendiente de nosotros, se mete en el aseo conmigo. Ahora soy yo quien lo empuja contra la pared, y lo beso como si el mundo fuera a detenerse. Sebastian me apresa de las nalgas y me aprieta contra su cuerpo para rozarse. La sensación que su erección me causa en las caderas es deliciosa.

—Quiero probarte —le digo en voz baja con mis labios pegados a los suyos.

Sebastian sonríe y me los lame.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una pequeña bruja?

—Hummm... Alguna vez. Dani.

Sebastian me aprieta más contra su cuerpo. Es increíble lo bien que encajamos, después de todo. Le desabrocho los pantalones y meto la mano. Me gusta que cierre los ojos ante mi contacto.

—¿Quieres que lo haga?

—Eh... Eva... —murmura. Le acaricio la punta con el índice—. Joder, sí.

Me inclino y voy descendiendo por su cuerpo sin dejar de mirarlo. No puedo evitar sentirme poderosa al ver su cara de sorpresa. Supongo que no se esperaba esto, sino una paja. Le bajo los pantalones y acerco la nariz a su ropa interior. La subo y le olisqueo el abdomen. Me encanta cómo huele y me encanta que la polla le palpite simplemente por esto.

—Eva...

Me acucillo y le bajo el bóxer. Su miembro me apunta, vigoroso y brillante, con el glande

hinchado y enrojecido. Me aparto el pelo hacia atrás y vuelvo a mirarle. Me coge del cabello y murmura:

—¿Cómo es posible que seas tan preciosa?

No contesto. Muy despacio, le rodeo la base con los dedos. La tiene tan dura que me excito. Muevo la mano arriba y abajo, y Sebastian profiere un gruñido. Abro los labios sobre el glande y le dedico una sonrisa. Él apoya la mano en mi cabeza, y susurra una palabrota y que se va a correr en nada, como si le molestara que todo fuera tan rápido. Y yo lo quiero saborear, pero también me gustaría que esto durara mucho. De cualquier forma, Sebastian empuja con las caderas para que me la introduzca. Así lo hago, y gime y me mira y yo lo miro también.

—Joder, qué labios tienes, Eva —me susurra, junto con otras obscenidades más relacionadas con mi cara, mi pelo y mi cuerpo que consiguen excitarme tanto que me humedezco.

Me ayudo de movimientos con la mano, además de los de la lengua. Le mordisqueo un poco, a lo que Sebastian responde posando una mano en mi mejilla. Sus dedos me rozan los labios y eso me pone a mil. Alzo la mirada y lo descubro con los ojos cerrados, la boca entreabierta y un encantador rubor en las mejillas.

—Voy a... *Gosh, Eva!*

Noto que su polla palpita más. Y a mí el sexo también me late. Sebastian me excita muchísimo, más en esta situación en la que nos podrían pillar. Abre los ojos y los clava en los míos, y me afano en intentar hacerle la mamada de su vida. Le sonrío y se deja llevar. Intenta apartarse para no correrse en mi boca, pero no lo hace lo suficientemente rápido y acaba salpicándome en los labios y la barbilla.

—Madre mía, pelirroja... —dice con la voz entrecortada.

Me levanto y voy a enjuagarme la boca al lavamanos. Cuando se recupera, se acerca a mí y me rodea desde atrás. Me besa con suavidad en el cuello.

—Esta noche no vas a escaparte.

Apoyo la cabeza en el pecho de Sebastian tras haber hecho el amor como dos fieras salvajes. Tal como me había prometido por la tarde, a medianoche ha llamado a la puerta de mi cuarto y no he tenido más remedio que dejarlo entrar. Ahora, casi dos horas después en las que hemos jugado, nos hemos lamido y besado y hecho cosas que yo ni habría sospechado, descansar en su pecho me provoca serenidad y somnolencia. Está acariciándome el pelo de manera distraída y, de repente, me pregunta:

—¿Por qué me odiabas tanto, Eva?

Titubeo unos segundos antes de contestar.

—Tampoco es que fuera odio... Creía que lo era, pero ese sentimiento es demasiado grande y

agotador. Me sacabas de mis casillas, eso sí. —Me río. Sebastian pasa a rozar mi frente con sus dedos, una lenta y agradable caricia que me cierra los ojos—. Pues porque... parecías perfecto. El impecable, adinerado e inteligente Sebastian Wright. Me parecía que no necesitabas esforzarte por nada mientras que personas como yo, en cambio, tenemos que demostrar nuestra valía constantemente y mucho más. Por no mencionar el hecho de ser mujer, en general, en el mundo de la investigación.

—No puedo decir que sé lo que es, pero sí he visto y he oído algunas cosas desagradables.

—¿Y tú por qué me odiabas a mí? —Levanto la cabeza y lo miro con una sonrisa.

—Tampoco es que te odiara... Aun así, me ponía nervioso que siempre intentaras tener la razón. Me da igual caer mal a la gente, pero, no sé por qué, me importaba caerte mal a ti. Y eso me ponía a la defensiva y hacía que aún me comportara más como un capullo.

—Eres un poco paradójico —contesto, y se inclina hacia mí para morderme una mejilla de modo juguetón—. Pero, al final, era yo la capulla suprema, ¿verdad?

Las carcajadas de Sebastian me sorprenden. Tira de mí y me tumba sobre él para abrazarme. Luego me mira y me aparta el pelo de la cara sin dejar de sonreír. Ya no recuerdo cómo era el Sebastian serio e implacable... Sea como sea, desde luego, este me encanta. Con esta sonrisa en la que podría anidar para siempre.

—¿Ves, Eva? En el fondo, yo también creía que te odiaba, pero siempre has hecho o dicho cosas como esa y me resultaba imposible.

Me arrebujó en su pecho de nuevo, y me acaricia la espalda. Su corazón acaba acompasado con el mío.

Estoy casi durmiéndome cuando por una rendija de mi mente se cuela un pensamiento por primera vez desde que nos acostamos la otra noche: que dentro de un mes y poco Sebastian regresará a Estados Unidos. No puedo evitar preguntarme adónde nos lleva todo esto, si él también ha pensado en eso en algún momento y cómo voy a ser capaz de terminar con algo así, con algo que me hace sentir tan real después de tanto tiempo.

36

Fortuito

«Que sucede inopinada y casualmente».
¿Soy yo demasiado inocente?

Chica, no sé cómo eres capaz de comerte un helado con este frío. Con solo verte se me congelan las pestañas —se mete Dani con Celia, quien sostiene un cucurucho enorme de dos bolas.

—Nunca hace suficiente frío para un buen helado de chocolate y menta —proclama ella, y lame la bola verde.

—¡Esa es otra! ¿A quién le gusta el sabor ese? —Dani arruga la nariz en un gesto de asco.

—No está tan mal —murmuro.

Dani me lanza una mirada desganada.

—Ah, pero ¿sigues aquí? —musita.

Está cabreado porque defiende que debería haberles contado, en cuanto terminé «el polvo de mi vida», según él, lo que había ocurrido con Sebastian. En lugar de eso, he estado perdida «retozando en cualquier lugar» (palabras de Dani también) hasta que hoy, al fin, hemos quedado y me he abierto a mis amigos. Y Dani me ha recordado varias veces que tuve ese pedazo de polvo gracias a él, ya que regaló los preservativos a Sebastian «por si acaso».

—Dani, no puedes estar enfadado eternamente —protesto enganchándome a su brazo, con lo que por poco le tiro el *caffè latte* que se ha pedido en el Starbucks.

—Llevas razón —asiente, sacándome una sonrisa esperanzada. Luego añade—: Se me pasará cuando os vea en acción sin que finjáis.

—Yo creo que ni siquiera fingían cuando se suponía que lo hacían —opina Celia con la nariz manchada de helado de chocolate.

Dani se la limpia con un pañuelo al tiempo que se le escapa una risita. Es un sábado frío de principios de febrero y hemos decidido pasear por los jardines de la Tamarita, que a Celia le encantan. Está un poco nerviosa porque entregó ya el proyecto de su corto y ahora espera noticias. Dani, por su parte, terminará la próxima semana en su empresa y dice que va a relajarse

unos meses en el paro, aunque ya se ha inscrito en la Escuela de Teatro. Y yo..., bueno, yo no dejo de dar vueltas en mi cabeza a ciertos asuntos.

—¿Vais a hacer algo por San Valentín? —me pregunta Celia.

—Qué va. —Sacudo la cabeza.

—¿Por qué no? —inquieta Dani.

—Porque no estamos saliendo, no somos pareja. Es... es solo... algo pasajero. —Al decirlo se me forma un nudo en la garganta—. Además, nos hemos acostado unas pocas veces y llevamos ya unos días que nada. Quizá solo ha sido un desfogue...

—¿Otra vez? —Dani chasca la lengua—. No se te da bien eso, Eva.

—Dale tú unas clases, chico —se mofa Celia.

—¿Qué esperabais? En marzo, Sebastian regresará a Estados Unidos, así que tener una relación no nos llevaría a nada. Tampoco creo que sea lo que él busca.

Finjo que no me importa, aunque la sensación de pesadez que noto en el estómago me demuestre lo contrario.

—No serías la primera ni la última con una relación a distancia —observa Celia.

—Ni quiero serlo —replico—. Necesito centrarme en los estudios y él también. Ahora nos divertimos y eso es genial.

—Desde luego —coincide Dani moviendo las cejas de arriba abajo—. No voy a preguntarte si es bueno en la cama porque ya soy lo suficientemente maduro para dejar de lado esos asuntos.

Celia y yo lo miramos con expresión incrédula. Él continúa caminando con sus andares seguros y sinuosos, alzando el vaso de cartón de su café en señal de victoria.

—Lo que pasa es que está esperando a que se lo cuentes tú para no pecar de cotilla —me susurra Celia al oído.

—Lo sé, créeme que lo sé. —Compongo una sonrisa pícaro y le pregunto—: ¿Cómo crees que se quedará si le confieso que hicimos algunas cosillas en el aseo de una cafetería?

Celia se tapa la boca para acallar una risita.

—No sé él, pero a mí ya me has dejado boquiabierto.

—Queridas, ¿os pasa algo? —pregunta Dani, que se ha detenido y se ha vuelto hacia nosotras al oír nuestras carcajadas.

—¿Te gustaría saber si Sebastian tiene más lunares en otras partes de su cuerpo? —Arqueo una ceja, y Dani abre mucho la boca y los ojos.

—Sabes que eres mi mejor amiga, ¿verdad? —Se abalanza sobre mí para abrazarme, y luego dice a Celia—: Sin contarte a ti, claro.

Por la tarde Sebastian y yo salimos a dar una vuelta por el barrio. Pasamos por la librería que le

llamó la atención aquella vez y decidimos entrar. Él ya ha estado unas cuantas ocasiones más aquí, según me cuenta. Me dirijo a la sección de libros de segunda mano y curioseó entre las pilas de ejemplares.

—Te he mandado una foto —me dice Sebastian.

Frunzo el ceño sin entender mientras saco mi móvil de la mochilita. En la fotografía salgo de espaldas leyendo el libro que aún sostengo en la otra mano y, de fondo, aparecen las estanterías abarrotadas de volúmenes. La verdad es que es una foto encantadora, se le da bien hacerlas.

—¿Te gusta?

—Es muy bonita —asiento—. Voy a subirla a Instagram.

—No me digas que eres de las que pone todo en sus redes sociales. ¿También haces bailes en TikTok? —me chincha al tiempo que me rodea la cintura desde atrás.

En cuanto noto su nariz rozando mi nuca, el estómago se me contrae.

—Jaja... Pues no. Pero reconozco que hace tiempo abrí una cuenta en TikTok en la que hacía críticas de libros y explicaba la etimología de algunas palabras. No tuvo ninguna repercusión. Supongo que ni eso ni mis pechos resultaban lo suficientemente interesantes.

Sebastian me suelta y se coloca frente a mí para deslizar la vista por mi jersey. Se rasca la barbilla y hace como si reflexionara.

—Gente ignorante —dice con voz artificiosa.

Me río y subo la foto, explicando dónde me encuentro. En cuanto Dani la ve, me pregunta por WhatsApp si voy acompañada. Le contesto con el emoticono del puño alzando el dedo corazón.

Sebastian y yo perdemos la noción del tiempo cuando estamos en una librería, para qué mentir. Nos recomendamos libros el uno al otro, charlamos sobre las portadas que más nos llaman la atención y sobre nuestros géneros favoritos, paseamos por entre los pasillos olfateando el ambiente y rozando los lomos de los volúmenes.

—¿Conoces a Silvina Ocampo y sus niños siniestros? —le pregunto mostrándole un libro.

—No tengo el placer —responde con un movimiento de la cabeza.

—Deberías. —Le hincó la punta del dedo en el abdomen—. Silvina es un referente en la literatura argentina del siglo xx. Apostó por situar la literatura fantástica y policiaca como géneros de primer orden, cuando otros los criticaban.

—Entonces me cae bien. —Sebastian dibuja una sonrisa y coge el libro que sostengo—. No me digas más, quiero descubrirla por mí mismo.

En un momento dado, cuando nadie nos ve, me agarra de la cintura y me besa con una ternura imprevista. Me sorprende porque, como he dicho, llevábamos unos días un poco más a la nuestra, ya que él anda muy ocupado con lo suyo. Algo se contrae en mi interior cuando su lengua roza la mía. Le devuelvo el beso y, para disimular mi contrariedad, cuando nos apartamos le digo:

—Que sepas que, a pesar de que beses bien, no voy a perdonarte eso de que leas los finales de los libros antes de llegar a ellos.

—Venga ya, no es para tanto. —Se enrolla en el dedo un mechón de mi pelo—. Tienes suerte de que no sea malo y no te haga espóileres de algunos de esos libros que quieres leer.

—No te atreverías —le reto posando las manos en las caderas.

—¿Que no? Estuve haciendo un trabajo de investigación sobre *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza* antes de terminar mis estudios. No me digas a lo que me atrevo y a lo que no — replica con una sonrisa traviesa.

—De acuerdo, creo que eres bastante valiente —contesto con cierta ironía.

Nos dirigimos entre risas y tonto hacia la caja para pagar el libro de Silvina Ocampo que Sebastian se lleva. Yo he elegido esta vez uno de segunda mano de Agatha Christie. Sebastian vuelve a rodearme por atrás y me besa detrás de la oreja. Aún no me creo este lado suyo tan apasionado y cariñoso... Y, por mucho que lo intente, no logro quitarme del cuerpo una sensación de nerviosismo.

Al doblar una esquina, veo a Víctor con un libro entre las manos. Me pregunto qué hace aquí cuando él no solía pisar ni una biblioteca ni una librería. No parece haberme visto, así que trato de pasar desapercibida y, de ese modo, Sebastian y yo podremos marcharnos sin que nos descubra. Pero la suerte no está de mi parte porque, cuando ya he pagado y es el turno de Sebastian, oigo la voz de Víctor a mi espalda.

—¡Eva, qué casualidad!

Cojo aire y me vuelvo hacia él. Me dedica una de sus mejores sonrisas, pero ahora mismo solo quiero tener delante la de Sebastian. Me toma de la nuca y me da dos besos que duran más de lo acostumbrado. Cuando me suelta, Sebastian ya ha terminado de pagar y se acerca a nosotros. Lo miro con el rabillo del ojo, y lo descubro tenso y serio.

—¿Qué tal..., Sebastián?

—Perfectamente. ¿Y tú? —responde Sebastian entre dientes.

—Muy bien —afirma Víctor con una sonrisa falsa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Buscaba un libro. —Abre los brazos—. La semana que viene es el cumpleaños de Marta y, como le gusta tanto leer, había pensado en regalarle uno.

—Claro —asiento. A mí nunca me regaló uno, y la cuestión es que en otro momento me habría dolido reparar en ello. Sin embargo, lo que ahora me afecta es notar lo incómodo que Sebastian se siente ante Víctor—. Bueno, pues que vaya bien —me despido, con la intención de irnos.

—¿Podrías recomendarme tú alguno? —me pregunta, no sé si para retenerme o porque de verdad no tiene ni idea.

—¿Qué le gusta?

Sebastian no puede estar más tieso. Esa mirada dura de las primeras semanas ha regresado a sus ojos.

—Un poco de todo. Marta es muy lectora, ya sabes. —Víctor me guiña el ojo y sonríe.

—Puedes comprarle algo de Almudena Grandes, creo que le gustará. —Le devuelvo una sonrisa algo apretada.

Víctor asiente, alternando su mirada entre Sebastian y yo. Me sobresalta que me vuelva a dar dos besos para despedirse. Cuando salimos de la librería, Sebastian está muy callado y no sé cómo romper el silencio. De hecho, avanzamos toda una calle hasta que, fingiendo un tono relajado, comento:

—No esperaba encontrármelo en una librería.

—Resulta obvio —contesta Sebastian con sequedad.

—¿Cómo? —Me detengo sin entender, pero como él no detiene el paso, reanudo el mío.

—No estaba allí por casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha ido allí porque sabía que estabas tú.

Suelto una risa, pero Sebastian me lanza una mirada tan hosca que me la corta.

—¿Cómo va a ser eso? Es muy retorcido...

—Quizá tu exnovio lo sea.

—No es mi exnovio, y no sé por qué iba a ir a la librería por mí. Tendría que haber estado pendiente de las redes y todo.

—No me parece tan raro que le apeteciera verte de algún modo sin resultar pesado. Es evidente que tiene interés por ti.

—Está con Marta.

Sebastian no me contesta, y no acabo de entender por qué parece enfadado. Hacemos en silencio el resto del camino. Una vez que llegamos al piso, me preparo para darme una ducha y Sebastian se encierra en su cuarto, de donde, minutos después, sale con el chándal.

—¿Vas a correr ahora?

Me responde con un asentimiento de la cabeza y se marcha, dejándome con el pulso acelerado. Me paso un buen rato en la ducha; necesito desembarazarme de la molesta sensación que noto en el pecho al respecto de lo que ha dicho de Víctor. Cuando salgo, Sebastian aún no ha regresado. No sé si esperarle para cenar, pero al final me decanto por prepararme algo, ya que tarda. De hecho, a mitad de cena empiezo a preocuparme. ¿Y si le ha pasado algo? Desbloqueo y bloqueo el móvil un par de veces hasta que me animo a escribirle:

Todo bien?

Pero resulta que no se ha llevado el teléfono porque oigo el aviso del mensaje proveniente de su dormitorio medio abierto. Una vez que termino la cena, me acurruco en el sofá para ver una serie en Netflix. Estoy quedándome dormida cuando oigo la puerta. Es casi medianoche y Sebastian se fue a correr a las nueve. Me pregunto dónde habrá estado. Poco después oigo el agua de la ducha y acabo durmiéndome.

Me despierta un sonido del televisor, en concreto el *ending* de *True Beauty*, la serie coreana que me tiene enganchada desde hace semanas. Cojo el mando para bajar el volumen y, justo en el instante en que me incorporo, descubro una sombra moviéndose por el salón que me arranca un grito.

—¿Tú no eres fan de las series y las películas de terror? —Sebastian se acerca, y la luz de la pantalla ilumina su rostro.

—¿Y tú qué haces andando sigilosamente por aquí?

—No podía dormir. Me provocas insomnio, pelirroja.

—Por el jaleo de la tele, ¿verdad?

—No. —Sacude la cabeza y toma asiento junto a mí. Me observa de tal modo que el estómago me brinca—. Me lo provocas por tenerte cerca... No paro de pensar en tus piernas enlazadas en mi cintura.

Aguanto el aire y las ganas de lanzarme a sus brazos para besarlo. Pero antes quiero entender qué le ha ocurrido esta tarde.

—¿Te pasa algo conmigo?

Se queda callado unos instantes, hasta que agacha la mirada y murmura:

—Me incordia la presencia de Víctor en tu vida, ¿vale? Y no quiero ser una persona así.

Me sorprende que al alzar la cabeza su mirada refleje cierta vergüenza. Y no sé qué decirle. Me gustaría preguntarle por qué se siente de esa manera, pero, en cierto modo, su respuesta me inspira cierto temor.

—Víctor ya no tiene la misma presencia que antes —murmuro rozándole los dedos.

—No importa, yo...

Me inclino hacia delante y le rodeo el cuello con los brazos. En cuanto mis labios se posan sobre los suyos me siento mejor. Sebastian no duda en devolverme el beso.

—¿Te apetece quedarte un ratito aquí conmigo a ver la serie?

—Claro.

—Es un K-drama, ya sabes...

Esboza una sonrisa y vuelve a besarme, con mucha suavidad.

—¿Y qué te parece si, después, paso la noche en tu cama? Hace días que no... —Me corto al ver su rostro serio.

Abre la boca, dubitativo, y temo que me rechace.

—¿Qué me va a parecer, Eva? El mejor plan.

Me atrapa de las mejillas y me acerca a su cara. Frota la punta de su nariz con la mía. Entreabro los labios, ansiosa por recibirle. No me besa, pero posa su boca sobre la mía y siento su sonrisa. Una tan sincera que, de inmediato, me saca una a mí.

37

Silencio

«Abstención de hablar».

¿Por qué yo, que siempre tengo una palabra en la boca, en ocasiones no puedo pronunciar ni una ante Sebastian?

Vamos, Dani, llegaremos tarde! —protesta Celia asestando al suelo una patada con la punta de su manoleta. Nuestro amigo chasca la lengua y termina de cubrirse el rostro con una de sus habituales cremas. Al final vamos a celebrar San Valentín como siempre hemos hecho los tres: viendo una película en el cine. Aunque esta vez se ha sumado una cuarta persona: Sebastian. Mis amigos insistieron mucho en que viniera y acabé aceptando porque, en el fondo, no es como si estuviéramos los dos solos. Es que no sé qué somos Sebastian y yo, y puede que sea mucho mejor que ni siquiera nos pongamos una etiqueta porque apenas queda nada para que se marche. Hay días que se muestra muy atento y cercano, mientras que otros apenas lo veo por el volumen de trabajo, a pesar de que compartamos piso. Si tan solo por eso me siento extraña, ¿cómo sería tener una relación con alguien que vive a miles de kilómetros de distancia? No, no, es impensable. Además, pertenecemos a mundos muy diferentes por mucho que él haya mostrado que es distinto. Sin embargo, jamás me sentiría cómoda por completo en su familia y... Pero ¿qué diablos hago pensando en todo eso? Nadie ha mencionado nada sobre una relación. Nos llevábamos mal hasta hace poco. De hecho, en el despacho hemos tenido algún que otro encontronazo de nuevo. Nada serio, pero somos así.

—¡Ya estoy listo! —Dani me saca de mis rayadas mentales y nos empuja a Celia y a mí hacia la puerta, como si de repente le hubiera entrado la prisa y fuéramos nosotras las culpables de ir con el tiempo justo.

Bajamos en el ascensor del edificio donde viven Daniel y sus padres. A Sebastian le ha encantado y comenta que al señor Wright le gustaría tener en su catálogo un edificio como ese. Es oír que lo menciona y que me entre un ligero malestar. Vuelvo a pensar en lo de antes; sin embargo, me libera de ello Celia agarrándome del brazo y hablándome de lo que Eric y ella van a hacer para celebrar el día del Amor.

Un rato después llegamos a Cinemes Girona, el favorito de los tres. A Sebastian también parece atraerle su estética acogedora y tradicional. Pagamos las entradas para una nueva adaptación de *Sentido y sensibilidad* que acaban de estrenar. Tras comprar los refrescos y las palomitas, nos dirigimos a la sala donde la proyectan. Dani está muy emocionado, aquí donde lo veis es un adicto a las adaptaciones de las novelas de Jane Austen, aunque se haya leído solo un par.

—No sé yo si veo a Emma Stone como Marianne Dashwood —comenta Dani.

—Yo creo que puede interpretar muy bien el papel —opina Sebastian al tiempo que coge una palomita.

—Eso es porque te recuerda a la pelirroja que tienes al lado —se mofa mi amigo.

Como está pegado a mí, puedo asestarle un codazo disimulado. Sebastian y Celia se ríen. Ella barre la sala con la mirada y, entonces, ahoga una exclamación.

—¿Qué pasa? —le pregunta Dani con voz chillona.

Celia le indica con gestos que no grite y señala al frente. Unas cuantas filas por delante de nosotros, una pareja se come a besos. No tardo en darme cuenta de que se trata de Víctor. Noto las miradas de mis amigos y la de Sebastian clavadas en mí, pero lo cierto es que la presencia de Víctor no me despierta nada.

—¿Qué hace aquí? ¿Desde cuándo a ese roquero de pacotilla le interesa Jane Austen? —inquire Dani.

—¿Desde cuándo le interesa venir al cine? —se une Celia.

—Qué curioso que hayan elegido este, ¿no? —continúa Dani, y vuelvo a pensar en lo que me dijo Sebastian sobre Víctor cuando nos lo encontramos en la librería.

Sebastian se remueve a mi lado. Con el rabillo del ojo lo veo coger su refresco y sorber de la pajita.

—Es evidente que habrá venido por Marta. Le gusta bastante leer.

—No entiendo qué veis en Víctor —protesta Dani.

—Deberías utilizar el pasado, al menos en mi caso —le recuerdo.

Segundos después, la sala se oscurece y empiezan los tráileres. Sebastian se pasa toda la película muy callado, aunque como es la primera vez que voy al cine con él, no sé si su actitud es normal o si la presencia de Víctor le incomoda. Pienso en lo que me dijo la otra noche y me siento mal por él. Víctor ya no es alguien importante en mi vida, por mucho que me afanara en que lo fuera.

En una de las escenas más emotivas de la película no puedo evitar que se me humedezcan los ojos. Me limpio el lagrimal con disimulo, pero, al ladear la cabeza, descubro a Sebastian mirándome. Me dedica una pequeña sonrisa. Se la devuelvo. Y, sin pensarlo mucho, alargo una

mano y la poso sobre la suya. Acabamos la sesión agarrados, aunque lo suelto en cuanto se encienden las luces ya que no me apetece escuchar comentarios por parte de Dani.

—¡Pues tenías razón, Sebastian, Emma Stone ha estado sublime! —exclama este.

—¿Nos vamos? —pregunto porque, a pesar de que Víctor y Marta vuelven a estar a lo suyo, puede que en breve se den la vuelta o se levanten y nos descubran. Y no tengo ganas de hablar con ellos.

—Espera, Eva, que a tu querido amigo se le han caído unas cuantas palomitas y voy a recogerlas...

Agarro a Celia del brazo para que lo deje estar, pero chasca la lengua y murmura algo sobre que hay que ser empático y solidario con todas las profesiones.

Así que, como había imaginado, Víctor y Marta abandonan sus butacas y avanzan por el pasillo. Creo que no nos descubrirán porque están haciendo el tonto y dándose besitos, pero, claro, Sebastian destaca por su altura y Dani no para de bromear por tener la cabeza de Celia entre sus piernas.

—¡Hola, chicos! ¡Qué sorpresa encontraros aquí! —exclama Marta segundos después.

Los cuatro nos quedamos sentados en nuestras butacas mirándolos en silencio, hasta que Celia lo rompe.

—Sí, menuda casualidad. ¿Os ha gustado la peli?

—Prefiero la adaptación con Emma Thompson —dice Marta con su habitual sonrisa.

—Pues Emma Stone no ha estado mal —opina Dani.

—Un muermo —interviene Víctor con los ojos en blanco.

—Vaya, no me extraña... —murmura Sebastian, pero lo suficientemente alto para que el otro lo oiga y esboce una mueca de desagrado.

—Si fuiste tú quien propuso venir... —Marta arruga el entrecejo al tiempo que ladea el rostro hacia Víctor.

—No sé por qué tampoco me sorprende... —Ese es de nuevo Sebastian, en un tono irónico que a nadie le pasa por alto.

—Yo prefería una de acción —nos dice Marta.

—Sí, también molan —asiente Dani.

El ambiente es tan tenso y raro que dan ganas de salir corriendo. A mí me gustaría que Víctor desviara su atención de mí a otra parte, pero sus ojos están clavados en los míos y, de vez en cuando, los posa sobre Sebastian.

—¿Qué tal os va, parejita? —nos pregunta Marta de repente.

—No somos pareja —contesta Sebastian, sorprendiéndome sobremanera.

Ella nos observa con asombro también, pero no añade nada. En ese momento Víctor la coge por la cintura y se excusa con que están esperándolos para cenar.

—Nos vemos pronto, ¿no, Eva? —me dice.

Me limito a asentir, aunque ahora mismo no entra en mis planes quedar con Víctor. Una vez que se han marchado, decidimos abandonar las butacas. Estamos saliendo del cine cuando Dani suelta:

—¿De qué iba todo eso?

—Sí, ha sido un poco raro... —coincide Celia.

—Tal vez Sebastian pueda aclararos algo —intento bromear, aunque a él no parece hacerle gracia.

—¿Qué quieres decir? —Celia arquea las cejas.

—Bueno, es que... —Miro a Sebastian con cautela, y se limita a asentir, como dándome luz verde—. Es que él piensa que Víctor propicia encuentros.

—¿Cómo? —Dani pestañea.

—Hace poco estábamos Sebastian y yo en una librería y nos lo encontramos allí.

—¡En una librería! —exclama Dani, absolutamente sorprendido—. Sebastian, seguro que tienes razón. El perro del hortelano ese ya no sabe qué hacer para llamar la atención de Evi.

—Eso significa que vuestro *fake dating* funcionó muy bien —trata de animarnos Celia.

—Demasiado bien. —Dani mueve las cejas arriba y abajo una y otra vez, aunque tan solo se ríe Celia.

—De todas formas, no me parece correcto lo de Víctor. ¡Eso es acoso! Empieza a caerme un pelín mal. —Celia se cruza de brazos, enfurruñada, mientras Dani la mira sin dar crédito a sus palabras.

Yo no puedo dejar de pensar en que en el cine Sebastian ha dicho a Marta que no éramos pareja. Que vale que es cierto, pero pensé que iba a continuar con el plan. Que no lo somos, lo sé. Que la palabra «pareja», en una de sus acepciones, significa «persona con la que se mantiene una relación estable», e imagino que Sebastian se refería a esta acepción y no a otras como «persona que acompaña a otra en una actividad». Estoy agobiándome y mis amigos están preguntándome algo.

—¿Qué?

—Comentábamos que podríamos ir a comer unas tapitas —me anuncia Celia, sonriente y con calma.

—Yo voy a irme a casa.

La voz de Sebastian me causa un vuelco en el corazón.

—¡No! —protestan Dani y Celia.

—Tengo mucho trabajo pendiente y necesito terminarlo este mes —nos explica.

No sé hasta qué punto es verdad. Se me queda mirando y titubeo. Parece como si quisiera

decirme algo o como si esperara que yo lo hiciera. Me gustaría irme con él, pero no me atrevo a proponérselo ya que quizá si va a adelantar trabajo mi presencia le sobre.

—Nos vemos mañana, entonces —murmuro.

—Claro —asiente.

De nuevo nos contemplamos y... falta algo. Sé que falta, pero ninguno lo añade, sea lo que sea.

Echamos a andar. Celia, Dani y yo en una dirección. Sebastian en otra. Vuelvo la cabeza tras unos pasos, pero él no lo hace.

«Dejar correr la fantasía o la imaginación».
¿Por qué, en cualquier caso, siento que con Sebastian todo acaba en el mismo punto?

El móvil no para de vibrarme una y otra vez, hasta que Sebastian suelta un bufido y, sin siquiera mirarme, me espeta:

—¿Podrías ponerlo en silencio?

Asiento y acallo el teléfono de inmediato. Me he sonrojado. Rafa apoya la barbilla en la palma de su mano y nos observa con curiosidad. A medida que va avanzando el mes, yo estoy más y más nerviosa por la inminente marcha de Sebastian, y él también se comporta de un modo raro.

Echo un vistazo disimulado al móvil: los mensajes resultan ser de Víctor. Son wasaps como:

Mañana nos vemos. Tengo ganas de hablar contigo, nena!

Marta me ha invitado a su cumpleaños, no tengo claro si por iniciativa propia o si porque Víctor se lo ha pedido. Dani aseguró que yo aceptaría porque no sé decir que no, y así fue. Luego me arrepentí y a punto estuve de poner alguna excusa, pero al final me convencí de que solo me acercaría para felicitar a Marta y me marcharía enseguida. Siento que ella no tiene la culpa de nada, que es una buena chica.

Propuse a Sebastian que me acompañara y, aunque no pareció hacerle mucha gracia, finalmente aceptó.

Al día siguiente no lo veo hasta la noche, ya que se ha ido muy temprano a la biblioteca. Llega y se ducha, sin apenas dirigirme la palabra. Ya estoy preparada y guardo el regalo de Marta — una bufanda y unos guantes— en una bolsa. Quería comprarlo solo yo, pero Sebastian insistió en pagarlo a medias.

De camino al bar donde hemos quedado se muestra más callado que de costumbre, lo que me trae recuerdos del inicio de conocernos y siento nostalgia, como si hubieran pasado un montón de años en lugar de solo unos meses. Quizá él también nota una sensación de vértigo al

comprender que, en breve, se irá de España. No por mí, sino por todo, por toda la gente que ha conocido aquí y las experiencias que ha vivido.

En la fiesta acabamos separados. Marta no para de dar conversación a Sebastian. Víctor, por su parte, se acerca una y otra vez a mí, aunque no se detiene a mi lado en ningún momento. Cuando consigo deshacerme de una conocida, lo sujeto por la manga de la camiseta, algo enfadada.

—¿Esto de qué va? —le pregunto. Víctor me dedica una mirada de incompreensión. Señalo a Marta y a Sebastian con la barbilla—. No será una estrategia tuya para un intercambio de parejas, ¿no?

—Claro que no —responde con expresión de «Pero ¿qué dices, loca?»—. Además, ¿por qué te parece que sea una estrategia mía? Joder, nena, ¿es eso lo que piensas de mí? —Finge estar ofendido. Ese «nena» no me provoca nada... Tal vez hasta me incomoda un poco.

—Lo único que pienso es que Marta es una buena chica.

Víctor me observa con una expresión extraña, aunque no abre la boca. Sacudo la cabeza y me dirijo a la barra en busca de una bebida. Es un local pequeño que Marta ha alquilado para los invitados a su cumpleaños, pero no hay nadie trabajando, así que nos servimos nosotros. Me pongo una Coca-Cola y miro de reajo a Sebastian, que sigue charlando con Marta. A pesar de que trata de sonreírle, lo noto serio. Y me siento culpable; no debería haber aceptado la invitación de Marta. Tendría que haber planeado algo con Sebastian, haber buscado algún club donde bailar salsa y divertirnos juntos. Apenas queda nada para que se marche. Pero yo... tengo una sensación rara en el cuerpo: quiero pasar todo el tiempo que resta con él y, a la vez, me da miedo hacerlo.

En un momento dado, Sebastian ladea la cabeza y nuestras miradas se encuentran al instante. Así de fácil. El corazón me palpita. Alzo una mano y lo saludo con una sonrisa. Él me la devuelve.

—Me gustaría hablar contigo sobre algo.

Víctor de nuevo. Me vuelvo hacia él con impaciencia para averiguar qué quiere. Lo noto nervioso, algo poco común en él. Suelta un bufido para apartar el mechón rebelde que le cae sobre los ojos.

—Marta y yo... no estamos bien.

—Lo siento.

—Es que..., ¿sabes?, he estado pensando mucho en nosotros, Eva, en que..., bueno, en que quizá deberíamos replantearnos lo nuestro.

—¿Lo nuestro? —Niego con la cabeza, aturdida—. Víctor...

—Me marcho.

La voz de Sebastian a mi espalda me hace dar un brinco. Me doy la vuelta, preocupada por

que haya oído esta conversación. Sin embargo, no distingo nada en su rostro que me lo confirme.

—Me voy contigo.

—¿Ya, Eva? —Víctor trata de cogerme del brazo, pero le esquivo—. Es pronto y...

—Despídete por mí de Marta, por favor —le pido porque quiero seguir a Sebastian, que ya está dirigiéndose a la salida.

Lo alcanzo en la calle. Lleva unos días distinto conmigo. No me besa ni me visita en el cuarto, y no sé hacia dónde tirar. Me sitúo a su lado y rozo su mano, pero la aparta. Una sensación de inquietud se instala en mi pecho.

—Podríamos dejar de fingir de una vez —murmura de repente.

—¿Cómo?

—Ante Víctor y Marta. Ya conseguiste también lo que querías.

—¿Quién está fingiendo, Sebastian? —Me aferro a su brazo para que se detenga. Él coge aire con impaciencia mirando al frente—. Porque yo no. Al menos ya no. ¿Y tú?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —Ladea la cara y me lanza una mirada asombrada.

—¿Cómo puedes tú plantearme eso?

—¿Por qué me dijiste que viniera al cumpleaños, si no?

Frunzo el ceño, sorprendida.

—Porque quería que estuvieras conmigo.

Sebastian se rasca la frente al tiempo que se muerde el labio inferior tan fuerte que pienso que va a hacerse una herida.

—Lo siento, Eva. Llevo unos días agobiado. Me queda bastante por terminar de la parte de la tesis que tenía que hacer aquí y no logro avanzar, no sé por qué. Me noto distraído. —Sacude la cabeza y me mira con nerviosismo—. No soy una buena compañía ahora mismo.

—Tampoco lo eras al principio y hasta te propuse compartir piso —bromeo.

Sebastian esboza una tenue sonrisa. Esta vez, cuando le cojo de la mano, no la aparta.

—Mi padre me ha amenazado con cortarme el grifo para siempre y desheredarme por mi negativa a prometerme con Isabella y no seguir su estela —me confiesa.

—Lo lamento —respondo con sinceridad.

—No, Eva, eso es bueno. Es... es la forma real en que yo podré valerme por mí mismo al completo. —Me mira de un modo extraño, y un cosquilleo aparece en mi estómago, ese que ya acostumbra a colarse en mí cuando los ojos de Sebastian se clavan mucho tiempo en los míos—. Pediré becas. Me esforzaré aún más. Puedo buscar un trabajo que pueda compaginar con la investigación. Donde sea. En Estados Unidos. Aquí.

Por unos segundos no entiendo lo que pretende decirme y, cuando lo hago, me quedo callada. Sebastian no aparta la vista de mí. Estudia mi rostro en busca de alguna expresión, algún gesto o

movimiento que le conteste. Mi cuerpo actúa solo por instinto. Lo atrapo de las mejillas y lo beso. Él no reacciona de inmediato, pero luego me coge de la cintura y me abraza.

Buscamos un taxi para volver a casa rápido. Un rato después, Sebastian está tumbándose en el sofá, situándose encima de mí. Sus besos son tan hambrientos como los de la primera noche que nos acostamos. Y reconozco que los he echado de menos. He añorado tener el cuerpo de Sebastian entre mis manos, su lengua recorriendo toda mi piel. La suya arde en contacto con la mía.

Esta vez no hay preliminares, sino que, en cuanto se coloca un preservativo, se hunde en mí. Echo la cabeza hacia atrás y arqueo la espalda al sentirme tan llena de él, tan arropada. Vuelvo a pensar en cómo me las ingeniaré para terminar con lo nuestro, pero sé que lo debo hacer, que es lo mejor para los dos en todos los sentidos. Y que él estará de acuerdo conmigo porque es una persona inteligente y, al igual que yo, sabrá que alargar esto es una locura.

Suelto un gemido cuando Sebastian se interna más en mí y con las caderas traza círculos en mi interior. Hunde la nariz en mi cuello y aspira. Me aferro a su espalda y me inunda un placer compuesto de estrellas titilantes. Me mordisqueea el cuello y luego me lo lame. Jadeo y le clavo las uñas en el trasero. Gruñe en mi oído. Pienso que nuestros cuerpos se mecen en un río sin fin. En lo fácil que es que encajen. Cuando se corre, me susurra al oído:

—Te haría el amor cada noche de mi vida.

Bastan sus palabras y su voz ronca y temblorosa para que yo también estalle. Me deshago entre sus manos hasta que no puedo más y cierro los ojos. Aunque el sofá no es muy grande y algo incómodo, nos quedamos un buen rato abrazados aquí. Sebastian no para de tocarme el pelo y mirarlo.

—El anaranjado se ha convertido en mi color favorito.

Me echo a reír y me besa. Entonces dice algo que me altera de nuevo:

—Como te he comentado antes, hace un par de días estuve hablando con Nuria y barajamos la posibilidad de intentar quedarme en España.

Me paso la lengua por los labios. No pretendo ser una aguafiestas, tampoco molestarlo, pero tengo la certeza de que es algo sumamente complicado. Lo corrobora él mismo:

—Pero es tan difícil, ¿verdad?

—Sí, muy difícil.

—Aunque difícil no significa imposible... —murmura. Y luego añade con una sonrisa rara—: Aun así, es una locura, ¿no?

—Lo es... —respondo con un hilo de voz.

—Y una tontería.

Se hace el silencio. Me parece difícil y también una locura, sí, pero tanto como una tontería... Porque reconozco que me gustaría que Sebastian se quedara. O incluso marcharme con él a

Estados Unidos un tiempo. Soñar es gratis y, cuando mi padre vivía, nos encantaba soñar mucho. No obstante, ahora debo asentarme en la realidad, poner los pies en la tierra. Por lo que parece insinuar, Sebastian no tiene claro lo de quedarse aquí, aunque se le haya pasado por la cabeza. Porque es verdad que sería dejar muchas cosas atrás, empezar una nueva vida durante un tiempo que ni siquiera se sabe cuánto duraría.

No aparta la mirada de mí y se me antoja que está esperando algo. ¿Qué es lo que quiere que diga? Me parece que él también quiere decir algo, pero no se atreve.

—¿Y por qué te quedarías? —le pregunto de repente.

Mi pregunta le pillan por sorpresa. A lo mejor estoy formándome una idea equivocada de todo, pero se queda callado y no me resuelve la duda.

—Creo que, en ocasiones, fantaseamos demasiado —murmura.

Me aparta y se levanta, aún desnudo. Yo continúo tumbada en el sofá, aunque empiezo a enfriarme ahora que no tengo el calor de Sebastian. Para mi asombro, no se va a la habitación, sino que regresa con dos vasos de agua. Mientras nos los bebemos, no deja de mirarme. Se sienta a mi lado y me coge para acomodarme encima de él. Me besa, introduciendo su lengua en mi boca de esa manera que solo él sabe y que me provoca docenas de calambres en el cuerpo.

—Pero esto no es fantasear, ¿verdad? —susurra en mi cuello.

No querría que esto se acabara nunca. Aun así, sencillamente, a veces hay que dejar que algo se termine. Soltar duele, pero sostener lo insostenible duele más. Entonces comprendo también lo que debo hacer con otra persona.

—Tengo que hablar con Víctor —digo.

Sebastian se detiene y se aparta para mirarme con el ceño fruncido.

—Debo dejar las cosas claras de una vez.

—¿Es lo que quieres, Eva?

—Claro que sí.

—¿Lo que quieres o lo que sientes que debes hacer?

Los ojos de Sebastian se hunden en los míos. Al principio no entiendo su pregunta por completo y, cuando lo hago, él parece haberse cerrado en banda. ¿Por qué no me cree cuando le digo que ya no siento lo mismo por Víctor? ¿Es esa su forma de engañarse para no avanzar en lo que sea que hay entre nosotros? De cualquier forma, ¿qué más da lo que siento o no siento por Víctor? Está claro que lo de Sebastian y yo ha sido algo inesperado, algo fugaz como una estrella a la que ni siquiera puedes pedir un deseo.

Quizá lo nuestro era conocernos, pero no estar juntos.

Desconfiar

«No confiar, tener poca seguridad o esperanza».
¿Cómo recuperas la confianza de alguien cuando hacerlo implica sentir
miedo?

Estoy vistiéndome cuando oigo abrirse la puerta de la entrada. Echo un vistazo al reloj: las siete de la tarde. He quedado con Víctor dentro de una hora para dejar las cosas claras e intentar que todo vuelva a su cauce. No voy a mentir: noto una ligera sensación de nervios en el estómago. Quizá sea por una mezcla de emociones: lo de Víctor, la inminente marcha de Sebastian y que apenas podamos coincidir en estos últimos días suyos porque andamos los dos de cabeza con los estudios y las obligaciones, que Rafa mencione más veces el máster de Estudios hispánicos, que es lo que yo debería estudiar para luego hacer un doctorado. Tengo la cabeza hecha un lío en los dos últimos aspectos. En cuanto a lo de Víctor... Eso creo que, al fin, he conseguido aclararme y entender lo que debo hacer.

Oigo a Sebastian trastear en su dormitorio y, no sé por qué, el estómago se me contrae.

Estoy metiendo el móvil en la mochila cuando llaman a la puerta. Aunque la tengo entreabierta, los dos seguimos pidiendo permiso para entrar. Incumplimos algunas normas desde el principio, pero otras las hemos mantenido.

—Pasa.

Me vuelvo para recibir a Sebastian. Unos pantalones elegantes, un jersey azul oscuro y una camisa debajo. El pelo sin que un solo mechón se escape. Por unos segundos ardo en deseos de lanzarme a sus brazos y revolvérselo, pero creo que hay algo entre nosotros, algo invisible, que nos echa para atrás. Y me siento triste al pensar que empezamos a experimentar una sensación de inquietud y nostalgia ante el cercano e inminente adiós.

—Hoy he acompañado a Nuria y a Rafa en sus clases del máster de Estudios hispánicos — comenta Sebastian apoyado en el umbral de mi puerta, como si no se atreviera a entrar—. La verdad es que es muy interesante por lo poco que he visto.

—Imagino que lo es —contesto simplemente, con una presión en el estómago.

Sebastian da unos pasos para adentrarse en mi cuarto; aun así, se detiene a una distancia prudencial.

—Oí a Rafa estos días hablarte sobre ello.

—Sí —asiento con una risita incómoda.

Nos miramos en silencio unos segundos. Veo a Sebastian algo estresado, con más ojeras que de costumbre. Sus últimas semanas aquí están cargadas de reuniones y trabajos para dejar todo finiquitado.

—No tienes por qué hacerlo si no es lo que quieres —comenta, refiriéndose al máster.

—Lo sé —respondo—. ¿Hablamos luego? He quedado con Víctor, ya sabes...

Sebastian se pasa una mano por el cabello castaño, con lo que se lo revuelve un poco. Parece querer decir algo que no se atreve a expresar, como de costumbre en las últimas semanas. Inspira antes de continuar.

—No tienes por qué hacer nada que no quieras en ningún aspecto. No permitas que los demás decidan por ti ni te dejes llevar por lo que crees que puedan pensar de ti.

Frunzo el ceño porque, en el fondo, no atino a entender a qué se refiere, aunque sé que no habla solo del máster.

—Explicate —lo insto con auténtica curiosidad.

Se cruza de brazos y posa la mirada en varios rincones del dormitorio, rehuyendo la mía.

—No tienes por qué alejar a Víctor de tu vida si no es lo que de verdad deseas, Eva.

Lo contemplo con estupefacción. ¿Por qué sigue con eso? Fue él quien, desde el principio, me aseguró que Víctor no era una persona adecuada en mi vida. Y ahora que al fin soy plenamente consciente de ello... me sale con esto.

—No sé qué pretendes, Sebastian.

—¿Cómo?

—¿Hay algo que quieras decirme? —me atrevo a preguntarle.

Clava sus ojos en los míos. Lo noto indeciso, nervioso, asustado.

—¿Y tú a mí, Eva?

No me esperaba eso. Trago saliva y me quedo callada.

—Llevo días con la sensación de que estás guardándote algo —sigue.

—Pienso lo mismo sobre ti.

—Si me confirmas que deseas contarme algo, ¿por qué no lo sueltas? —He alzado un poco la voz, pues comienzo a molestarme.

Sebastian da un paso hacia mí.

—¿Por qué no lo sueltas tú, Eva?!

—¿Por qué debería hacerlo yo primero?

—¿No eres tú la habladora? ¿No soy yo el capullo arrogante?

—Joder... —Se me escapa una risita sorprendida que a él no parece hacerle ninguna gracia—. ¿Ves? Es que somos esto, Sebastian.

—¿El qué?

—Esto. —Nos señalo—. No podemos llevarnos bien más de unas semanas. Siempre acabamos molestándonos el uno al otro...

—Habla por ti.

—Sebastian... —Pronuncio su nombre con cierta rabia. Rabia porque está acusándome de callar cuando él ha hecho lo mismo—. No sé qué nos está ocurriendo. Estábamos bien estas semanas, ¿no...?

—En el fondo no me sorprende —me corta.

—¿Cómo?

—Hiciste lo mismo con Víctor. Callar una y otra vez.

—¿Por qué sigues con eso?!

—No te atrevías a decirle nada para mantener cierta ilusión.

—No eres el más adecuado para criticarme sobre eso...

—Y con Rafa más de lo mismo. Vas postergando confesarle la verdad. ¿Por qué no te atreves? ¿Por qué siempre quieres poner por delante los sentimientos de los demás? ¿Por qué te creas ideas preconcebidas de situaciones que no sabes cómo se darán? —Cuando suelta esto último sé que vuelve a hablar de él. De mí. De nosotros dos juntos.

Sus palabras solo hacen que cabrearme más. Me dejo llevar por las emociones yo también.

—¿No puedes criticarme por no enfrentarme a ciertas personas cuando tú tampoco lo hiciste! ¡No le dijiste la verdad a tu padre! ¡En lugar de dejarle bien claro lo que no querías en tu vida, te dedicaste a inventarte una novia falsa!

—¿Porque en realidad le he dicho siempre lo que quería y él hacía oídos sordos! ¡No sabes nada de mi vida! —exclama, tan fuerte que me sobresalto—. Pero mi madre sí sabe que yo..., que tú..., que... ¡Joder, Eva!

Se cubre la cara con una mano. Tiene la respiración acelerada y a mí se me ha disparado el pulso. No pensé que fuera a ocurrir esto, que, de repente, íbamos a iniciar una discusión así, reprochándonos tantas cosas. A tan solo unos días de que se vaya...

—Mira, voy a llegar tarde —respondo, también nerviosa—. Cuando vuelva, podemos hablar como personas civilizadas, como amigos.

—¿Amigos? —Sebastian deja escapar una risita sardónica que me provoca un pinchazo en el pecho—. Tú y yo nunca lo hemos sido ni lo seremos, Eva. Somos demasiado distintos.

—Eso no es cierto —murmuro con un nudo terrible en la garganta.

Yo sé que lo hemos sido, sé que llegamos a conocernos de un modo diferente y que nos gustó la persona que descubrimos. Que supimos encontrar nuestras similitudes y ver las ventajas de

nuestras diferencias. Que supimos admirarnos. Que he vibrado con sus besos y sus caricias. Que él me ha mirado como si viera a la auténtica Eva. Sé que hubo —y hay— algo entre nosotros... ¿Verdad? Por eso estamos discutiendo en realidad, porque ninguno se atreve a dar el paso por miedo.

—¿Sabes qué? —inquire de súbito, y niego con la cabeza—. Estos días he estado pensando... Nuestra idea de fingir una jodida relación falsa ha sido la peor que he tenido en mi vida. Empezamos a pasar más tiempo juntos, a conocernos aún más... ¿No era suficiente con compartir piso y despacho? ¿Por qué coño aceptaste?

—¿Por qué dices eso? —le espeto con voz temblorosa. Detesto que hable así, que lamente todo el tiempo que pasamos juntos desde ese momento. ¿Se arrepiente de haberme conocido más? ¿De nuestras bromas? ¿De las conversaciones? ¿De la intimidad que creamos? ¿De las risas? ¿De los besos falsos y de los reales?

Sebastian da una vuelta sobre sí mismo como si no pudiera controlarse y, después de frotarse la frente, se planta ante mí.

—¡Porque, por esa jodida idea, he empezado a sentir cosas por ti! —exclama.

Tardo unos segundos en entender que lo que retumba en mis oídos son el pulso y los latidos de mi corazón. Miro a Sebastian con una sensación dolorosa en el pecho, con la certeza de que, posiblemente, yo también esté enamorándome de él y que, por ello, he ido caminando hacia atrás en lugar de hacia delante. Porque se va a marchar. Y sufriremos. Y, después de todo lo que viví con lo de mi padre y también con Víctor, lo único que quiero es no hacerlo. No deseo algo difícil, sino algo sencillo y brillante. Que me haga pensar en el presente y no en el futuro.

Sebastian me observa con las mejillas enrojecidas. Creo que él mismo se ha sorprendido al confesarse.

—Sebastian, yo... —Trago saliva. Me duele el estómago. Me duele el pensar lo que le voy a decir. Me duele saber que le haré daño. Pero tengo miedo—. No creo ser una de esas personas capaces de llevar una relación a distancia.

Esboza una sonrisa incrédula y, con las manos cruzadas en la nuca, sacude la cabeza.

—¿Crees que yo lo seré? ¿Te parece que me agrada sentir esto?

Vuelvo a notar un pinchazo en el corazón, esta vez aún más fuerte. Sus palabras me duelen, a pesar de estar comportándome del mismo modo que él.

—¿Crees que no he estado pensando en lo lejos que viviremos el uno del otro? ¿De los caminos tan distintos que nos hemos propuesto tomar? ¿De todo lo que deseas hacer y de lo que quiero hacer yo?

—No lo sé, Sebastian, yo...

—¡Claro que lo he hecho! —exclama con aspecto abatido—. Por eso me he callado.

—Lo mismo digo.

—No es cierto —masculla—. Aquí tú... tú eres la valiente, Eva. Lo que te pasa a ti es que... tal vez sigues pillada por Víctor y te niegas a reconocerlo porque eso significaría ser una persona que, en realidad, no quieres ser.

—Se suponía que era yo quien daba las cosas por sentadas —murmuro en tono decepcionado—. Pero ¿sabes qué? No me considero valiente por nada del mundo y mucho menos desde que murió mi padre..., aunque, por lo que veo, tú aún lo eres menos. Porque yo no trato de poner excusas ni de inventarme fantasías para no tener que decir las cosas claras. Tú estás usando a Víctor y los sentimientos que tuve con él para evitar los tuyos y así quedar como el bueno. Ese es el Sebastian que conocí, ¿no? El que siempre quería quedar por encima y llevar la razón...

Sacudo la cabeza, muy decepcionada.

—¿Por qué no dices que tienes miedo y ya está? —Me apoyo las manos en el pecho—. Porque es lo que me lleva pasando a mí desde que nos enrollamos por primera vez... No, creo que antes, cuando empecé a conocerte mejor. Sabía que tenías que irte y, como no soy valiente, supe que no intentaría luchar y te dejaría marchar porque hay unas cuantas cosas que nos separan, no solo la distancia. Y es lo que a ti también te ocurre. Y no pasa nada, Sebastian. Tenemos derecho a elegir.

Me observa con los ojos enrojecidos y tristes. Yo tengo un nudo en la garganta que cada vez me aprieta más. Al fin estamos poniendo las cartas sobre la mesa.

—No elegir también es una elección —susurra al fin.

El silencio se convierte en una masa densa que flota en el dormitorio. Siento ganas de llorar y tengo que apartar la vista de él para no hacerlo. Sebastian no para de frotarse los labios, señal de que también está nervioso.

—Tengo que irme.

Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. A mí se me contrae el estómago cuando paso por su lado y, sin pretenderlo, nuestros brazos se rozan. No me detiene, no me llama. Abro la puerta de la calle y su voz y sus pasos siguen sin envolverme. Supongo que hasta aquí hemos llegado.

Punto final

«Expresión que se emplea para aludir a lo que da por terminado un asunto».

Tarde o temprano... todo acaba, ¿no?

Ups, ¿desde cuándo estoy tan filosófica y negativa?

Cuando llego diez minutos más tarde al lugar donde he quedado con Víctor —los jardines d'Emma, que eran los del antiguo asilo regentado por las Hermanitas de los Pobres y que aún mantiene ese aire como de lugar casi secreto, recogido entre sus gruesos muros—, él ya se encuentra allí sentado en uno de los bancos de piedra centenaria. No siento más que nerviosismo al verlo: distraído, con el mechón que le cae sobre la frente, los múltiples anillos en los dedos. Y entiendo, más que nunca, que ese no es el sentimiento que un amigo o algo más —lo que fuera— debería despertarme.

—Hola, Eva —me saluda al detenerme ante él.

Me dedica una sonrisa, pero a mí no me sale ninguna. Se ha adueñado de mi cuerpo una especie de vilo, de malestar, desde que Sebastian y yo hemos discutido.

Me indica con un gesto que me siente a su lado, pero me mantengo de pie. En realidad, necesito que esto sea rápido y llamar a mis amigos para contarles todo lo que ha ocurrido.

—¿Estás bien? —me pregunta al tiempo que se incorpora.

Asiento con la cabeza, pero no se queda satisfecho y se acerca, dispuesto a rodearme los hombros con sus brazos. Tiempo atrás, ese gesto no me habría resultado raro ni incómodo, pero lo cierto es que ahora no quiero que lo haga, de modo que me aparto. Víctor frunce el ceño, aturdido.

—¿Es por ese...?

—Víctor, no he venido para hablar más que de ti y de mí —digo.

—De acuerdo. —Vuelve a sonreír, y mete las manos en los bolsillos con un gesto de comprensión. Cuando voy a hablar, se me adelanta—. Estoy pensando en dejar a Marta.

—¿Qué? —Pestañeo con estupefacción.

—Yo... —Se rasca la parte de atrás de la cabeza y bufa, como si le resultara complicado lo

que va a decir—. Me he dado cuenta de que lo que quiero es lo que tú y yo teníamos.

Le dedico una mirada incrédula y sacudo la cabeza.

—¿El qué? ¿El sexo? ¿Que estuviera ahí para cuando te aburrías?

Tuerce el gesto, aunque intenta mantener la sonrisa.

—Sexo y amistad. —Ignora lo otro que le he dicho—. ¿No es eso lo esencial en una pareja?

Esbozo una tenue sonrisa antes de contestarle:

—Desde mi punto de vista hay más. Amor, por ejemplo. La admiración hacia el otro. Escucharlo y reírte con sus bromas, y reiros juntos. Querer verlo en todo momento, cuando está y cuando no está. Ser amigos, sí, pero mucho más. Sentir que te va a estallar el pecho cuando lo tienes lejos y cuando lo tienes cerca. Ofrecerle tus mejores partes, pero también las más feas y que, aun así, le gusten. Dar al otro la posibilidad de que sea la persona que es y no la que el resto espera. —Me callo y pienso en Sebastian, con lo que el nudo que noto en la garganta aprieta más—. Dar sentido a todo juntos. Alentarse a ser mejores. Apoyarse en los retos. Que la felicidad del otro sea tu felicidad...

Por esto, entre otras razones, sé que Sebastian debe irse a hacer la vida que ha buscado siempre. No está aquí ni su presente ni su futuro.

Víctor me contempla con expresión de sorpresa.

—Tú y yo, Víctor, jamás tuvimos todo eso —le recuerdo—. No creo que tú hayas sentido muchas de esas cosas por mí, tal vez ninguna.

—Pero...

—Y yo tampoco ya.

—Pero yo... creo que sí te... te quiero. —Se le traban las palabras, no sé si porque está nervioso de verdad o porque no se esperaba esto.

—Tú no sabes lo que quieres, Víctor. O... o sí. A lo mejor quieres la manera en que yo te quería, pero no a mí.

—Eva, no es cierto eso...

—Creo que es mejor que dejemos de hablar durante un tiempo. Y luego... luego ya se verá.

En cuanto termino, el silencio del jardín —tan solo interrumpido por el zureo de alguna paloma— se hace mayor. Víctor niega con la cabeza una y otra vez, y parece enfadado.

—¿Es él? Es por el yanqui, ¿verdad? Sabes que se va dentro de nada y que no llegaréis a ningún sitio, ¿no?

Esbozo una sonrisa tristonera. Supongo que este es el Víctor real, aunque está claro que tardé en darme cuenta. Precisamente por lo último que me ha dicho, en un intento de hacerme daño, me demuestra que no es la persona que quiero a mi lado, ni siquiera como amigo.

—Siento decirte que no es por él, sino por mí.

Víctor ladea el rostro y los músculos de su mandíbula se ponen en tensión.

—Adiós, Víctor. Y espero que sí dejes a Marta. Pero por ella, ¿sabes? Porque es una buena chica y se merece algo mejor.

No aguardo a que me conteste. Me doy la vuelta y me marchó. Oigo a Víctor llamarme y pienso en que me habría gustado regresar a un rato antes, cuando he estado casi en la misma situación con Sebastian, y que todo hubiera sido distinto.

Luego pienso en mandar un mensaje a Marta, pero no estoy segura de si debería inmiscuirme. Escribo a Celia y a Dani pidiéndoles consejo, y ambos me contestan que ellos ya lo habrían hecho. Me siento en un banco y entro en Instagram. Redacto unos cuantos mensajes que acabo borrando, hasta que al fin me decanto por uno.

Hola, Marta... Soy Eva. No sé si debería hacer esto, pero es lo que me gustaría que hubieran hecho conmigo. A lo mejor piensas que no soy nadie para inmiscuirme, pero creo que eres una buena chica, una chica sensata y amable que merece tener a alguien que la respete y le haga sentir viva y ella misma. Espero que la vida te sonría siempre.
Un abrazo

Telefoneo de inmediato a Dani.

—Has hecho bien, en serio.

—A lo mejor está contenta así. A lo mejor me odia después de esto...

En cuanto me oye sollozar, dice:

—No llores por ese listillo, Eva, no se merece tus preciosas lágrimas. ¿O lloras de felicidad?

No me salen las palabras. En realidad, lloro por un cúmulo de cosas. Antes no conseguía hacerlo y, desde que volví a derramar lágrimas, estoy más sensible. Pienso en que me gustaría tener a mi padre aquí para llamarlo, contarle todo y que me rodeara con sus cálidos brazos.

—Escúchame —dice Dani al otro lado de la línea—. Ahora mismo vas a colgar y vas a buscar en Spotify *Smile* de Lily Allen, ¿de acuerdo? Y te vas a ir a dar una vuelta con esa música de fondo, regodeándote en la pedazo tía que se ha perdido el perro del hortelano.

Se me escapa una risa. No puedo contarle la discusión con Sebastian. Pero hago lo que me ha dicho. Busco la canción y la reproduzco y, cuando llega el estribillo, he hecho más las palabras de la cantante y me siento mejor con respecto a Víctor. Me he quitado de encima un peso. Me descubro otra vez poderosa y libre. Y sonrío.

—Lo has hecho muy bien, Eva. —Celia me coge de las manos al tiempo que asiente.

He conseguido quedar con Dani y con ella. Estamos sentados en una cafetería enfrente del restaurante donde mi amiga trabaja, ya que empieza su jornada en quince minutos. Lanzo una

mirada a Dani porque no ha abierto la boca desde que les he contado todo lo que ha pasado, desde que Sebastian ha llegado a casa hasta que me he despedido de Víctor.

Se cruza de brazos y bufa, como si estuviera muy estresado.

—Me alegra mucho lo de Víctor, y lo sabes, pero... lo otro...

—Ay, no. —Celia se da cuenta de que he empezado a hacer pucheros y me abraza. Luego me acaricia el pelo como si fuera un gatete—. Todo irá bien, Eva. Es lo que has decidido según tus sentimientos. Bueno, lo que los dos habéis decidido. Tú, más que nadie, tienes claro que no quieres una relación a distancia, y es comprensible y respetable.

Me quedo callada, cabizbaja. Los ojos me escuecen, aunque continúo reprimiendo las ganas de llorar. No sé si es solo por eso por lo que no me atrevería a tener algo con Sebastian.

—Evi... —Dani se arrima a nosotras y me coge la mano—. Tú te has enamorado de Sebastian, ¿verdad?

—No... —Hipo—. No lo sé. De todos modos, eso no importa...

—Claro que sí. Lo importa todo.

—No. —Niego una y otra vez con la cabeza—. Sebastian y yo hemos sido unas breves paradas en el camino del otro y ya está. Ahora cada cual debe seguir el suyo.

—Dios, qué cabezona eres... —Dani pone los ojos en blanco.

Celia lo fulmina con la mirada. Me apresuro a beberme la Coca-Cola para ver si se deshace la presión que noto en la garganta.

—No quiero dormir en mi piso hoy. Él está allí, y verlo... Bueno, a lo mejor ni lo veo porque se encierra en su dormitorio, pero sabré que tan solo nos separa una pared y... —Vuelvo a dar un trago al refresco—. ¿Conocéis de dónde viene la expresión «subirse por las paredes»?

—No te preocupes, Eva, hoy duermes conmigo, ¿vale? Aviso a Eric para que se vaya a casa de sus padres por una noche y ya está. —Celia abre su bolso y rebusca hasta dar con su llavero—. Toma, ve allí cuando te apetezca, que yo saldré tarde del restaurante.

Dani me acompaña al domicilio de Celia en un largo paseo. No he querido ni coger pijama ni muda para no aparecer por el piso, aunque sé que al final tendré que hacerlo. No puedo huir otra vez.

—Estás enfadado conmigo, ¿verdad? —pregunto a Dani.

—Eva..., ¿qué más daría que lo estuviera? Pero no, claro que no. —Me pasa el brazo por los hombros y me pega a él—. En el fondo te entiendo, yo tampoco podría aguantar una relación a distancia. Necesito piel contra piel, carne con carne...

Se me escapa una risa y me abrazo a él mientras continuamos caminando.

—Me da miedo que Sebastian se marche y no quiera ser mi amigo.

—¿Podríais serlo aun sintiendo lo que sentís?

Titubeo ante la pregunta de Dani. No lo sé. Tal vez no. Tal vez esos sentimientos fueran a

más. O... quizá me acostumbraría a ello. Nunca se sabe y, en ocasiones, la incertidumbre es como un árbol con ciertas hojas que jamás terminan de caer.

Celia no llega hasta pasada la medianoche. Eric y ella solo tienen un dormitorio y una cama, por lo que le dije que no me importaba pasar la noche en el sofá, pero mi amiga ha insistido en que durmamos juntas. La verdad es que notar su calor es reconfortante, me siento menos sola. Una vez que se ha dormido, como sigo despierta pienso en todas las decisiones que he tomado desde que murió papá precisamente para evitar un sentimiento que me aterraba: la soledad.

Son casi las dos de la madrugada cuando veo la luz de mi móvil titilando. Lo cojo y descubro que es un mensaje. De Sebastian, preguntándome si estoy bien. El simple hecho de que se preocupe como para escribirme me retuerce el estómago. Le respondo de inmediato diciéndole que me he quedado a pasar la noche en casa de Celia. No contesta y deja de estar en línea.

Cierro los ojos en un intento por dormir, pero lo único que hago es pensar. Reflexionar. Darle vueltas a la cabeza.

Llego a la conclusión de que al final uno aprende que, en ocasiones, te pasas el tiempo culpando a los demás de lo que probablemente es culpa tuya. En mi caso, con lo de mi padre y mi madre, con lo de Víctor. Yo podía reaccionar, pero prefería creer que era solo culpa de los demás. Así que ahora no quiero que suceda eso de nuevo, no quiero que algo me duela y volver a culpabilizar a otra persona, en este caso a Sebastian.

Al cabo de un rato recibo un mensaje de Marta que me pellizca el corazón.

Hola, Eva. Llevas mucha razón y opino lo mismo sobre ti. Creo que, en estos momentos, la persona que mejor nos puede querer y más bonito somos nosotras mismas. Si algún día te apetece tomar un café conmigo, escíbeme.

Un abrazo

Tomar el tiempo como viene

«Refrán que aconseja resignación en las adversidades».
Siempre he pensado que nadie debería resignarse y, ahora, soy un claro ejemplo con patas de ello.

El tiempo pasa lento cuando esperas y rápido cuando llegas tarde. Es largo cuando te aburres y eterno cuando sientes dolor. Dos minutos bastan para soñar toda una vida. El tiempo parece determinado por tus emociones y no por un reloj. Recuerdo los primeros días con Sebastian. Las primeras semanas en que pensaba que no aguantaría a un capullo como él, que las horas serían insufribles. Y entonces todo fue cambiando poco a poco, y ambos nos acercamos y, a partir de ahí, el tiempo también comenzó a cambiar. No sé en qué instante exacto las horas se sucedieron más deprisa y los minutos se tornaron vertiginosos. También han sido así los días posteriores a la discusión entre Sebastian y yo.

Al día siguiente me fui directa a la facultad y no encontrarlo en el despacho me provocó un vuelco en el corazón. En un primer momento se me pasó por la cabeza que se había marchado antes de lo que tocaba y que era por mi culpa. Después me acordé de que iba a pasar un par de días en un congreso en otra ciudad, así que tampoco lo vería en casa. Eso me tranquilizó y me asustó a partes iguales. Quería verlo, pero al mismo tiempo sabía que sería complicado. Se me hizo extraño dormir sola en el piso, acostumbrada no solo a que estuviera habitado también por Sebastian, sino también por esas cuantas noches que habíamos compartido cama de forma insólita. Casi parecía que no hubiera ocurrido nunca. Un sueño. Una ilusión. Una sombra... Ay, Calderón de la Barca, ¡qué acertado estuviste en tu obra *La vida es sueño*!

Y tras esos dos días, en los que no mantuvimos ningún contacto, Sebastian regresó. Y pensé que ojalá pudiera ser así siempre, que siempre regresara porque, en ese caso, me habría lanzado con los ojos cerrados.

El simple hecho de saludarnos nos costó. Yo sentía una opresión incómoda en el pecho, que se magnificó al entender que Sebastian estaba triste. Al igual que yo. Y compartir espacio estos últimos días está siendo complicado. Porque apenas hemos cruzado palabra y hemos tratado de

evitarnos, pero es como si nuestras miradas y nuestros cuerpos actuaran por voluntad propia. Un roce de manos por el pasillo. Ojos que se buscan. Que buscan las bocas. Los pulsos reaccionando con el abrir de una puerta. De unos pasos. De una voz.

Una mañana coincidimos en la cocina y mi corazón palpita encabritado, tanto que me da vergüenza pensar que él pueda oírlo. Pero Sebastian parece centrado en otra cosa, tal vez en mis labios, pues su mirada no hace más que descender de mis ojos a mi boca. Y por unos segundos estoy tentada de dejarme llevar y besarlo. Pero entonces pestañea como si despertara de un sueño profundo y se termina el café. Deja la taza en el fregadero y sale de la cocina tras despedirse. Solo puedo pensar en lo increíble que me resulta que Sebastian no haya fregado su taza.

Después de esa mañana, pasa más tiempo fuera de casa, supongo que para no tener que verme. Se va temprano y llega tarde, y yo me centro en los estudios y en el trabajo para que mi cabeza no piense en él una y otra vez.

Dos días antes de su marcha, Rafa y Nuria organizan una merienda de despedida en la facultad. Han invitado al equipo de doctorado de Sebastian, a otros compañeros del departamento y también a mí. Me debato entre si asistir o no. No sé si a Sebastian le molestará. Al final mi instinto vence y decido ir porque, después de todo, es un rato más para verlo, aunque sea de lejos.

La merienda se celebra en la cafetería. Rafa y Nuria han solicitado que la dejaran libre para esta tarde. Cuando llego, ya se encuentran todos allí. La mayoría de los asistentes van vestidos de manera sobria y elegante. Bajo la vista hacia mi atuendo: una falda y un jersey viejos, unas medias de rayas de colores y unas botas desgastadas. Tal vez Sebastian llevaba razón: somos demasiado distintos. Yo ni siquiera quiero hacer un doctorado. Amo la lengua y la literatura, pero creo que no hasta ese punto, no tanto como él. Por mucho que intentara ser más ordenada, en algún momento me convertiría en alguien caótico porque funciono mejor así. Con los papeles en un extraño orden que solo yo entiendo, el portátil lleno de documentos con títulos que tienen sentido solo para mí. Una chica que jamás se gastaría cien euros en una prenda de ropa, a no ser que fuera estrictamente necesario. A la que pueden darle las tres de la madrugada viendo una serie en Netflix sin ser consciente y tener que levantarse a las seis y media. Alguien a quien una familia como la de Sebastian no aceptaría jamás. Pero si tan diferentes somos, ¿por qué lo siento tan dentro de mí? ¿Por qué hay algo que me dice que un puzle nunca se monta con piezas iguales?

—¡Buenas tardes, Eva! —Rafa me saca de mis pensamientos con un saludo.

Fuerzo una sonrisa y me mira como si quisiera preguntarme algo. Al fin, lo hace:

—¿Le ocurre algo a Sebastian?

Me brinca el corazón. Sacudo la cabeza y finjo.

—No lo sé. ¿Por...?

—Nuria me ha dicho que últimamente está extraño. Más serio y pensativo, distante, como si algo le preocupara.

Me quedo callada. Rafa me pregunta si me apetece beber algo y vamos a por unos refrescos. Barro la cafetería con la mirada hasta dar con Sebastian. Está hablando con la compañera que trajo un día a casa y con Nuria. Rafa tiene razón: no sonrío, apenas presta atención a lo que la chica le cuenta.

—En breve se abre el plazo de inscripción para el máster —me informa Rafa.

Un ligero nerviosismo, sumado a la preocupación por Sebastian, se adueña de mí. Me recuerdo que debo ser fuerte, no dar rodeos sino ir de cara y decir lo que de verdad quiero. Debería ser sincera con Rafa porque lo merece. Temo defraudarlo, pero no puedo seguir postergando algo que sé que, de momento, no va a pasar.

—No voy a hacer el máster, Rafa —murmuro.

Me mira con sorpresa. Da un trago a su refresco.

—Pero es necesario para iniciar un doctorado —me recuerda.

—Lo sé. —Aprieto mi lata de Coca-Cola—. Es que no quiero hacer un doctorado. —Aprecio el cambio en su rostro: contrariedad—. No... no al menos por el momento. No es lo que quiero ahora, no —repito, y me rasco una ceja—. Te agradezco muchísimo la oportunidad con la beca de colaboración. Va a ayudarme mucho siempre en todo.

Rafa se queda pensativo.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí —asiento—. Ahora mismo quiero tomar otro camino. Me apetece hacer el máster de Español como Lengua Extranjera. Cuando lo termine, me gustaría probar como docente en otro país.

Rafa coge aire con las cejas arqueadas, como si le costara asimilar toda esta información. Lo miro con preocupación e impaciencia, hasta que esboza una sonrisa.

—Bueno, nunca es tarde para hacer un doctorado. Y la opción que comentas siempre me ha parecido muy interesante.

Le devuelvo la sonrisa, un poco más tranquila. Me vuelvo hacia Sebastian una vez más y, movida por un impulso, susurro:

—A veces siento que he perdido mucho en la vida y he conseguido poco.

—Yo creo que la vida no va de conseguir, querida Eva, sino simplemente de vivir.

Segundos después, recibo la enorme mano de Rafa en mi hombro. Alzo la barbilla y lo miro. Admiro a este hombre. Lo aprecio como a un segundo padre. Y su muestra de cariño hacia mí y su consejo me conmueven.

Poco después me deja sola para ir a hablar con otro profesor. Me apoyo en una columna y curioso los grupos que se han creado, pero mis ojos acaban posándose siempre en Sebastian.

Nuria y él se han alejado un poco y, si no fuera porque sería algo muy extraño, pensaría que están discutiendo. Ella gesticula mucho y parece disgustada. Sebastian no para de negar una y otra vez con la cabeza. No puedo evitar preguntarme qué sucede.

De repente, él le dice algo que la deja callada y se da la vuelta. El pulso se me acelera cuando viene hacia mí. No obstante, de inmediato me doy cuenta de que lleva la mirada perdida. Me pego a la columna, como si quisiera mimetizarme con ella. Justo cuando pasa a un par de metros de mí, me pilla. Y es como si estuviera en una película de esas donde transcurre todo a cámara lenta. Todo se ralentiza: el caminar de Sebastian, las voces de los demás. Su mirada se clava en la mía y el corazón retumba en mis oídos. Entonces... me sonrío. No esa sonrisa tan luminosa que me acabó descubriendo, sino una triste. Me quedo sin aire. Y, en cuestión de milésimas de segundo, todo vuelve a la normalidad. Sebastian pasa por mi lado levantando una pequeña corriente, y contengo la respiración.

Cuando se marcha, aspiro el aire que me envuelve. Cierro los ojos. En dos días ya no podré notar su olor.

Adiós

«De a Dios. Usado para despedirse».
¿Cómo le dices adiós a alguien si no te imaginas poder vivir sin él?

Oigo salir a Sebastian de su dormitorio. El chirrido de las ruedas de sus maletas. No se irá muy cargado porque ya envió a Estados Unidos algunos bultos la semana pasada. Oigo sus pasos acercándose a mi cuarto. Alejándose. Segundos después aproximándose de nuevo. Y sé que debo salir y despedirme. Pero no puedo parar de preguntarme cómo va a ser la vida a partir de ahora sin tenerlo en el piso. Fue sencillo adaptarme cuando otros compañeros se fueron. Sin embargo, sé que esta vez no va a serlo porque Sebastian no ha sido un compañero más.

Cojo aire y salto de la cama. Me tiembla la mano cuando abro la puerta y también las piernas cuando me asomo al pasillo. En realidad, tengo cierto temblor dentro de mí. Sebastian sale de la cocina en el momento justo en que me vuelvo para buscarlo. Está pálido y ojeroso, y me mira con tanta seriedad que el estómago se me contrae.

—Supongo que es hora de despedirnos. —Es el primero en hablar.

Asiento. Quiero decir algo, algo ingenioso que le haga reír, que nos haga reír a los dos y, de esta forma, quedarnos con un bonito recuerdo. Pero hace ya unos días que ninguno ríe en presencia del otro, y no me sale ninguna palabra.

Sebastian se aproxima a paso lento, y a mí el pulso se me acelera cuando se detiene muy cerca.

—¿Estás enfadado? —le pregunto de repente, y me observa alzando una ceja.

—Aprendí hace un tiempo que no puedo estarlo con alguien que viste así. —Señala mi enorme camiseta de manga larga de *Crónicas vampíricas* y baja hasta mi falda rota—. Podrías atacarme con esas. —Señala mis medias fucsias.

No puedo evitar esbozar una sonrisa a la que él corresponde. La suya es algo tristona, y me imagino que la mía también.

—No, en serio, no estoy enfadado. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Lo estás tú?

—Por supuesto que no —me apresuro a negar, también con la cabeza—. Pero... estás triste.

—Supongo. —Se encoge de hombros.

—Y, en parte, es por mi culpa.

Sebastian aprieta la sonrisa y se rasca la frente con una mano.

—Eva, en realidad no es culpa de nadie...

—Séneca dijo que no nos atrevemos a hacer muchas cosas porque son difíciles pero que, a decir verdad, son difíciles porque no nos atrevemos a hacerlas.

Sebastian compone un gesto entre divertido y nostálgico.

—Nunca me ha llamado la atención Séneca, pero creo que tenía mucha razón.

Nos quedamos callados durante unos segundos que se me antojan eternos y, al mismo tiempo, cortísimos. Sin pensarlo mucho, susurro:

—No quiero a Víctor. —Aprieto los puños—. No quiero estar con él. —Pero me callo el «te quiero a ti, quiero estar contigo» que podría decir a Sebastian.

Apoya una mano en mi coronilla desde su altura, como si yo fuera una niña pequeña, en un gesto que se me antoja tremenda y dolorosamente cariñoso. El vacío que noto en mi estómago se acrecienta.

—Lo sé. De verdad, Eva, lo tengo claro —asiente—. Y lamento lo que te dije. Tampoco me arrepiento absolutamente de nada, ¿sabes? Reviviría cualquier momento, desde esos inicios en que nuestra única misión en la vida era desquiciar al otro hasta... hasta los pícnicos en el parque, las noches preparando juntos clases y nuestras citas falsas. Tal vez lo haría todo de otra manera..., pero volvería a hacerlo.

Me duele tanto la garganta por las ganas de llorar que no atino a contestar. Lo único que me sale es romper la poca distancia que nos separa y lanzarme a sus brazos con fuerza. Me recibe enseguida. Y su cuerpo es tan cálido, cómodo y familiar como estas semanas atrás. Me gustaría memorizarlo. Memorizar lo que siento al notar su corazón palpitando en mi cuello. Memorizar el roce de sus dedos en mi piel.

—Yo tampoco me arrepiento de nada. Ojalá fuera todo de otra manera —digo con un hilo de voz.

—Ojalá lo fuéramos nosotros —susurra Sebastian.

Apoya la barbilla en mi cabeza y nos quedamos así un rato que, en el fondo, se me antoja muy corto. Es él quien me separa.

—Tengo que irme —musita con una sonrisa y los ojos brillantes.

—Lo sé.

Pero está claro que ninguno de los dos quiere separarse del otro y, como si hubiera estado perfectamente planificado a pesar de la improvisación, acercamos los rostros y nuestros labios se funden en un beso. Lento, suave, casi como una caricia. Un beso en el que puedo apreciar lo que él siente por mí y en el que intento transmitirle lo que siento por él. Se acaba más pronto de lo que yo desearía y aún mantengo los ojos cerrados cuando Sebastian dice:

—Espero que todo te vaya genial y consigas lo que desees.

—Tú también, Sebastian. Te mereces todo lo bueno que te pase.

Nuestras manos están entrelazadas y casi tiro de la suya cuando da un par de pasos de espaldas hacia la puerta, sin dejar de mirarme.

—¿Quieres... quieres que mantengamos el contacto? —me atrevo a preguntarle.

—No lo sé —confiesa—. Pero tenemos nuestras redes sociales, ¿no? Aunque no entro mucho, si en algún momento sientes la necesidad de escribirme puedes hacerlo.

Supongo que eso significa que él no lo va a hacer, que precisa distanciarse de mí al completo. Me limito a asentir con la cabeza y, al fin, suelto su mano rozando por última vez las puntas de sus dedos.

—Adiós, Eva.

Alzo una mano en señal de despedida, a punto de echarme a llorar. En cuanto la puerta se cierra tras él, anunciando su marcha, estallo. Me dejo caer en el sofá deshecha en lágrimas.

Un rato después, llaman al timbre. Es Dani, que ha venido para intentar animarme, aunque imagino que el panorama es demasiado desolador por la forma en que me mira cuando le abro la puerta, como si fuera un insecto horrible.

—Estás hecha un asco —musita.

—Gracias por tus ánimos.

—Evi, es que ni siquiera te vi tan mal cuando lo de Víctor, así que no entiendo esta cobardía tuya... Bueno, en realidad Sebastian también se ha comportado como un capullo.

—No, Dani, ahora no —le ruego, y chasca la lengua, pero enseguida se calla y me enjuga los ojos con sus dedos.

—Los mocos sí que no. Eso límpiatelo tú.

Se me escapa una risa gangosa y, al aspirar, me doy cuenta de lo congestionada que estoy debido al llanto. Me levanto del sofá con el objetivo de ir al cuarto de baño y coger papel para sonarme. Dani grita que se va a preparar un café para aguantar lo que se le viene encima.

Tras limpiarme y lavarme la cara, salgo del servicio y no puedo evitar detenerme ante la puerta del dormitorio que, hasta hace un rato, ha ocupado Sebastian los últimos meses. El corazón se me mueve de forma extraña en el pecho, como si tuviera vida propia. Siento el impulso de entrar y, en el fondo, sé que deberé hacerlo en algún momento para limpiar. Pero ahora es muy reciente, ahora posiblemente podré oler su perfume y casi hasta notar su presencia y... A pesar de todo, mi cuerpo actúa solo. Entro despacio, como si estuviera irrumpiendo en un lugar sagrado. Las persianas están medio bajadas, con lo que la habitación está en penumbra. Corre cierta brisa porque Sebastian ha dejado una ventana un poco abierta para ventilar. Típico en él. Al igual que la cama hecha a la perfección. Esa cama en la que he pasado varias noches entre sus brazos hace muy poco y que ahora se me antoja como un hecho muy lejano. Doy unos cuantos

pasos más hasta detenerme ante el armario. Abro la puerta y lo encuentro totalmente vacío, como cabía esperar. Pero ahí está el aroma: una mezcla de su perfume, del desodorante y del suavizante que usa, a diferencia de mí, que jamás pongo a la ropa más que detergente. Cierro la puerta con un suspiro, incapaz de evitar que mi mente funcione a mil por hora con un sinfín de imágenes y recuerdos de sus meses aquí. La primera vez que lo vi en la discoteca. Aquella primera mañana en la facultad. El fuerte olor de su café invadiendo el piso y el despacho. Las trastadas que nos hicimos las primeras semanas. El acercamiento. Cómo fui descubriendo a otro Sebastian, quizá al Sebastian real. Su reconfortante presencia aquí, no solo en el piso, sino en mi vida. Las risas. Las confesiones. Los piques en el despacho. La creencia de Rafa de que nos llevaríamos bien y..., joder, al final tenía razón. Los paquetes de M&M's. ¿Cómo haré para no recordarlo cuando vea uno? ¿O cuando Dani ponga Mika a todo volumen? Me entran ganas de llorar de nuevo y salgo a toda prisa del dormitorio.

Pero mi vista se desvía al escritorio, donde antes Sebastian dejaba su portátil y donde ahora no hay nada... Aunque no es del todo cierto: hay un sobre. Cuando me acerco con el pulso palpitándome, leo mi nombre en él. ¿Sebastian me ha escrito una carta? Aspiro por la nariz y noto las lágrimas empujando en mis ojos. Al abrirla y ponerme a leer, el corazón se me encoge.

Querida Eva:

Cuando te conocí, pensé que eras demasiado *nefelibata*, que soñabas en exceso. Por no hablar de tu forma de retarme, de esa manera tuya de mirarme como si te sacara de quicio —cosa que supongo era cierta— y de cómo tú me desquiciabas a mí.

Pero, entonces, la vida hizo su trabajo: fui conociendo a una persona con una gran *resiliencia*, una persona que, en realidad, se parecía a mí mucho más de lo que habría imaginado. Tú y yo, dos personas en su propio mundo, se encontraron para demostrar que las *serendipias* existen.

Creo que va a ser difícil olvidarte, aunque quizá tampoco es algo que quiera hacer. No me gustaría olvidar el sonido de tu respiración al *alba*, cuando te tuve en mi cama. Ni tampoco esa *luminiscencia* que me parecía que tu piel desprendía cuando hablabas de series, películas, libros o palabras que amas. Me acordaré de lo *melifluo* que resultaba el sonido de tu voz cuando, al fin, te tuve entre mis brazos y me hablabas en susurros como si alzar la voz rompiera la magia del momento. No voy a olvidar el olor a *petricor* de tu melena en las mañanas de tormenta, cuando entrabas en el despacho de la facultad con el cabello húmedo porque, de nuevo, en tu despiste habías olvidado el paraguas. Y mucho menos de lo *etérea* que se me antojaba tu piel pálida en contraste con ese pelo de fuego, y de esas pecas que se encendían como una *aurora*. Del *arrebol* de tus mejillas cuando sentías vergüenza. Tampoco tengo muchas cosas que decirte, aunque las sienta dentro. Se me da un poco mal expresar sentimientos y, en todo caso, a veces me parece casi *superfluo*.

Sin embargo, Eva, desde luego el tiempo contigo me ha parecido demasiado *efímero*. Me habría gustado que fuera eterno, pero lo que sí puedo asegurarte es que lo que he llegado a sentir por ti será *sempiterno*. Ojalá nos hubiéramos conocido en otro momento, en otro lugar, en otras circunstancias. Es la primera vez que creo que

me he enamorado y, puedo afirmar con total certeza, que el amor es algo *inefable*. Lo mío casi fue una *epifanía* que, por desgracia, tuvo un rápido desenlace.

Espero que todo te vaya genial en la vida. Y, sé que no soy nadie para decirte algo como esto, pero... de perdidos al río —espero haber usado bien esta expresión—: lo que tenías con Víctor era siempre un casi..., y eso nunca te hará sentir llena. Y tú mereces sentirte así. Mereces un todo. No te conformes con un casi, Eva. Por eso, supongo que no he luchado por lo nuestro. Porque tampoco quiero que tú y yo no estuviéramos completos.

Cuídate y permite que te cuiden. Abrazos,

SEBASTIAN

P.D.: Deberías releer *Pedro Páramo* y acabarías por darme la razón, *little redhead*.

Para cuando termino de leer, ya estoy llorando a moco tendido. No habría esperado una carta de Sebastian, pero menos aún una con este contenido. Y es mucho más de lo que puedo soportar. Salgo de su dormitorio a trompicones y aparezco en el comedor como una zombi. Dani se sobresalta.

—¿Qué pasa? —pregunta con voz chillona.

Le enseño el papel. Va a cogerlo, pero lo aparto de su alcance y le indico con un gesto que me siga. Una vez en mi habitación, se lo doy y se pone a leerlo con el ceño fruncido. Cuando termina, alza la cabeza y me mira con los ojos muy abiertos. Le señalo las paredes, donde se hallan escritas todas esas palabras en cursiva —mis favoritas del español— que Sebastian ha empleado para componer su carta.

—Joder, Evi, joder. ¿Qué más señales quieres?

—No hay señales, Dani. ¡Esto no es una comedia romántica!

—¡Claro que no, es la vida real! ¡Y tú vas a perder a un chico estupendo que se ha devanado los sesos escribiéndote una carta con las puñeteras palabras que adoras!

—Estoy enamorada de él —murmuro con voz pastosa. Me limpio la nariz con la manga de la camiseta.

—Lo sé.

—No quiero que se vaya —lloriqueo.

—También lo sé, pero ya no puedes hacer nada para evitar eso. —Dani y sus bofetadas de realidad. Aun así, tiene razón, por supuesto—. Aunque sí hay algo que puedes hacer: decirle lo que sientes.

—¿De qué servirá?

—Servirá, seguramente, para quedarte tranquila.

Sacudo la cabeza, algo indecisa. Entonces Dani me entrega la carta y me quema entre las manos. Quiero a Sebastian en mi vida y ya estoy harta de ser un poco cobarde. Siento que debo

luchar. No sé lo que ocurrirá, pero es que nunca puede saberse. Ya lo dijo Forrest Gump. Pero, ahora mismo, noto en mi interior que tal vez nos merecemos una oportunidad.

—¿Y cómo se lo digo, Dani?

Compone una sonrisa pilla que me hace fruncir el ceño.

—Tienes suerte de que haya venido con el coche. Voy a llevarte al aeropuerto, pero deberás ser más valiente de lo que lo has sido en toda tu vida porque me veré obligado a conducir como un demente para que llegues a tiempo.

Y cumple su promesa. Porque llegamos al aeropuerto en una carrera vertiginosa que me saca unos cuantos gritos de terror y que está a punto de causarme un ataque al corazón en un par de ocasiones. Dani me dice que va a buscar aparcamiento y me anima a abandonar el coche. Salgo de inmediato y sin mirar atrás. Corro esquivando personas, carritos, maletas, cochecitos de bebé, niños llorando, parejas besándose. Corro, aunque apenas puedo ya respirar y me maldigo por no hacer más ejercicio en mi día a día. Eso me lleva a recordar a Sebastian, todas las mañanas en que salía a correr. Y su recuerdo es mi combustible para seguir a toda pastilla. Busco y rebusco. Barro con la mirada el aeropuerto. Sin querer empujo a alguien, que se queja. Me disculpo. Me tropiezo con una maleta y por poco no acabo en el suelo. Una agente me mira raro. Al final van a pensarse que soy una terrorista. Corro hasta que siento que el pecho va a explotarme, pero no me detengo. Y llego al control de seguridad, donde se supone que debería estar Sebastian. Pero no lo encuentro. Apenas hay cuatro o cinco personas por pasar.

He llegado tarde. Y siento, dentro, que esta ha sido mi única oportunidad.

De perdidos al río

«Se dice cuando ya se ha iniciado una acción y hay que procurar terminarla pese a su peligrosidad y aceptando todas las consecuencias». ¿No es el amor, en ocasiones, el ejemplo más claro para explicar esta expresión?

Dani sospecha que no ha ido bien cuando me ve salir cabizbaja, arrastrando los pies. Corre hacia mí y me rodea con sus brazos, y me sorbo la nariz y se me escapa un gimoteo.

—Puedes enviarle un correo, un mensaje, o hacerle una llamada... ¡Una videollamada! —va proponiendo para animarme.

—No, creo que esto tenía que hacerlo en persona para que funcionara —musito rascándome la punta de la nariz.

—Ahora lo ves todo negro, Evi, pero...

—Él mismo me ha insinuado que no mantuviéramos el contacto como amigos.

—Muchas veces decimos cosas que no sentimos.

—Y muchas otras no decimos las que sentimos y así termina la historia: con una chica con la nariz como Rudolph y el aspecto de haber participado como extra en *The Walking Dead*.

Dani suspira y me estrecha contra su cuerpo. Hundo el rostro en su cuello y me dejo guiar por él.

—¿Quieres que tomemos algo?

Niego con la cabeza. Tengo el estómago tan cerrado que si metiera en él cualquier cosa acabaría vomitando.

—Entonces ¿te llevo a casa?

—Me apetece estar sola —le confieso—. Creo que me vendrá bien andar y andar.

—Mira, te dejo por tu barrio y ya luego haces lo que te apetezca, ¿vale? Pero no pienso permitir que te vayas sola andando hasta allí.

Es imposible negarse cuando Dani se muestra tan resolutivo. Además, me noto con pocas fuerzas. En cuanto me subo a su coche, acabo hundida en el asiento. Dani me concede silencio,

que interrumpe tan solo para conectar la radio en un volumen bajo. Me limito a observar por la ventanilla, aunque sin ver nada. Cuando descubro que nos acercamos a mi barrio, le indico que se detenga.

—Creo que iré a casa y cogeré un libro para leerlo en el parque.

—¿Serás capaz de leer ahora? —Dani me contempla con asombro.

—En los libros he encontrado la paz muchas veces.

Dani asiente y para el coche en doble fila, en la esquina de mi calle. Me desabrocho el cinturón y me vuelvo hacia él con una diminuta sonrisa.

—Gracias por el esfuerzo.

—No tienes que dárme las. Lo que peor me sabe es no haber ido antes a tu casa. Quizá habríamos llegado a tiempo.

—No lo sé. Con lo testaruda que soy...

—Te habría sacado a rastras.

Nos echamos a reír. Me inclino hacia él y lo beso en la mejilla. Me sonrío.

—Estoy orgulloso de ti, Evi.

—¿En serio? ¿Por acabar como Julia Roberts en *La boda de mi mejor amigo*?

—Estoy orgulloso porque no hay que idealizar a las personas como tú hiciste con Víctor, sino verlas tal como son. Y, al fin, has hecho eso con Sebastian y te has enamorado de él por lo que es y no por una ilusión. Ese es el tipo de amor sano y bonito que te mereces.

—Ay, Dani... —Me echo hacia delante de nuevo y lo abrazo con fuerza.

—Venga, tira. —Me aparta, y me fijo en que tiene los ojos brillantes—. Vete a leer un rato, pero no elijas uno de esos dramas que tanto te gustan en los que la prota se suicida por amor.

—Te quiero.

—Y yo a ti, Evi.

Dani aguarda hasta que echo a andar y, solo entonces, reanuda su marcha. Me pita con el claxon y le despido alzando un brazo. Cuando llego ante el portal de mi edificio, de nuevo se me viene el mundo encima. Quizá habría sido mejor idea que Dani me acompañara un rato. Aun así, en el fondo siento que debo aprender a estar sola y a escuchar mis emociones y sentimientos.

Saco la llave del bolsillo y de repente me doy cuenta de que aún llevo en la mano la carta de Sebastian, doblada tal como me la dejó, convertida casi en un trozo de papel pequeño. La observo con nostalgia y un pinchazo en el pecho. Guardo las llaves y desdoblo la hoja. Entonces desbloqueo el móvil y le hago una foto. No es lo que había pensado, ni siquiera sé si servirá de algo o si Sebastian lo ignorará, pero voy a enviarle un mensaje, como Dani me ha propuesto. Probablemente no lo verá hasta dentro de unas horas, una vez en el avión, y me comeré la cabeza todo ese tiempo. Así que... ¿se lo mando o no? Decido lanzarme. De perdidos al río, como dice él en su carta.

Siento no haber sido más valiente. Ojalá pudiera haberlo escuchado de tu propia voz

Tras el mensaje adjunto la foto. Para mi sorpresa, las dos marcas muestran que lo ha recibido. Aun así, no parece conectado y, tras unos segundos de espera, guardo el móvil. Cuando estoy abriendo la puerta, me vibra. Vuelvo a sacarlo del bolsillo y contengo la respiración al comprobar que Sebastian me ha contestado.

Quién te dice que no puedas?

Frunzo el ceño, algo aturdida. Se me pasa por la cabeza que me va a enviar un audio recitando el texto de memoria.

—Querida Eva: Cuando te conocí, pensé que eras demasiado nefelibata, que soñabas en exceso. Por no hablar de tu forma de retarme...

Es oír esa voz familiar y quedarme tiesa como una estatua. Me tiemblan las manos y casi se me cae el llavero. Cojo aire y me vuelvo con una inmensa esperanza en el pecho.

—¿Sebastian?

Y ahí se encuentra, justo delante de mí, sin nada, ni una sola maleta, aunque es cierto que a su espalda hay un taxi parado.

—Eva.

—Yo... acabo de llegar del aeropuerto. Fui... fui a buscarte, pero no estabas y... ¿Qué haces aquí? —suelto sin pensar en un tono demasiado agudo.

Sebastian esboza una pequeña sonrisa.

—Intentar ser valiente.

Movida por un impulso inaguantable, me lanzo a sus brazos. Sebastian me recibe con un gesto de sorpresa. No le doy tiempo a reaccionar. Lo atrapo de las mejillas y me pongo de puntillas para besarlo. Dios, pensaba que nunca volvería a hacerlo, y es increíble las ganas que me consumían, a pesar de haber tenido sus labios sobre los míos hace solo un par de horas. Sebastian me atrapa de la cintura y me pega a él. No puede ser un error lo bien que me hace sentir esto, la perfección con la que me parece que encajan nuestros cuerpos.

Nos apartamos para respirar, pero mantenemos las frentes juntas. Sebastian me acaricia las mejillas y sonrío.

—Había imaginado varios recibimientos posibles... Pero, desde luego, este no, y los supera con creces.

Me echo a reír y se une a mí. Entonces lo aparto para mirarlo. Me lo bebo con los ojos, por si

acaso. ¿Y si se marcha otra vez? Quiero retener todo en mi memoria. Y luego lo estrecho con fuerza y aspiro su olor mientras me acaricia la espalda y el cabello con suavidad.

—Puedo preguntarte de nuevo: ¿qué haces aquí?

—Es donde quiero estar, Eva.

Alzo la barbilla y clavo mi mirada en la suya. Me sonrío y me mordisqueo el labio inferior.

—Pero... No lo entiendo...

—Casi desde que llegué, Nuria me propuso quedarme un tiempo a trabajar la tesis con ella. Me aseguró que se encargaría de solucionar todo para mi estancia en España —me informa Sebastian, causándome una gran sorpresa—. He reflexionado mucho sobre ello. Era un gran cambio, pero me llamaba la atención.

—Eso es increíble, Sebastian —murmuro alucinada.

Vuelve a acariciarme las mejillas en un gesto tan tierno que me sacude el pecho.

—También me comentó la opción, una vez que acabe la tesis, de trabajar en el departamento como profesor adjunto. Es complicado, claro, pero Nuria quiere ayudarme. Y movilizó a Rafa —sigue contándome Sebastian, y cada vez me sorprende más.

—¿Por qué no me lo habías explicado?

—Porque no quería hacerlo hasta que estuviera seguro. Y estaba a punto de aceptar cuando tuvimos nuestra discusión y decidí que lo mejor, para los dos, era que me marchara. Pero en el aeropuerto he visto a una chica con un estilo muy peculiar y, por unos segundos, he creído que eras tú.

—Como te digo, he ido a buscarte. Dani y yo parecíamos personajes del *Grand Theft Auto* por la carretera.

Sebastian deja escapar una carcajada y sacude la cabeza, observándome de una forma que me reconforta y me enciende un pequeño fuego en el pecho y el estómago.

—Puedo imaginaros.

—¿Entonces...?

—Cuando ha ocurrido eso en el aeropuerto, el corazón casi se me ha salido por la boca. Y he comprendido que... que quiero seguir en España. Que quiero que mi presente sea este, romper los lazos con mi padre al completo si no me acepta por lo que soy y lo que deseo en la vida.

—Una decisión muy acertada —contesto en tono emocionado.

—Y me he enamorado de Barcelona, Eva. —Guarda silencio unos segundos. Luego acerca su rostro al mío y susurra—: Además... me he enamorado de ti. He conocido a una chica lista, fuerte, graciosa, luchadora y que quiere encontrar su camino, como yo. —Roza su nariz con la mía.

—Yo también descubrí un Sebastian que me encanta. Dejé atrás los prejuicios y vi a una

persona con quien tengo muchas cosas en común. Un chico inteligente, divertido, valiente y generoso que desea luchar por sus sueños, como yo.

—Entonces ¿qué, Eva?

—Pues que... —Trago saliva—. De perdidos al río.

—¿Eso significa que quieres intentarlo?

—Sí, voy a ser valiente. —Asiento una y otra vez con la cabeza—. Vamos a disfrutar de tu renovada estancia aquí y después... ya se verá. Me gustaría enseñar español en otros países —le recuerdo.

Sebastian esboza una sonrisa y se la devuelvo.

—Es esto lo que deseas de verdad, ¿no, Sebastian? No haces esto por...

Echa la cabeza hacia atrás, con los dientes superiores clavados en el labio inferior.

—No me quedo solo por ti, Eva. Me quedo, además, porque esta es ahora mi nueva vida, en la que tú también estás incluida.

Guardo silencio unos segundos. Sebastian acerca su rostro al mío hasta juntar nuestras bocas. Vuelvo a ponerme de puntillas y enlazo mis brazos alrededor de su cuello. Él me toma de la cintura y me aúpa un poco. El beso se va tornando cada vez más intenso, más lleno de ganas, de saliva y dientes. De nuestros sentimientos.

De repente suena un claxon. Ambos detenemos el beso y nos volvemos hacia el taxi.

—Señor, ¿tengo que seguir esperando o le bajo el equipaje? —pregunta el taxista con impaciencia.

Se me escapa una risa a la que se une Sebastian.

—«Aquella que da vida» —dice.

—¿Qué?

—Tu nombre, que significa eso. Y te viene que ni pintado.

Sebastian me estrecha entre sus brazos y nos fundimos en un nuevo beso. No sé qué nos deparará el futuro, qué ocurrirá con nosotros como pareja. Pero, en realidad, nadie puede saberlo. Lo único que sé es que la vida se mueve muy rápido y que, si no te paras y miras a tu alrededor de vez en cuando, puedes perdértela. Y que es una sucesión de lecciones que uno debe experimentar para entenderla. Entre ellas, el amor. Y la felicidad. Y esta hay que aprovecharla en el momento en que se presenta.

Agradecimientos

Esta historia empezó a gestarse hace tiempo, allá por 2016. En aquella época se quedó en unos cuantos capítulos de Word y en mi cabeza, porque trabajé en otros proyectos. Pero Eva y Sebastian cada dos por tres acudían a mi mente. Cuando daba clases, pensaba en ellos. Cuando recordaba mi época en la universidad, los imaginaba retándose. Lo que tienes en tus manos no es la historia original, ya que durante estos años la he ido cambiando, actualizando, reescribiendo, poniendo en ella mis nuevos conocimientos y mi experiencia acumulada. Pero esta historia sí que esconde lo que quise transmitir desde un principio: mi amor por la lengua y la literatura. Y, a partir de ello, muchas risas, amistad, amor y salseo en la universidad. Mi época universitaria fue tan maravillosa que sé que jamás la olvidaré y tuve algunos profesores excelentes en los que me he basado para algún personaje (hola, Rafa), aunque con ciertas modificaciones, claro. Así que debo agradecérselo también a ellos porque, gracias a esas vivencias y a su pasión por la lengua y la literatura, quise crear una historia que enamorara a la gente.

Solo me queda darte a ti también las gracias, que has comprado este libro. Espero que *Amor y otras estúpidas palabras* te haya hecho sonreír y enamorarte.

**¿Se puede sentir amor y odio
a la vez por una misma persona?**



Existen muchas palabras en el diccionario, pero Eva no encuentra ninguna que defina lo que comienza a sentir por Sebastian, un nuevo compañero de la facultad. El chico apareció en su vida de sopetón, y no con muy buen pie. Es guapo y tiene un cuerpazo, pero también es arrogante, competitivo y, lo peor de todo, le encanta meterse con ella. Lo que empieza como una guerra fría, plagada de indirectas, se convertirá en una batalla campal cuando terminen compartiendo piso. Aunque hay algo que no pueden negar: desde que sus caminos se cruzaron, una atracción incontrolable amenaza con estallar como una bomba siempre que se quedan solos.

«Un *enemies to lovers* adictivo, divertido y con unos personajes con una química brutal.

¡No podrás parar de leer!».

ANDREA LONGARELA

Elena Montagud (Valencia, 1986) es filóloga y escritora. Alcanzó un notable éxito como autora autoeditada y sus relatos, principalmente del género de romance erótico, han sido premiados e incluidos en varias antologías.

En 2015 publicó la «Trilogía del placer» en Grijalbo, formada por *Trazos de placer*, *Palabras de placer* y *Secretos de placer*, y en 2017 la «Trilogía Corazón», compuesta de *Corazón elástico*, *Corazón indomable* y *Corazón desnudo*. Con *Tu mirada en mi piel* (Grijalbo, 2019) y *El desván de los sueños* (Grijalbo, 2021) se confirmó como una de las plumas más importantes de la novela romántica de nuestro país y con *Amigas imperfectas* (Grijalbo, 2023) se aproximó a la ficción contemporánea femenina. Ahora vuelve al género romántico con *Amor y otras estúpidas palabras*.



Primera edición: enero de 2024

© 2024, Elena Montagud

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial/ Anna Puig

Ilustración de portada: © Katie Smith

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-6679-6

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: [penguinlibros](https://www.facebook.com/penguinlibros)

X: [@penguinlibros](https://twitter.com/penguinlibros)

Instagram: [@penguinenamora](https://www.instagram.com/penguinenamora)

Instagram: [@grijalbo_es](https://www.instagram.com/grijalbo_es)

Spotify: [penguinlibros](https://open.spotify.com/artist/penguinlibros)

YouTube: [penguinlibros](https://www.youtube.com/penguinlibros)

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En Penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Amor y otras estúpidas palabras

1. Amigos con derechos
2. Capullo
3. Sebastian
4. Insoportable
5. El corazón tiene razones que la razón no entiende
6. Conveniencia
7. Compañeros
8. Traidor
9. Incordio
10. Ilusa
11. Némesis
12. Colegueo
13. Limerencia
14. Contrariado-a
15. Sinsentido
16. Codo con codo
17. Hacer sudar
18. Tensión
19. Navidad
20. Echar una mano
21. Chiflados
22. Novio/a

23. Actuar
24. Regalo
25. ¡Que empiece el espectáculo!
26. Pelusa
27. Lección
28. Orgullo y prejuicio
29. Bonhomía
30. Sueños
31. Gallito
32. Insospechado
33. Tóxico
34. Luminiscencia
35. Del amor al odio hay un paso
36. Fortuito
37. Silencio
38. Fantasear
39. Desconfiar
40. Punto final
41. Tomar el tiempo como viene
42. Adiós
43. De perdidos al río

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Elena Montagud

Créditos